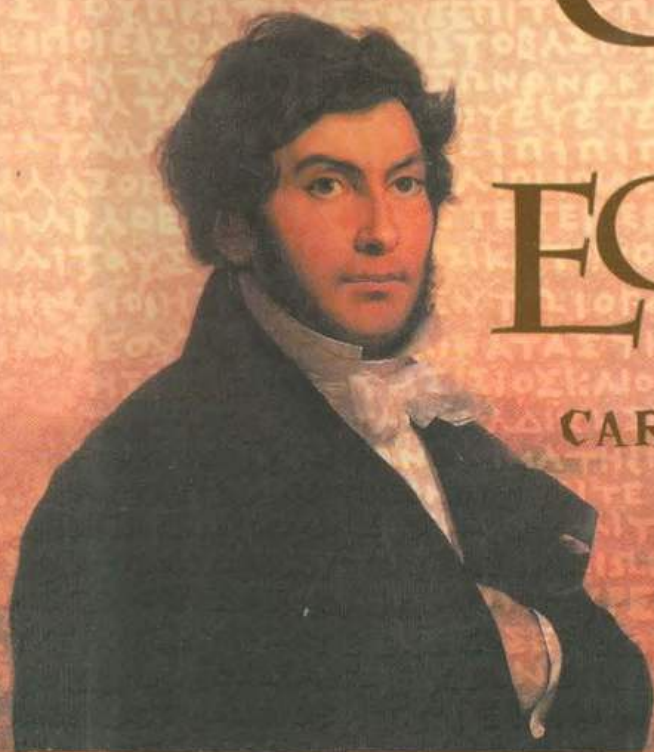


PEQUEÑA *gran* HISTORIA

LESLEY y ROY ADKINS Las CLAVES de EGIPTO

Las CLAVES de EGIPTO

LA
CARRERA POR LEER
LOS
JEROGLÍFICOS



DEBATE

DEBATE

LESLEY y ROY ADKINS

Lesley y Roy Adkins
LAS CLAVES DE EGIPTO

La carrera por leer los jeroglíficos

PEQUEÑA *gran* HISTORIA

EDITORIAL

DEBATE

Versión castellana de
JUAN MANUEL IBEAS

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Primera edición: noviembre, 2000
Título original: *The Keys of Egypt*
© Lesley y Roy Adkins, 2000
© De la traducción: Juan Manuel Ibeas
© De la versión castellana: Editorial Debate, S. A.
O'Donnell, 19, 28009 Madrid

I.S.B.N.: 84-8306-363-8
Depósito legal: M. 39.341 - 2000
Fotocomposición: Lozano Faisano, S. L.
Impreso en Brosmac, S. L. Móstoles (Madrid)
Impreso en España (*Printed in Spain*)

Para Liz, Jon y Poppy, con amor

Agradecimientos

ES UN placer agradecer la ayuda de muchas personas y organizaciones durante la redacción de este libro. En primer lugar, deseamos expresar nuestra sincera gratitud a L'Asiathèque por autorizarnos a citar partes de la carta a Angelica Palli publicada en *Jean-François Champollion. Lettres à Zelmire*, de Edda Bresciani (1978). Parte de «Las enseñanzas del visir Ptahhotep» y las palabras «es bueno hablarle al futuro, porque te escucha», ambas cosas publicadas originalmente en *The Tale of Sinuhe and Other Ancient Egyptian Poems, 1940-1640 a.C.* –traducción, introducción y notas de R. B. Parkinson (1997)–, se reproducen con permiso de Oxford University Press. También agradecemos la autorización para reproducir parte de una carta escrita por Heqanakht, el hechizo para proteger a un niño y la elegía a los autores muertos, todo ello publicado originalmente en *Voices from Ancient Egypt. An Anthology of Middle Kingdom Writings*, de R. B. Parkinson (1991), cuyos derechos son propiedad del Museo Británico, British Museum Press. El hechizo reproducido es la versión que aparece en *Voices from Ancient Egypt*, amablemente corregido por R. B. Parkinson.

Las ilustraciones son todas propiedad de Lesley and Roy Adkins Picture Library, excepto la fotografía de la Piedra de Roseta, que se reproduce con permiso del Museo Británico, y las fotografías del joven Jean-François Champollion y de Jacques-Joseph Champollion-Figeac, que están tomadas de *Les Deux Champollion*, de Aimé-Louis Champollion-Figeac (1887) y reproducidas con permiso de la Biblioteca Británica.

Agradecemos la valiosa ayuda prestada por el personal de numerosas bibliotecas, entre ellas la Biblioteca de Londres (London Library), la Biblioteca de Artes y Ciencias Sociales de la Universidad de Bristol y la Biblioteca Química de Worsley; la Biblioteca del Griffith Institute y la Bodleian Library de Oxford; la Biblioteca Británica (British Library); Bernard Nurse y Adrian James de la Biblioteca de la Sociedad de Anticuarios de Londres; David Bromwich, de la

Biblioteca de los Estudios Somerset; y Marie-Françoise Bois-Delatte, de la Biblioteca Municipal de Grenoble. También en Grenoble contamos con la ayuda de Jean-William Dereymez y la Société Champollion, y en la vecina Vif gozamos de la amabilidad del señor y la señora Chateauminois. Nuestra estancia en Figeac resultó especialmente agradable y fructífera gracias a la ayuda de Madame Prévôt, del Museo Champollion, del personal de la biblioteca municipal, del Château du Viguiier du Roi y de Taxi Fricou.

Damos las gracias de manera especial al doctor Richard Parkinson, del Departamento de Antigüedades Egipcias del Museo Británico, que nos ha facilitado información de forma muy generosa. Estamos también en deuda con Nigel Strudwick por su inestimable ayuda. Tampoco podemos olvidar la ayuda de Gill y Alfred Sims en cuestiones prácticas.

En HarperCollins hay que dar las gracias a Larry Ashmead, Michael Fishwick, Kate Morris, Sonia Dobie y Chris Bernstein, por su valiosísima ayuda. Por último, expresamos nuestra absoluta gratitud a Patrick Walsh, , porque sin él no se habría podido escribir este libro.

Sumario

AGRADECIMIENTOS	7
LISTA DE ILUSTRACIONES	11
☐𐀀𐀁𐀂 (El principio del tiempo)	13
Capítulo Uno =𐀃𐀄𐀅 (La tierra de Egipto)	19
Capítulo Dos *𐀆 (El alumno)	53
Capítulo Tres ⦿𐀇 (La ciudad)	83
Capítulo Cuatro 𐀈𐀉𐀊 (El profesor)	101
Capítulo Cinco 𐀋𐀌𐀍 (El médico)	123
Capítulo Seis (𐀎𐀏𐀐𐀑𐀒𐀓𐀔𐀕) (Cleopatra)	161
Capítulo Siete 𐀖𐀗𐀘𐀙 (Un conocido del rey)	187
Capítulo Ocho 𐀚𐀛𐀜𐀝 (El señor de los secretos)	213
Capítulo Nueve 𐀞𐀟𐀠𐀡 (El traductor)	243
Capítulo Diez 𐀢𐀣𐀤𐀥 (... El que dio las palabras y la escritura)	285
LECTURAS ADICIONALES	305
ÍNDICE DE MATERIAS	309

Lista de ilustraciones

William Warburton
Jean-Jacques Barthélemy
Napoleón Bonaparte
La Piedra de Roseta. © Copyright The British Museum
La tumba de estilo egipcio de Joseph Fourier
Marie-Alexandre Lenoir
La tumba de Edme-François Jomard
Thomas Young
La casa donde nació Thomas Young
La casa donde nació Jean-François Champollion
Jean-François Champollion, tomado de *Les Deux Champollion*,
de Aimé-Louis Champollion-Figeac (1887), con autorización de la
Biblioteca Británica (10662h20)
Jacques-Joseph Champollion-Figeac, tomado de *Les Deux Cham-*
pollion, de Aimé-Louis Champollion-Figeac (1887), con autorización
de la Biblioteca Británica (10662h20)
Entrada original de la biblioteca y museo municipales de Gre-
noble
Jean-François Champollion en 1823
Entrada al Cour Carré del Louvre en 1830
Relieve pintado a la entrada de la tumba de Ramsés III, tal como
se publicó en la *Description de l'Égypte*
Texto funerario de la Letanía de Ra, en el interior de la tumba de
Ramsés IV
Pasadizo de entrada a la tumba de Ramsés IV
Plano de la tumba de Ramsés IV
Cartucho de Karnak, con el nombre de nacimiento del faraón
Tutmosis IV
Fórmula jeroglífica de Karnak
Columnas de jeroglíficos en un pilón de Karnak
Diferentes tipos de escritura egipcia
Tabla de jeroglíficos «puros» y lineales, con sus equivalentes hie-

ráticos y demóticos, publicados en el *Précis du système hiéroglyphique* de Champollion

Cartuchos de faraones, publicados en el *Précis du système hiéroglyphique* de Champollion

Cartuchos de gobernantes griegos de Egipto, publicados en el *Précis du système hiéroglyphique* de Champollion

El obelisco de estilo egipcio erigido en Figeac en honor de Jean-François Champollion

Tumba de Jean-François Champollion

Mapa de Europa y Egipto

Mapa del Valle del Nilo, en Egipto y Nubia



(El principio del tiempo)

LA CASA del número 28 de la *rue Mazarine*, París, donde Jean-François Champollion vivía y llevaba a cabo su investigación sobre los jeroglíficos, estaba a menos de 200 metros del Instituto de Francia, donde su hermano Jacques-Joseph tenía su despacho. Aproximadamente a mediodía del 14 de septiembre de 1822, Champollion recorrió esa distancia en el mínimo tiempo posible. Agarrando sus papeles, notas y dibujos, voló por la estrecha y sombría calle, dobló la esquina y entró en el Instituto. Aún no del todo recuperado de su último período de mala salud y en un estado de excitación máxima, estaba ya sin aliento cuando irrumpió en el despacho de su hermano, arrojó sus papeles sobre el escritorio y exclamó «*Je tiens l'affaire!*» («¡Ya lo tengo!»). A base de trabajar desde las primeras horas de la mañana estudiando los más recientes dibujos de las inscripciones de Abu Simbel, había comprendido por fin el sistema que regulaba los aparentemente ininteligibles jeroglíficos egipcios, y ya sólo era cuestión de tiempo que pudiera leer cualquier texto jeroglífico. Empezó a explicarle a Jacques-Joseph lo que había descubierto, pero sólo consiguió pronunciar unas pocas palabras antes de caer inconsciente al suelo. Durante unos instantes, su hermano temió que hubiera muerto.

AUNQUE TAL vez no ocurrió de la manera exacta que él siempre había esperado, este acontecimiento resultó ser el giro más crucial de la turbulenta vida de Champollion. Había perseguido este objetivo durante años de creciente interés por los jeroglíficos; sus primeros pasos de tanteo los había dado antes de elegir el que iba a ser el trabajo de su vida, antes incluso de haber visto un jeroglífico, empujado hacia su destino por una insaciable curiosidad por los orígenes del mundo. En su primera infancia, parece que sus padres no se ocupaban de él, y fue cuidado y hasta cierto punto malcriado por su hermano y sus tres hermanas, que idolatraban al brillante benjamín de la familia, mucho más joven que ellos. Pero su hermano se percató de la gran inteligencia de Champollion y su talento para los idiomas, y decidió que aquellos dones no debían desperdiciarse. Habiendo visto sus propios estudios interrumpidos por la terrible agitación de la Revolución Francesa, Jacques-Joseph decidió reducir al mínimo sus efectos sobre Champollion; al principio le dio clases él mismo, ya que todas las escuelas estaban cerradas; más adelante, encontraron un profesor particular para el niño, pero cuando se reinstauró una precaria estabilidad bajo el dominio de Napoleón, los colegios volvieron a abrirse. A los doce años, Champollion era tan prodigiosamente hábil en latín y griego que se le permitió empezar a estudiar hebreo, árabe, sirio y caldeo. Dado que el conocimiento del latín y el griego le había abierto ya todo un mundo de libros sobre toda clase de materias, su pasión por los idiomas orientales parece en principio un curioso capricho por parte de este hijo de un librero de pueblo, nacido en la remota villa de Figeac, en el suroeste de Francia. En realidad, Champollion había decidido ya aceptar uno de los mayores retos intelectuales: investigar la creación del mundo y el comienzo del tiempo mismo.

Aunque la Revolución había ilegalizado la Iglesia católica y prohibido la religión, la única explicación del origen del mundo seguía siendo la del Antiguo Testamento de la Biblia, que estaba considerada como una descripción de la historia del mundo desde su creación por Dios. Así pues, los estudiosos que desearan investigar esta teoría tenían que poseer sólidos conocimientos de idiomas orientales para poder estudiar antiguas versiones de los textos bíblicos y documentos relacionados. Como aún se creía que los seres humanos aparecie-

ron en la Tierra muy poco después de su creación, era natural utilizar los instrumentos de la historia y la filología para investigar su origen. La arqueología y la geología estaban aún en su infancia y todavía no se consideraban ciencias respetables. La insaciable curiosidad de Champollion iba a atraerle en numerosas ocasiones a otros muchos campos de estudio, pero en cuanto se dio cuenta de las posibilidades del antiguo Egipto encontró el punto focal que andaba buscando. Quedó cautivado y totalmente entusiasmado por este misterioso país, una tierra bíblica cuya historia estaba entrelazada con la de los israelitas. Pero la historia de Egipto (y de hecho, casi todos los conocimientos sobre Egipto) estaba oculta en textos jeroglíficos que no se podían leer, textos que podían contener secretos inimaginables, incluso una explicación precisa del origen del mundo. Aquél era un desafío a la altura de su talento, y el premio era un conocimiento incalculable, ignorado durante siglos... si era capaz de descifrar los jeroglíficos.

Aparte de su excepcional talento para los idiomas, Champollion tenía otro don que iba a resultar decisivo para su éxito: su extraordinaria memoria visual, que le permitía distinguir signos y grupos de signos similares entre los miles de jeroglíficos que tuvo que estudiar. Es posible que fuera esta misma memoria visual la causa de sus problemas iniciales con la lectura y la escritura: parece que de niño veía las palabras como imágenes y las imágenes como palabras, y no hacía muchas distinciones entre escribir y dibujar. Probablemente, su enfoque atrevido y nada convencional fue consecuencia de sus esfuerzos infantiles, cuando trataba de aprender copiando palabras de los libros, otra señal de su capacidad para afrontar problemas a su manera, de un modo original. En la descentrada libertad de estos años de formación sin enseñanza adecuada, desarrolló la amplísima curiosidad que más adelante iba a convertirse en la principal fuerza motriz de su vida y también en una tendencia a dejarse distraer por irrelevancias aún más interesantes. Pero no todas las consecuencias de esta infancia inusitada fueron beneficiosas. Recluido en su casa porque las calles eran poco seguras para los niños debido a los desórdenes sociales de la Revolución, Champollion tenía al menos libertad para explorar todo lo que le llamara la atención de puertas adentro, pero esta libertad le ocasionó problemas más adelante, cuando se vio

obligado a someterse a la disciplina del colegio y tuvo que estudiar asignaturas como las matemáticas, que no le interesaban en absoluto. Le costó muchos años aprender a adaptarse a la vida de un escolar normal, y nunca llegó a adaptarse del todo porque no era un escolar normal. Dotado de un agudo sentido del humor, aprendió a utilizar su instinto para la sátira y su ingenio mordaz para defenderse en la lucha por sobrevivir a los rigores de la escuela. Con sus amigos y su familia, sin embargo, era siempre amable y generoso.

Poco a poco, los violentos cambios de humor y las rabietas provocadas por las frustraciones de los primeros años escolares dejaron paso a una rencorosa tolerancia de las clases que le resultaban incomprendibles o insoportablemente repetitivas, y de los profesores que le irritaban en lugar de inspirarle, y cada vez se esforzaba más por reprimir su indignación ante la injusticia y ocultar su aburrimiento. Lo que no ocultó fue su habilidad y su pasión por los temas que le interesaban. El dibujo, que empezó siendo una diversión, fue una habilidad que continuó desarrollando y que llegaría a ser importantísima en su estudio de los jeroglíficos; la botánica jamás dejó de entusiasmarlo; y además de su capacidad para los idiomas y su obsesión por ellos, adquirió una afición cada vez mayor a la historia antigua.

A medida que progresaba su educación, el trabajo que realizaba en su tiempo libre empezó a dar muestras de las habilidades que iba desarrollando y que tan importantes iban a ser para su estudio de los jeroglíficos. Cuando se comprometía con un proyecto, Champollion era capaz de trabajar de la manera más meticulosa, examinando y valorando con paciencia y esmero todas las fuentes de evidencia disponibles. Tenía aptitudes para registrar, clasificar y analizar el material acumulado, antes de aplicar un razonamiento estrictamente lógico para obtener resultados. Por encima de todo, era obstinado: aunque se viera obligado a interrumpir un proyecto o a abandonarlo por completo, aunque se encontrara con cien desviaciones o impedimentos, jamás se daba por vencido. Tenía además el valor y la independencia necesarios para abordar problemas con la mente abierta. A pesar de haber nacido y haberse criado en la época de la Revolución Francesa, cuando la religión se prohibió oficialmente y estaba activamente reprimida, su educación estuvo con frecuencia a cargo de

devotos católicos (muchos de los cuales habían sido sacerdotes o frailes antes de la Revolución), lo que le permitió desarrollar una flexibilidad de pensamiento que iba a resultar fundamental para comprender los jeroglíficos. Mientras sus rivales tendían a ser sectarios y polarizados (a favor o en contra de la Iglesia, a favor o en contra de Napoleón) e igualmente rígidos en sus teorías intelectuales, Champollion sopesaba la evidencia y sacaba sus propias conclusiones. Esta actitud constituía a la vez una bendición y una maldición: aplicada a los problemas académicos era valiosísima, pero en una época de inestabilidad política podía resultar fatal. Aunque al principio criticó a Napoleón, Champollion se convirtió en ferviente partidario suyo en las semanas anteriores a su abdicación definitiva, una decisión poco afortunada que le convirtió inmediatamente en sospechoso para la restaurada monarquía y le granjeó para siempre el odio y la oposición de muchos realistas.

El elemento final del éxito de Champollion fue la disponibilidad de material. Los estudiosos anteriores habían tenido a su disposición una cantidad muy limitada de jeroglíficos, que consistían principalmente en jeroglíficos copiados de monumentos y artefactos egipcios importados a Europa mucho tiempo atrás. Egipto había estado cerrado a los extranjeros durante siglos, y los intentos de descifrar los jeroglíficos habían llegado a un punto muerto, ya que la falta de material suficiente hacía imposible la tarea. Sin embargo, justo cuando Champollion asistía a sus primeras clases formales, Napoleón estaba dirigiendo una trascendental campaña militar en Egipto que acabaría llamando la atención de los europeos occidentales, y en especial de los franceses, hacia todo lo egipcio. La campaña de Napoleón en Egipto no logró sus objetivos militares, pero los sabios que acompañaban a la expedición llevaron a Francia un enorme volumen de notas, dibujos y artefactos que iban a asombrar a los estudiosos de Europa, y los soldados que sobrevivieron a la campaña regresaron con relatos de una tierra exótica de fuertes contrastes, relatos que se adornaban y exageraban cada vez que se contaban. Desde el mismísimo Napoleón hasta el último soldado raso, todos los que tomaron parte en la expedición a Egipto quedaron profundamente afectados por la experiencia, y la fascinación por Egipto (a todos los efectos, un país recién descubierto) se extendió por toda Francia, provocando

una oleada de egiptomanía que recorrió Europa entera. En las décadas siguientes, la egiptomanía se fue desvaneciendo, pero la afición de los franceses a Egipto, la colonia que Francia nunca tuvo, ha continuado hasta nuestros días.

Para cuando Champollion llegó a París, en 1807, en la ciudad vivían los más eminentes lingüistas de Europa. París poseía además una enorme cantidad de material fascinante pero apenas estudiado, recién traído de Egipto por la expedición de Napoleón, y sus bibliotecas estaban abarrotadas de preciosos libros y manuscritos, producto de los saqueos realizados en toda Europa por los ejércitos napoleónicos. El intento de descifrar los jeroglíficos, que Champollion ya había iniciado, pronto se convirtió en una carrera entre él y sus rivales: una extraña carrera que se corría en la oscuridad, y en la que cada competidor solía ser desconocido por los demás hasta que decidía hacer públicos los avances que había realizado. Eruditos de todo el continente empezaron a estudiar los jeroglíficos, y muchos de ellos se concentraron en las inscripciones de la recién descubierta Piedra de Roseta, cuyos tres textos mantenían viva la esperanza de poder cotejar el texto jeroglífico con el griego y obtener así una clave para la traducción. A medida que se incorporaban más y más corredores, la seria competición se transformó en un duelo entre dos hombres y en un curioso reflejo de la política de la época. Uno era francés y el otro inglés: Jean-François Champollion y Thomas Young. La competición era abierta, y cualquiera podía probar suerte en el desciframiento, pero no era una carrera formal; no se ofrecía ningún premio, ni dinero ni medallas, y por encima de todo, no había reglas. Sin embargo, cada aspirante a descifrador sabía perfectamente por qué estaba luchando: por un puesto en la historia, por la fama de haber sido el que liberó al antiguo Egipto de la ignorancia y la oscuridad que habían acabado por envolverlo, por el aplauso internacional que merecería el primero que descifrara los jeroglíficos.

Capítulo Uno



(La tierra de Egipto)

JOSEFINA NUNCA pudo ver Egipto. Le rogó a Napoleón que la llevara con él, pero por una vez Napoleón estaba indeciso. Sabía que su expedición a Egipto era una apuesta arriesgada: si la flota francesa, cargada de tropas, provisiones y armamento, era alcanzada por la armada británica, habría pocas posibilidades de vencerla o escapar. Si Josefina hubiera acompañado a Napoleón, habría sido una de las primeras mujeres occidentales que veían Egipto en más de mil años, porque las condiciones eran tan peligrosas que el viaje por el valle del Nilo era sólo para los muy valientes, los insensatos o los suicidas.

El 19 de mayo de 1798, el general Napoleón dio la orden de zarpar a la flota francesa, habiendo decidido por fin no llevar a Josefina y enviar a buscarla cuando su expedición hubiera logrado eludir a los ingleses. De hecho, había ordenado que en la expedición no fuera ninguna mujer, aparte de las pocas oficialmente autorizadas como lavanderas y costureras, pero no era nada raro que las mujeres acompañaran a sus maridos y amantes en las campañas militares, y el caso es que las órdenes de Napoleón no se obedecieron estrictamente. Algunas mujeres de oficiales viajaron abiertamente con ellos, y otras mujeres se introdujeron en los barcos como polizones o disfrazadas de hombres. En total, unas 300 mujeres zarparon rumbo a Egipto.

La expedición sólo llevaba cuatro días navegando cuando Napoleón decidió correr el riesgo y hacer traer a Josefina. Envío la fragata *Pomone* a recogerla, pero cuando el barco llegó a su destino Jose-

fin estaba demasiado enferma para viajar. Había acompañado a Napoleón a Tolón para verle zarpar y después había ido al balneario de Plombières, en Lorena, para tomar las aguas, pero el 20 de junio sufrió un grave accidente cuando un balcón de madera se desprendió y cayó a la calle, cinco metros más abajo. Durante tres meses, Josefina soportó una larga y dolorosa convalecencia, y el médico del lugar la sometió a un tratamiento a base de patatas cocidas, cataplasmas de brandy y alcanfor, sanguijuelas, baños calientes y frecuentes enemas. Cuando pudo escribir de nuevo cartas a sus amigos, no paraba de lamentarse de no haber podido viajar a Egipto: «He recibido una carta encantadora de Bonaparte. Me dice que no puede vivir sin mí, que vaya a reunirme con él, que vaya a Nápoles para embarcar. Cómo me gustaría que mi salud me permitiera partir inmediatamente, pero no le veo el final a mi curación. No puedo estar ni diez minutos de pie o sentada sin sufrir terribles dolores en los riñones y el bajo vientre. No hago más que llorar.»

El accidente fue un momento crítico para Napoleón y Josefina: cuando ella estuvo en condiciones de viajar, Napoleón había recibido pruebas de su adulterio y ya no quería verla en Egipto. Había estado hechizado por aquella mujer, seis años mayor que él, y se había casado con ella dos años antes, pero su relación ya no volvió a ser la misma, y poco después Napoleón tuvo la primera de una serie de amantes: Pauline Fourès, la esposa recién casada de un teniente del ejército, que había acompañado a su marido disfrazada de soldado, y que llegó a ser conocida entre la tropa como «Cleopatra», el nombre que, escrito en griego y en jeroglífico, iba a proporcionar una de las claves fundamentales para el desciframiento de la escritura jeroglífica.

Napoleón Bonaparte, nacido en 1769 en Ajaccio (Córcega), en una familia de la nobleza menor, recibió instrucción militar en Francia e ingresó en un regimiento de artillería del ejército francés en 1785. La Revolución Francesa, que estalló cuatro años más tarde, condujo a la guerra con muchos estados europeos, temerosos de que se extendiera la reforma social, y el propio Napoleón, a partir de 1796, dirigió al ejército en una serie de asombrosas victorias sobre las fuerzas austriacas en Italia. Durante un breve período, Francia sólo estuvo en guerra con su implacable enemigo, Inglaterra, pero Napo-

león consideró que era demasiado peligroso intentar invadir este país sin controlar los mares. Como alternativa, se propuso hundir a Inglaterra apoderándose de Egipto; con Egipto bajo dominio francés se impediría el comercio británico con su posesión más rica, la India, y se dispondría de una base para expediciones militares al subcontinente.

Además, a Napoleón le convenía alejarse de la política que se hacía en aquel momento en París. Tenía la esperanza de regresar triunfante de Egipto y tomar las riendas de un golpe de Estado que otros ya estaban tramando. Por su parte, los miembros del Directorio (un comité de cinco directores que ejercían el poder ejecutivo según la constitución revolucionaria del 22 de agosto de 1795) se alegraron de verlo marchar, deseando que la expedición fracasara y pusiera fin a la carrera política del joven y ambicioso general. Cuando Napoleón sugirió la conveniencia de organizar la expedición, el Directorio accedió rápidamente.

Cuando la expedición llegó a Egipto, casi seis semanas después de partir de Francia, el país llevaba casi tres siglos formando parte del imperio de los turcos otomanos; los turcos habían arrebatado el dominio a los árabes, que a su vez habían invadido Egipto 900 años antes. Antes de Napoleón, sólo un puñado de viajeros –todos hombres– se habían aventurado al sur del delta del Nilo. Un pequeño número de comerciantes se concentraba principalmente en El Cairo, Alejandría, Roseta y Damietta, y el principal centro para los comerciantes europeos era El Cairo, donde tenían su propio barrio amurallado, con la entrada defendida por soldados turcos. Ni siquiera en el delta del Nilo era seguro para los occidentales salir de estas instalaciones sin una escolta armada; y viajar al sur del delta era algo que ni se pensaba. Como consecuencia, los cincuenta o sesenta comerciantes franceses que vivían en Egipto fueron incapaces de proporcionar mucha información acerca del país; cuando Napoleón y sus generales llegaron, se dieron cuenta de lo poco que sabían del país que habían ido a conquistar.

Por pura buena suerte, los barcos de la expedición llegaron a la costa de Egipto a finales de junio de 1798, habiendo eludido a una poderosa flota británica que estaba peinando el Mediterráneo para localizarlos y destruirlos. La expedición tenía una fuerza militar de unos 38.000 hombres a bordo de 400 transportes, con sesenta caño-

nes de campaña y cuarenta cañones de asedio, pero sólo 1.200 caballos para unos 3.000 soldados de caballería, porque Napoleón pensaba utilizar camellos. También llevaba una partida de sabios: a pesar de que los había invitado a un viaje por el trópico sin revelar el destino, más de 150 miembros del Instituto Nacional se mostraron dispuestos a unirse a la expedición. El Instituto, fundado en París en 1795, contaba entre sus miembros a figuras eminentes de todas las ramas de la ciencia, y el propio Napoleón estaba muy orgulloso de haber sido admitido en el Instituto en 1797, un hecho que probablemente contribuyó a persuadir a muchos de aquellos sabios (167, según la lista oficial) a dar tan extraordinario salto a ciegas. Si los británicos hubieran encontrado y destruido la flota francesa, se habría perdido la flor y nata del talento intelectual y artístico de Francia; por esta razón, los sabios viajaban repartidos en no menos de 17 barcos, y cada grupo de especialistas iba repartido entre varios barcos.

En los equipos de especialistas había astrónomos, ingenieros civiles, dibujantes, lingüistas, orientalistas, pintores, poetas y músicos, incluyendo celebridades como el eminente matemático Jean Baptiste Joseph Fourier, el científico y matemático Gaspard Monge, inventor de la geometría descriptiva, y el químico Claude-Louis Berthollet. Otros destacados miembros de la partida eran el inventor y aeronauta Nicolas Conté, que seguramente es más conocido por haber inventado el lápiz de grafito, el mineralogista Déodat Gratet de Dolomieu, al que deben su nombre los montes Dolomitas, el naturalista Geoffroy Saint-Hilaire, el pintor y grabador Dominique Vivant Denon, el poeta François Auguste Parseval Grandmaison, y el ingeniero y geógrafo Edme-François Jomard.

No se sabe cuáles fueron los auténticos motivos de Napoleón para llevar un grupo tan numeroso de civiles de talento en una aventura militar tan peligrosa, pero su presencia le permitió declarar que la expedición era una misión civilizadora, no una conquista imperialista. Incluso se hicieron planes para abrir un canal a través del istmo de Suez para conectar el Mediterráneo con el mar Rojo y así crear una nueva ruta marítima a Oriente. Este aspecto atraía a Napoleón, que se veía siguiendo los pasos de Alejandro Magno, el griego macedonio que conquistó Egipto en 331 a.C. antes de emprender su campaña de conquistas por el Imperio persa hasta llegar a la India y Af-

ganistán, más allá del Hindu Kush. Alejandro murió de fiebre o envenenado en Babilonia y fue transportado para enterrarlo en Alejandría, la ciudad que había fundado en Egipto. En su campaña persa había llevado con él un grupo de eruditos y científicos; y durante siglos, todos los conocimientos científicos europeos sobre el Oriente se basaron en la información reunida por aquellos hombres; es posible que el equipo de sabios de Napoleón estuviera pensado para igualar o superar a Alejandro.

En realidad, la historia del desciframiento de los jeroglíficos comienza con los pocos sabios que se interesaron por los monumentos del antiguo Egipto. Se suponía que, en conjunto, el grupo de sabios iba a registrar todos los aspectos del país, incluyendo la geología, la hidráulica, la fauna y la flora, la religión, la agricultura y la industria, una tarea completamente ajena a los objetivos declarados de la expedición militar. Al estudio de los monumentos antiguos no se le había concedido mucha importancia, porque en general los sabios no tenían ni idea del enorme número de monumentos antiguos que habían sobrevivido. El único beneficio práctico inmediato que podía aportar la presencia de los científicos e ingenieros era determinar y registrar la riqueza del país en aquel momento, su valor estratégico y sus posibilidades de desarrollo, con vistas a convertir Egipto en una colonia de Francia, lo cual era prácticamente imposible, dada la inestabilidad política de Francia en aquella época. En realidad, la presencia de los sabios en Egipto era más bien un capricho de Napoleón, que soñaba con superar las proezas de Alejandro; pero de no ser por aquel capricho, los jeroglíficos aún estarían esperando que alguien los descifrara. El regreso a Francia de los sabios que sobrevivieron a la estancia en Egipto, trayendo miles de dibujos de los jeroglíficos que adornaban las paredes de tumbas y templos, no sólo inició un renovado interés por descifrar los jeroglíficos sino que proporcionó por primera vez un enorme volumen de material para su estudio, reunido durante tres peligrosos y agotadores años en Egipto. También fue el comienzo de la pasión francesa por Egipto.

Habiendo llegado sanos y salvos a Egipto, los franceses tenían que desembarcar sin perder tiempo, porque sabían que los buques de guerra británicos podían aparecer en cualquier momento y atacarlos antes de que desembarcaran, sin dar tiempo a que la flota fran-

cesa se reorganizara en formación de batalla. El desembarco comenzó en la playa de Marabout, al oeste de Alejandría, aproximadamente a mediodía del 1 de julio, pero los barcos estaban a unas tres millas (cinco kilómetros y medio) mar adentro, con rocas y arrecifes entre ellos y la playa, y el tiempo iba empeorando con rapidez. Los primeros botes llegaron a tierra a las ocho de la tarde, y las tropas continuaron desembarcando durante toda la noche. Debido al fuerte oleaje y a la necesidad de evitar obstáculos, los botes de remos podían tardar hasta ocho horas en llegar de los barcos a tierra, y muchos hombres resultaron heridos o cayeron al mar al pasar de los barcos a los botes en las agitadas aguas. Según el informe de Napoleón, sólo diecinueve hombres se ahogaron durante esta operación, pero lo más probable es que esta cifra tenga más de propaganda que de registro exacto, y que las bajas fueran muchas más.

El desembarco de las tropas no concluyó hasta el 3 de julio, pero Napoleón no esperó a que terminara. Al amanecer del 2 de julio, al frente de una columna de unos 5.000 soldados, emprendió la marcha hacia Alejandría, a pesar de que aún no se había desembarcado la artillería ni los caballos, ni siquiera el agua potable. Los cansados y hambrientos soldados no llevaban nada más que sus armas y la ropa que tenían puesta. No existía carretera desde el lugar de desembarco hasta Alejandría, y los pocos pozos y cisternas de agua habían sido sabotados por nómadas beduinos, que además hostigaban constantemente a los franceses y capturaban a los rezagados. En las marchas posteriores, sabiendo las atrocidades que los beduinos habían cometido con los prisioneros, los soldados tenían mucho cuidado de no separarse de la columna. Los franceses llegaron a las afueras de Alejandría a las ocho de la mañana, y a pesar de que la tropa estaba exhausta y sufriendo al máximo por el calor y la sed, Napoleón ordenó atacar de inmediato. Los habitantes estaban mal armados y aterrorizados por el ejército que se les aproximaba, y habían pasado la noche enviando mensajes a El Cairo en petición de refuerzos. Los franceses, desesperados por conseguir agua y encontrando sólo una débil resistencia, tomaron el control de la ciudad en menos de tres horas.

Hasta el 4 de julio no desembarcaron los sabios. No estaban considerados como una prioridad, y a algunos no se les había tratado nada bien después de que la fuerza principal abandonara los barcos,

obligándolos a dormir en cubierta y negándoles comida. A casi todos ellos los dejaron tirados sin más ceremonias a las afueras de Alejandría junto con sus equipajes personales, dejándolos que se las arreglaran solos. Alejandría fue para ellos un golpe y una decepción. No quedaba ni rastro de la ciudad que en otros tiempos había sido el centro cultural e intelectual del mundo antiguo, con su famosa biblioteca de más de 700.000 volúmenes, sus templos, teatros, palacios y la tumba de Alejandro Magno. La ciudad había llegado a ocupar una extensión de $1,5 \times 5$ km, y sus puertos gemelos estaban protegidos por el célebre faro construido en el siglo III a.C. y considerado como una de las siete maravillas del mundo. Se decía que la población superaba los 300.000 habitantes, y puede que llegara al millón, pero desde que la conquistaron los árabes a mediados del siglo VII, Alejandría había ido decayendo progresivamente, y además gran parte de la ciudad había quedado sumergida a causa de los terremotos y hundimientos. Ahora, por fin, la antigua gloria de Alejandría está saliendo a la luz gracias al trabajo de arqueólogos submarinistas. Pero lo único que vieron los consternados sabios fue un conjunto de chozas destartaladas, apretujadas en torno a callejuelas estrechas y miserables, con una población de menos de 6.000 habitantes.

La jerarquía militar no había pensado en absoluto en los sabios, que se pasaron varios días buscando alojamiento en casas de europeos residentes en Alejandría y en la casa del cónsul británico, que había huido antes de que llegaran los franceses. Fue preciso que el mineralogista Dolomieu se quejara directamente a Napoleón para que se organizara el suministro de provisiones a los sabios, y aun así sólo recibían la ración normal de un soldado. Napoleón estaba decidido a marcharse de Alejandría lo antes posible, y por todas partes había una actividad frenética. El general Caffarelli, que estaba a cargo de los sabios, sólo tenía tiempo para los ingenieros militares que formaban parte del grupo, y no hacía ningún caso a los demás. A medida que progresaba la campaña, los sabios se fueron acostumbrando a que los trataran como si formasen parte del ejército, pero al principio les sentó muy mal que los consideraran menos importantes que el más humilde de los soldados, y opinaban que utilizarlos como oficinistas y mensajeros (tareas que Caffarelli encomendaba a los que más se quejaban) era desperdiciar su talento.

Las fricciones entre los soldados y los sabios habían comenzado ya durante la travesía desde Francia, y ambas partes se habían quejado a Napoleón. Éste, que tenía un pie en cada campo, no veía que hubiera motivo de queja y las reclamaciones acabaron irritándolo. De hecho, él mismo hizo empeorar la situación al organizar discusiones diarias, generalmente en la cubierta del barco, a las que obligaba a asistir a los sabios y a sus oficiales militares para que discutieran una amplia gama de temas, supuestamente para preparar el Instituto de Egipto que Napoleón tenía intención de fundar. Los soldados designaban a los sabios con epítetos despectivos, el más usado de los cuales era «burros». Durante las marchas, a los auténticos burros que llevaban la carga se los llamaba jocosamente «medio sabios», y cuando las filas formaban en cuadro defensivo antes de una batalla, la orden «los burros y los sabios, al centro del cuadro» provocaba inevitablemente la carcajada de la tropa.

Establecidos provisionalmente en Alejandría, los sabios no encontraron nada de interés en la miseria de la ciudad. Había muy pocos restos antiguos para estudiar. El monumento más visible era el Pilar de Pompeyo, una columna romana de piedra instalada en lo alto de una colina que dominaba la ciudad. A pesar de llevar el nombre del general del siglo I a.C. Pompeyo, cuya cabeza cortada le fue ofrecida a Julio César cuando desembarcó en Egipto en el año 48 a.C. persiguiéndolo, en realidad la columna se erigió durante el reinado del emperador Diocleciano (284-305 d.C.) para conmemorar su visita a Alejandría. Fue el último emperador romano que pisó Egipto durante su reinado. Más interesantes eran las «Agujas de Cleopatra», que eran en realidad dos obeliscos, uno todavía en pie y el otro caído y medio enterrado en la arena, y los dos cubiertos de jeroglíficos. Éstos fueron los primeros monumentos auténticamente egipcios que los franceses encontraron, aunque no tenían ninguna relación con Cleopatra; databan aproximadamente de 1500 a.C. y en un principio se habían alzado delante de un templo de la antigua ciudad de Heliópolis (ahora sepultada bajo los suburbios de El Cairo). Fueron trasladados a Alejandría en el año 10 a.C. por orden del emperador romano Augusto, pero la base del obelisco que se mantenía en pie había quedado enterrada y no se veían sus inscripciones en griego y latín. Incapaces de leer los jeroglíficos, los sabios no podían saber que

aquellos monumentos ya habían recorrido Egipto de punta a punta, desde una cantera cerca de Asuán, muy al sur del país, para ser erigidos en Heliópolis y después reinstalados en Alejandría. Décadas después, el obelisco caído fue transportado al Embankment de Londres, donde se le sigue conociendo como «la Aguja de Cleopatra», y el obelisco que seguía en pie se transportó a Nueva York para instalarlo en Central Park.

Las inscripciones jeroglíficas que los sabios vieron en los obeliscos incluían una elevada proporción de nombres encerrados en cartuchos, como por ejemplo,



que significa «Ramsés, hijo de Ra, el dios del sol, amado del dios Amón», pero ellos no sabían que las inscripciones dedicatorias de este tipo, que consistían casi exclusivamente en nombres y títulos de faraones, no eran especialmente comunes, porque éste era el único tipo de inscripción jeroglífica que les resultaba familiar por haberlo visto en Roma, tallado en los obeliscos y otras esculturas monumentales arrebatadas a Egipto por los romanos más de 1.500 años atrás. Tendrían que pasar varios meses antes de que los sabios adquirieran plena conciencia de la riqueza de los antiguos restos egipcios que aguardaban al sur del delta del Nilo; de momento, sólo habían visto el desierto y los decepcionantes restos de Alejandría.

En marcado contraste con el desierto, el desbordamiento anual del río dejaba a lo largo del valle del Nilo una gruesa capa de cieno negro, húmedo y fértil, que dio origen a uno de los nombres antiguos de Egipto:  Kemet, «la Tierra Negra», una tierra tan fértil que producía el verdadero oro de Egipto:  el grano. Durante miles de años, el ciclo anual de inundaciones sirvió de sostén a un modo de vida que cambiaba tan poco de una generación a otra que el cambio resultaba imperceptible. El grano y otros cultivos hicieron rico al país, tanto que podía mantener la enorme masa laboral (reclutas, más que esclavos) necesaria para construir gigantescos complejos funerarios para sus reyes y enormes templos para sus dioses. Y mientras los dioses regularan el desbor-

Para los romanos, la provincia representaba un botín fabuloso, una tierra de extraños dioses y gran riqueza. Las enormes cantidades de grano producidas en el fértil valle del Nilo eran tan importantes para Roma que Egipto estaba controlado directamente por el emperador; y el oro era tan abundante que, en comparación, la plata era una importación cara. Varios emperadores romanos visitaron el país y quedaron fascinados por sus antiguos monumentos; tanto, que se llevaron a Roma obeliscos, esfinges y diversas estatuas, todo adornado con misteriosos jeroglíficos. La egiptomanía se propagó por la Italia romana, donde se construyeron tumbas en forma de pirámide y casas decoradas al estilo egipcio. Incluso en algunos obeliscos lisos se tallaron falsos jeroglíficos para que parecieran más egipcios, lo cual iba a confundir a los que intentaron descifrarlos cuando la egiptomanía se extendió por Francia como consecuencia directa de la expedición de Napoleón. Una vez más, los estilos egipcios se convirtieron en el último grito de la moda, y en los cementerios de París se construyeron tumbas con pirámides y obeliscos, tal como se había hecho dieciocho siglos antes fuera de las murallas de Roma.

28

Cinco días después de llegar a Alejandría, en julio de 1798, los sabios se dividieron en tres grupos. Gaspard Monge y Claude-Louis Berthollet acompañaron a Napoleón, que partió de Alejandría el 7 de julio al mando de una tropa para conquistar El Cairo. Al día siguiente, otro grupo acompañó al general Menou, que se dirigió a Roseta por mar. Los restantes se quedaron en Alejandría con el general Kléber. Ansioso por llegar a El Cairo lo antes posible, Napoleón ya había enviado fuerzas mandadas por los generales Desaix y Reynier por la ruta del desierto, hacia Damanhur, con la intención de reunirse allí con ellas. Los soldados no estaban debidamente equipados para una marcha semejante: sólo se les habían dado raciones de galletas secas y no tenían cantimploras para el agua. Sólo unos pocos lograron encontrar recipientes para el agua antes de partir, y la marcha degeneró en una obsesiva búsqueda de algo con lo que aplacar la sed.

Desde el momento en que salieron de Alejandría, las tropas volvieron a ser hostigadas por bandas de beduinos que continuaron sus ataques durante todo el camino hasta El Cairo. Era verano, la época más calurosa del año, y aunque emprendían la marcha antes del amanecer, en cuanto el sol se elevaba los soldados padecían un calor abrasador, agravado por el grueso tejido de sus uniformes, y prácticamente sin agua para apagar la sed. Los pozos y cisternas que no habían sido saboteados por los beduinos no tardaron en quedar vacíos; las tropas de Desaix se bebieron la mayor parte del agua, y muchas veces no dejaban nada para los que venían detrás con Reynier. Cuando se encontraba una cisterna con agua, los soldados se peleaban por llegar a ella, ya que casi nunca había suficiente para todos. Como apenas les quedaba agua para ablandar las galletas secas, pasaban hambre además de sed. A veces, veían a lo lejos un lago o un estanque rebosantes de vegetación, y corrían hacia ellos sólo para ver cómo se desvanecían. Como estaban desesperados por encontrar agua y nunca habían visto un espejismo, los soldados caían en el engaño una vez tras otra. Más adelante, Gaspard Monge estudió los espejismos y consiguió explicar sus causas, pero en la marcha de Alejandría a El Cairo provocaron tanta desesperación que muchos soldados enloquecieron y se pegaron un tiro.

Unos 18.000 hombres partieron de Alejandría hacia Damanhur, y varios centenares fueron muertos por los beduinos, se suicidaron

o murieron de calor y sed. Desde el punto de vista de Napoleón, este número de bajas era pequeño; pero para los soldados, el viaje de 72 kilómetros representó una agonía interminable, en la que dejaron por lo menos un muerto por cada 200 metros recorridos. Uno de los oficiales declaró que iban dejando atrás un rastro de cadáveres. La moral de la tropa, que ya estaba baja después del mareante viaje por mar, el peligroso desembarco y el ataque a Alejandría, quedó aniquilada por esta marcha. Con bastante razón, soldados y oficiales culpaban a Napoleón y a su administración de la falta de previsión y suministros adecuados, y Napoleón vio muy claro que para restaurar la moral era imprescindible una victoria aplastante y lucrativa sobre los mamelucos.

En el Imperio otomano, ya en declive, Egipto seguía sometido a la autoridad de los sultanes de Constantinopla pero había quedado dominado por los mamelucos. En árabe, mameluco significa «hombre comprado», pero en realidad, aunque a los mamelucos los compraban como esclavos cuando eran niños, generalmente en el Cáucaso, se los preparaba para ser guerreros y se convertían automáticamente en hombres libres al recibir un destino militar. Los mamelucos formaban la auténtica aristocracia de Egipto y vivían lujosamente gracias a los impuestos arrancados al resto de la población. Bandas de mamelucos dirigidas por caudillos locales, llamados *beys*, aterrorizaban al país y de vez en cuando hacían la guerra al ejército turcootomano. En la época de la invasión de Napoleón, los dos *beys* principales que gobernaban en nombre del sultán eran Ibrahim Bey y Murad Bey. Los mamelucos sólo entendían de caballos, muerte y extorsión; individualmente, podían dar grandes muestras de valor, pero también podían emprender la retirada a velocidad espectacular, como Napoleón iba a comprobar muy pronto.

El 9 de julio, todas las tropas supervivientes habían llegado a Damanhur, y Napoleón dirigió la fuerza conjunta hacia El Rahmaniya, en el río Nilo. Aunque en aquella época del año el nivel del río era el mínimo, el Nilo seguía siendo una importante masa de agua, y los soldados se pusieron histéricos de alegría. Se arrojaron al agua y estuvieron horas jugando en ella; algunos murieron por beber demasiado, tan poco tiempo después de haber padecido tanta sed. Desde allí, Napoleón avanzó río arriba para investigar los infor-

mes que decían que una tropa de mamelucos mandada por Murad Bey se acercaba a la población de Shubra Khit, a doce kilómetros en dirección sur. Murad Bey era un caudillo corpulento, cruel y astuto, que vivía para la guerra y jamás aceptaba la derrota... a pesar de que nunca vencía. Acompañando a Napoleón por el río iba una flotilla de cañoneras requisadas como transporte en Roseta, con las que pensaba contrarrestar las cañoneras que, según los informes, acompañaban al ejército mameluco de Murad Bey. También servían como transporte para los no combatientes, como Gaspard Monge, Claude-Louis Berthollet y Pauline Fourès, alias Cleopatra.

Los franceses llegaron a Shubra Khit el 13 de julio, y se enfrentaron por primera vez a un ejército mameluco. Aunque los mamelucos confiaban sobre todo en la caballería, tenían también un cuerpo de infantería, formado principalmente por campesinos egipcios armados sólo con porras. La infantería francesa formó en cuadros, con cañones en las esquinas de cada cuadro, y la poca caballería que tenían se situó dentro de los cuadros para estar protegida. Los mamelucos, aunque desconcertados por esta formación, confiaban no obstante en la eficacia de su habitual carga a toda velocidad. Los mamelucos casi nunca caían prisioneros en combate: su táctica se basaba en la velocidad de su ataque y retirada, o salían victoriosos y se retiraban rápidamente, o caían muertos. Armados hasta los dientes con cimitarras, jabalinas, mazas, hachas de guerra, dagas y carabinas, además de varios pares de pistolas, los mamelucos iban también lujosamente vestidos, con sedas y muselinas de colores brillantes, y cada uno llevaba su fortuna personal en monedas y joyas. Su método de combate consistía en cargar, primero disparando las carabinas y después las pistolas, que luego tiraban al suelo para que las recogieran sus sirvientes. A continuación, lanzaban las jabalinas, y por fin atacaban con la cimitarra; algunos, incluso, sujetaban las riendas con los dientes y manejaban dos cimitarras, una con cada mano.

Durante varias horas, la caballería mameluca dio vueltas en torno a los cuadros franceses, buscando un punto débil por donde atacar, pero no se decidieron a cargar hasta que las dos flotillas de cañoneras empezaron a intercambiar fuego de artillería. En cuanto estuvieron a tiro, la cerrada descarga de los cañones, mosquetes y pistolas de los cuadros franceses hizo retroceder a los mamelucos

antes de que pudieran hacer ningún daño, y al cabo de una hora se retiraron a sus posiciones iniciales. Mientras tanto, las cañoneras francesas se habían llevado la peor parte de la batalla, y hasta los civiles habían tenido que intervenir en la lucha. Napoleón ordenó a sus tropas que ayudaran a las cañoneras, y poco después un cañón logró hacer blanco directo en la nave capitana de la flotilla mameluca, que quedó destruida en una espectacular explosión. Esto provocó un estallido de risas histéricas entre los franceses, y la caballería mameluca volvió grupas y huyó, seguida por el resto de su ejército.

La victoria en la batalla de Shubra Khit levantó la moral de la tropa francesa durante algún tiempo, pero Murad Bey y su ejército habían escapado. Se reanudó la agotadora marcha hacia El Cairo y continuó la lenta consunción de las fuerzas francesas a causa del calor, la sed y los suicidios. El 20 de julio, cuando los franceses se acercaban ya a El Cairo, se enteraron de que Murad Bey había concentrado sus fuerzas en ambas orillas del Nilo en Embaba, justo al norte de la ciudad. Al día siguiente, tras una marcha de doce horas, los franceses llegaron a Embaba a las dos de la tarde, la hora más calurosa del día. A lo lejos se veían las pirámides, situadas a unos 16 kilómetros, y por eso la batalla se denominó «la batalla de las Pirámides». En sus memorias, Napoleón dejó escrito que arengó a sus tropas y, señalando las pirámides, dijo: «Soldados, desde allá arriba cuarenta siglos os contemplan.» Es muy dudoso que la mayoría de los soldados comprendiera la importancia de las pirámides o sintiera el menor interés por ellas; en cualquier caso, las tropas estaban desplegadas por una superficie tan extensa que sólo los más próximos a Napoleón habrían podido oírle. Lo más probable es que se tratara de un comentario dirigido a sus oficiales, y no de un intento de inspirar a sus tropas apelando a su supuesto deseo de ganarse un puesto en la historia.

Formados en cuadros, los franceses se situaron fuera del alcance de la artillería atrincherada de los mamelucos y así provocaron a la caballería mameluca para que atacara. Los franceses no dispararon hasta que los mamelucos estuvieron a menos de cincuenta metros; y cuando lo hicieron, la descarga de fuego paró en seco la carga. Durante una hora, los mamelucos continuaron cargando en vano contra los cuadros, y por fin se retiraron a sus posiciones atrincheradas,

justo cuando éstas estaban siendo atacadas por las tropas adelantadas mandadas por los generales Desaix y Reynier. Entre los mamelucos cundió la confusión, que pronto se transformó en fuga desordenada: Murad Bey escapó con parte de su caballería, mientras la mayor parte de la infantería mameluca huía cruzando el Nilo. Ésta era la victoria aplastante que Napoleón había deseado, empañada tan sólo por la huida de Murad Bey, y los soldados se pasaron la siguiente semana pescando mamelucos muertos en el Nilo para despojarlos de su oro, joyas y otros objetos valiosos. Aquella victoria fue el giro decisivo que Napoleón necesitaba para recuperar el control de su desilusionado ejército, que habría podido amotinarse. Al día siguiente, 22 de julio, los dirigentes de El Cairo solicitaron negociar las condiciones de rendición, y dos días más tarde Napoleón entró en la ciudad.

Desde que desembarcaron las primeras tropas, a comienzos de julio de 1798, los franceses habían tardado casi un mes en conquistar Alejandría y El Cairo, y durante ese tiempo la flota británica mandada por Nelson seguía buscando a la expedición francesa por el Mediterráneo oriental. Horatio Nelson había ingresado en la marina en 1770, y había servido muchos años en las Antillas. En 1794, en Córcega, había perdido el ojo derecho, y tres años más tarde, en Tenerife, perdió el brazo derecho, pero seguía siendo un contraalmirante formidable y un maestro de la estrategia naval. El 1 de agosto Nelson llegó a Alejandría, y al enterarse de que la flota francesa estaba anclada a pocas millas al este, viendo que el viento estaba a su favor, inmediatamente puso rumbo a Aboukir. El almirante francés Brueys, al mando de la flota, había anclado las naves de transporte y los barcos pequeños en los muelles de Alejandría, pero, por temor a los bajíos y a los vientos contrarios, había anclado los buques de guerra más grandes, diecisiete en total, en una línea defensiva curva en medio de la bahía de Aboukir. Lo que más preocupaba a los marineros franceses era encontrar provisiones, y más de la cuarta parte de ellos estaba en tierra, algunos buscando en lugares tan lejanos como Alejandría y Roseta. A pesar de su fuerza aparente, los barcos sólo estaban preparados para un ataque por el lado del mar. Los cañones del lado de tierra no estaban atendidos y algunos estaban obstruidos por cargamento y equipajes.

Eran las dos de la tarde cuando los barcos más adelantados de la flota de Nelson doblaron el promontorio de Aboukir. Durante la larga búsqueda por el Mediterráneo, Nelson y sus capitanes habían tenido tiempo de sobra para discutir tácticas y, con gran sorpresa de los franceses, la flota británica se dispuso a atacar inmediatamente. Los capitanes franceses, que se encontraban conferenciando a bordo del buque insignia, *L'Orient*, tuvieron que regresar a toda prisa a sus barcos. A las cuatro, las catorce naves de la flota británica habían pasado el promontorio, y la batalla comenzó sólo dos horas más tarde, cuando quedaba poco tiempo de luz diurna. En cuanto se dio cuenta del peligro, Brueys hizo señales a los hombres de tierra para que regresaran, y enseguida se preparó para la batalla, pero su línea de barcos estaba anclada a más de dos kilómetros y medio de la costa, y a casi un kilómetro de los bajíos que los habrían protegido por el lado de tierra. Los primeros barcos británicos se arriesgaron en la peligrosísima jugada de rebasar la línea y penetrar hasta el lado de tierra de los barcos enemigos, para que su flota pudiera atacar la línea francesa desde los dos lados; al pasar, dos barcos británicos combatían a cada nave francesa. Los barcos franceses situados más allá de la línea poco pudieron hacer para ayudar.

La batalla continuó durante toda la noche, y cada barco francés recibía por lo menos dos andanadas por cada una que lograba disparar. A bordo del *Vanguard*, Nelson sufría un fuerte dolor de muelas, y antes de que empezara el combate les había dicho a sus oficiales: «Mañana a estas horas me habré ganado un título nobiliario o [una tumba en] la abadía de Westminster.» Aproximadamente a las ocho y media de la tarde, un trozo de metralla le dio en la cabeza, y una tira de piel quedó colgando de la herida, tapándole el ojo izquierdo y dejándole ciego a todos los efectos. Mientras se desplomaba en los brazos del capitán Berry, murmuró: «Me han matado. Salude de mi parte a mi esposa.» El médico de a bordo convenció a Nelson de que la herida no era mortal; después de curársela, el almirante recuperó algo de vista y pudo volver a cubierta durante un rato, en el que pudo contemplar la destrucción del buque insignia francés, *L'Orient*, que estalló con una llamarada que se vio desde Alejandría y un estampido que se oyó a cuarenta kilómetros de distancia. El capitán Berry escribió que «*L'Orient* voló con una explosión absolu-

tamente tremenda. A continuación hubo una terrible pausa en un silencio mortal, que duró aproximadamente tres minutos, hasta que los restos de los mástiles, vergas y cordaje, que habían sido lanzados a enorme altura, cayeron al agua y sobre los barcos cercanos».

La batalla se saldó con una rotunda victoria británica; sólo dos naves de guerra francesas lograron escapar. Los franceses sufrieron bajas considerables: 1.700 muertos y 1.500 heridos, y además perdieron muchos cargamentos que no se habían desembarcado, incluyendo equipo perteneciente a los sabios; a bordo del buque insignia había habido oro, plata y joyas, producto del saqueo de Malta durante la travesía a Egipto. Un equipo de arqueólogos franceses ha localizado el punto donde se hundió el *L'Orient* y ha conseguido recuperar monedas de oro, una placa de bronce con el nombre de la nave grabado, partes reconocibles del barco y restos de algunos tripulantes.

La destrucción del *L'Orient* y los demás barcos de guerra puso fin a la ambición napoleónica de conquistar el Oriente. Aunque lo encajó con entereza y seguía hablando de dirigir un ejército hacia la India, lo cierto era que los franceses estaban aislados en Egipto. Tenían barcos de transporte, pero no barcos de guerra para protegerlos de la armada británica, que amenazaba su ruta de suministros desde Francia. Mucho más importantes que los resultados militares fueron las consecuencias políticas: con la expedición francesa tan debilitada, Turquía rompió las negociaciones con el gobierno francés y se unió a la alianza de enemigos de Francia. Poco después se reunió un ejército turco para marchar contra los franceses de Egipto. La pérdida del oro y la plata que llevaban los barcos de guerra fue otro duro golpe, porque en lugar de permitir a sus soldados que saquearan libremente, como era su costumbre, Napoleón estaba intentando ganarse a la población nativa a base de pagar por todo lo que su ejército necesitaba. Y se estaba quedando sin dinero muy deprisa.

La victoria de la bahía de Aboukir era la mayor que se había logrado en la guerra contra Francia, y fue el primer revés importante de Napoleón, al que hasta entonces la propaganda francesa presentaba como invencible. En Inglaterra, Nelson se convirtió en un héroe nacional y fue saludado como «lord Nelson» en el periódico *The Times* antes incluso de que el rey Jorge III lo ascendiera a la noble-

za. La batalla de la bahía de Aboukir acabó denominándose batalla del Nilo, y Nelson se convirtió en barón del Nilo, con una pensión anual de 2.000 libras para el resto de su vida. Entre otros muchos honores y regalos que Nelson recibió, hubo uno tan práctico como macabro del capitán Hallowell, del *Swiftsure*, uno de los barcos que habían participado en el hundimiento del *L'Orient*, que le regaló a Nelson un ataúd. La carta de Hallowell que acompañaba al regalo empezaba diciendo: «Señor, aquí le envío un ataúd hecho con parte del palo mayor del *L'Orient*, para que cuando se canse de esta vida pueda ser enterrado en uno de sus propios trofeos.» El 9 de enero de 1806, aquel ataúd, con el cuerpo de lord Nelson dentro, fue introducido en una cripta de la catedral de San Pablo en Londres.

Para los sabios, la batalla del Nilo significó la pérdida de casi todos sus libros de consulta y muchos instrumentos científicos, y también perder la esperanza de un rápido regreso a Francia cuando hubieran terminado su tarea de recoger información del país. En Alejandría, la primera reacción fue de miedo a que la flota británica atacara a continuación el puerto, y por ello el inventor Nicolas Conté diseñó hornos para fundir balas de cañón para disparar contra los barcos enemigos y una bomba flotante para combatir los incendios. Más adelante, Conté instaló talleres en El Cairo, donde él y sus ayudantes se dedicaron a reemplazar gran parte del equipo militar y científico que habían perdido. El primer problema consistió en fabricar los instrumentos necesarios para manufacturar equipo de precisión. En estos talleres se fabricaron, entre otros instrumentos científicos, brújulas, microscopios, telescopios, aparatos quirúrgicos, material de dibujo y equipos de topografía. Para el ejército fabricaron hojas de espada, cornetas, ropa e incluso botones para los uniformes.

El 22 de agosto de 1798, Napoleón fundó el Instituto Egipcio de Artes y Ciencias de El Cairo, seleccionando una comisión de siete sabios para que eligieran a los demás miembros. El Instituto constaba de cuatro secciones (Matemáticas, Física, Economía Política y Literatura y Arte) e incluía a los sabios más destacados y prometedores. El matemático Joseph Fourier fue nombrado secretario perpetuo. El Instituto obtuvo logros cuya importancia iba a ser duradera y cuyos beneficios se seguían notando mucho después de que la campaña de Egipto quedara olvidada y las numerosas vidas perdidas en

la batalla del Nilo y en los dos siguientes años de campaña egipcia de Napoleón se convirtieran en meras notas a pie de página de la historia. Napoleón concedía mucha importancia al Instituto y al trabajo de los sabios en general, y esto se reflejaba en los alojamientos que les proporcionó en el suburbio caiota de Nasriya, en un complejo de edificios construido en torno a un antiguo palacio mameluco. Allí había salas de reuniones, laboratorio químico, biblioteca, observatorio, imprenta, jardines zoológicos y botánicos, terrenos para experimentos agrícolas, los talleres de Conté y un pequeño museo de historia natural. Los sabios vivían en habitaciones del palacio y en algunas de las casas que lo rodeaban, y celebraban las reuniones oficiales en lo que había sido el harén; en los jardines había reuniones informales todas las tardes.

Los propósitos del Instituto eran muy amplios: la investigación, estudio y publicación de datos sobre la naturaleza, la industria y la historia de Egipto, y la difusión del conocimiento así obtenido. Desde el principio, el Instituto adoptó un enfoque multidisciplinar de los problemas que se le presentaban, y con el tiempo fue responsable de la construcción de hospitales, planes de riego, sistemas de alcantarillado, recintos de cuarentena para combatir las enfermedades infecciosas y una red postal, además de proyectos para estudiar casi todos los aspectos del país. La variada obra del Instituto se publicó desde 1809 hasta 1828 como *Description de l'Égypte*, y una gran parte estaba dedicada a las antigüedades del país, lo cual representó un avance muy importante para la egiptología (aunque la palabra «egiptología» no se utilizó hasta mediados del siglo XIX), entre otras razones porque en algunos casos constituía la única fuente de datos sobre monumentos que fueron destruidos después de que los franceses se marcharan de Egipto. Los jeroglíficos tallados en estos monumentos, que se fueron publicando poco a poco, se convirtieron en la principal fuente de material para todos los aspirantes a descifradores, pero hasta que estas copias se compararon con los monumentos mismos después de que se hubieran descifrado los jeroglíficos, nadie se dio cuenta de las inexactitudes y errores que habían llevado por mal camino a los investigadores.

Una vez establecidos en el distrito de Nasriya, los sabios empezaron a pasárselo bien, y aunque cada uno se dedicaba a su especia-

lidad, encontraban interesantísima la interacción sin precedentes con otros especialistas. Les fascinaba todo lo que se iba descubriendo sobre el país, y poco a poco se adaptaron a sus costumbres. Los sabios se habituaron a beber café turco y a fumar en narguila (pipa de agua), y se dejaron crecer la barba cuando descubrieron que el rostro afeitado estaba considerado como una señal de esclavitud, pero su entusiasmo rara vez se extendió a El Cairo mismo. La mayoría de los soldados y de los sabios tenía la misma opinión sobre la ciudad. El ingeniero Villiers du Terrage, aunque admiraba la belleza de las 300 mezquitas de El Cairo, era plenamente consciente de que las calles eran asquerosas, y el artista Denon escribió con desprecio que en El Cairo había visto «una inmensa población, grandes espacios para cruzar, pero ni una calle bonita, ni un monumento hermoso: sólo una enorme plaza, pero que parece un campo... palacios rodeados por muros que entristecen las calles en lugar de embellecerlas; las viviendas de los pobres, más mugrientas que en ninguna otra parte». Según la opinión de Napoleón, El Cairo, con sus 300.000 habitantes, era la ciudad con «la chusma más vil del mundo».

Y si a los franceses no acababa de gustarles El Cairo, a muchos de sus habitantes no les gustaban los franceses, que habían ofendido de numerosas maneras a sus costumbres locales y tradiciones religiosas: prohibiendo el enterramiento de los muertos, por muy santos que fueran, en el interior de la ciudad; imponiendo un impuesto de construcción que exigía el examen de documentos sobre edificios que se consideraban privados y que a veces tenían funciones religiosas; y con muchas ordenanzas menores, como la que obligaba a barrer las calles y retirar la basura. Muchos habitantes consideraban que el comportamiento de los franceses en público era inmoral, y no podían comprender por qué recurrían tanto a mujeres prostitutas y no a jovencitos. Peor aún: los hombres empezaron a preocuparse de verdad cuando sus propias esposas e hijas empezaron a imitar la libertad de costumbres europea, apareciendo en público sin velo en compañía de los invasores. Cuando los franceses perdieron el control de Egipto en 1801, muchas de aquellas mujeres fueron decapitadas por su forma de comportarse. El resentimiento hacia los franceses era explotado por los fanáticos religiosos y por agentes de los mamelucos, que aseguraban que los ejércitos otomanos estaban en camino

para expulsar a los franceses de Egipto y exhortaban a los musulmanes a alzarse en guerra santa contra los franceses. A pesar de que estas llamadas a la guerra santa eran voceadas desde los minaretes de las mezquitas durante las oraciones (cinco veces al día), los franceses no eran conscientes de la situación, y el levantamiento del 21 de octubre los pilló completamente por sorpresa.

La revuelta empezó a primera hora de la mañana, con la construcción de barricadas en las calles, la reunión de hombres armados en las mezquitas y el cierre de las tiendas. Las tropas francesas entraron en alerta a las ocho de la mañana, pero la administración francesa aún no se daba cuenta del peligro, y Napoleón y tres de sus generales llegaron a salir para inspeccionar unas fortificaciones que se estaban construyendo fuera de la ciudad. A las diez, la noticia de que había un alzamiento general llegó a oídos de Napoleón, que regresó apresuradamente y encontró cadáveres en las calles, incendios por toda la ciudad y ataques contra las zonas no musulmanas. En la casa del general Caffarelli, la multitud mató a cuatro sabios y saqueó o destruyó muchos instrumentos científicos.

Sólo quedaban en manos francesas la ciudadela, los acuartelamientos, el cuartel general instalado en la plaza Esbekiya y los edificios del Instituto de Egipto. Con la mayor parte de la ciudad bajo su control, la multitud empezó a saquear los almacenes, sin importar si sus dueños eran cristianos o musulmanes. El Instituto de Egipto, a tres kilómetros de la plaza Esbekiya, estaba rodeado por una muchedumbre hostil, y no le llegó ayuda hasta media tarde, en forma de una compañía de granaderos que traía cuarenta mosquetes, que pocos de los sabios sabían utilizar. El matemático Gaspard Monge organizó la defensa del Instituto, sobre todo para proteger los instrumentos y el equipo que se almacenaban allí, pero la noche transcurrió con tranquilidad y a la mañana siguiente los sabios mantuvieron a raya a sus atacantes durante dos horas, con esporádico fuego de mosquetes, hasta que dos patrullas del ejército francés acudieron al rescate. Para restaurar el orden, Napoleón se concentró en el foco de la insurrección, la mezquita de El Azhar, que bombardeó con artillería. A continuación, tres batallones de infantería con bayoneta calada y 300 soldados de caballería con los sables desenvainados convergieron sobre la mezquita y la tomaron por asalto. Varios cientos de rebeldes

cayeron prisioneros, y la mezquita fue sistemáticamente saqueada y deliberadamente profanada. Al llegar la noche, los combates habían terminado: los franceses habían perdido unos 300 hombres, y puede que murieran unos 5.000 habitantes de la ciudad.

Aunque la rebelión de El Cairo fue la peor con diferencia, se produjeron levantamientos en otros lugares controlados por los franceses. Todos ellos fueron reprimidos con rapidez, pero seguía existiendo el peligro de los mamelucos. Tras su derrota en la batalla de las Pirámides, Murad Bey había escapado y estaba reuniendo otro ejército. El 25 de agosto de 1798, unas ocho semanas antes del alzamiento de octubre, el general Desaix había partido hacia el Alto Egipto en busca de Murad, llevando 2.861 soldados de infantería y dos cañones de campaña en un viaje de más de 4.800 kilómetros que iba a durar muchos meses. Aunque Desaix era un excelente general, la campaña no tenía posibilidades de salir bien, debido a la habilidad de Murad para sacar ventaja del terreno desértico, pero este épico viaje iba a ejercer un efecto duradero sobre la egiptología y el estudio de los jeroglíficos, porque durante gran parte del recorrido Desaix fue acompañado por el artista Vivant Denon. Denon alcanzó a Desaix a principios de noviembre y pasó nueve meses subiendo y bajando por el valle del Nilo con las tropas mandadas por el general Desaix y el general Belliard, que acababa de llegar con refuerzos.

Con 51 años, Dominique Vivant Denon era uno de los sabios de más edad y ya tenía a sus espaldas una brillante carrera, habiendo formado parte de la corte de Luis XV, donde fue uno de los favoritos de madame Pompadour. Después de estudiar artes y letras, se había dedicado al dibujo y la pintura y era autor de varios libros, entre ellos uno de dibujos pornográficos, y de una obra teatral de éxito. Era un viajero experimentado y había sido diplomático en Rusia, Suecia, Suiza e Italia. Cuando comenzó la Revolución Francesa se encontraba en Venecia, y aunque se las arregló para regresar a Francia y hacer borrar su nombre de la lista de proscritos, todas sus propiedades habían sido confiscadas y se vio obligado a malvivir vendiendo sus dibujos y escritos. Más adelante, Denon formó parte del círculo de artistas e intelectuales que frecuentaban el salón de Josefina, y allí conoció al marido de ésta, Napoleón. Receloso de las conexiones de Denon con la monarquía prerrevolucionaria y consi-

derándolo demasiado viejo, Napoleón se negó al principio a llevarlo en la expedición a Egipto. Fue Josefina la que convenció a Napoleón de que invitara a Denon, iniciando así una serie de acontecimientos que convertirían el antiguo Egipto en el foco de atención del mundo occidental, con una influencia sobre los estilos y modas de Europa que iba a durar varias décadas.

Desde que desembarcó en Egipto, Denon había dedicado todo su tiempo disponible a dibujar bocetos de todo lo que veía, y ya había acumulado una gran colección de dibujos. Le preocupaba quedarse sin lápices, ya que los sabios siempre andaban escasos de material, y estaba constantemente pidiéndole más lápices a Conté, que los fabricaba en sus talleres de El Cairo. Cuando los suministros no lograban alcanzar al ejército de Desaix, Denon improvisaba lápices fundiendo balas de plomo. Pero la escasez de lápices no era para él un problema tan grave como la falta de tiempo. Por razones de seguridad, siempre tenía que desplazarse con el ejército, que se movía con rapidez en persecución de Murad Bey y casi nunca se detenía mucho tiempo en un lugar. Por lo general, Denon disponía sólo de minutos para hacer un boceto completo antes de verse obligado a reemprender la marcha.

El ejército se movía hacia el sur, remontando el valle del Nilo, flanqueado por el desierto por ambos lados. La decepción que habían sentido al ver los restos del antiguo Egipto –prácticamente nada en Alejandría y sólo las pirámides y la Esfinge cerca de El Cairo– pronto dejó paso al asombro ante los increíbles templos y tumbas del Alto Egipto. Denon aprovechó cualquier oportunidad, por fugaz que fuera, para explorar aquellas ruinas y hacer rápidos bocetos, y no tardó en darse cuenta de que casi todas las ruinas estaban cubiertas de jeroglíficos. Comprendió inmediatamente las limitaciones de sus bocetos y resumió acertadamente el problema de los jeroglíficos: «Se tardaría meses en leerlos, suponiendo que conociéramos el idioma; en copiarlos, se tardaría años.» Cuando el ejército llegó a Dendera, la visión del templo asombró de tal manera a soldados y oficiales que muchos salieron espontáneamente de las filas y corrieron a explorarlo. Por una vez, Denon dispuso del resto del día para dibujar, pero, al igual que los soldados, estaba tan sobrecogido por la magnificencia de la estructura que no sabía qué dibujar primero. Cada faceta de

la arquitectura, cada relieve, cada pintura, las profusas inscripciones jeroglíficas que cubrían casi toda la superficie del templo, por dentro y por fuera... todo ello le llamaba la atención a la vez. Así lo contó: «Con el lápiz en la mano, pasaba de un objeto a otro... me faltaban ojos y manos, y mi cabeza era demasiado pequeña para ver, dibujar y poner algún orden en todo aquello, que me tenía abrumado. Me sentí avergonzado de los indignos dibujos que estaba haciendo de cosas tan sublimes.» Totalmente absorto, Denon dibujó con frenesí hasta que le faltó luz, y sólo entonces se dio cuenta de que el ejército había partido... con la excepción de su amigo el general Belliard, que se había quedado para vigilarlo y protegerlo; tuvieron que poner sus caballos al galope para alcanzar al ejército antes de que cayera la noche.

Dendera fue el primer monumento antiguo de importancia que el ejército vio de cerca, y afectó profundamente a muchos soldados. El templo, construido en un estilo arquitectónico completamente desconocido, estaba cubierto de jeroglíficos, y en el techo de una sala estaba tallada una magnífica representación circular del Zodíaco. Denon quedó asombrado por las ruinas, y escribió: «Me gustaría ser capaz de transmitir al alma de mis lectores la sensación que yo experimenté. Estaba totalmente maravillado.» Aquella noche, un joven oficial se le acercó y expresó lo que muchos otros sentían: «Desde que llegué a Egipto, engañado por todo, he estado constantemente deprimido y enfermo. Dendera me ha curado. Lo que he visto hoy me compensa de todas mis fatigas; me ocurra lo que me ocurra en lo que queda de esta expedición, me felicitaré toda mi vida por haber estado en ella.»

El ejército continuó persiguiendo al caudillo mameluco Murad Bey, y Denon siguió haciendo bocetos siempre que podía, generalmente «arrodillado, de pie o incluso a caballo; nunca he sido capaz de terminar uno como me habría gustado, porque durante un año no he encontrado ni una sola vez una mesa lo suficientemente estable para usar una regla». Pero en algunas ocasiones, amables soldados le sostenían el tablero de dibujo y le daban sombra para que no trabajara a pleno sol. El 27 de enero de 1799, el ejército dobló una curva y vio por primera vez el panorama de la antigua Tebas. Absolutamente asombrados, los soldados se detuvieron espontáneamente y esta-

llaron en aplausos. Para Denon representó otra frustración, porque el ejército no podía detenerse, y lo único que pudo hacer fue galopar de templo en templo con una escolta de caballería, hasta la necrópolis y de regreso, antes de picar espuelas para alcanzar al ejército. Siguieron hacia el sur, pasando por otras antiguas ruinas, y recorrieron 400 kilómetros en diez días, llegando a Asuán el 2 de febrero. Los mamelucos se habían marchado de allí sólo dos días antes. El general Belliard escribió en su diario que las impresionantes cataratas y el inmenso desierto parecían un aviso de la naturaleza, que decía «*Alto ahí, no sigas adelante*». Después de pasar dos días en Asuán, volvieron hacia el norte, y durante los 50 días siguientes recorrieron casi 900 kilómetros, subiendo y bajando el valle del Nilo en busca de los mamelucos.

Como el ejército pasó varias veces por algunos de los antiguos lugares, Denon pudo acumular poco a poco una serie de dibujos de cada uno, y su carpeta iba haciéndose cada vez más valiosa. Jamás la perdía de vista y la utilizaba como almohada cuando dormía. Además, reunió todas las antigüedades portátiles que pudo, como vasijas de cerámica, estatuillas e incluso el pie momificado de una mujer, que encontró en una tumba del Valle de los Reyes. Dicho pie inspiró el relato *Le pied de momie* («El pie de la momia»), publicado en 1840 por Théophile Gautier; aunque no fue la primera obra de ficción en la que aparecía una momia, inició todo un género de historias de terror romántico que, a su vez, generaría más adelante toda una serie de películas de terror. La joya de la colección de Denon era un rollo de papiro con escritura jeroglífica que adquirió en Tebas: mientras se negociaba la rendición de unos jeques, le trajeron una momia con el rollo de papiro agarrado en una mano, y quedó casi abrumado por la emoción: «Me quedé sin habla... No sabía qué hacer con mi tesoro, temiendo estropearlo. No me atrevía a tocar aquel libro, el libro más antiguo que se conoce hasta la fecha... Sin pensar que el texto de mi libro era tan desconocido como el idioma en el que estaba escrito, me imaginé por un momento que tenía en mis manos el *compendium* de la literatura egipcia.»

Mientras Denon hacía lo que podía por registrar y recolectar antigüedades, el ejército alcanzaba de vez en cuando a los mamelucos y los forzaba a combatir. La táctica de Murad era siempre la

misma: llegaba a una zona pocos días antes que los franceses, agitaba a los campesinos con su propaganda y los alistaba de grado o por fuerza en su ejército. Cuando los franceses atacaban, Murad se aseguraba de que los campesinos cargaran con el mayor peso de la batalla y, mientras los franceses estaban ocupados luchando con ellos, los mamelucos escapaban al desierto. Aunque los campesinos morían a miles, los franceses generalmente perdían más hombres que los mamelucos, que se desplazaban a otra parte del valle del Nilo para continuar su guerra de agotamiento con un nuevo contingente de campesinos. Desde el punto de vista francés, parecía que esto podía continuar hasta que no les quedase ejército, pero cada vez había más tensión entre los beys mamelucos, que tendían a huir en cuanto hacían entrar en batalla a los franceses, procurando salvar a sus propios hombres mientras los franceses mataban a los seguidores de sus rivales. A mediados de marzo de 1799, las fuerzas de Murad empezaron a desintegrarse, dejando a los franceses con el control teórico del territorio, pero éstos no podían abandonar la persecución, ya que los beys podían volver a unirse en una fuerza lo bastante grande como para vencerlos. Desaix dividió muchas veces su ejército para ocuparse de las bandas dispersas de mamelucos, mientras una fuerza separada, mandada por Belliard, seguía recorriendo el valle del Nilo de arriba abajo, combatiendo a los mamelucos cada vez que podía encontrarlos.

También en marzo, un equipo de ingenieros dirigido por el ingeniero jefe Pierre Girard llegó desde El Cairo para unirse al general Belliard, estudiar el río Nilo y ver cómo se podía aprovechar para aumentar la fertilidad de la tierra. Dos de aquellos ingenieros, Prosper Jollois y Édouard de Villiers du Terrage, quedaron especialmente impresionados por las antiguas ruinas y decidieron tomar nota de todo lo que pudieran, una resolución que se reforzó el 25 de mayo, cuando se encontraron con Denon en Qena y éste les enseñó sus dibujos de las increíbles ruinas de Dendera. Durante su estancia en Qena, en la orilla opuesta del Nilo, hicieron numerosas visitas a Dendera y trazaron planos precisos, con secciones y perspectivas, estudiando la arquitectura y los métodos de construcción. Como eran ingenieros y no artistas, su manera de estudiar los monumentos era más científica, y su reproducción del Zodiaco quedó mucho más

exacta que la de Denon. Girard no aprobaba en absoluto su interés por las ruinas y hacía todo lo posible por estorbárselo, pero ellos se las arreglaron para terminar su trabajo sobre la hidrología del Nilo y aún tener tiempo para los monumentos, e incluso contaron con el apoyo del general Belliard, a quien Denon había convencido de la importancia del trabajo. Además de Dendera, los dos ingenieros visitaron la isla de File, cerca de Asuán, los templos de Kom Ombo, Edfu e Isna y los templos y tumbas de Tebas, trazando planos y dibujos arquitectónicos, y copiando cientos de jeroglíficos. Tal como le había ocurrido a Denon, se les acabaron los lápices fabricados por Conté en El Cairo y tuvieron que improvisar fundiendo balas y vertiendo el plomo en cañas huecas.

El 19 de julio de 1799, Napoleón encargó a dos comisiones de sabios, dirigidas por los matemáticos Joseph Fourier y Louis Costaz, que hicieran un estudio científico y un registro preciso de los antiguos monumentos del Alto Egipto, pero hasta que Denon regresó a El Cairo a mediados de agosto no se dieron cuenta de la magnitud de la empresa. Cuando Denon empezó a contar todo lo que había visto y enseñó sus dibujos y artefactos, se quedaron completamente estupefactos y se dieron cuenta de que los pocos monumentos del Bajo Egipto, incluyendo las pirámides, no eran nada en comparación con las maravillas de Dendera o Tebas. De hecho, los dibujos de Denon demostraban la importancia de los jeroglíficos que parecían cubrir casi todas las superficies. Si pudieran descifrar los jeroglíficos, podrían comprender los monumentos, pero de momento lo único que podían hacer era copiarlos. En los diarios escritos por los sabios sólo se describe el aspecto físico de los jeroglíficos, ya que eran incapaces de decir nada sobre su significado. Las dos comisiones salieron de El Cairo el 20 de agosto, y al llegar al Alto Egipto se reunieron con Jollois y Villiers. Con buen sentido, Fourier y Costaz decidieron no repetir el trabajo que ya habían hecho los dos ingenieros y concentrarse en lo que aún no estaba registrado. El resultado fue un enorme volumen de notas, dibujos, papiros, momias, estatuillas y toda clase de artefactos, que se llevaron a El Cairo para estudiar.

El mismo día en que Napoleón designó las dos comisiones que debían estudiar el Alto Egipto, se descubrió en Roseta una de las

claves para descifrar los jeroglíficos. Un grupo de soldados estaba reforzando las defensas de la derruida fortificación de Rachid, que los franceses habían rebautizado como Fort Julien, a unos tres kilómetros al noroeste de Roseta. Estaban demoliendo un muro en ruínas cuando un soldado llamado D'Hautpoul descubrió un fragmento de lápida de piedra de color gris oscuro, con toda una cara cubierta de inscripciones. El oficial al mando, el teniente Pierre François Xavier Bouchard, se dio cuenta de que aquello podía ser importante e informó a su superior, Michel-Ange Lancret. Al examinar la piedra, Lancret descubrió que había tres inscripciones en tres formas de escritura diferentes: una estaba en griego, que él pudo reconocer; otra estaba en jeroglíficos, y la tercera en otro tipo desconocido de escritura. Una vez traducido, el texto griego resultó ser un edicto de los sacerdotes de Menfis, fechado el 27 de marzo de 196 a.C., conmemorando a Ptolomeo V Epífanes, que reinó en Egipto desde 204 hasta 180 a.C. Inmediatamente se supuso que las tres inscripciones repetían el mismo texto en tres escrituras e idiomas distintos, y que ésta podía ser la clave para descifrar los jeroglíficos.

La trascendental piedra, de casi 1,20 m de altura y con un peso de tres cuartos de tonelada, quedó encomendada a Bouchard para que la trasladara a El Cairo. Mientras tanto, Lancret, que acababa de ser elegido miembro del Instituto de Egipto, informaba a sus colegas de que «el ciudadano Bouchard, oficial de ingenieros, ha descubierto en la localidad de Roseta unas inscripciones cuyo examen puede ofrecer mucho interés». En cuanto los sabios de El Cairo vieron la piedra, empezaron a idear maneras de hacer copias exactas de las inscripciones, y con el tiempo se realizaron diversos frotados, dibujos y vaciados. Todos estaban excitados por la posibilidad de hacer un avance decisivo hacia la lectura de los jeroglíficos, pero su euforia era prematura: aún tendrían que pasar otros 23 años de duro trabajo y mucha amargura antes de que alguien pudiera empezar a leer jeroglíficos. Los sabios empezaron a llamar Piedra de Roseta (*Pierre de Rosette*) al descubrimiento del fuerte Rachid, que pronto se convertiría en uno de los monumentos más famosos del mundo.

Mientras los sabios obtenían por fin resultados espectaculares como premio a su trabajo y sufrimientos, y las fuerzas de los generales Desaix y Belliard restauraban hasta cierto punto el orden y contro-

laban el valle del Nilo, el grueso de la expedición militar mandada por Napoleón no estaba teniendo mucho éxito. El bloqueo de los ingleses apenas dejaba pasar suministros, personas o información; pero lo más grave era que los turcos se mostraban abiertamente hostiles, y en febrero de 1799 Napoleón se enteró de que estaban planeando un ataque por dos frentes, con una fuerza naval y un ejército de tierra que marchaba por el sur hacia Egipto, a través de Siria. Para hacer frente a esta amenaza, Napoleón se llevó a la mayor parte de su ejército en una expedición a Siria, para intentar destruir las fuerzas terrestres turcas antes de que estuvieran organizadas del todo. Si su plan hubiera salido bien, y si los mamelucos y los árabes se hubieran unido a su ejército, Napoleón habría podido hacer realidad su sueño de emular a Alejandro Magno y avanzar hacia la India. Pero por una vez Napoleón no tuvo suerte: la campaña de Siria resultó un desastre y se vio obligado a retirarse desde Acre, habiendo logrado sólo retrasar, pero no detener, el avance turco hacia Egipto.

A su regreso a El Cairo, el 14 de junio, Napoleón montó una celebración como si hubiera triunfado, pero estaba claro que era sólo cuestión de tiempo que los franceses perdieran el control de Egipto, a menos que recibieran suministros y refuerzos de Francia. En julio llegó la noticia de que una flota turca acompañada por barcos ingleses estaba desembarcando un gran ejército en Aboukir (donde Nelson había destruido la flota francesa varios meses antes). Los franceses emprendieron una rápida marcha hacia Aboukir y derrotaron a los turcos de manera decisiva. Mientras intercambiaba prisioneros con el mando británico, Napoleón se enteró de que Francia sufría una grave crisis económica, los realistas pretendían restaurar la monarquía y cada vez era más probable un golpe de Estado para destituir al Directorio. Aunque ésta era la oportunidad de acceder al poder que Napoleón había estado esperando, parecía que no iba a poder regresar a París a tiempo. El 17 de agosto partió apresuradamente hacia Alejandría y cinco días después zarpaba rumbo a Francia, llevando con él a los generales Berthier, Lannes y Murat, un pequeño grupo de asistentes militares y guardaespaldas, los sabios civiles Monge, Berthollet y Denon y, entre los soldados, otros tres miembros del Instituto de Egipto. En el último momento, el poeta Parseval Grandmaison, que se había enterado de esta partida secre-

ta, saltó a bordo de uno de los barcos, se aferró a los aparejos y suplicó que le permitieran regresar a Francia; sólo la intervención de los otros sabios impidió que Napoleón ordenara que lo arrojaran al agua.

Napoleón tuvo la suerte de llegar a Francia cuando acababa de conocerse la noticia de su reciente victoria sobre las tropas turcas en Aboukir, y pudo presentar su campaña de Egipto bajo una luz favorable. Tras casi un mes de febriles intrigas con sus partidarios, se hizo con el poder en un golpe de Estado el 9 de noviembre. En lugar del Directorio, Francia estaba ahora gobernada por un triunvirato de cónsules, y Napoleón fue nombrado primer cónsul para un período de diez años. Más adelante iba a prescindir incluso de esta apariencia de democracia, destituyendo a los otros dos cónsules y coronándose emperador en diciembre de 1804.

Al partir Napoleón de Egipto, el mando supremo de la expedición recayó sobre el general Kléber. Deliberadamente, no se le había avisado de la marcha de Napoleón, y el abandono de Bonaparte lo enfureció. Sin hacer caso de las instrucciones escritas de Napoleón (que comenzaban diciendo «Cuando lea usted esto, ciudadano general, yo estaré en medio del ancho mar»), Kléber inició inmediatamente negociaciones con los mandos británicos para evacuar a los franceses de Egipto; se llegó a un acuerdo y se firmó un tratado. El 4 de febrero de 1800, unos cuarenta sabios se prepararon para partir. Sufrieron un primer retraso a causa de una epidemia, pero por fin se embarcaron en Alejandría el 27 de marzo, llevando todas sus colecciones, incluyendo la Piedra de Roseta; poco después se les unieron más sabios. Si hubieran zarpado en aquel momento rumbo a Francia, la Piedra de Roseta se exhibiría ahora en el Louvre y no en el Museo Británico; pero cuando la noticia del tratado llegó a Inglaterra, el gobierno británico lo rechazó, insistiendo en la rendición incondicional de los franceses, y el esperado permiso para que el barco zarpara no llegó nunca.

Después de pasar un mes a bordo del barco esperando día tras día zarpar hacia Francia, se hizo evidente que ya no había posibilidades de evacuación inmediata, y los sabios desembarcaron. Terriblemente decepcionados por la fallida evacuación y agotados por las penalidades de Egipto, volvieron a su trabajo de mala gana. Iban a transcurrir otros 18 meses antes de que pudieran marcharse, y en las

continuas negociaciones con los ingleses se discutía incluso qué iban a poder llevarse los sabios, con regateos que a veces llegaban al borde de la violencia. Por fin se permitió que los sabios se llevaran todos sus archivos y la mayor parte de sus colecciones, pero los ingleses se quedaron con las piezas más importantes, entre ellas la preciosa Piedra de Roseta.

Poco después de su descubrimiento, se habían enviado desde Egipto frotados a tinta de las tres inscripciones de la Piedra de Roseta a diversos eruditos de Europa, y también al Instituto de Francia en París. Tras la capitulación de los franceses, las antigüedades que éstos habían cedido (cincuenta toneladas en total) fueron embarcadas con destino a Inglaterra, y en febrero de 1802 la Piedra de Roseta llegó a Portsmouth a bordo de un barco bautizado muy apropiadamente como *L'Égyptienne*, una fragata tomada a los franceses en Alejandría. La Piedra fue transportada a la Sociedad de Anticuarios de Londres, donde se hicieron réplicas de escayola para las universidades de Oxford, Cambridge, Edimburgo y el Trinity College de Dublín. También se hicieron grabados para distribuirlos en las principales instituciones académicas de Europa, incluyendo la Biblioteca Nacional de París durante el breve cese de hostilidades entre Inglaterra y Francia, de marzo de 1801 a mayo de 1803. La piedra se instaló definitivamente en el Museo Británico a finales de 1802, pero la Sociedad de Anticuarios no publicó grabados de los textos griego, demótico y jeroglífico hasta 1815.

Como Napoleón manipuló las cifras oficiales, se desconoce el número exacto de bajas francesas en su campaña, pero de los 50.000 soldados que partieron hacia Egipto, más de la mitad murieron allí y varios miles más quedaron ciegos o mutilados. La aventura de tres años también les cobró su tasa a los sabios: por lo menos 25 murieron en Egipto (casi todos de peste y otras enfermedades, aunque algunos murieron en combate y otros fueron asesinados), y todos habían estado enfermos en algún momento. La enfermedad era un peligro constante para soldados y sabios por igual, y en una época en la que no existían gafas de sol casi todos sufrieron oftalmia, una infección de los ojos causada por las irritaciones del sol y el polvo y la arena arrastrados por el viento. Los peores casos de oftalmia provocaban ceguera permanente; a uno de cada cinco egipcios le faltaba

por lo menos un ojo, y muchos sabios pasaron semanas e incluso meses sin poder trabajar debido al estado de sus ojos. Soldados y sabios tenían, además, sanguijuelas en la garganta, el estómago y los conductos nasales, por haber bebido agua contaminada; la disentería era endémica, y con frecuencia sufrían insolaciones y diversas fiebres, entre ellas la tifoidea. Y por encima de todas estas dolencias y de las frecuentes escaseces de comida y agua, estaba la permanente amenaza de la peste bubónica, que causó la muerte a varios sabios y a cientos de soldados.

Desde el punto de vista militar, la expedición fue un fracaso. Al cabo de tres años de lucha, los franceses no habían ganado un imperio oriental y al final se habían visto obligados a abandonar Egipto. El único éxito de la campaña fue acabar con el dominio de los mamelucos sobre el país. Se restauró el dominio otomano en Egipto, y una década después los mamelucos fueron aniquilados. Después de la expedición, poco a poco se hizo más seguro viajar Nilo arriba, y los europeos empezaron a explorar la región. Para las ambiciones políticas de Napoleón había sido una jugada muy arriesgada, pero había logrado regresar a Francia a tiempo para hacerse con el poder. Sin embargo, el verdadero éxito correspondió a los sabios, cuyo regreso a Francia con sus archivos y sus colecciones constituyó un triunfo científico tan grande, por lo menos, como el fracaso militar de la expedición. Se estableció para siempre un lazo especial entre Francia y Egipto.

VIVANT DENON, que viajó con Napoleón en 1799, había sido uno de los primeros sabios que regresaron a Francia. Se puso inmediatamente a ordenar sus notas y a grabar planchas a partir de sus dibujos. El libro ilustrado resultante, *Voyage dans la Basse et la Haute Égypte* («Viaje al Bajo y al Alto Egipto»), fue un tremendo éxito cuando se publicó en 1802. A lo largo del siglo XIX se publicaron más de cuarenta ediciones del libro, que fue traducido a varios idiomas. Más que ninguna otra cosa, este sensacional *bestseller* consiguió que Egipto llamara la atención del público en general, no sólo en Francia, sino en toda Europa occidental, y más tarde fue emulado por otros auto-

res que regresaban de Egipto y escribían crónicas de sus aventuras.

El informe oficial del trabajo de los sabios tardó más en elaborarse. Los dos primeros editores (Nicolas Conté y su sucesor, Michel-Ange Lancret) murieron antes de que se publicara el primer volumen. El tercer editor, el ingeniero y geógrafo Edme-François Jomard, tardó dos décadas en completar la obra, que se publicó en París como *Description de l'Égypte*, en veinte monumentales volúmenes, desde 1809 a 1828, con un prefacio sobre la historia del país escrito por Joseph Fourier. Esta obra, con sus centenares de ilustraciones, muchas de ellas en color, ejerció probablemente tanto impacto sobre los eruditos de Europa occidental como el libro de Denon sobre el público en general, pero debido a su tamaño era muy cara y se editaron pocos ejemplares.

Las publicaciones resultantes de la expedición de Napoleón a Egipto presentaron a los lectores cosas jamás vistas ni oídas: restos de una civilización con miles de años de antigüedad, cuya existencia sólo conocían hasta entonces unos pocos eruditos. Como decía Denon, Egipto era «un país del que Europa prácticamente sólo conoce el nombre». De pronto, el mundo visto desde Europa occidental era mucho más grande, más antiguo y más extraño que antes. Sólo con esto habría bastado para desencadenar una oleada de «egiptomanía» por toda Europa occidental, pero en Francia, además, los temas egipcios eran activamente promocionados por Napoleón, que era consciente de la necesidad de crear un estilo que aportara dignidad a su imperio y su corte sin utilizar nada del simbolismo empleado por los regímenes anteriores. Habiendo ascendido al poder político, Napoleón había podido presentar el fracaso militar en Egipto como un triunfo, y los motivos egipcios se pusieron muy de moda en arquitectura, mobiliario y ornamentos. Seis de las quince nuevas fuentes diseñadas para París en cumplimiento de un decreto de 1806 eran de estilo egipcio, y en la ornamentación arquitectónica se utilizaban esfinges, pilones y pirámides. Tanta utilización de motivos egipcios hizo que se fijara en ellos un público cada vez más amplio; también contribuyó a este efecto la utilización de ambientaciones egipcias en montajes teatrales y de ópera, cuyo ejemplo más influyente fue el diseño escénico de *La flauta mágica* de Mozart, que se representó en los teatros de ópera de toda Europa.

Las láminas del libro de Denon sirvieron de inspiración a arquitectos y diseñadores, e influyeron sobre todo en la fabricación de muebles y muchos otros artículos de diseño interior. Hay que recordar que París era en aquella época la capital de la moda europea. La fábrica de porcelana de Sèvres, por ejemplo, produjo un «servicio egipcio» decorado con imágenes de Egipto tomadas de los dibujos de Denon, que incluía un magnífico centro de mesa con reproducciones de un templo de File, obeliscos de Luxor, los pilones del templo de Edfu y avenidas de esfinges con cabeza de carnero.

En su intento de diferenciarse claramente de las viejas dinastías francesas, Napoleón llegó a sustituir el símbolo de la «flor de lis», asociado con la monarquía borbónica, por la abeja, un símbolo tomado directamente de los jeroglíficos. Aunque entonces aún no se sabía, la abeja era el símbolo jeroglífico del Bajo Egipto; el símbolo del Alto Egipto era la planta de carrizo, y a los faraones que reinaban sobre todo Egipto se les saludaba como  («el del carrizo y la abeja»). Probablemente, Napoleón adoptó el símbolo de la abeja haciéndose eco de las palabras del antiguo escritor romano Amiano Marcellino (que vivió aproximadamente de 325 a 395 d.C.), que dijo que la abeja era el símbolo egipcio de la realeza porque «un gobernante debe combinar la dulzura con el aguijón». La abeja se convirtió en el símbolo predominante del Imperio napoleónico, aunque también se utilizaron otros emblemas, como la estrella y las hojas de laurel. Las hojas de laurel eran una alusión al emblema clásico del «vencedor», y los emperadores romanos habían utilizado coronas de laurel como insignia de su cargo. La estrella era de cinco puntas, y a veces tenía el mismo diseño que el jeroglífico  (que se creía erróneamente que significaba «divino», cuando en realidad significa «estrella»); en esta forma se utilizaba en ocasiones junto con la abeja en las imágenes de Napoleón, queriendo significar «divino rey».

La egiptomanía se apoderó rápidamente de toda Europa occidental, haciendo más apremiante la necesidad de descifrar los jeroglíficos. Muchos estudiosos, viendo una oportunidad de adquirir fama duradera y tal vez fortuna, emprendieron la búsqueda de la clave de aquellos símbolos, una búsqueda que iba a provocar rivalidades y amargos resentimientos durante muchos años.

Capítulo Dos



(El alumno)

CUANDO JEAN-FRANÇOIS Champollion descifró por fin los jeroglíficos, se convirtió en un personaje legendario en Francia, hasta tal punto que la gente empezó a hablar de sucesos milagrosos de su infancia, que presagiaban su sensacional éxito, y ahora resulta difícil distinguir los hechos de la ficción y las exageraciones en los relatos de su vida juvenil. Su padre, Jacques Champollion, había sido vendedor ambulante de libros y procedía de Valbonnais, al sur de Grenoble, en los Alpes, donde la vida era tan dura que jóvenes y mayores por igual abandonaban a sus familias durante meses enteros para buscarse la vida como buhoneros e incluso como mendigos. En 1770, Jacques se estableció en el pueblo de Figeac, en la región de Quercy, del suroeste de Francia, en el borde occidental de la Auvernia. Allí instaló su primera librería en la plaza del mercado, donde vendía toda clase de libros nuevos y de segunda mano, incluyendo folletos religiosos, libros de oraciones, libros y panfletos políticos, diccionarios, periódicos y manuales prácticos de medicina, agricultura y otros temas. Figeac se encuentra en una de las rutas de peregrinación a Santiago de Compostela, y al principio le fue bien a Jacques, que dos años después se compró una casa en el pueblo. En 1773 se casó con Jeanne-Françoise Gualieu, que procedía de una familia de la burguesía local dedicada a algún tipo de fabricación, pero que —algo sorprendente en la mujer de un librero— nunca aprendió a leer ni a escribir. Los dos tenían treinta años de edad cuando se casaron, y en total tuvieron siete hijos, aunque dos de ellos murieron: Guillaume al nacer y Jean-

Baptiste cuando iba a cumplir dos años. De los hijos supervivientes, Jean-François fue el último, con un hermano mayor (Jacques-Joseph) y tres hermanas (Thérèse, Pétronille y Marie-Jeanne).

En enero del año en que iba a nacer Jean-François Champollion, su madre estuvo muy enferma y casi paralizada por los dolores reumáticos. Como los médicos no podían hacer nada más por ella, consultó a un curandero de la zona, llamado «Jacqou el Hechicero», que la trató con hierbas y logró que empezara a recuperarse. Jacqou redondeó su triunfo profetizando que se curaría por completo y que, a pesar de que habían transcurrido ocho años desde que tuvo su último hijo, todavía iba a tener otro que sería famoso durante los siglos venideros. A medida que progresaba su recuperación y se empezaba a ver que la primera predicción se cumplía, todo el pueblo comenzó a emocionarse ante la posibilidad de que también se cumpliera la segunda predicción.

Al menos, esto es lo que dice la leyenda local sobre los hechos que precedieron al nacimiento de Champollion, y sería fácil descartarlo todo como ficción. Pero, profecías aparte, la historia no es del todo inverosímil. En una época en la que los médicos utilizaban sanguijuelas con tanta frecuencia como los médicos actuales recetan aspirina, las hierbas medicinales de un «hechicero» podían resultar más eficaces; y desde luego es notable, en una época de mínimos cuidados sanitarios, que una mujer de 46 años diera a luz un niño sano, menos de un año después de una grave enfermedad. Jean-François Champollion nació en la casa familiar de Figeac en las primeras horas del 23 de diciembre de 1790, durante las horas más oscuras del año, y fue bautizado el mismo día en la iglesia medieval de Notre-Dame-Du-Puy, que todavía domina el pueblo desde lo alto de la colina; su padrino fue su hermano Jacques-Joseph, de 12 años, y su madrina fue su tía Dorothée Gualieu.

Champollion fue un hijo de la Revolución Francesa. La casa en la que nació y pasó su infancia, en la oscura y estrecha calle de la Boudousquerie, estaba a menos de treinta metros de la placita donde se montó la guillotina y se plantó el Árbol de la Libertad, símbolo de la Revolución y foco de reuniones y celebraciones políticas. Entre los primeros sonidos que oyó figuraron los gritos de la multitud en las terroríficas ejecuciones y las tumultuosas juergas de los revolucionarios en la plaza. La Revolución, fruto de la creciente ten-

sión entre la privilegiada nobleza, prácticamente exenta de impuestos, y el resto de la población, agobiada por los impuestos y cada vez más oprimida, había estallado en 1789, el año anterior al nacimiento de Jean-François. Durante los diez años siguientes, la dinastía Borbón perdió el trono de Francia, y Luis XVI y muchos miembros de la nobleza fueron ejecutados en la guillotina. La religión católica quedó proscrita y la monarquía fue sustituida por una serie de gobiernos improvisados.

Durante la Revolución era frecuente que la gente se vengara de sus enemigos denunciándolos a las autoridades por ser contrarios al nuevo régimen de un modo u otro, y muchos fueron ejecutados simplemente porque alguien declaró que habían hablado mal del gobierno revolucionario. En Figeac, como en el resto de Francia, los niños no estaban seguros jugando en la calle, y las escuelas se cerraron porque casi todas habían estado gestionadas por órdenes religiosas. Champollion creció recluido en su casa; le robaron su infancia, pero en ciertos aspectos jamás fue un niño. Como muchos niños superdotados, superó rápidamente a sus coetáneos y se encontraba más a gusto en compañía de adultos. Hasta que cumplió siete años, el mismo año en que la expedición de Napoleón zarpó rumbo a Egipto, Champollion no recibió ninguna educación. Parece que su madre estaba enferma de nuevo y era incapaz de ocuparse de él; su padre estaba ausente con frecuencia, y probablemente tuvieron que cuidarle su hermano y sus hermanas. Pasaba la mayor parte del tiempo recluido en su casa o en la librería, teniendo que entretenerse solo. Para una familia con cinco hijos, la casa era pequeña y estrecha; estaba completamente rodeada por edificios más altos y constaba de una planta baja, dos pisos y un *soleilho* en lo alto. Los *soleilhos*, típicos de las casas de la región, son azoteas con techos sostenidos por columnas de piedra o madera. En las poblaciones con escasez de espacio, los *soleilhos* hacían las veces de patios traseros y se utilizaban para almacenar leña, secar la colada e incluso cultivar plantas, y es indudable que los niños los utilizaban para jugar.

Como la mayoría de los niños muy inteligentes, Champollion se aburría con facilidad, y lo limitado de sus horizontes empeoraba la situación; como consecuencia, sufría frecuentes y violentos cambios de humor: un momento antes estaba enfrascado en un juego ruidoso, y al

momento siguiente se sumía en sus pensamientos o se ponía a estudiar en silencio algo que le llamaba la atención. Desarrolló un fuerte carácter que más adelante le ayudaría a superar los problemas causados por su impaciencia y su mal genio, que también se manifestó a esta edad. Su animal favorito era el león, y cuando era estudiante en París se presentaba como «Lion», probablemente como abreviatura de «Champollion», más fácil de pronunciar; llegó a firmar algunas cartas con la frase árabe *Assad Saïd al-Mansour* («León Victorioso»).

Rodeado de libros, pero sin haber recibido ninguna educación formal, intentó aprender por sí solo a leer y escribir, y parece que tuvo cierto éxito, que la leyenda contempla como el principio de la pasión por descifrar escrituras desconocidas. Aprendió también a copiar dibujos (de hecho, para Champollion, «escribir» equivalía a copiar palabras dibujándolas), y así parece que empezó a desarrollar su talento para el dibujo, una afición que le duró toda la vida. Probablemente, en esta época desarrolló la flexibilidad mental que le permitía ver un escrito como un conjunto de dibujos, y un conjunto de dibujos como un escrito. También en su primera infancia tuvo su origen otra tendencia que le iba a durar toda la vida. Pasaba mucho tiempo acurrucado junto al fuego, porque, como a Napoleón, a Champollion le gustaba el calor y detestaba pasar frío. La chimenea de la casa tenía en su dintel de piedra un gastado escudo de armas que probablemente representaba dos ranas saltando a los lados de un árbol. Para Champollion, aquellos animales eran leones, que reforzaban su unión con su símbolo adoptado.

Cuando Champollion tenía sólo cuatro años, su hermano Jacques-Joseph, de dieciséis, empezó a trabajar en las oficinas municipales de Figeac. Aunque sólo había recibido una educación básica, interrumpida por la Revolución, Jacques-Joseph aprendía con rapidez y era ambicioso, y pronto estuvo a cargo del registro de nuevas leyes y pasaportes, documentos necesarios para viajar por Francia, y no sólo a países extranjeros. Se había aficionado a los libros y había adquirido un interés por la historia antigua que iba a discurrir paralelo al de su hermano pequeño, pero, como a otros muchos jóvenes de la época, también le apasionaban las conquistas del «invencible» general Napoleón. A principios de 1798, Jacques-Joseph se enteró de que su héroe, Napoleón, estaba organizando una expedición, y trató de unirse a ella. Su

decepción fue doble, al no ser aceptado en el ejército y al descubrir después que el destino de la expedición era Egipto. Pocos meses después, en julio, su padre le consiguió a Jacques-Joseph un empleo con unos primos de la lejana Grenoble, en la empresa Chatel, Champollion y Rif, un pequeño negocio de importación-exportación especializado en textiles, que no obstante operaba en lugares tan lejanos como América. Para entonces, Jacques-Joseph había conseguido mejorar su educación –se le daban muy bien el latín, el griego y la historia antigua–, y siguió estudiando en su tiempo libre.

Pocos meses antes de trasladarse a Grenoble, Jacques-Joseph había empezado a dar clases a su hermano pequeño, y su partida privó a Champollion de su amado hermano y de su educación. En noviembre de 1798, poco antes de cumplir ocho años, empezó a asistir a la escuela primaria para chicos de Figeac, que se había reabierto recientemente, pero allí lo pasaba mal, porque no estaba acostumbrado a la disciplina y no le gustaba la mayor parte de las clases. Algunas asignaturas eran demasiado fáciles, y los métodos mecánicos de enseñanza le aburrían, y otras no le interesaban en absoluto. Sentía total aversión a las matemáticas, sobre todo a la aritmética mental, y tenía constantes problemas por esta causa y por su concepto personal de la ortografía. Pronto se hizo evidente que ni él se adaptaba a la escuela ni la escuela resultaba adecuada para las necesidades especiales de aquel niño superdotado, y por sugerencia de su hermano le sacaron de allí y le pusieron bajo la tutela de Dom Calmels, un profesor particular.

Dom Calmels, antiguo monje benedictino (antes de que la Revolución cerrara los monasterios), enseñó a Champollion durante dos años. Su método de enseñanza incluía paseos por Figeac y los campos vecinos, hablando de cualquier cosa que su alumno observara o preguntara, con el fin de desarrollar las facultades de observación y razonamiento del niño. En aquella época, Figeac era un conglomerado en forma de delta, formado principalmente por casas medievales de piedra arenisca, apretado entre murallas medievales y cortado por callejuelas muy estrechas. Se alzaba sobre la suave pendiente de la ribera norte del río Célé, y sólo desde unos pocos espacios abiertos se podían vislumbrar las ondulantes y verdes colinas que rodeaban el pueblo.

Champollion progresó mucho en el aprendizaje de latín y griego, dando muestras de un precoz talento para la lingüística, y sus excursiones por los alrededores del pueblo estimularon su interés por la historia natural y también por el arte y la arquitectura, pero en general su progreso era errático. Seguía estando flojo en ortografía y todavía sufría bruscos cambios de humor. Cuando llevaba un año enseñando a Champollion, Dom Calmels escribió a Jacques-Joseph informándole de sus progresos y reconocía que «tiene un gran apetito, un gran deseo de aprender, pero este apetito y este deseo están ahogados por la apatía, una indiferencia que es difícil de combatir. Hay días en que parece que quiere aprenderlo todo, y otros en los que no quiere hacer nada». Parece que en esta época a Champollion sólo le movían el amor y el respeto que sentía por su hermano mayor, y Jacques-Joseph inició un largo proceso de ánimo, coacción y a veces intimidación, con el fin de motivarlo y orientarlo.

Poco a poco, su tutor se fue viendo incapaz de enseñarle más y sugirió que un profesor de Grenoble sería más capaz de desarrollar el aparente talento de Champollion. En consecuencia, Jacques-Joseph escribió a su hermano advirtiéndole: «Si quieres venir a vivir conmigo, es preciso que aprendas rápidamente una cosa: los ignorantes no sirven para nada.» En marzo de 1801, Champollion fue enviado a más de 320 kilómetros de distancia, para vivir con su hermano en Grenoble. Su madre ya no le volvió a ver. Incluso a distancia, Jacques-Joseph había sido la principal influencia que guiaba su educación, pero ahora tomó el control absoluto. El chico que llegó a Grenoble tenía diez años y tres meses, la piel morena, el pelo largo y rizado, y ojos muy oscuros y almendrados, cuyo brillo revelaba una inteligencia muy viva y un temperamento iracundo. Al bajarse del coche, vio una ciudad próspera y prestigiosa. Grenoble, en el sureste de Francia, está encajonada entre montañas, y desde la Grande Rue (Calle Principal), donde Jacques-Joseph vivía y trabajaba en el negocio de sus primos, se podía mirar hacia el final de cualquier calle y ver una montaña, algunas coronadas de nieve durante todo el año. Casi toda la pequeña ciudad estaba confinada en la zona rodeada por las fortificaciones del siglo XVII (en la actualidad se han demolido casi todas), en un llano formado por la confluencia de los ríos Isère y Drac, generalmente rápidos y turbulentos, responsables de numero-

sas riadas. Grenoble fue para Champollion un hogar, mucho más que su Figeac natal, y llegó a amar la ciudad.

Parte del encanto de Grenoble consistía en que estaba prácticamente libre de los recuerdos de salvajismo y derramamiento de sangre que habían empañado la historia reciente de muchas ciudades francesas. La nobleza de la región había formado parte de la vanguardia de la Revolución, obligando al rey a volver a convocar a los Estados Generales (el Parlamento francés) diez años antes de que estallara el levantamiento, y por eso habían evitado gran parte del extremismo y el enfrentamiento civil que había tenido lugar en todos los demás sitios. La estabilidad de Grenoble sólo se vio en peligro en el momento álgido del Terror, cuando se supo que se iba a instalar en la ciudad uno de los comités revolucionarios, responsables de gran parte de la sangrienta persecución de víctimas inocentes. En julio de 1794, el jefe del gobierno revolucionario durante el reinado del Terror, Maximilien Robespierre, fue detenido y ejecutado, y la caída de su régimen salvó la vida de centenares de personas que aguardaban la ejecución en las prisiones de París, entre ellas la de una joven viuda aristócrata llamada Marie-Joseph-Rose de Beauharnais. También frenó la instalación del Comité Revolucionario en Grenoble y protegió a la ciudad de las cazas de brujas y las matanzas que habían tenido lugar en la capital francesa. La crisis había pasado, y en los años siguientes Grenoble prosperó hasta convertirse en el centro comercial e intelectual en el que Champollion pasó la adolescencia, mientras la joven viuda madame de Beauharnais se volvía a casar y se convertía en Josefina Bonaparte, futura emperatriz de Francia.

Poco tiempo después de llegar a Grenoble, Jacques-Joseph cambió su apellido, de Champollion a Champollion-Figeac, lo que a veces se ha interpretado como un intento de facilitar la distinción entre él y su hermano Jean-François: un reconocimiento anticipado de que Jean-François Champollion estaba destinado a grandes cosas. Es más probable que así pretendiera diferenciarse de sus primos, los Champollion de Grenoble, y también pudo ser una señal de sus aspiraciones burguesas. Entre los que tenían aspiraciones sociales era práctica habitual adoptar nombres con sonido grandioso, añadiendo al apellido el lugar de nacimiento. Antes de la Revolución, y en una situación similar, lo más probable es que Joseph-Jacques hubiera

adoptado el apellido «Champollion de Figeac» para darle un tono aristocrático, pero incluso después de la Revolución seguía siendo peligroso presumir de aristócrata; como otros muchos miembros de la nobleza, madame de Beauharnais había prescindido del «de» y firmaba como «ciudadana Beauharnais». Aunque a Jean-François le llamaron a veces «Champollion-Figeac», parece que él rechazaba el cambio de apellido, prefiriendo presentarse como «Champollion le Jeune» (Champollion el Joven). Desde su más tierna infancia era consciente del poder de las palabras y de la importancia de la precisión para transmitir un mensaje (a pesar de su mala ortografía), y más adelante iba a utilizar las palabras, y sobre todo los apodos, como otros utilizan los regalos o las armas afiladas. Su deliberado rechazo del apellido que su hermano había adoptado demuestra su diferente actitud hacia la sociedad, incluso a una edad tan temprana. Champollion nunca tuvo las ambiciones sociales de su hermano ni, para su desgracia, el tacto y la diplomacia que allanarían el camino de Jacques-Joseph durante los turbulentos tiempos que se avecinaban.

Durante los primeros veinte meses de su estancia en Grenoble, Champollion fue educado primero por un profesor particular y después sólo por su hermano. Todavía sufría cambios de humor, y Jacques-Joseph escribió a su antiguo profesor, Dom Calmels, lamentándose de que «a veces está entusiasmado y con prisa, como si tuviera miedo de encontrar límites a su pasión por aprender; otras veces está débil y desmoralizado, y todo le parece un obstáculo que hay que superar, una dificultad que hay que resolver». Comentarios notablemente similares al informe que el propio Dom Calmels había presentado anteriormente. Jacques-Joseph culpaba de estas características a la mente de Champollion, que era incapaz de dedicarse adecuadamente a una sola tarea, cualquiera que fuese, pero este defecto se iba a remediar muy rápidamente. En noviembre de 1802, Champollion empezó a asistir a la escuela privada del abate Dussert, que tenía muy buena reputación como profesor y cobraba un elevado precio por sus servicios. Para Jacques-Joseph representó un gran sacrificio pagarle a su hermano la mejor escuela; dice mucho del prodigioso talento lingüístico de Champollion que la persona que mejor le conocía estuviera dispuesta a sacrificarse tanto para que dicho talento tuviera las mayores posibilidades de desarrollarse.

La escuela de Dussert funcionaba en conjunción con la «escuela central», un institución gestionada por el Estado francés. A Champollion le enseñaba idiomas el abate Dussert, pero para casi todas las demás asignaturas asistía a la escuela central. Sus dotes lingüísticas se hicieron notar inmediatamente, y al cabo de un año había hecho tantos progresos en latín y griego que se le permitió empezar a estudiar hebreo y otros tres idiomas semitas: árabe, sirio y caldeo. Eligió estos idiomas porque le eran útiles para la investigación que había iniciado en su tiempo libre. Aunque sólo tenía 12 años, estaba fascinado por el origen de la humanidad, y dado que la Biblia era el único texto histórico conocido que parecía describir el origen del mundo, quería sortear los errores que pudiera haber en las traducciones posteriores y leerla en su idioma original. Ya había empezado a elaborar una cronología de pueblos antiguos, contando con el apoyo de su hermano. Jacques-Joseph estaba reuniendo grandes cantidades de libros, aprovechando que la gente arruinada por la Revolución los vendía a precios muy bajos, y su creciente biblioteca ayudó mucho a su hermano en sus estudios. Éste fue el auténtico punto de partida de una vida dedicada a la investigación.

Parece que al principio Champollion era feliz en Grenoble; además de sumergirse en los idiomas antiguos, también disfrutaba con muchas de las clases de la escuela central. Su punto flaco seguían siendo las matemáticas, que todavía odiaba, pero su habilidad para el dibujo continuó mejorando y además desarrolló un gran interés por la botánica, participando en excursiones a las montañas cercanas para estudiar y recolectar plantas, como había hecho antes en Figeac con su tutor, cuando estudiaban y discutían todo lo que encontraban. Al principio de su estancia en Grenoble, tuvo también la increíble oportunidad de conocer al nuevo prefecto y hablar con él. Dicho prefecto era Jean Baptiste Joseph Fourier, uno de los sabios más eminentes que habían participado en la expedición de Napoleón a Egipto, y que había desempeñado un importante papel en la administración del Instituto de Egipto en El Cairo. Ya antes de la expedición había adquirido gran reputación como científico y matemático, y a su regreso a Francia, con 33 años de edad, se le encargó escribir la introducción o prefacio a la *Description de l'Égypte*. A principios de 1802, pocos meses después de su regreso de Egipto y recién nombrado

prefecto del departamento del Isère, con sede en Grenoble, Fourier era toda una celebridad.

Los sabios que habían estado en Egipto se autodenominaban «egipcios» y seguían fascinados por todo lo relacionado con aquel país. Fourier no era una excepción y, además de su colaboración en la *Description de l'Égypte*, seguía enfrascado en el estudio de diversos aspectos del antiguo Egipto, y sobre todo de los zodiacos, siempre que sus deberes de prefecto se lo permitían. Entre dichos deberes figuraba inspeccionar las escuelas del gobierno, y en una de aquellas escuelas quedó tan impresionado por el entusiasmo por Egipto que demostraba un alumno llamado Jean-François Champollion que le invitó a ver su colección de antigüedades. Cuando llegó a la Prefectura y se encontró cara a cara con Fourier, famoso científico «egipcio» y el hombre más poderoso de Grenoble, el muchacho de 12 años estaba tan nervioso que no podía hablar, ni siquiera para responder a las preguntas que Fourier le hacía. Pero cuando el prefecto empezó a hablarle de Egipto y le enseñó algunas de las antigüedades, recuperó su compostura. Después de ver jeroglíficos grabados en piedra y escritos en fragmentos de papiro, todos ellos incomprensibles, Champollion salió de la reunión decidido a estudiar y descifrar la antigua escritura; es más: declaró que estaba convencido de que iba a tener éxito. Tanto si aquello fue una premonición como si fue una simple bravata producto del entusiasmo juvenil, a partir de aquel momento Champollion y Fourier iban a seguir influyéndose mutuamente hasta la muerte de Fourier en 1830, y acabarían yaciendo casi al lado uno de otro en el cementerio del Padre Lachaise, en París.

En Grenoble, Fourier pudo comprobar que Egipto seguía siendo tema de conversación en toda Francia, ya que la propaganda estatal había presentado la expedición de Napoleón como un triunfo abrumador. La egiptomanía había prendido con fuerza, y la producción y publicación de la *Description de l'Égypte* contó con todos los apoyos necesarios. Mientras los sabios de París empezaban a ordenar sus notas para la monumental publicación, Fourier escribía el prefacio en Grenoble y Champollion repartía su tiempo entre las clases particulares del abate Dussert y las de la escuela central. Disfrutaba con lo que hacía y se iba estabilizando poco a poco. Por desgracia, la organización

de las escuelas estatales iba a cambiar drásticamente, y pasó algún tiempo antes de que volviera a disfrutar con sus estudios.

A su regreso de Egipto, en 1799, Napoleón había derrocado al último de los gobiernos revolucionarios, el Directorio, sustituyéndolo por un triunvirato de cónsules. Habiéndose reservado el cargo de primer cónsul, Napoleón era, a todos los efectos, un dictador. Durante varios años se había ocupado personalmente de la reorganización del sistema educativo en Francia, y en 1802 una ley instituyó cuarenta y cinco *lycées* en toda Francia, en los que el gobierno pagaba los gastos de internado de 180 alumnos por *lycée*. Los *lycées* pretendían ser colegios de elite para chicos, con un programa, uniforme y disciplina militar impuestos por el gobierno. Hasta los 526 libros de la biblioteca de cada *lycée* estaban fijados por el gobierno, para garantizar que en todos ellos se usaran textos idénticos. De estos libros, 56 eran literatura francesa y 142 eran obras de la antigüedad clásica. La base principal de los cursos era la literatura latina y griega y las matemáticas, y como asignaturas adicionales estaban la historia natural, la química, el dibujo técnico y la geografía. La filosofía quedó deliberadamente excluida del programa, como concesión a la recién rehabilitada Iglesia católica, y se dedicaba poco tiempo a la historia, que se consideraba un tema polémico.

Los *lycées* eran colegios en régimen de internado, y todos los alumnos llevaban un uniforme con un sombrero de dos picos. En un principio, los uniformes eran de color azul oscuro, pero como los tintes se importaban de las colonias francesas y cada vez eran más difíciles de obtener, debido a que el bloqueo de los barcos franceses por los enemigos de Francia era cada vez más eficaz, el gobierno cambió el color reglamentario por el gris. Los chicos estaban sometidos a disciplina militar, y se los dividía en compañías y grados equivalentes a los de un regimiento de infantería. Un redoble de tambor señalaba cada cambio de horario en la rutina cotidiana, desde las cinco y media de la mañana hasta las nueve de la noche. En Grenoble, el *lycée* no se inauguró hasta 1804, ocupando las instalaciones de la antigua escuela central. A principios de aquel año, Champollion pasó el examen de ingreso al *lycée* y obtuvo una beca para su internado, pero no tenía ninguna gana de ocupar su puesto en la nueva escuela, que llamaba con desprecio «la prisión».

En Europa continental, más que una verdadera paz, había habido una tregua incómoda, mientras las principales potencias vecinas del Imperio francés, como Austria y Rusia, esperaban el momento propicio. Pero en mayo de 1803 se habían reanudado las hostilidades entre Inglaterra y Francia. A finales del año siguiente, Napoleón se encontraba en el apogeo de su poder, y el 2 de diciembre de 1804 se autocoronó emperador e hizo emperatriz a su esposa Josefina. Al mismo tiempo, Champollion, que estaba a punto de cumplir 14 años, se sentía completamente impotente: llevaba dos semanas en el *lycée* y estaba pensando seriamente en escaparse. Lleno de amargura y resentimiento contra el régimen militar que él consideraba innecesariamente represivo y una pérdida de tiempo, suspiraba por la libertad de estudiar como él quisiera y echaba de menos la compañía de sus antiguos compañeros de escuela. Pero sobre todo, echaba de menos a su hermano.

Champollion permaneció interno en el *lycée* durante casi dos años y medio, durante los cuales escribió a su hermano casi a diario. En sus cartas da muchos detalles sobre su vida, sus ideas y sus sentimientos en aquella época, pero casi todas están sin fecha y ofrecen muy pocas pistas de cuándo se escribieron, un aspecto criticado por Jacques-Joseph: «Querido hermano: he recibido la carta que me escribiste no sé qué día, porque, como es tu costumbre, no tiene fecha.» Otra cosa que irritaba a Jacques-Joseph era la prisa con que Champollion escribía siempre sus cartas, y más adelante le advirtió: «Me gustaría que escribieras tus cartas con más cuidado, desde el punto de vista del lenguaje; muchas veces no se te entiende, y eso es muy malo, porque uno se acostumbra a escribir mal.» Desde el principio, la escritura oficial de Champollion parece, en general, de alto nivel, pero aún pasarían varios años antes de que sus cartas fueran algo más que mensajes rápidos y muchas veces confusos.

Aceptando con resignación que fugarse era imposible, le rogó muchas veces a Jacques-Joseph que lo trasladase a otro colegio, aunque sabía que su hermano quería que siguiera allí: «¿No podrías sacarme del *lycée*? Hasta ahora me he estado forzando para no disgustarte, pero ya se me hace completamente insoportable. Siento que no estoy hecho para vivir apretujado como estamos aquí... Si me quedo aquí mucho tiempo, te aseguro que me moriré.» Aunque parte de

su angustia se debía, indudablemente, a la tensión de empezar en un colegio nuevo y vivir por primera vez fuera de su casa –una tensión que sufren muchos alumnos de internado–, Champollion tenía verdaderos problemas con el régimen del *lycée*.

Encerrado en un programa de estudios rígido, algunas de cuyas asignaturas le parecían demasiado fáciles y aburridas, mientras otras –como las matemáticas– le resultaban demasiado difíciles y carentes de interés, Champollion volvió a sufrir los violentos cambios de humor que habían amargado sus primeros tiempos escolares; a veces estaba lleno de entusiasmo, y otras deprimido y apático. Incluso cuando estaba animado, su mentalidad independiente y su evidente capacidad le ganó la enemistad de algunos profesores que le consideraban perezoso, insolente y rebelde. La irritación de los pequeños funcionarios que dirigían el *lycée* no era el único problema, ya que su beca cubría poco más de las tres cuartas partes de sus gastos; la otra cuarta parte la pagaba Jacques-Joseph, que ya no podía darle mucho más a su hermano. Champollion estaba casi siempre sin blanca, y la falta de dinero le afectaba de manera especial, porque muchos de sus compañeros pertenecían a familias ricas y disponían de dinero de sobra para sus gastos, mientras que él no tenía para zapatos, ropa y, sobre todo, libros. Su pobreza es un tema recurrente en las cartas que le escribió a su hermano en esta época, y por desgracia iba a ser un tema recurrente durante toda su vida.

Peor que las clases que se veía obligado a soportar era que le prohibieran dedicarse a sus propios estudios durante sus horas libres. Se vio obligado a esconder los libros que trataban de temas no incluidos en el programa de estudios, como el hebreo y el árabe, y tenía que leerlos a escondidas por la noche, después de que hubiera pasado el vigilante haciendo la ronda. Los estudios secretos que proseguía cada noche no sólo le dejaron agotado sino que le dañaron los ojos, sobre todo el izquierdo, ya que se tumbaba de ese lado en la cama para aprovechar la única luz, que era la de una farola de la calle. Champollion sufría constantes ataques de autocompasión, y para escapar de su angustia se sumergía en los placeres de sus propios estudios: «En los idiomas orientales, mi pasión favorita, sólo puedo trabajar una vez al día... el griego, el hebreo y sus dialectos, y el árabe: eso es lo que ardo en deseos de aprender.» Sus cartas a su hermano es-

tán repletas de peticiones de libros, que demuestran unos conocimientos y una madurez muy por encima de su edad: «No te olvides del resto de los libros. Te ruego que añadas el diccionario y la gramática etíope de Ludolph. Puedes estar seguro de que no lo utilizaré en detrimento de mis otros estudios»; «Te ruego, queridísimo hermano, que me envíes un *Homero*, el que sea; me produciría un gran placer si fuera posible enviármelo esta noche como muy tarde, porque tengo necesidad extrema de él».

Sin embargo, incluso en las cartas donde sus peticiones parecen más bruscas, manifestaba con frecuencia su amor y gratitud a su hermano: «¿Crees que olvido por un solo momento todo lo que tu cariño ha hecho por mí y las atenciones paternas que me has dedicado desde que puedo recordar?» Un cariño que más adelante iba a pagar con el tenaz apoyo a su hermano en circunstancias desesperadas y con las largas horas que pasó enseñando a los hijos de Jacques-Joseph. Además, Champollion era perfectamente consciente de que, aparte de que su hermano no siempre podía proporcionarle todo lo que necesitaba, la situación económica de sus padres era aún peor. Cuando su padre le escribió ofreciéndole ayuda, Champollion, que se daba cuenta de la situación, la rechazó delicadamente: «No necesito nada. Te agradezco tu amable oferta. Mi hermano se ocupa de todas mis necesidades. Transmítidle a él mi gratitud. Espero demostrarle, sacando el máximo partido de las ventajas que debo a su amor fraternal, que no ha ayudado a una persona desagradecida.»

A medida que transcurrían los años de su adolescencia, en un ciclo alternante de largos y tristes meses de invierno en el *lycée* y fugaces semanas de libertad y sol con Jacques-Joseph durante las vacaciones, Champollion se fue convirtiendo en un apasionado de todas las formas de libertad, pero sobre todo de la libertad de pensamiento. Sintiendo por su hermano un amor y un respeto que rayaban en el culto al héroe, y sabiendo que el *lycée* era la mejor educación que éste podía proporcionarle, sólo su gratitud hacia Jacques-Joseph le impidió dejarlo; sin embargo, a pesar de que odiaba el *lycée* y se sentía oprimido en él, eso no significa que fracasara allí. Parece que era apreciado por muchos de sus condiscípulos, y fue la luz de guía de varias de las asociaciones de estudios que los internos del *lycée* organizaban a instancias de sus profesores. En numero-

sas ocasiones fue elegido cabo por sus compañeros, un cargo similar al de prefecto de la escuela, que se desempeñaba durante quince días; y aunque detestaba muchas de las asignaturas, seguía siendo el mejor alumno de la escuela.

Las restricciones que el *lycée* imponía a sus propios estudios resultaban especialmente irritantes, porque durante las vacaciones de verano de 1804, antes de ocupar su puesto en la escuela, Champollion había redactado lo que más tarde llamaría su «primera locura», los «Comentarios sobre la leyenda de los gigantes según la etimología hebrea», donde partía de la etimología de nombres de los mitos griegos y les seguía la pista hacia atrás, a menudo erróneamente, hasta remontarse a sus orígenes en las lenguas orientales que estaba estudiando. Aunque el resultado fue muy imperfecto, los métodos le fascinaban, y decidió que la mejor manera de estudiar la Antigüedad era a través del lenguaje. Aunque llevaba unos años estudiando el antiguo Egipto, los jeroglíficos aún no habían empezado a obsesionarle; su auténtica pasión seguía siendo la cronología y el origen de la humanidad. Con este fin leía con voracidad, distanciándose vertiginosamente de sus compañeros, pero empezó a darse cuenta de que podía acceder a textos aún sin descifrar y por lo tanto desconocidos, que tal vez contuvieran los registros históricos más antiguos de la humanidad, escritos antes incluso que la Biblia, y que para ello había que saber copto (el idioma empleado por los cristianos egipcios) e interpretar los jeroglíficos. Era preciso arrancar sus secretos a una escritura que llevaba más de mil años desconcertando a los estudiosos.

Durante los siglos xv y xvi se habían descubierto y publicado varios textos antiguos en griego y en latín (que figuran entre los primeros libros impresos), que revelaron al mundo del Renacimiento los comentarios de historiadores griegos y romanos acerca de los jeroglíficos. Ninguno de aquellos antiguos autores había entendido los jeroglíficos, pero habían difundido la falsa idea de que este sistema de escritura (que consiste principalmente en imágenes reconocibles de objetos naturales y artificiales) contenía mensajes simbólicos o alegóricos. En 1419 llegó a Italia un manuscrito griego sobre los *Hieroglyphica*, escrito en el siglo iv o v por un autor llamado Horapollo. Constaba de 189 secciones, cada una de las cuales estaba dedicada

a un jeroglífico particular, y aunque el autor poseía ciertos conocimientos sobre la escritura jeroglífica, daba interpretaciones fantásticas a muchos de los signos, e incluso inventaba jeroglíficos espurios. Se hicieron muchas copias del manuscrito, que circularon por Florencia, y se imprimió por primera vez en 1505; durante el siglo siguiente se hicieron numerosas ediciones en varios idiomas. Los *Hieroglyphica* generaron una fascinación por los jeroglíficos entre los artistas e intelectuales de la Italia renacentista y otros países. En una época en la que prácticamente todo –los sueños, el paisaje, los cometas– se analizaba en busca de símbolos que pudieran interpretarse, los jeroglíficos llegaron a estar considerados como la clave del auténtico conocimiento. Se creía que la antigua religión egipcia contenía profecías acerca del cristianismo, y que los jeroglíficos eran símbolos que expresaban las verdades sagradas que no podían revelarse en simples palabras, sino que tenían que mantenerse ocultas de los no iniciados.

Durante los tres siglos siguientes, la idea de que los jeroglíficos encerraban significados simbólicos y no información transmitida mediante escritura en forma de palabras dio origen a una serie de mal orientados intentos de descifrar los jeroglíficos, basándose en los antiguos escritores que habían dado a entender que los egipcios utilizaron dos tipos de escritura, una sagrada y alegórica y otra vulgar, que el historiador griego Herodoto había denominado sagrada (*hierá*) y común (*demotika*). Lo que aquellos eruditos no sabían era que a partir de los jeroglíficos se habían desarrollado formas de escritura simplificada y cursiva («manuscrita») para poder escribir con más rapidez el idioma egipcio en circunstancias normales. La primera de estas escrituras cursivas fue la hierática, que se utilizó durante gran parte de la historia egipcia. El idioma egipcio fue cambiando con el transcurrir del tiempo, y con él cambió la escritura hierática; hacia el año 650 a.C., el idioma y la escritura habían cambiado tanto que a la nueva forma se la llama ahora demótica. La escritura demótica es difícil de leer y cuesta reconocerla como descendiente de la escritura hierática y los jeroglíficos; también se utilizó en algunas inscripciones de monumentos, como la Piedra de Roseta, aunque se seguían empleando jeroglíficos. A partir del período romano, se utilizó un nuevo tipo de escritura, llamada copta, para escribir el idioma egip-

cio, que había ido evolucionando lentamente; consistía en una mezcla de letras griegas y demóticas. A pesar de la introducción del idioma y la escritura árabes en Egipto, en el siglo VII, los cristianos siguieron hablando y escribiendo en idioma egipcio («copto», que significa simplemente «egipcio»). Este idioma copto era el que estaba empezado a interesar a Champollion. En resumen, los idiomas son:

Idioma escrito	Idioma hablado
<i>Jeroglíficos</i> (escritura oficial)	Egipcio antiguo
<i>Hierática</i> (escritura cursiva a mano)	
<i>Demótica</i> (a partir de 650 a.C., usada sólo para el idioma demótico)	Demótico (derivado tardío del egipcio antiguo)
<i>Copta</i> (a partir de 250 d.C., usada para el idioma copto)	Copto (derivado del demótico)

Los jeroglíficos podrían considerarse como el equivalente de la letra de imprenta, como la que hoy vemos en libros y monumentos, mientras que la escritura hierática era el equivalente de una buena caligrafía grabada. Y si la hierática es la caligrafía grabada, la demótica es la escritura a mano corriente. Comparada con la claridad y belleza de los jeroglíficos y la hierática, la demótica a veces parece un montón de garabatos. Aunque el idioma copto evolucionó a partir del demótico, su forma escrita es completamente diferente de las escrituras jeroglífica, hierática y demótica, ya que consta de letras del alfabeto griego y unos cuantos caracteres demóticos. Por primera vez, se escribían vocales.

Nada más aparecer la primera edición de los *Hieroglyphica*, en 1505, empezaron a publicarse en Italia otras muchas obras sobre los

jeroglíficos, y todas aceptaban las ideas tradicionales y erróneas acerca de su significado. Pierio Valeriano llegó a obsesionarse con el estudio de los jeroglíficos, y escribió un extensísimo comentario en 58 volúmenes, que también tituló *Hieroglyphica*. Se publicó después de la muerte de Valeriano en 1558, y los jeroglíficos aparecían clasificados en categorías distintivas –dioses paganos, partes del cuerpo, plantas...–, con comentarios sobre el supuesto significado religioso y filosófico de cada jeroglífico. A pesar de que no se acercaba más a la verdad que las obras precedentes, se convirtió en la autoridad indiscutida sobre la materia durante casi dos siglos, con numerosas ediciones y traducciones al italiano, alemán y francés. El entusiasmo por el estudio simbólico de los jeroglíficos era inagotable, pero pocas obras intentaron siquiera distinguir los auténticos jeroglíficos egipcios de los recién inventados.

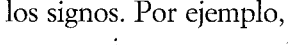
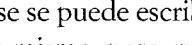
Hasta el siglo XVII no comenzaron los primeros intentos serios de descifrar auténticos jeroglíficos egipcios, iniciados por Athanasius Kircher, un consumado orientalista que había huido de Alemania a Roma durante la guerra de los Treinta Años. Tenía grandes conocimientos de copto y empezó a trabajar en la publicación de vocabularios y gramáticas de copto, llegadas de Egipto poco tiempo antes en forma de manuscritos. Kircher dedujo correctamente que el idioma copto que los egipcios cristianos todavía seguían usando como lenguaje litúrgico podía ser el mismo idioma que se hablaba en el antiguo Egipto de los faraones, y que, por lo tanto, para descifrar y comprender los jeroglíficos era imprescindible conocer copto. Utilizando los auténticos monumentos y artefactos egipcios que se habían descubierto o aún se alzaban en Roma, Kircher fue el primero que intentó estudiar los jeroglíficos auténticos, pero siguió buscando en ellos el oscuro simbolismo que se suponía que encerraban, en lugar de considerarlos como una escritura; por eso sus traducciones son absurdas. Pero una importante consecuencia de su obra fue que el estudio del copto se puso de moda entre los eruditos.

La filosofía de Kircher y otros pensadores, que veían en Egipto la fuente de toda sabiduría, fue perdiendo crédito poco a poco, y los viajeros empezaron a borrar la idea de Egipto como una tierra mística. En 1741, el obispo inglés William Warburton publicó *El divino legado de Moisés*, que incluía una larga divagación sobre los jeroglí-

ficos que se tradujo al francés tres años después. Aunque no había estudiado jeroglíficos auténticos, algunas de las cosas que decía sobre los métodos de desciframiento se acercaban mucho a la verdad, y si sus opiniones se hubieran puesto a prueba, el proceso de desciframiento podría haber sido mucho más corto. Dedujo incluso que la escritura que ahora llamamos hierática (la «caligrafía grabada») tenía su origen en los jeroglíficos. A diferencia de la opinión de los pensadores del Renacimiento, hizo una declaración tan asombrosa como acertada: que la escritura no era un invento sagrado de los antiguos egipcios «con el fin de ocultar y guardar en secreto su sabiduría, para que no la conociera el vulgo». Con este vehemente ataque a Kircher y sus creencias místicas, Warburton anunciaba una nueva era de ideas científicas sobre los jeroglíficos.

Unos veinte años después, el abate Jean-Jacques Barthélemy, custodio de las medallas de París, fue el primero que dijo que el óvalo con una barra en cada extremo (lo que ahora se llama «cartucho»), tan frecuente en las inscripciones jeroglíficas, podía contener nombres de reyes o de dioses. Varios años más tarde, esta idea fue desarrollada por Joseph de Guignes, profesor de sirio en el Colegio de Francia, en París. Gracias a sus estudios de chino, de Guignes sabía que en la escritura china se utilizan cartuchos para resaltar los nombres propios; por lo tanto, era probable que en las inscripciones egipcias se utilizaran para los nombres reales. Por desgracia, esto le llevó a empantanarse en la extraña idea de que China había sido una colonia egipcia y que, aunque el idioma egipcio se había corrompido más tarde por la influencia del griego, el idioma chino y su escritura representaban la forma auténtica y sin corromper del egipcio. En consecuencia, insistió en que el único camino para descifrar los jeroglíficos era el chino, y no el copto, una idea que adquirió enorme aceptación y lanzó a muchos potenciales descifradores por un camino totalmente equivocado. Las publicaciones sobre jeroglíficos que pudo consultar Champollion abarcaban una variada gama de teorías, ya que aún no se había desmentido la posible relación entre los jeroglíficos egipcios y la escritura china.

Entre las obras más recientes que pudo leer Champollion, la más importante era la del erudito danés Georg Zoëga, un experto en copto que en 1783 se había instalado en Roma y había emprendido

un concienzudo estudio de sus obeliscos, haciendo importantes comentarios sobre los jeroglíficos y criticando muchos de los errores de sus predecesores. Zoëga fue el primero en recopilar un *corpus* de jeroglíficos, identificando en total 958, que clasificó según lo que representaban –plantas, utensilios, partes de mamíferos...– y no según su significado, que seguía siendo completamente desconocido. Por ejemplo, los signos  describen diferentes aspectos de personas, mientras que  representan varias clases de aves. También hizo una importante observación: que la dirección en la que se lee una inscripción depende de la dirección hacia donde miran los signos. Por ejemplo, la frase jeroglífica , que significa «que viva, que sea próspero y que tenga salud», se lee de izquierda a derecha, porque los jeroglíficos miran hacia la izquierda. La misma frase se puede escribir como , que significa exactamente lo mismo, pero que se lee de derecha a izquierda porque los jeroglíficos miran hacia la derecha. Los jeroglíficos siempre «miran» hacia el principio de la línea de texto, y las columnas verticales de jeroglíficos se leen siempre de arriba abajo. Zoëga no había intentado descifrar los jeroglíficos, pero también estaba convencido de que los cartuchos contenían nombres propios o fórmulas religiosas, un argumento que acabó induciendo a otros estudiosos a investigar este aspecto de los jeroglíficos en relación con la Piedra de Roseta.

Los intentos de descifrar los jeroglíficos habían permanecido en el limbo hasta que se dieron a conocer los trabajos de los sabios que habían participado en la expedición de Napoleón a Egipto, y el principal estímulo fue el descubrimiento de la Piedra de Roseta en 1799. Cuando el ejército de Napoleón se adentró en el corazón de Egipto, con los sabios a remolque, éstos descubrieron por fin la enorme variedad de símbolos jeroglíficos, la mayoría de los cuales jamás se había visto fuera de Egipto, y comprendieron lo vanos que habían sido los anteriores intentos de descifrar los jeroglíficos a partir de las inscripciones de unos pocos monumentos existentes en Europa. La Piedra de Roseta es bilingüe: tiene inscritos tres textos, pero en sólo dos idiomas: el griego está escrito en letras mayúsculas, el egipcio en jeroglíficos (por desgracia es la parte más deteriorada), y hay una tercera inscripción en una forma posterior del idioma egipcio, en escritura demótica. En París ya se habían empezado a estudiar las

copias y vaciados de la Piedra de Roseta que los sabios habían traído de Egipto, y se había traducido el texto griego. En sí mismo, el contenido de los textos de la Piedra de Roseta no es importante, ni siquiera interesante, ya que se trata de un edicto sacerdotal promulgado en 196 a.C., en el que se implanta el culto al monarca reinante, el griego macedonio Ptolomeo V Epífanes. Consiste principalmente en una larga alabanza, que comienza diciendo: «En el reinado del joven que ha heredado el reino de su padre, el Señor de las Coronas, grande es su gloria, que ha restaurado la vida civilizada de la humanidad, Señor de las Fiestas de los Treinta Años...», y continúa en un tono similar. La importancia de los textos radica en que el mismo mensaje aparecía escrito en jeroglífico, demótico y griego, lo cual ofrecía una posibilidad de encontrar pistas para descifrar las escrituras demótica y jeroglífica.

En 1802, cuando Champollion tenía sólo once años y aún no había ingresado en el *lycée* de Grenoble, el orientalista Silvestre de Sacy decidió en París enfrentarse con la Piedra de Roseta. Empezó intentando identificar en la escritura demótica los nombres propios que aparecían en el texto griego, pero sólo consiguió a duras penas localizar los grupos aproximados que formaban los nombres «Ptolomeo» y «Alejandro». Reconociendo su fracaso, pasó su copia de la Piedra de Roseta a su discípulo Johan David Åkerblad, que había sido diplomático sueco en Constantinopla y cuyo principal interés eran los idiomas. Aunque parezca increíble, Åkerblad consiguió en sólo dos meses identificar en el texto demótico todos los nombres propios que aparecían en el texto griego, demostrando que estaban escritos con símbolos alfabéticos fonéticos (signos que representan un solo sonido, como las letras del alfabeto). Ya se podían leer en demótico nombres como Ptolomeo, Cleopatra, Alejandro, Berenice, Arsinoë y Alejandría. Aplicando al demótico su conocimiento del idioma copto, Åkerblad identificó otras palabras del texto demótico, tales como «templo», «egipcio» y «griego». Demostró que algunas palabras eran bastante similares en copto y en demótico, lo que demostraba que el copto era, efectivamente, un derivado del antiguo idioma egipcio, y estableció un alfabeto de 29 caracteres demóticos, aunque se equivocó en la mitad de ellos. Presentó sus resultados bajo la forma de una extensa carta a Silvestre De Sacy (*Lettre sur*

l'Inscription Égyptienne de Rosette, Adressée au Citoyen Silvestre De Sacy), que se publicó en 1802. En su respuesta, De Sacy criticó algunos de los descubrimientos de Åkerblad, pero terminó con estas palabras de ánimo: «Si decide usted publicar la carta que me ha hecho el honor de dirigirme, me sentiría halagado si adjuntara mi respuesta; eso me aseguraría la ventaja de haber sido el primero en aplaudir su trabajo.»

Åkerblad y De Sacy no consiguieron avanzar más con el texto demótico porque estaban convencidos de que toda la escritura demótica era alfabética, como la escritura griega. Aparte de algunos trabajos de menor importancia con los números, no llegaron a la fase de estudiar los jeroglíficos. Todavía no había nadie capaz de leer una palabra en jeroglífico, pero un orientalista y diplomático sueco, el conde Nils Gustaf Palin, intentó descifrar los de la Piedra de Roseta, a pesar de que trabajaba con una copia bastante mala de la inscripción. Publicó varios artículos sobre el tema, aproximadamente en la misma época de los trabajos de Åkerblad, pero sus teorías eran tan fantásticas como habían sido las de De Guignes, que pensaba que China fue una colonia de Egipto. Asegurando que los jeroglíficos chinos y egipcios eran idénticos en origen y significado, Palin declaró que «sólo tenemos que traducir al chino los Salmos de David y escribirlos en los antiguos caracteres de ese idioma, y habremos reproducido los papiros egipcios que se encuentran con las momias». Su vida acabó trágicamente: fue asesinado en Roma mientras trataba de evitar que le robaran su valiosa colección de antigüedades egipcias.

Durante estos primeros años del siglo XIX, no se hizo ningún verdadero progreso en el desciframiento de los jeroglíficos, aunque cada vez eran más las personas que intentaban resolver el problema. Aquello se estaba convirtiendo en una carrera no oficial, sin línea de salida y en la que los competidores no eran conscientes de la presencia de los demás. Algunos, como De Sacy y Åkerblad, se habían retirado antes de que la carrera empezara de verdad. Los jeroglíficos eran un tema muy popular y «se hablaba y se escribía mucho sobre ellos entre los seguidores de la moda y los chiflados, que solían ser personas completamente incultas». La Piedra de Roseta, tan prometedora al principio, estaba resultando una decepción, y el interés por ella, que al principio había sido muy intenso, se fue desvaneciendo. Cuan-

do se descubrió, los sabios habían supuesto que sólo se necesitarían unas cuantas semanas de estudio para obligar a la piedra a revelar sus secretos, pero no había sucedido así. Ahora parecía poco probable que se encontrara una solución rápida, pero esto no impedía que los estudiosos siguieran discutiendo sobre la piedra como si fuera el único medio para descifrar los jeroglíficos. Incluso Jacques-Joseph iba a estudiar sus inscripciones, y en el verano de 1804 presentó en la Academia de Grenoble un artículo sobre la inscripción griega de la Piedra de Roseta.

Mientras trabajaba en la empresa de sus primos en la Grande Rue, Jacques-Joseph había proseguido con su autoeducación lo mejor que podía. Adquirió aún más libros y frecuentaba los círculos cultos y literarios de la burguesía de Grenoble. Era ya un consumado lingüista y también le interesaba mucho la historia antigua en general; durante sus años en Grenoble, los intereses de los dos hermanos corrieron casi paralelos. Gracias a sus estudios de los edificios antiguos de la ciudad, Jacques-Joseph se había ganado una reputación de buen anticuario y había llamado la atención de Joseph Fourier, que, como sabio veterano de la expedición de Napoleón a Egipto, sentía un vivo interés por todos los aspectos de la historia. En su calidad de prefecto del Isère, Fourier encargó a Jacques-Joseph que hiciera un catálogo de las antiguas inscripciones en latín que salían a la luz cuando se hacían obras en Grenoble, que estaba construida sobre el emplazamiento de un pueblo romano llamado Gratianópolis. A finales de 1803, Jacques-Joseph fue aceptado en la *Académie delphinale*. Como todas las sociedades culturales de Francia, la Academia había sido suprimida por decreto durante la Revolución, pero había resucitado en 1795 con el título de «Sociedad de Artes y Ciencias de Grenoble» y más tarde recuperó su nombre original. La Academia era la asociación cultural más prestigiosa de la región, respetada en toda Francia y en el extranjero, y el hecho de que aceptara a Jacques-Joseph Champollion-Figeac, que sólo tenía 25 años, carecía de estudios universitarios y sólo llevaba cinco años en Grenoble, da idea de su capacidad y entusiasmo. Gracias a su ingreso en la Academia y a su amistad con Fourier, Jacques-Joseph iba a progresar aún más en su carrera académica y en su ascenso social.

También gracias a su relación con Fourier, Jacques-Joseph parti-

ció activamente en los trabajos de preparación del informe de la expedición a Egipto, *Description de l'Égypte*, ayudando en las investigaciones para el extenso prefacio que Fourier estaba escribiendo. También Champollion participó en esta investigación, preparando informes sobre varios temas, pero parece que Fourier no lo sabía al principio. En 1804, los dos hermanos estaban sumergidos en el estudio del antiguo Egipto. Aquel mismo año Jacques-Joseph fue elegido secretario adjunto de la Academia. Dos años después ascendió a secretario titular, cargo para el que fue reelegido numerosas veces durante los diez años siguientes, y publicó un artículo sobre Egipto titulado *Lettre sur une inscription grecque du temple de Denderah* («Carta acerca de una inscripción griega del templo de Denderah»), dirigido oficialmente a Fourier.

El propio Champollion se iba dejando absorber cada vez más por todos los aspectos del antiguo Egipto, pero la lectura de las obras de los investigadores anteriores le había convencido de que el copto estaba claramente relacionado con el antiguo idioma egipcio, de modo que su objetivo inmediato era aprender copto sin concentrarse directamente en los jeroglíficos, tarea que no resultaba fácil dentro de los confines y restricciones del *lycée*. En 1805 conoció a un antiguo monje copto llamado Dom Raphaël de Monachis, que estaba de visita en Grenoble. Había regresado con la expedición de Egipto y Napoleón le había nombrado lector de árabe en la Escuela de Idiomas Orientales de París. Durante su estancia en Grenoble ayudó a Champollion a aprender copto, y regresó meses después con libros, entre ellos una gramática copta. A estas alturas, Champollion ya parecía haber elegido Egipto como tema de estudio para toda su vida, declarando fervientemente su lealtad al país: «Deseo hacer un profundo y continuo estudio de esta antigua nación... Entre todos los pueblos que más amo, os juro que ninguno supera en mi corazón al egipcio.»

En esta época no es probable que supiera que ya había rivales esforzándose por descifrar los jeroglíficos; y en cualquier caso, la idea de que hubiera rivales era insignificante en comparación con sus relaciones con los profesores y los demás alumnos. Tenía por lo menos un amigo íntimo en la escuela, que se llamaba Johannis Wangehis, pero ni siquiera conoceríamos su nombre de no ser porque uno de

los profesores a los que Champollion caía mal decidió mantenerlos lo más separados posible. Champollion vertió su resentimiento en sus cartas a su hermano, quejándose amargamente de lo que consideraba una venganza mezquina de sus profesores:

 Mi amigo no hizo ningún caso de sus consejos. Siempre me consolaba, y estos monstruos, irritados por verlo siempre conmigo, le han cambiado de curso. Ya no le volveré a ver más que de paso... La cabeza ya no me rige. Estoy furioso. ¿Cuándo terminará mi suplicio? Si hay alguien frustrado y desgraciado en este *lycée*, soy yo. Me van a hacer perder la cabeza.

Algunos comentaristas posteriores han sugerido que existía una relación homosexual entre los dos adolescentes, basándose sobre todo en una de sus airadas cartas a su hermano, en la que Champollion se quejaba de que los profesores habían dicho a Wangehis que no siguiera con él porque se estaba «corrompiendo». Pero parece más probable que alguno de los profesores menos capacitados considerara que Champollion tenía demasiado talento y era demasiado problemático, y quisiera limitar su influencia todo lo posible. En sus cartas a Jacques-Joseph, la separación de Wangehis se mezcla con otras quejas acerca de los profesores. A uno de ellos lo considera un fanático y un hipócrita que se atreve incluso a hablar mal de Jacques-Joseph. Champollion ya había desarrollado su característica habilidad para hacer tantos enemigos feroces como amigos leales, que iba a ser un rasgo distintivo de toda su vida: su falta de tacto y su manera directa de elogiar y criticar ofendían a veces sin intención.

Varios meses después de que los dos amigos fueran separados, Wangehis cayó enfermo y tuvo que dejar el *lycée* para que su familia cuidara de él. Tampoco Champollion estaba en muy buena forma, a pesar de que sus informes escolares indicaban que gozaba de excelente salud. Aparte de los problemas de visión debidos a la excesiva lectura clandestina con poca luz, y del agotamiento provocado por la falta de sueño, en sus cartas a Jacques-Joseph se queja con frecuencia de que se siente mal y describe diversos síntomas. Resulta difícil estimar la gravedad de sus dolencias, pero teniendo en cuenta que las quejas referentes a su salud solían ir acompañadas de peticiones para

que le sacaran del *lycée*, parece que al menos en algunos casos estaba exagerando. Otras cartas a Jacques-Joseph están llenas de disculpas por su actitud y por no esforzarse más, y de agradecimiento por todo lo que su hermano estaba haciendo por él. Durante toda su estancia en el *lycée* vivió un caos emocional. Sabía que su hermano estaba haciendo grandes sacrificios para mantenerlo en el mejor colegio posible y para ayudarlo en sus estudios privados, y se sentía obligado a sacar el máximo provecho a esta oportunidad; pero odiaba la disciplina, la fanática adulación a Napoleón que se manifestaba en todo el *lycée*, la mezquindad y mala voluntad de algunos profesores, las agobiantes restricciones y, sobre todo, la falta de libertad para estudiar las materias que él quisiera.

En agosto de 1806, Champollion fue elegido para pronunciar un discurso de fin de curso ante el prefecto Joseph Fourier, con el fin de demostrar la alta calidad de la educación que se impartía en el *lycée*. Petrificado de sólo pensar que tendría que hablar delante de tantas personas, le escribió a su hermano rogándole que hiciera algo para evitarlo: «Lo siento mucho por el honor que el señor prefecto quiere hacerme, pero creo que me es imposible vencer mi timidez. Si me siento incómodo delante de cuatro personas, con mucha más razón lo estaré delante de mil. Te ruego que hagas todo lo posible para que eso no tenga lugar.» Pero llegado el momento, venció su timidez: su explicación de una parte del Génesis en hebreo tuvo un gran éxito, y el periódico local informó de que el prefecto se había mostrado muy satisfecho con su intervención. A pesar de su apocamiento, el extraordinario talento de Champollion empezaba a ser ampliamente reconocido. Cuando regresó al *lycée* en noviembre, con casi 16 años, había hecho notables progresos en sus estudios lingüísticos y en sus investigaciones sobre Egipto. Aunque seguían teniendo un tono muy emotivo, sus ruegos a Jacques-Joseph para que lo sacara del *lycée* se hicieron más insistentes y más racionales, y Jacques-Joseph empezó a tomar medidas para que Champollion pudiera estudiar en París. Estaba impaciente por escapar, pero sufrió una amarga decepción al enterarse de que aún tendría que soportar otro año en el *lycée* antes de poder trasladarse a la capital.

Parece que la lejana posibilidad de dejar el *lycée* para ir a París le dio nuevas fuerzas, y se enfrascó en la elaboración de un *Dictiona-*

rio geográfico del Oriente a partir del material que había ido acumulando a lo largo de los años. Escribir un diccionario era un trabajo muy adecuado para Champollion, dada su afición a cotejar y clasificar datos. Con el fin de leer todo lo posible acerca de Egipto, estuviera en el idioma que estuviese, empezó a estudiar por su cuenta italiano, inglés y alemán; este último fue el único idioma que no logró dominar. Las investigaciones para su diccionario se extendieron a la Biblia, que no leía con los ojos de la fe, sino con el análisis crítico de un historiador. Le parecía dudoso que Moisés, criado en Egipto, hubiera escrito realmente los cinco primeros libros de la Biblia, como se suponía tradicionalmente, porque no fueron escritos en escritura egipcia, que era la que él conocería. Al mismo tiempo, Champollion empezó a reunir montones de notas acerca de «los signos simbólicos de los egipcios», estudiando en particular los *Hieroglyphica* de Horapollon, que a pesar de no ser muy fidedigno, seguía siendo el mejor texto antiguo sobre el significado de los jeroglíficos.

Esta intensa investigación se vio perturbada a principios de 1807 por una revuelta de los internos del *lycée*, provocada al parecer por un castigo duro e injusto impuesto a uno de los alumnos. Un grupo de internos reunió palos y piedras durante el día y se amotinó por la noche. Apedrearon las ventanas de los dormitorios, rompiendo todos los cristales, y después destrozaron los marcos a golpes de orinal. Las llamadas al orden del subdirector del *lycée* no consiguieron calmar la situación, y el motín tuvo que ser sofocado por soldados armados con bayonetas, que después se quedaron a vigilar los dormitorios y mantener el orden. En una carta a su hermano, Champollion proclamaba su inocencia («no tomé parte en eso»), pero teniendo en cuenta cómo odiaba el *lycée* y que en el resto de la carta cuenta el levantamiento como testigo presencial, resulta difícil de creer. Sea cual sea la verdad, parece que el motín le benefició, porque volvió a pedirle a su hermano que lo sacara del *lycée* y esta vez contó con el apoyo del prefecto Fourier. Jacques-Joseph lo sacó del internado, y Champollion volvió a vivir con su hermano, acudiendo al *lycée* sólo para algunas clases escogidas. Ahora tenía más tiempo y libertad para sus propios estudios, y su progreso se aceleró.

Jacques-Joseph lo había arreglado todo para que Champollion fuera a París en otoño de 1807, pero su largo verano de intensos

preparativos se vio interrumpido por una serie de acontecimientos. El 19 de junio, justo después de haber escrito a sus padres para que fueran a verlo antes de que partiera hacia París, su madre falleció. Al mes siguiente, los dos hermanos pasaron unos días en la Provenza, y se encontraron con su padre viudo en la feria de Beaucaire, a la que acudía todos los años para comprar y vender libros. Desde principios del siglo XVI, aquellas ferias habían sido importantísimas para los vendedores ambulantes de toda Europa occidental, que empezaron a concentrar sus actividades en la feria de libros de Francfort, ciudad que se convirtió en el principal foco de venta de libros de Alemania y de toda Europa. Hacia 1750, el prestigio de Francfort había decaído y su puesto había sido ocupado por Leipzig. A Francfort ya casi no acudían editores franceses, que ahora concentraban sus actividades en París y en ferias regionales como la de Beaucaire.

Cuando los hermanos se encontraron con su padre, Jacques-Joseph estaba recién casado. A principios de julio había contraído matrimonio con Zoé Berriat, hija de una acomodada familia burguesa de Grenoble. Su padre era presidente del colegio de abogados de la ciudad, y aunque la familia no era demasiado rica, su dote consistió en una casa de campo en Vif, al sur de Grenoble. Puede sorprender que, a pesar de su estrecha relación con su hermano, Champollion no se sintiera celoso; por el contrario, aprobó la boda y mantenía buenas relaciones con su cuñada. Ésta sabía provocarle sin despertar su mal genio, y le halagaba protestando de que le llamaran *cadete* por ser el más joven de la familia. Él había adoptado la costumbre de firmar poniendo *cadet* en lugar de su nombre de pila, pero al enterarse de que la palabra árabe *segbir* tenía casi el mismo significado, Zoé insistió en que cambiara de nombre, y desde entonces fue siempre *Segbir* para la familia y los amigos.

El 27 de agosto de 1807, los alumnos del *lycée* celebraron el fin del curso escolar. Champollion recibió un «certificado de estudio y conducta» y ya había sido aceptado para estudiar en París. Lo que él celebraba no eran sus logros pasados, sino sus sueños de futuro y, por encima de todo, su liberación definitiva de aquel lugar que tanto odiaba. Tan abrumado por la emoción estaba durante estas celebraciones que se desmayó. Sus clases en el *lycée* habían sido para él menos importantes que sus propias investigaciones, y el certificado

escolar significaba poco para él, en comparación con el reconocimiento que recibió cinco días después por parte de la Académie delphinale. Ante un público que representaba la flor y nata de los eruditos e intelectuales de la región, el muchacho de 16 años presentó su «Ensayo sobre la descripción geográfica de Egipto antes de la conquista de Cambises». A estas alturas, ya todos conocían sus extraordinarias dotes para los idiomas, pero este ensayo fue la primera prueba auténtica de su capacidad para llevar a cabo investigaciones originales, cotejar y analizar la evidencia y presentar los resultados de un modo inteligible. Los asistentes quedaron asombrados por la calidad del trabajo y propusieron de inmediato a Champollion para miembro de la Academia, un gran honor que se ratificó oficialmente seis meses después y que le llenó de alegría. Así se lo escribió a Jacques-Joseph: «Ser miembro de la Academia de Grenoble me produce un enorme placer. Pero lo que más me gusta es que así soy *un poco más hermano tuyo.*»

Capítulo Tres



(La ciudad)

CHAMPOLLION Y Jacques-Joseph partieron de Grenoble por la mañana del 10 de septiembre hacia París, un viaje de 480 kilómetros en uno de los pesados coches públicos de caballos conocidos como diligencias. Champollion no volvería a ver Grenoble en más de dos años. Tras un agotador viaje continuo, de día y de noche, por carreteras en muy mal estado, sin apenas dormir y con el constante peligro de ser asaltados, llegaron a París el día 13. Al día siguiente de su llegada se resolvió el futuro de Egipto con la firma de un tratado de evacuación por parte de Inglaterra. Después de la repatriación de la expedición francesa a finales de 1801, turcos, británicos y varias facciones egipcias se disputaron el poder en Egipto. Los ingleses, que habían abandonado Egipto poco después de la derrota de los franceses, habían accedido a las peticiones de invadirlo de nuevo para apoyar a la facción de los mamelucos, pero la invasión resultó un fracaso. Las posteriores negociaciones entre ingleses, mamelucos y un ejército de mercenarios albaneses mandados por Mehemet Ali culminaron con la evacuación de los británicos, dejando a Mehemet Ali en una débil posición de control en nombre de los turcos.

Cuando Champollion llegó a París, después de haber pasado tanto tiempo ansiando escapar del *lycée*, tal vez fuera inevitable que la capital le defraudara, al no ajustarse a sus grandes expectativas. Lo que le decepcionó no fueron sus profesores ni las condiciones de estudio, sino la ciudad misma: acostumbrado a la grandeza y la belleza de las montañas próximas a Grenoble y al pintoresco esplendor

del valle del río Célé, en Figeac, París le pareció ruidosa, sucia y miserable. Además, habiendo salido de la claustrofóbica comunidad del *lycée* para trasladarse a una ciudad en la que aún no tenía amigos, le asaltó la nostalgia y escribió angustiado a Jacques-Joseph, que había regresado a Grenoble: «Nunca me he separado de ti, y ahora estoy solo; escríbeme a menudo.» Pero lo peor era el cambio del aire puro de las montañas por los vapores pantanosos de París, que afectaron inmediatamente a su salud y su estado de ánimo: «Tengo un dolor muy fuerte en un costado. El aire de París me consume, escupo como un loco y estoy perdiendo el vigor. Este país es horrible, siempre se tienen los pies mojados. Por las calles corren ríos de fango (no te exagero), y me muero de aburrimiento.» París, en aquella época, era un lugar ruinoso y sórdido, con algunos edificios medio derruidos y otros vacíos y despojados de materiales. Los monumentos y edificios históricos habían quedado dañados por el vandalismo o habían sido demolidos, y las calles eran sumamente estrechas, mal iluminadas, sucias y malolientes, sin pavimento, desagües ni alcantarillas. En las calles se amontonaba todo tipo de desperdicios, gran parte de los cuales iba a parar al Sena, un río con pocos embarcaderos y pocos puentes, que se utilizaba como una enorme alcantarilla al aire libre. París no se transformaría en una ciudad de amplios y elegantes bulevares hasta el reinado del nieto de Josefina, décadas después. El París que Champollion conoció era húmedo, sucio y plagado de enfermedades, y aún no se habían reparado muchos de los desperfectos ocasionados durante la Revolución.

En cambio, en el aspecto cultural e intelectual París no tenía rival. En el *lycée*, Champollion se había sentido irritado por el fanático culto a Napoleón y ya tenía opiniones antiimperiales; sin embargo, había sido ese imperialismo que él tanto despreciaba el que había abierto Egipto al mundo occidental y convertido París en el centro de la erudición europea. Las bibliotecas de París estaban llenas hasta reventar de libros y manuscritos saqueados en los territorios que Napoleón había conquistado, y los museos públicos y colecciones privadas estaban repletos de tesoros artísticos de toda Europa, como Champollion hizo saber a su hermano en noviembre: «Hace poco ha habido en el Museo Napoleón una exposición de cuadros magníficos conquistados en Alemania, Prusia y Rusia, además de fragmentos de

muchas antigüedades y estatuas egipcias.» Napoleón concedía especial importancia al Instituto de Francia, una prestigiosa institución formada por eminentes científicos que constantemente presentaban sus más recientes investigaciones y que estaban considerados como funcionarios públicos, cobrando un modesto sueldo. París ya había sido un centro importante para muchas disciplinas académicas, pero ahora atraía a los mejores y más famosos eruditos y profesores de Francia, y a muchos de otros países, lo que la convertía en el vibrante foco de toda innovación científica y artística y en el corazón de la Europa pendiente de la moda. Hasta los ingleses, durante los breves ceses de hostilidades que puntuaron la guerra con Francia, acudían a la ciudad en multitudes; y en 1814, cuando Napoleón se vio forzado a marchar a su primer exilio, había tantos visitantes en París que hasta se cantaba una canción muy popular, «Todo el mundo está en París». En los años anteriores a la derrota de Napoleón, antes de que gran parte de su botín se repatriara a otras partes de Europa –sobre todo a Italia y Alemania–, París ofrecía las mayores facilidades para el estudio y la investigación, y Champollion tuvo la suerte de poder estudiar allí durante el apogeo de su prestigio.

El disgusto que le causaba París tenía al menos una ventaja: que casi nunca se distraía con otras atracciones y podía sumergirse en el estudio. Repartía su tiempo entre el Colegio de Francia, la Escuela Especial de Idiomas Orientales, la Biblioteca Nacional y la Comisión de Egipto, responsable de la publicación de la *Description de l'Égypte*. A los pocos meses se había impuesto un régimen satisfactorio y agotador que le hacía cruzar una y otra vez el Sena, una rutina que explicó en una carta a su hermano:

Los lunes, a las ocho y cuarto, salgo hacia el Colegio de Francia, donde llego a las nueve. Ya sabes que es una caminata larga: está en la plaza de Cambrai, cerca del Panteón. De 9 a 10 voy a la clase de persa de monsieur De Sacy. Cuando salgo de la clase de persa, dado que la de hebreo, sirio y caldeo empieza a las 12, voy inmediatamente a casa de monsieur Audran, que me ha propuesto reservarme los lunes, miércoles y viernes, de 10 a 12. Vive dentro del Colegio de Francia. Nos pasamos esas dos horas hablando de idiomas orientales y traduciendo del hebreo, el sirio, el caldeo o el árabe. Siempre dedicamos media hora a trabajar en su «Gramática caldea y siria».

A mediodía bajamos, y él da su clase de hebreo. Me llama «el patriarca de la clase», porque soy el más aplicado. Después de su clase, a la una, atravieso todo París hasta la Escuela Especial, para asistir a las 2 a la clase de monsieur Langlès, que me dedica atención especial... Los martes, a la una, voy a la clase de monsieur De Sacy en la Escuela Especial. Los miércoles voy al Colegio de Francia a las 9; a las 10 subo a ver a monsieur Audran. A mediodía, voy a su clase. A la una, voy a la Escuela Especial para la clase (dos horas) de monsieur Langlès; y por la tarde, a las 5, voy a la de Dom Raphaël, que nos hace traducir las fábulas de La Fontaine al árabe. Los jueves, a la una, clase con M. De Sacy. Los viernes, igual que los lunes, voy al Colegio de Francia y a casa de M. Audran. Los sábados, a casa de M. Langlès a las 2.

El resto del tiempo lo dedicaba a sus propias investigaciones, a visitar la iglesia de Saint-Roch para mejorar su copto con el sacerdote, que hablaba dicho idioma, y a hacer diversos recados para su hermano.

Por fin Champollion se sentía libre para asistir a los cursos que verdaderamente le interesaban y proseguir sus propias investigaciones sin verse obligado a estudiar materias que le aburrían. Empezó a dar muestras de su capacidad para concentrarse en los elementos fundamentales de un proyecto, y de su tenacidad, que más tarde le permitió continuar su investigación a pesar de los numerosos contratiempos e interrupciones. Sus estudios en París no sólo le proporcionaron los conocimientos y habilidades que necesitaba; además, le permitieron entablar contacto e incluso amistad con muchos de los más eminentes lingüistas y orientistas. Dos de sus profesores, Louis Langlès y Silvestre De Sacy, eran en aquella época los más eminentes orientistas de toda Europa. Antoine Isaac Silvestre De Sacy, a pesar de ser monárquico y católico, se las había arreglado para sobrevivir a la Revolución, y Napoleón le había nombrado caballero de la Legión de Honor en 1803. Tres años después, a los 47 años de edad, obtuvo la cátedra de árabe en el Colegio de Francia. Era un lingüista extraordinariamente dotado, y enseñó a Champollion persa y árabe, pero además ejerció una considerable influencia sobre él y le animó a realizar investigaciones propias. De Sacy ya había intentado estudiar la Piedra de Roseta, con mínimo éxito, pero seguía sintiendo un gran interés por los jeroglíficos y estaba siempre en el centro de todas las discusiones y controversias eruditas acerca del antiguo

Egipto. Al principio, Champollion se sentía totalmente intimidado en su presencia, pero pronto estableció buenas relaciones con él, considerándolo más modesto que Langlès pero incapaz de hacer amistad con nadie. Por su parte, De Sacy escribiría años después que «mis recuerdos personales me llevan de vuelta al primer encuentro, que dejó profundas impresiones en mi espíritu. Ni que decir tiene que el nuevo alumno era fiel a su vocación y seguía asiduamente las clases que había venido a buscar a la capital».

La relación de Champollion con Langlès no era tan cordial. Louis-Mathieu Langlès fue uno de los fundadores de la Escuela Especial de Idiomas Orientales, donde le daba a Champollion clases de persa. Él también había sido discípulo de De Sacy. Trataba a todo el mundo con desdén y sólo favorecía a los estudiantes que se comprometían con toda su alma a estudiar idiomas asiáticos. Al principio, Langlès trató de desviar hacia Asia el interés de Champollion por Egipto, pero al no lograrlo, Langlès se mostró cada vez más hostil con él, y la hostilidad pronto fue recíproca. Con su instinto para los apodos punzantes e ingeniosos, Champollion le llamaba *l'Anglais* («el Inglés»), un insulto particularmente ofensivo, teniendo en cuenta la continua guerra entre Inglaterra y Francia.

El gran erudito judío Prosper Audran le enseñó a Champollion hebreo y otros idiomas relacionados, como el arameo, y quedó muy impresionado por su excepcional dominio de los idiomas. Entre los dos se estableció una profunda amistad, y Audran le dio a Champollion clases particulares y dejó que le ayudara en un libro de gramática siria y en una gramática comparada de árabe y hebreo que estaba preparando. Para dar idea de la completa confianza que tenía Audran en la capacidad de Champollion, basta decir que a veces le encargaba, a sus diecisiete años, dar clase de hebreo a sus compañeros de estudios, que eran en su mayoría miembros del clero que aprendían el idioma para estudiar la Biblia. Pocos de ellos estaban dotados para los idiomas, y el apodo que Audran aplicaba a Champollion —«el patriarca»— debía de resultarles bastante irritante. Muy animado, Champollion escribió a su hermano: «Ya me he ganado la voluntad del señor Audran, nuestro profesor: “Eres joven, tienes valor, vamos a poder hacer algo útil.” Éstas son sus palabras... El señor Audran me demuestra mucha amistad.»

Dom Raphaël de Monachis, que ya había ayudado a Champollion a estudiar copto en Grenoble, le daba ahora clases de copto y de árabe, y Champollion decía, burlándose de sí mismo, «ya sé *toser* en árabe bastante bien». Al cabo de un año, su intenso estudio del árabe le había afectado de tal manera que comentó: «Lo malo del árabe es que me ha cambiado por completo la voz, volviéndola apagada y gutural; hablo sin mover apenas los labios.» Dom Raphaël, además, fue quien le presentó a Geha Cheftitchi, sacerdote de la iglesia de Saint-Roch, con quien practicaba conversación en copto y de quien obtuvo mucha información acerca de los nombres coptos de personas y lugares de Egipto. A estas alturas, Champollion era plenamente consciente de que había otros investigadores trabajando en los jeroglíficos, pero, con la confianza de la juventud, estaba convencido de que él tendría éxito. Por el momento, se concentraba en el copto y otros idiomas orientales, para los que tenía enorme talento y entusiasmo. «El señor Langlès está muy contento conmigo en lo referente al persa, que traduzco con mucha facilidad. Si el árabe es el más bello de los idiomas, el persa es el más dulce. He sudado sangre y lágrimas peleando con el etíope, y he vencido. He estudiado sus relaciones con el hebreo y el árabe, y ahora estoy en condiciones de traducirlo con bastante facilidad.»

Cuando Champollion era estudiante en París, aprender idiomas orientales para estudiar versiones de la Biblia más antiguas y supuestamente más exactas no se consideraba una ocupación oscura y esotérica, sino investigación de vanguardia. La separación de las diversas ramas del estudio estaba en sus comienzos, y la gran división entre las ciencias y las artes aún no se había producido. La fecha de la creación del mundo y la historia de sus primeros tiempos todavía se basaban por completo en la cronología de los libros del Antiguo Testamento, y esta cronología seguiría aceptándose casi sin discusión hasta que algunos de los eruditos que estudiaban las antigüedades egipcias empezaron a sospechar que procedían de una época anterior a la registrada en la Biblia, cuando se suponía que aún no se había creado el mundo, lo cual era un concepto potencialmente escandaloso.

Gracias a su relación con el prefecto de Grenoble, Joseph Fourier, que seguía trabajando en una parte de la *Description de*

l'Égypte, Champollion entabló contacto también con los que trabajaban en ello en París, y así conoció a Jomard. Edme François Jomard era ingeniero, geógrafo y anticuario, y había tomado parte en la expedición de Napoleón a Egipto. Había asumido la responsabilidad de editar la *Description de l'Égypte* tras la muerte de los dos primeros editores, pero el primer volumen aún seguía sin publicarse, a pesar de que llevaban varios años trabajando en él de manera intensiva. Cuando se conocieron, Champollion no trató de disimular sus aspiraciones, y le regaló a Jomard un mapa del antiguo Egipto que había elaborado con motivo de su presentación en la Academia de Grenoble. A Jomard, que estaba trabajando en la geografía de Egipto y también aspiraba a descifrar los jeroglíficos, le ofendió mucho la presunción del joven estudiante, y al instante concibió una antipatía irracional por él, considerándolo un rival peligroso por su talento. A pesar de que siguió manteniendo una relación amistosa con su hermano Jacques-Joseph, Jomard fue para siempre enemigo de Champollion, y obstaculizó sus progresos siempre que pudo. Mucho mejor era la relación de Champollion con Prosper Jollois y Édouard de Villiers du Terrage, los dos ingenieros que habían desempeñado tan importante papel en el inventario de lugares y monumentos durante la expedición a Egipto. Estos contactos con los eruditos que trabajaban en la *Description de l'Égypte* le mantenían al corriente de las últimas teorías sobre Egipto, además de proporcionarle, antes de su publicación, acceso directo a los dibujos hechos por los sabios e ingenieros de los jeroglíficos tallados en templos y tumbas, lo cual constituía una importante ventaja sobre la mayoría de sus rivales.

Como aprovechaba hasta el último minuto del día para sus estudios e investigaciones, que muchas veces le obligaban a correr por las calles de París para ir de una clase a otra, la salud de Champollion no tardó en empezar a resentirse. Tenía fuertes jaquecas, dolores en varias partes del cuerpo, dificultades respiratorias y tos. Se quejaba a menudo de fatiga y calenturas, para lo cual le recetaron bebidas refrescantes dulces, que le aliviaban un poco. Los informes sobre su salud en las cartas de esta época a su hermano tienen un tono diferente del de las cartas del *lycée*. Las cartas de París son más desapaionadas y, aunque pretenden despertar simpatía, ya no incluyen peticiones para que le saquen de una situación difícil. No obstante,

a finales de 1807 estaba tan delgado que los que le rodeaban empezaron a sospechar que padecía tuberculosis, y en julio del año siguiente declaró que su figura cada vez más delgada y sus mejillas hundidas le hacían parecer mucho más árabe.

No parece que su mala salud afectara gravemente a sus estudios. Probablemente, era más una molestia que un impedimento, y es posible que la causa principal fuera su pobreza. Durante su estancia en París era aún más pobre que en el *lycée*, porque, aunque Jacques-Joseph había solicitado para él una beca extraordinaria del gobierno y trató de conseguirle un trabajo en la Biblioteca Nacional, había fracasado en ambos intentos. La bolsa de estudios que recibía de Grenoble sólo cubría tres cuartas partes de sus gastos, y el resto tenía que ponerlo Jacques-Joseph. Desde luego, Champollion no vivía con lujo, pero no siempre sabía aprovechar bien lo que tenía. Sus cartas a su hermano están plagadas de constantes peticiones de dinero, pero las cartas que Jacques-Joseph le escribía a él también están repletas de advertencias y quejas porque no administraba bien su dinero y gastaba demasiado. Aunque Jacques-Joseph había prosperado y vivía mejor que cuando su hermano estaba en el *lycée*, mantener a Champollion en París seguía representando una pesada carga.

Jacques-Joseph tenía ya un hijo. Antes de que naciera, le había pedido a Champollion que eligiera un nombre árabe: «No tardé mucho en encontrar un nombre árabe para mi futuro sobrino: se llamará Alí (el amado), un nombre que no ofenderá los oídos franceses. Si es una sobrina, se llamará Zoraïde (flor de primavera), un nombre adecuado para la época en que nacerá.» Años después, Champollion utilizó el nombre de Zoraïde para su propia hija. Ahora Jacques-Joseph disponía de menos dinero aún, y parece que contaba con su hermano para que le hiciera numerosas gestiones en París. En otoño de 1808, la fricción entre los dos hermanos iba en aumento. Champollion empezaba a desesperarse: iba vestido prácticamente con harapos, y le daba vergüenza aparecer en público. «Los pantalones no hay quien se los ponga», le escribió a su hermano. «Los de mahón los llevo usando desde el verano y soy un auténtico *sans-culotte* sin tener ni los principios ni las intenciones... Cuando esté bien vestido y calzado haré todos tus encargos, sean los que sean, porque entonces podré aparecer en público. Incluso iré a ver al

Emperador, si quieres.» Los revolucionarios extremistas habían adoptado la denominación de *sans-culottes* («sin calzones»), porque los aristócratas usaban *culottes*, unos calzones cortos que llegaban hasta la rodilla. La gente todavía se acordaba de los *sans-culottes*, pero éstos ya no eran una fuerza peligrosa en Francia, y se podían hacer chistes sobre ellos sin miedo a las represalias. Incapaz de pagarle a su casera, madame Mécran, el alquiler de su habitación en la *rue* de l'Échelle-Saint-Honoré, Champollion envió a Jacques-Joseph urgentes peticiones de fondos: «Mme. Mécran me atormenta, exigiendo el pago del alquiler de la habitación», «Si no lo has hecho ya, envía dinero rápidamente».

El momento culminante llegó cuando Champollion, desesperado, se vio obligado a escribir a su padre pidiéndole dinero. Éste se lo envió, pero cuando Jacques-Joseph se enteró se produjo un fuerte enfrentamiento entre los dos hermanos, con recriminaciones por ambas partes. Sin embargo, en lugar de provocar una ruptura permanente, parece que la crisis sirvió para establecer una base más firme en sus relaciones, y todos los problemas quedaron zanjados a finales del año.

Aunque su deficiente salud no le impedía trabajar intensamente, y la pobreza era una molestia a la que estaba acostumbrado, la posibilidad de ser reclutado le aterraba. Cuando Champollion llegó a París, Napoleón aún seguía en el apogeo de su poder, pero éste se iba erosionando poco a poco, y cada vez reclutaba más jóvenes para mantener la fuerza de sus ejércitos. Desde que cumplió 17 años, el 23 de diciembre de 1807, Champollion vivía enfermo de angustia por el temor a ser llamado a filas. Jacques-Joseph recurrió al prefecto Fourier, que a su vez solicitó a su amigo Antoine Fourcroy, director de Educación, que interviniera en favor de Champollion. Esto acabó con la amenaza del reclutamiento. A finales del siguiente verano, Napoleón, otra vez escaso de tropas, inició otra ronda de reclutamientos. Presa del pánico, Champollion escribió a su hermano, pero Jacques-Joseph le respondió confiado, diciéndole que no se preocupara. Una vez más, utilizó su influencia con Fourier, que apeló al mismo Napoleón para que su estudiante quedara exento «en interés de la ciencia». Champollion volvió a librarse del reclutamiento.

Además de caerle bien los dos hermanos, Joseph Fourier estaba

en deuda con ambos por el trabajo que habían hecho en la preparación de su largo prefacio a la *Description de l'Égypte*. No obstante, Jacques-Joseph se daba cuenta de que la influencia del prefecto podía no ser eficaz siempre, y recomendó a Champollion que solicitara el ingreso en la Escuela Normal, una institución recién creada que ofrecía cursos gratuitos de dos años, después de los cuales, los estudiantes tenían que dedicar por lo menos diez años a la enseñanza. La ventaja era que los alumnos de la Escuela Normal, a diferencia de otros estudiantes, estaban automáticamente exentos del servicio militar. La desventaja era la rigurosa disciplina de estilo militar que se imponía en la escuela. Para Champollion, la estúpida rutina de la Escuela Normal no era mucho mejor que la estúpida rutina del ejército, y lo peor era que le impediría durante muchos años proseguir sus investigaciones y hacer las cosas con las que soñaba, como viajar a Egipto. Se negó a solicitar el ingreso, prefiriendo vivir bajo la amenaza del reclutamiento y las penalidades y peligros consiguientes.

No sólo se reclutaban jóvenes para el ejército; a los buenos estudiantes de la Escuela de Idiomas Orientales de París se los animaba a ocupar puestos de cónsules de Francia. Langlès, que le daba a Champollion clases de persa y que detestaba los viajes (incluso se había negado a participar en la expedición de Napoleón a Egipto casi una década antes), trató de convencerlo de que solicitara una plaza de cónsul en Persia, pero Champollion puso excusas y se negó. A partir de entonces hizo lo posible por evitar a Langlès, pero pocos meses después, en marzo, descubrió que Langlès le había propuesto para el cargo a pesar de todo. Tal como le explicó a su hermano, el único sitio donde querría ser cónsul era en Egipto: «Está en un estado mucho más deplorable que los campos de Constantinopla, Troya y Persépolis; aun así, me ofrecería atractivos lo bastante potentes como para animarme a afrontar los peligros.» Por desgracia, el puesto de cónsul en Egipto no estaba disponible, y Jacques-Joseph tuvo que utilizar una vez más su influencia para sacar a Champollion de una situación difícil. A Langlès le irritó mucho que no aceptara el cargo, y por puro resentimiento se negó incluso a darle a Champollion el certificado de estudios correspondiente a aquel año.

Sobre todo durante las vacaciones, cuando se quedaba en París porque no tenía dinero suficiente para volver a Grenoble, Champo-

llion dedicaba mucho tiempo a sus propias investigaciones: un ambicioso proyecto que era una continuación del trabajo sobre geografía de Egipto que había presentado en la Academia de Grenoble en agosto de 1807. A finales de su primer año en París había terminado el primer borrador del trabajo, que ahora se titulaba *L'Égypte sous les pharaons* («Egipto bajo los faraones»), y se basaba principalmente en sus cada vez más amplios conocimientos de los nombres topográficos coptos. Realizó gran parte de su investigación en la Biblioteca Nacional, donde recibió mucha ayuda de Aubin-Louis Millin de Grandmaison, conservador de Antigüedades, que mantuvo durante años constante correspondencia con Jacques-Joseph y era director de la revista *Magasin encyclopédique*. En la Biblioteca, Champollion tenía el privilegio de poder acceder a la enorme masa de libros extranjeros llegados como botín de las campañas de Napoleón, y que aún no estaban debidamente catalogados. Se dedicó a estudiar todos los textos coptos, casi todos arrebatados a la Biblioteca del Vaticano, en Roma. Años después, cuando se devolvieron estos manuscritos a Italia, el anticuario inglés sir William Gell comentó: «Creo que habrá muy pocos libros coptos en Europa que Champollion no haya examinado; un amigo mío muy erudito me ha contado que no hay en el Vaticano un solo libro en ese idioma que no tenga anotaciones de Champollion casi en cada página, hechas cuando los manuscritos estaban en París.» Champollion descubrió enseguida que los diccionarios y gramáticas de copto existentes eran muy malos, y mientras estudiaba los textos emprendió también la colosal tarea de elaborar una gramática copta y un diccionario de copto, como paso preliminar a su estudio de los jeroglíficos.

En esta fase de su investigación, Champollion suponía que los jeroglíficos constituían simplemente un alfabeto para escribir las palabras egipcias, y que existía poca diferencia entre el antiguo idioma egipcio y el copto. De ser así, en cuanto dominara suficientemente el idioma copto, no tendría más que descubrir a qué letras del alfabeto copto correspondían los signos jeroglíficos y podría leer todos los textos egipcios antiguos. Más adelante se daría cuenta de que esta teoría era completamente errónea y de que, aunque el copto era un derivado tardío del antiguo idioma egipcio, los jeroglíficos no eran un simple alfabeto; pero la teoría le proporcionó una buena base para

afrontar el problema del desciframiento. En otros idiomas que Champollion estaba estudiando, como el árabe y el hebreo, las vocales sólo se indicaban mediante símbolos (diacríticos), pero en el copto sí que se escribían vocales, utilizando su alfabeto de estilo griego. Sus vastos conocimientos de copto iban a permitirle a Champollion identificar palabras del antiguo idioma egipcio escritas en jeroglíficos que no incluían vocales, siendo éste uno de los aspectos que hacen que los jeroglíficos sean tan difíciles de leer, porque muchas de las palabras están escritas en una forma similar a las contracciones de los idiomas modernos. Por ejemplo, las palabras «pkg, grg, jdns» no tienen mucho sentido por sí solas, pero en un anuncio de casas de alquiler se reconocen como contracciones de «parking, garaje, jardines». De manera similar, el nombre del faraón más famoso, Tutankamón, se escribe . La transliteración de estos jeroglíficos es *imntwtꜥnkḥ*. El nombre se compone de tres partes, ,  y , que significan «Amón», «imagen de» y «vivo», y se traduce como «la imagen viva del dios Amón». No existen vocales propiamente dichas en el nombre *imntwtꜥnkḥ*: la «w» se pronuncia como una «u» por conveniencia, y los signos fonéticos «ḏ» y «r» representan «consonantes débiles» (llamadas a veces «semivocales»), que se encuentran en idiomas semitas como el hebreo. Igual que hay que saber que «jdns» significa «jardines» y no «jordanos», para pronunciar correctamente el antiguo idioma egipcio hay que saber qué vocales usaban los antiguos egipcios en cada palabra concreta, pero ese conocimiento se ha perdido, a excepción de las pistas que proporciona el copto.

Para hacer pronunciables los nombres de los faraones, ahora se intercalan vocales entre las consonantes. Por pura conveniencia se utiliza muchas veces la «e», lo que convertiría *imntwtꜥnkḥ* en «Ementutenkh», pero a veces se utilizan otras vocales para que los nombres suenen menos monótonos, y en este caso concreto el nombre cambia a «Amuntitankh». Los antiguos egipcios ponían los nombres de dioses delante, por respeto, pero en la actualidad los elementos de una palabra se reordenan de acuerdo con el sentido: «viva imagen de Amón» es «Tutankamón». La situación se complica aún más porque el nombre del faraón Tutankamón incluye el nombre de un dios que se menciona en la Biblia y en los antiguos textos griegos como «Amón» o «Ammón» (aunque esto no significa que los egip-

cios usaran esa misma pronunciación). Por esta razón, esa parte del nombre se suele escribir en la actualidad como «amun», «amon» o «amen». Lo mismo ocurre con los nombres de otros muchos faraones, lo que ha dado lugar a una gran variedad de grafías y pronunciaciones, sin que se pueda demostrar que alguna de ellas sea la pronunciación correcta en egipcio antiguo.

Aparte de estudiar copto, Champollion estaba ya dispuesto a hacer frente a la Piedra de Roseta con sus tres escrituras, una tarea que él consideraba fácil. Durante el verano de 1808 pudo utilizar una copia de la Piedra de Roseta hecha por el anciano abate de Tersan en el Museo Británico de Londres. Charles Philippe Campion de Tersan era anticuario y poseía una gran colección de antigüedades en su casa de Abbaye-aux-Bois, cerca de París, donde recibía frecuentes visitas de Champollion. Fijándose primero en la inscripción demótica, Champollion dedujo el valor de una serie de letras demóticas comparando este texto con la versión griega y aplicando después sus conocimientos de copto. Con gran satisfacción, comprobó que sus descubrimientos coincidían con los de Johan Åkerblad, que había publicado sus resultados seis años antes en forma de carta a Silvestre de Sacy, que ahora era uno de los profesores de Champollion.

Al mismo tiempo, Champollion empezó a estudiar papiros con escritura hierática (la «caligrafía grabada» jeroglífica), con la intención de compararlos con la inscripción demótica de la Piedra de Roseta, sin darse cuenta de que la demótica y la hierática eran dos tipos diferentes de escritura cursiva. A finales de agosto llegó a declarar que había demostrado que eran lo mismo y que había descifrado una frase de un papiro que Vivant Denon había traído de Egipto. Pero unas semanas después, Champollion escribió a su hermano diciéndole que aunque ya había leído línea y media de un papiro y había reconstruido un alfabeto basado en la Piedra de Roseta, era absolutamente incapaz de progresar más: «¡No puedo llegar más lejos! Hay grupos [de signos] que me detienen. Los he estudiado, he pensado en ellos durante días enteros... ¡y no he entendido nada!» A continuación decía que en cambio estaba interesadísimo en los etruscos, una próspera civilización prerromana de Italia, «porque los etruscos procedían de Egipto». El abate Tersan tenía muchas antigüedades etruscas en su colección, y Champollion quedó fascinado

por ellas, convenciéndose –equivocadamente– de que los etruscos estaban relacionados con los egipcios a través de los fenicios del norte de África, y de que el alfabeto fenicio se derivaba de la escritura egipcia, que también era de tipo alfabético. En un incontrolado arrebatado de entusiasmo, empezó a estudiar todos estos temas relacionados y otros muchos, como los nombres de los antiguos instrumentos musicales, provocando las iras y la exasperación de Jacques-Joseph, que le reprochaba que hubiera abandonado su estudio de los jeroglíficos: «Has traducido una línea y media, tienes un alfabeto y te paras ahí. No te reconozco. ¿Dónde está tu pasión por todo lo relacionado con Egipto?»

Vino entonces un tremendo sobresalto: a finales de 1808, Marie-Alexandre Lenoir publicó inesperadamente el primero de cuatro volúmenes titulados *Nouvelles Explications des Hiéroglyphes* («Nuevas explicaciones de los jeroglíficos»), asegurando que había descifrado la escritura jeroglífica. Lenoir, 29 años mayor que Champollion, sabía mucho más de la Francia medieval que del antiguo Egipto. Durante la Revolución había conseguido salvar de la destrucción muchos monumentos franceses, a veces con riesgo de su vida, y por este trabajo tan importante la Sociedad de Anticuarios de Londres le había hecho miembro honorífico. En la Francia napoleónica era un hombre potencialmente poderoso, ya que una de sus funciones era la de conservador de la colección de la emperatriz Josefina, a la que ayudaba a elegir objetos del Museo de Monumentos Franceses de París para decorar el Château de Malmaison, su residencia de campo al oeste de París. Hasta que pudo ver un ejemplar de la publicación de Lenoir, Champollion estuvo temiendo que le hubieran vencido en su búsqueda del significado de los jeroglíficos, pero al leerlo comprobó que las ideas que contenía estaban totalmente equivocadas, entre otras cosas porque Lenoir seguía interpretando los jeroglíficos como símbolos místicos, el mismo error que había llevado por mal camino a tantos estudiosos anteriores. Champollion llegó incluso a decir que la explicación de Lenoir debería servirle a Jacques-Joseph de medicina o como purgante para curarse de sus preocupaciones por la aparente indolencia de su hermano.

La experiencia con Lenoir asustó a Champollion, sacándolo de su estado de complacencia. Había estado seguro de que sería el prime-

ro en descifrar los jeroglíficos. De pronto se dio cuenta de que, aunque iba estableciendo unas bases sólidas para su trabajo, ya no podía seguir ignorando que estaba participando en una carrera contra un número indeterminado de estudiosos, muchos de ellos desconocidos para él, que en cualquier momento podían publicar sus resultados y reclamar el premio. Rivales que se revelaron como excéntricos, obsesos, envidiosos e incluso vengativos cuando Champollion logró por fin su objetivo. No obstante, se negó a desviarse de su intención de hablar copto con total fluidez, y en marzo de 1809 declaró a su hermano: «Me he entregado por completo al copto. Quiero dominar el egipcio como el francés, porque en este idioma se basará mi gran trabajo sobre los papiros egipcios.»

Un mes después, describió así su situación: «Sólo sueño en copto y en egipcio... Soy tan copto que para divertirme traduzco al copto todo lo que me viene a la cabeza... Es la única manera de meterme en la cabeza el egipcio puro. Después de esto, atacaré los papiros y, gracias a mi heroico valor, espero llegar al final. Ya he dado un gran paso.» Entonces empezó a estudiar de nuevo la inscripción demótica de la Piedra de Roseta, corrigiendo el alfabeto demótico que había elaborado el verano anterior y declarando que quería seguir investigando los papiros: «Siempre tengo los papiros ante los ojos... Hay un premio tan hermoso que ganar. Ojalá sea mi destino.»

A pesar del susto que le dio la publicación de Lenoir, Champollion seguía teniendo tanta confianza en sí mismo que tendía con facilidad a criticar los anteriores intentos fallidos de desciframiento. De Åkerblad decía que «era incapaz de leer tres palabras seguidas de una inscripción egipcia» [en este caso, demótica; la palabra «egipcio» se utilizaba en sentido amplio para las escrituras demótica y hierática, y a veces para la copta]. Y de Zoëga, que poco antes había recopilado un extenso catálogo de signos jeroglíficos sin descifrar ninguno, decía que «ha reunido una extraordinaria cantidad de materiales de construcción... ¡y no ha puesto piedra sobre piedra!». De manera similar, opinaba que el trabajo de Palin con la escritura jeroglífica de la Piedra de Roseta era inútil, y que era preciso empezar el proceso de desciframiento desde cero, sin guiarse por las mal encarriladas investigaciones previas. El material que Champollion tenía a su disposición para este estudio era increíblemente limitado, y en una carta a su

hermano enumera todas las inscripciones jeroglíficas o hieráticas (que él llamaba «cursivas»), en papiros o en vendajes de momias, que sabía que se habían copiado enteras o en parte, en Francia y en otros países: sólo eran diecisiete, aunque sabía que había algunas más que aún no se habían publicado y había visto algunos de los dibujos de monumentos con jeroglíficos realizados por los sabios que fueron a Egipto.

En junio de 1809 se publicó el primer volumen de la *Description de l'Égypte*, que presentaba una gran cantidad de información recopilada por los sabios durante la expedición de Napoleón a Egipto. Incluía descripciones de los zodiacos egipcios, como el de Dendera, y de antiguos monumentos de otras muchas partes del Alto Egipto, con algunas láminas que reproducían jeroglíficos. Al verlo, Champollion manifestó su satisfacción por el hecho de que hubiera «numerosos manuscritos egipcios, reproducidos con asombrosa precisión en esta magnífica colección, además de impresiones, dibujos y grabados, que por sí solos han podido servir de sólida base para el trabajo de los arqueólogos». Pero a continuación criticó los intentos de desciframiento hechos por los sabios: «No siento un gran respeto por ellos. Pueden habernos dado unos dibujos muy buenos, pero sus explicaciones son sólo agua de borrajas.» Suena arrogante, pero lo que decía era cierto, y aunque sus críticas pueden parecer muy duras, solía expresarlas sólo en privado, en cartas a su hermano.

Gran parte del trabajo para su libro *L'Égypte sous les pharaons* —su visión de la geografía, historia e idioma de Egipto— estaba ya hecho desde hacía cuatro meses, aunque aún no había terminado la difícil elaboración de un mapa preciso del valle del Nilo con los nombres de los lugares. Una de las dificultades consistía en que, por razones de estrategia militar, los estudios y mapas realizados durante la expedición de Napoleón a Egipto seguían siendo secreto de Estado, y no se publicarían hasta casi veinte años después. Jacques-Joseph le aconsejó publicarlo de inmediato, pero mientras él se lo pensaba, Étienne-Marc Quatremère publicó en junio de 1809 *Recherches critiques et historiques sur la langue et la littérature de l'Égypte* («Investigación crítica sobre la lengua y la literatura de Egipto»). Quatremère, que había sido alumno de De Sacy, trabajaba por entonces en la Biblioteca Nacional, y Champollion lo describía como una persona envidiosa y absolutamente egoísta. El trabajo de Quatremère era una historia del idioma copto en

Egipto y de los primeros estudios sobre el tema, pero Champollion consideraba que aquél era su propio campo de investigación, que constituía la base misma del desciframiento de los jeroglíficos, y se sintió decepcionado y celoso cuando su profesor, De Sacy, elogió con entusiasmo la publicación de la obra de su rival.

La reacción de Champollion consistió en entregarse aún más a fondo a su estudio del copto, con la intención de hacer nuevas investigaciones para su libro, basadas en parte en manuscritos coptos. Jacques-Joseph, que cada vez estaba más ansioso por que su hermano prosiguiera con más energía su estudio de los jeroglíficos, le instó a traducir al copto el texto griego de la Piedra de Roseta, para ver si así se encontraba la clave de la escritura demótica y, a partir de ésta, del texto jeroglífico. Tras pensarlo un poco, Champollion escribió a su hermano que aquello era imposible, porque los nombres identificados por Åkerblad en la inscripción demótica aparecían en distintas posiciones en el texto griego. Esto le hacía sospechar que o bien el orden de las palabras del texto demótico era totalmente diferente del de la versión griega, o bien ni siquiera se trataba del mismo texto. Igual que Åkerblad y De Sacy, todavía no había empezado a mirar la inscripción jeroglífica.

En el verano de 1809 terminaron sus estudios en París, sin haberse cumplido su sueño de descifrar los jeroglíficos. Jacques-Joseph llegó a París en agosto para acompañarlo en el viaje a casa, y Champollion se enteró de que le habían prometido un puesto de profesor en la facultad universitaria de historia que se iba a fundar en su amada Grenoble. El futuro parecía muy prometedor, pero de pronto reapareció la amenaza del reclutamiento. En esta época morían cada año 200.000 soldados franceses sólo en la guerra de España, y el emperador Napoleón se veía obligado a reclutar muchachos cada vez más jóvenes. Las probabilidades de supervivencia de los nuevos reclutas eran bajísimas, y el diez por ciento de los reclutas desertaba. Otros muchos se escondían para no ir al ejército, o se automutilaban para quedar inútiles para el servicio, y aumentaba la tasa de matrimonios, ya que sólo se llamaba a filas a los solteros. Su profesor Louis Langlès estaba en posición de evitar su reclutamiento, pero todavía estaba enfadado con Champollion por haber éste rechazado el cargo de cónsul en Persia, y no hizo nada. Una vez más, fue la intervención de Fourier, prefecto del Isère, la que evitó el peligro del reclutamiento... por el momento.

Capítulo Cuatro



(El profesor)

DESPUÉS DE estudiar en París durante dos años, Champollion regresó a Grenoble el 15 de octubre de 1809, con un nombramiento de profesor en una universidad que aún no existía. Entre las reformas introducidas por Napoleón en el sistema educativo francés figuraba la creación de una red nacional de universidades, y Champollion había sido nombrado profesor de historia antigua en la que se iba a inaugurar en Grenoble. Que se le ofreciera dicho puesto con sólo 18 años de edad es una señal de que se reconocía su extraordinaria capacidad. Su hermano Jacques-Joseph, que ya tenía 30 años, había dejado el negocio mercantil de sus primos pocos meses antes, en julio, pues también él había tenido una suerte similar, habiendo sido nombrado profesor de literatura griega y secretario de la Facultad de Literatura. Ya era bibliotecario ayudante en la biblioteca de Grenoble, una de las primeras ciudades de Francia que contaron con semejante institución, fundada en 1772 gracias a una suscripción pública que permitió adquirir una gran colección de 34.000 volúmenes, propiedad de un obispo local recién fallecido. La biblioteca, junto con un pequeño museo, ocupaba parte de la primera planta del *lycée* que Champollion tanto odiaba, y en su zona central estaba la Académie delphinale, la sociedad erudita de la que Jacques-Joseph todavía era secretario. Jacques-Joseph, además, había tenido en julio un segundo vástago, una niña llamada Amélie-Françoise.

Durante los primeros meses después de su regreso a Grenoble, Champollion estuvo más ocupado preparando su curso universitario

que realizando sus propias investigaciones, pero en marzo de 1810 Jacques-Joseph recibió una carta completamente inesperada de Silvestre De Sacy, en la que intentaba disuadir a su antiguo alumno de su empeño en descifrar los jeroglíficos. Aunque en su momento pareció inexplicable, no cabe duda de que este acto estuvo dictado por su mala disposición a ser eclipsado por el brillo de sus propios alumnos, a varios de los cuales denigraría en los años siguientes. De Sacy le recomendaba que no abandonara la literatura oriental y añadía: «No creo que deba seguir empeñado en descifrar la inscripción de la Piedra de Roseta. El éxito en este tipo de investigaciones suele venir como consecuencia de una afortunada combinación de circunstancias, más que como resultado de un trabajo persistente.» Si pensaba que semejante consejo iba a ser atendido, De Sacy no conocía a Champollion, que poco después escribió a su amigo Antoine-Jean Saint-Martin, antiguo compañero de estudios que vivía en París, diciéndole que estaba ansioso por reanudar el trabajo con los jeroglíficos, dijera lo que dijese De Sacy.

La Universidad de Grenoble se inauguró a finales de mayo de 1810. Napoleón había decretado que el puesto de profesor en las nuevas universidades fuera equivalente a un doctorado, y así, cuatro meses antes, los dos hermanos Champollion habían recibido el título. Debido a su edad, Champollion sólo tenía derecho a un salario de 750 francos al año, la mitad de lo que recibía siendo estudiante en París. Los profesores mayores nombrados al mismo tiempo cobraban 3.000 francos, pero como todos ellos empezaron a trabajar en la universidad a la vez, y ninguno tenía más antigüedad que otro, algunos de los colegas de Champollion se sintieron inmediatamente celosos de su éxito. El otro profesor adjunto de historia antigua era el anciano Jean-Gaspard Dubois-Fontanelle, que además era decano de la Facultad de Literatura y bibliotecario de la biblioteca municipal, donde tenía como ayudante a Jacques-Joseph, que a su vez tenía como ayudante a Champollion. Dubois-Fontanelle cedió generosamente parte de su salario profesional a Champollion, que así vio aumentados sus ingresos a 2.250 francos.

Durante los meses que precedieron a la apertura de la universidad, Champollion trabajó intensamente en la preparación de un curso de historia meticuloso. Al implantar las universidades, Napoleón

había decretado cómo debían dar clase los profesores: debían comunicar los hechos sin comentarios ni críticas, sin filosofía ni oratoria, y diseñar exámenes eficaces para los estudiantes; en otras palabras, no debían hacer observación alguna que sugiriera que el régimen político fuera menos que perfecto. Este enfoque chocaba con el concepto de libertad intelectual que tenía Champollion, y desde el principio sus clases rozaron o traspasaron los límites impuestos por el emperador. Dichas clases, que causaban sensación, se basaban en la integración de la geografía y la historia, la crítica de las fuentes de referencias y sus temas favoritos: la cronología y el origen de la humanidad, con grave peligro de ofender directamente a una Iglesia que predicaba que el mundo tenía menos de 6.000 años de edad.

Cuando Champollion iniciaba su carrera de profesor universitario, el breve reinado de Josefina como emperatriz estaba tocando a su fin. Tenía muchos enemigos entre los parientes inmediatos de Napoleón, la mayoría de los cuales se había opuesto al matrimonio y había aprovechado todas las oportunidades para instar a Bonaparte a divorciarse de ella. Napoleón, que seguía enamorado de su esposa, no quería dar ese paso, y no lo habría hecho si Josefina hubiera podido darle un hijo y heredero, pero el matrimonio no tenía hijos y Napoleón necesitaba hijos que heredaran su imperio. Por fin anunció el divorcio en noviembre de 1809, y el matrimonio quedó anulado dos meses después. Se arregló a continuación un matrimonio político de conveniencia, y en abril de 1810 Napoleón se casó con la hija del emperador de Austria, la archiduquesa María Luisa. Aunque nunca llegó a ser tan popular como había sido Josefina, María Luisa fue aceptada como emperatriz, y casi toda la oposición desapareció al año siguiente, cuando dio a luz un niño. Al niño se le impuso el título de «rey de Roma», con la esperanza de que algún día reinara sobre una Italia unificada, y todos se sintieron aliviados al ver que se establecía una dinastía. Napoleón se sentía tan optimista que cuando madame de Schwartzenberg, esposa del embajador austriaco, acudió a felicitarle por el nacimiento de su hijo, le regaló un escarabajo de piedra cubierto de jeroglíficos que había obtenido durante la expedición a Egipto y que desde entonces llevaba siempre consigo: «Siempre lo he llevado como talismán —dijo—. Tómelo, porque ya no lo necesito.» Lo cierto era que lo ne-

cesitaba más que nunca, porque su imperio estaba empezando a desmoronarse.

Durante un breve período, los acontecimientos que afectaban al imperio francés no influyeron en la vida de Champollion tanto como la enemistad de algunos de sus colegas y alumnos. Estaba dando clase a algunos jóvenes que habían sido compañeros suyos en el *lycée* y que ahora veían con malos ojos su ascenso a profesor. Más grave aún era la envidia de algunos de los otros profesores, que habían sido profesores en el *lycée* cuando él estudiaba allí; varios de ellos llegaron a quejarse directamente al emperador de haber sido postergados en favor de Champollion y su hermano, que eran más jóvenes y menos experimentados, una queja que Napoleón desestimó bruscamente. Como era típico en él, Champollion contraatacó a sus enemigos con el ridículo, escribiendo una sátira titulada *Escolasticomanía*, que se representó con éxito en los salones de Grenoble. Aunque no había firmado la obra con su nombre, algunos de los enemigos que habían sido víctimas de su ingenio adivinaron quién era el responsable y se reafirmaron en su oposición.

El interés de Champollion por la política académica se hizo pedazos sólo dos meses después de la inauguración de la universidad, cuando entró en un estado de pánico a causa de la llegada de una orden que le conminaba a presentarse antes de 48 horas en un centro militar, listo para ocupar su puesto entre las tropas que se enviaban como refuerzos a la guerra en España. Después de la victoria francesa sobre Austria en la batalla de Wagram, en julio de 1809, la principal zona de conflicto era España, donde el resentimiento de las tropas se manifestaba en las pintadas que dejaban en las paredes de los pueblos españoles que obligaban a evacuar: «España: la fortuna de los generales, la ruina de los oficiales, la muerte de los soldados.» En el resto de Europa había una paz relativa: la calma antes de la tormenta. Una vez más, el prefecto Joseph Fourier acudió al rescate, utilizando su influencia para obtener la exención de Champollion, alegando que éste tenía «intención de ingresar en la Escuela Normal», cuyos estudiantes quedaban automáticamente exentos del reclutamiento. Champollion jamás llegó a ocupar un puesto en la Escuela Normal, pero su permanente «intención» de hacerlo bastó para evitar nuevos intentos de alistarle en el ejército.

Una vez instalado en la rutina de un profesor universitario, volvió a dirigir su atención hacia la investigación sobre Egipto, aunque ya no contaba con la ventaja de tener a su disposición las colecciones de París. El problema del desciframiento seguía desanimando a muchos, y su manifestación más clara eran los textos de la Piedra de Roseta: el texto en caracteres griegos estaba en idioma griego y se podía entender, pero ni el texto jeroglífico ni el demótico se podían leer, y nadie sabía en qué idioma o idiomas estaban escritos. Para leer los jeroglíficos no sólo era necesario saber cómo funcionaba cada jeroglífico (si representaba un sonido, una idea abstracta o, simplemente, era una imagen de los que representaba); además era preciso saber cómo se relacionaba con el idioma empleado en el texto. ¿Eran los jeroglíficos, por ejemplo, como el alfabeto europeo, que se podía usar para escribir muchos idiomas diferentes, o como los cientos de pictogramas chinos que sólo se pueden usar para el chino y algunos idiomas emparentados con él? Tampoco se conocía la relación entre las escrituras jeroglífica, demótica y griega, si es que existía. Con tantas posibilidades y tan pocas pistas, no parecía irrazonable que su antiguo profesor, De Sacy, opinara que el desciframiento, en caso de lograrse, se debería más a la buena suerte que al trabajo duro.

La dificultad del problema del desciframiento de los jeroglíficos se reflejaba en las numerosas hipótesis de Champollion, en la frecuencia con que cambiaba de opinión al adoptar con entusiasmo una teoría tras otra y, en retrospectiva, en el hecho de que casi todas sus ideas iniciales fueran completamente erróneas. Hasta entonces se habían identificado cientos de jeroglíficos diferentes, pero no se había descifrado ninguno, y los investigadores no sabían cómo explicar un número tan grande de símbolos. A principios de agosto de 1810, con sólo 19 años, Champollion pronunció una larga conferencia en la Académie delphinale, exponiendo sus últimas ideas sobre la escritura egipcia y refutando las teorías propuestas por estudiosos anteriores, como Kircher y Warburton, y en especial las que relacionaban el egipcio con el chino. Muy influido por los antiguos autores griegos que habían escrito sobre Egipto, y en cierta medida extraviado por ellos, Champollion sugirió la existencia de cuatro tipos de escritura egipcia: una que se utilizaba para negocios y cuestiones cotidianas

(demótica), otra para escribir liturgias sagradas (hierática) y dos tipos de jeroglíficos: uno era el que aparecía en las inscripciones de los monumentos y el otro sería una escritura simbólica secreta, empleada sólo por los sacerdotes. Aunque aún estaba muy lejos de la verdad, ya se había dado cuenta de que la escritura demótica y la hierática eran dos tipos diferentes de escrituras cursivas, pero no lograba entender su relación con los jeroglíficos. Por entonces Champollion suponía que la escritura demótica y la hierática se componían simplemente de letras del alfabeto y sólo diferían una de otra en el agrupamiento de los signos, y que el complicado sistema jeroglífico se había desarrollado a partir de estas dos escrituras, con signos que representaban ideas, no sonidos, excepto en el caso de nombres extranjeros. Por lo menos, Champollion rechazaba la antigua teoría de que los jeroglíficos eran totalmente «simbólicos» u «ornamentales», un conjunto de símbolos místicos diseñados para ocultar información sagrada a todos excepto a unos pocos iniciados, y no un sistema de escritura para transmitir información.

El problema de Champollion, entonces y después, era que, aunque elaboró un gran número de teorías, era demasiado cauto y se guardaba sus descubrimientos, sin publicar nada hasta estar absolutamente convencido de que era cierto o hasta que alguna crisis le obligaba a publicar. Dar una conferencia en una academia de provincias como la de Grenoble no era el mejor método para hacer públicos sus avances hacia el desciframiento. Fue una crisis con Étienne-Marc Quatremère, antiguo alumno y favorito de De Sacy, lo que obligó a Champollion a empezar a publicar su obra sobre la geografía e historia de Egipto, una obra empezada tres años antes en Grenoble y continuada en París, y que su hermano llevaba más de un año recomendándole que publicara.

Quatremère, que había estado trabajando en la Biblioteca Nacional de París, se había trasladado recientemente a Ruán para ocupar el puesto de profesor de lengua y literatura griega en la universidad (aunque regresaría a París dos años después, en 1811). En junio de 1809 había publicado su obra sobre el idioma copto, para fastidio de Champollion, que se sintió obligado a perfeccionar más, sin publicarlo aún, su libro de geografía, que ahora se titulaba *L'Égypte sous les pharaons ou recherches sur la géographie, la langue, les écritures et*

l'histoire de l'Égypte avant l'invasion de Cambyse («Egipto bajo los faraones, o investigación sobre la geografía, el idioma, la escritura y la historia de Egipto antes de la invasión de Cambises»). Ahora, Champollion descubrió con horror que Quatremère estaba preparando un libro rival, siguiendo una línea de investigación similar a la suya: estudiando los nombres coptos de las ciudades y pueblos de Egipto y deduciendo sus nombres originales en egipcio antiguo (que en aquella época debía de escribirse en jeroglíficos y hierática). Sabía que su obra sobre la geografía de Egipto era más completa y precisa que la que preparaba Quatremère –sus fuentes de referencia incluían manuscritos coptos y árabes, textos en griego y latín, y crónicas y mapas de viajeros más recientes–, pero mientras no se publicara nadie más podía juzgarlo. Sabiendo que la publicación del trabajo de Quatremère era inminente, Champollion consultó a Jacques-Joseph y entre los dos decidieron adelantarse, publicando la primera parte de la obra de Champollion como una «introducción». En octubre de 1810 se imprimieron treinta ejemplares de la obra, de 67 páginas, pero ellos no controlaban el proceso y la publicación se retrasó.

Y así, fue Quatremère quien ganó la carrera de la publicación. En 1811 apareció su obra rival en dos volúmenes, *Mémoires géographiques et historiques sur l'Égypte et sur quelques contrées voisines* («Informe geográfico e histórico sobre Egipto y algunas tierras vecinas»). La «Introducción» de Champollion no se publicó hasta dos meses después, pero éste, desestimando a su rival, escribió en febrero a su amigo Saint-Martin de París, diciendo que él daba los nombres de 174 pueblos, mientras que Quatremère sólo daba 104. En el malediciente mundo de los académicos de París, una campaña de rumores acusó a Champollion de plagio, cuando lo cierto era que ni él ni Quatremère habían copiado al otro, y en sus publicaciones se observaban diferencias de enfoque muy aparentes. Champollion y Jacques-Joseph ya se esperaban este tipo de acusaciones, pero Champollion se sintió especialmente dolido e irritado al enterarse de que su antiguo profesor y partidario De Sacy se había unido a las acusaciones, no aceptando la idea de la publicación prematura de la «Introducción» y dando crédito a la acusación de plagio. Los amigos de Champollion en París, entre ellos Saint-Martin, intentaron rebatir las acusaciones, pero empeoraron las cosas con sus exagerados elogios.

Aquel mismo año, De Sacy publicó una crítica de la «Introducción», apoyando a Quatremère a expensas de Champollion; desde el punto de vista de Champollion, había estallado la guerra entre él, De Sacy y Quatremère. A Jacques-Joseph le molestó tanto el ataque contra su hermano que escribió una carta de reproche a De Sacy, que se defendió como pudo, respondiendo que «Nunca he tenido un deseo mayor que el de ayudar a los jóvenes, sobre todo a los que tienen suficiente valor para dedicarse en estos tiempos al estudio y seguir una carrera que ofrece más espinas que coronas promete... Ni siquiera se me ha pasado por la cabeza sospechar que M. Champollion haya plagiado». A pesar de su resistencia a publicar material sobre el sistema de escritura egipcio, la «Introducción» a su *L'Égypte sous les pharaons* no era, ni mucho menos, lo primero que publicaba Champollion, que ya había colaborado en periódicos y revistas académicas y había elaborado varios informes encargados por Jacques-Joseph y Fourier para sus colaboraciones en la *Description de l'Égypte* de la expedición napoleónica; ya tenía la realista opinión de que «es un oficio duro, el oficio de autor».

Aunque estaba inmerso en sus investigaciones, no podía seguir haciendo caso omiso de los acontecimientos que tenían lugar fuera de la universidad, ya que éstos afectaban con frecuencia a su propia vida. En aquella época se iba abriendo una brecha entre Fourier y los dos hermanos, en parte porque al prefecto le resultaba embarazosa su participación en la revista *Annales du Département de l'Isère: Journal Administratif* («Anales del Departamento del Isère: Revista administrativa»), que Jacques-Joseph había dirigido desde 1808 y en la que Champollion colaboraba de vez en cuando. La censura imperial de todas las publicaciones era muy estricta, y en varias ocasiones Jacques-Joseph vio censurados sus artículos, lo cual molestaba a Fourier. Sin embargo, la causa principal del distanciamiento era la participación de los dos hermanos en el prefacio de la *Description de l'Égypte*, porque Fourier no había reconocido su contribución en los créditos. Esto, sin duda, los decepcionó, pero aún se sintieron más agraviados cuando sus amigos de París les dijeron que Fourier había negado que ellos hubieran contribuido en modo alguno. Fue Fourier quien tomó la iniciativa para distanciarse de ellos, evitándolos todo lo posible y, en contraste con su anterior relación amistosa, tratándo-

los sólo de manera muy formal. Tiempo después, Jacques-Joseph escribió acerca de este período: «En aquella época, mis relaciones con Fourier eran menos íntimas, menos frecuentes; algo se había perdido entre él y yo.»

Parece que alguien había convencido a Fourier de que era peligroso mantener una relación estrecha con los dos hermanos; es probable que fuera Ambroise Lepasquier, secretario del prefecto, que tenía envidia de Jacques-Joseph. Lepasquier fue uno de los enemigos más influyentes de Champollion, y su inquina había aumentado al enterarse de que Fourier prefería a Jacques-Joseph y había tratado en varias ocasiones de convencerlo de que ocupara el puesto de secretario en lugar de Lepasquier, cosa que Jacques-Joseph había rechazado siempre. Tampoco resulta tan sorprendente que Fourier se dejara convencer de abandonar a viejos amigos, ya que aquella era una época de intrigas políticas y creciente inestabilidad en Francia. El reclutamiento representaba una gran carga para el pueblo: los negocios no funcionaban bien porque muchos hombres habían sido reclutados, otros se habían escondido para evitar el servicio militar y otros habían regresado de la guerra inválidos. Muchas familias lloraban la pérdida de padres, hijos y hermanos, y la creencia general en la invencibilidad de Napoleón ya no se mantenía.

En 1812, cuando Napoleón decidió invadir Rusia tras el fracaso de su alianza con dicho país, el desempleo y la inflación aumentaron vertiginosamente. Cientos de negocios cayeron en la bancarrota, y aunque los ricos aún podían comer, los artículos de importación sólo se encontraban en el mercado negro a precios de extorsión. Decenas de miles de pobres morían de hambre cada año. Y por si toda esta miseria fuera poco, los fondos saqueados en los territorios ocupados ya no bastaban para costear los ejércitos de Napoleón, lo que le obligó a exigir un impuesto de guerra a los franceses. La invasión de Rusia resultó un desastre, y de los 600.000 soldados que partieron con Napoleón hacia Moscú regresaron menos de 100.000; el mayor número de bajas lo causaron el frío, el hambre y las enfermedades. Las pérdidas de la campaña rusa desencadenaron nuevas oleadas de reclutamientos. Francia estaba sufriendo una sangría de hombres y muchachos, y el pueblo reaccionó contra las continuas guerras de Napoleón, dificultando la formación de pelotones para recoger a los

reclutas. Bandas de desertores y de evadidos del reclutamiento aterrorizaban a una Francia cada vez más sin ley, donde hasta los gendarmes montados habían sido reclutados para la caballería. A pesar de la censura y la propaganda, para los franceses era evidente que el imperio estaba a punto de hundirse, y las facciones monárquicas conspiraban para sustituir a Napoleón por un rey.

En Grenoble, la muerte en febrero de 1812 de Jean-Gaspard Dubois-Fontanelle, el coprofesor de historia antigua, privó a Champollion del dinero extra que Dubois-Fontanelle le había aportado, dejándole otra vez con su exiguo salario oficial de 750 francos. Jacques-Joseph ocupó el puesto de Dubois-Fontanelle en la biblioteca municipal, con un salario de 900 francos y con Champollion como asistente sin paga, y también solicitó el puesto de decano de la Facultad de Literatura, mientras Champollion solicitaba ser profesor titular en lugar de adjunto. Sus envidiosos enemigos alegaron que era demasiado joven y criticaron su política, llamándole «jacobino», un insulto que implicaba que no sólo estaba contra la monarquía sino también contra Napoleón. Los jacobinos, cuyo nombre hacía alusión a la calle de St. Jacques (San Jacobo) de París, donde se habían reunido por primera vez, se convirtieron en los demócratas más extremistas de la revolución, y el nombre acabó aplicándose a cualquiera que sostuviera opiniones políticas similarmente extremas. En el caso de Champollion, esto era sólo una ligera distorsión de la realidad, ya que era un idealista que ni apoyaba a Napoleón ni estaba a favor de la monarquía, sino que se mantenía fiel a su creencia de que una república democrática era el único sistema justo para Francia.

El puesto de profesor de historia antigua no se le adjudicó automáticamente a Champollion, sino que se sacó a concurso, y sus oponentes intentaron conseguir que se unieran las cátedras de historia antigua y literatura griega, para que ambos hermanos perdieran sus puestos si ganaba un candidato de fuera. El distanciamiento entre los hermanos y Fourier iba a tener efecto en esta ocasión, porque en general se consideraba que Champollion y Jacques-Joseph no gozaban del favor de las autoridades imperiales. Para empeorar la situación, Jacques-Joseph, como director de la revista *Annales de l'Isère*, había publicado artículos sobre las terribles pérdidas sufridas por los ejércitos imperiales en Rusia y España, sin someterlos a la censura.

Aunque dichas pérdidas eran cosa sabida por todos, se aprovechó que Fourier estaba en París para destituir a Jacques-Joseph de la dirección por haber publicado «afirmaciones dañinas», y Fourier no pudo hacer otra cosa que confirmar la destitución cuando regresó a Grenoble. Jacques-Joseph no sólo perdió el sueldo de director; también perdió prestigio porque Fourier se vio obligado a informar del asunto al gobierno.

Con tantas cosas en juego, Jacques-Joseph decidió ir a París en septiembre para exponer directamente su caso y el de su hermano a los ministros responsables de la educación, pero se encontró con que las quejas y difamaciones de sus enemigos habían llegado ya hasta el gobierno. Aun así, logró presentar su versión de la disputa, regresó triunfante a Grenoble y poco después quedó confirmado como decano de la Facultad de Literatura, conservando su puesto de profesor de literatura griega, mientras Champollion era nombrado secretario de la facultad y mantenía su puesto de profesor «provisional» de historia antigua. La cátedra de historia antigua seguía abierta a concurso, pero como nadie quiso optar a ella, Champollion permaneció en el puesto y Jacques-Joseph obtuvo la promesa de que le aumentarían el salario a 2.250 francos.

Durante todos estos meses de preocupaciones y dificultades económicas, Champollion había hecho pocos progresos en su investigación sobre los sistemas de escritura del antiguo Egipto, a lo que contribuía la escasez de material disponible en Grenoble, que le obligaba a estar constantemente pidiendo copias a otras personas. Otra investigación de tipo muy diferente sí que tuvo mucho éxito: un experimento que realizó a finales de 1812 con un vaso canopiano. Los vasos canopianos, o canopes, eran recipientes de cerámica o piedra con las tapas en forma de cabezas de divinidades egipcias; se habían encontrado en todo Egipto, y en aquella época se creía que eran de la misma época y tenían la misma función que los vasos con forma de cabeza humana (el recipiente entero, no sólo la tapa) hallados solamente en el puerto de Canope. En otro tiempo se creía que los vasos encontrados en Canope eran venerados como representaciones de un dios que también se llamaba Canope, pero las investigaciones posteriores habían demostrado que en realidad estos vasos eran personificaciones del dios egipcio Osiris y corresponden al período grie-

go o romano. Gracias a sus amplias investigaciones sobre la geografía del antiguo Egipto, Champollion sabía que era muy improbable que «Canope» fuera el antiguo nombre egipcio del puerto, y tampoco había encontrado menciones de un dios llamado Canope en los antiguos textos griegos y latinos. En realidad, el puerto sólo se llamó Canope en la época griega; más tarde se llamó Aboukir y contempló el desembarco de la expedición de Napoleón en julio de 1798 y la destrucción de la flota francesa por la británica un mes después.

Champollion ya había comprendido que los dos tipos de vasos debieron de tener diferentes funciones y rituales, porque las vasijas con forma de cabeza humana sólo se encontraban en Canope y correspondían al período griego. Los mal llamados vasos canopianos, con sólo la tapa en forma de cabeza humana, eran mucho más comunes y estaban mucho más difundidos; casi todos habían sido encontrados en tumbas por árabes que solían vaciarlos de su contenido antes de venderlos a comerciantes y coleccionistas. El pequeño museo que formaba parte de la biblioteca municipal de Grenoble poseía dos de aquellos vasos canopianos de alabastro, de 30 y 40 centímetros de altura, con tapas que representaban la cabeza de un mono y la de un chacal. Y como el contenido del más pequeño aún estaba intacto, Champollion decidió examinarlo para tratar de determinar su función. El contenido había formado una masa sólida en el fondo del vaso, y Champollion optó por una medida drástica: meter el vaso en agua hirviendo durante media hora para fundir el antiguo fluido embalsamador, del que recuperó un objeto envuelto en tela. Una vez desenvuelto, el objeto le fue mostrado a un naturalista del Museo de Historia Natural de París que estaba de paso en Grenoble, que confirmó la sospecha de Champollion de que el objeto era una víscera humana embalsamada, probablemente un corazón, un hígado o un bazo. Los dos vasos se exhiben actualmente en el Museo de Grenoble: el que tiene la tapa en forma de cabeza de mono está algo ennegrecido en los lugares por donde se desbordó el contenido alquitranoso durante el experimento.

Este trabajo llevó a Champollion a la conclusión de que las cuatro cabezas que aparecían en las tapas de los vasos canopianos (mujer, babuino, halcón, chacal) correspondían a los cuatro espíritus simbólicos que, según los mitos egipcios, presidían el examen del alma ante

el tribunal del dios del Mundo de los Muertos. Cuando se descifraron los jeroglíficos, quedaron confirmados los resultados de este notable experimento arqueológico, y las divinidades guardianas de los vasos se identificaron como «los cuatro hijos de Horus»: la «mujer» era en realidad  (el dios Imsety), guardián del hígado; el chacal era  (el dios Duamutef), guardián del estómago; el mono era  (el dios Hapy), guardián de los pulmones; y el halcón era  (el dios-halcón Qebsennuef), guardián de los intestinos. Generalmente se utilizaba un juego de estos vasos canopios para guardar los órganos internos embalsamados que se extraían durante la momificación. En la versión más completa del proceso, sólo se dejaban en el cuerpo momificado el corazón y los riñones; el cerebro se extraía a trozos con un gancho que se solía insertar a través del orificio nasal izquierdo, y dichos trozos se tiraban. La mayoría de las momias estaban acompañadas por un juego de vasos canopios o de «paquetes canopios» que contenían las vísceras embalsamadas, muchas veces con figuras de los dioses guardianes incluidas entre los vendajes. El proceso exacto de momificación es uno de los pocos aspectos del antiguo Egipto que los jeroglíficos no aclaran: no se ha encontrado ninguna descripción del proceso en la literatura egipcia antigua, y lo que sabemos actualmente se basa en descripciones de autores griegos y romanos, en el examen de las momias y en experimentos modernos. El modesto experimento de Champollion abrió el camino en este campo, pero lo que no consiguió fue corregir el equívoco nombre de «vaso canopio», que los egiptólogos aún siguen utilizando para designar estos recipientes.

Justo antes de su experimento con el vaso canopio, mientras seguía trabajando en su diccionario y gramática coptos, Champollion explicó a su amigo Saint-Martin de París sus últimas ideas sobre el idioma egipcio, ideas que estaban empezando a cambiar considerablemente. Ya no creía que los jeroglíficos fueran posteriores a las escrituras cursivas hierática y demótica, aunque seguía creyendo que bastaría con sustituir los signos cursivos por sus equivalentes coptos para poder leer y escribir los antiguos textos egipcios. A propósito del copto, dijo que «he analizado tanto este idioma que me considero capaz de enseñarle la gramática a cualquiera en un solo día. He seguido sus encadenamientos más perceptibles. Este análisis completo del idioma egipcio [copto] nos proporcionará sin duda alguna la

base del sistema jeroglífico, y yo lo voy a demostrar». Y efectivamente, lo demostró, pero aún le faltaban muchos años de trabajo antes de lograr su objetivo.

Pocos meses después, en febrero de 1813, Champollion reveló más de sus ideas a Saint-Martin, pero aún seguía aferrado al falso concepto de que existía una versión sacerdotal secreta de los jeroglíficos. Además, había identificado dos tipos de signos jeroglíficos, lo cual representaba un pequeño avance: «En los jeroglíficos hay dos clases de signos: 1) los seis signos alfabéticos; 2) un número considerable pero limitado de imitaciones de objetos naturales.» Aunque no era capaz de descifrar una sola palabra en jeroglífico, empezaba a hacer observaciones sobre la formación de palabras: «Los nombres, los verbos y los adjetivos egipcios no tienen terminaciones ni desinencias concretas... todo se hace mediante sufijos y prefijos.» Champollion creía que las terminaciones de las palabras estaban controladas por los jeroglíficos alfabéticos, lo cual no era del todo exacto, pero representaba un paso en la dirección correcta.

En la universidad parecía que todo había ido bien durante los últimos meses, pero el salario extra que le habían prometido a Champollion no llegaba, y por fin en febrero le confirmaron que su sueldo quedaba fijado en 750 francos, la cuarta parte del sueldo de un profesor titular. Sus cargos de secretario de la facultad y asistente en la biblioteca no tenían paga. La situación le venía muy bien a la administración de la universidad, que, como cualquier otra organización de Francia, tenía que economizar todo lo que pudiera, pero Champollion se deprimió al verse arrojado de nuevo a la pobreza, y su salud se resintió como consecuencia.

A estas alturas, los dos volúmenes de *L'Égypte sous les pharaons* estaban terminados, y Champollion se los había confiado al prefecto Fourier para que se los presentara personalmente al ministro de Educación con vistas a su publicación. En abril se le dijo que el ministro había reaccionado muy favorablemente, pero cuatro meses después Champollion descubrió que le habían engañado y que Fourier ni siquiera había entregado el manuscrito. Tras un largo y acalorado encuentro con Fourier, Jacques-Joseph creyó haber reparado las deterioradas relaciones, pero en lo referente a la publicación advirtió a su hermano: «Nos vemos obligados a esperar, porque la

orden de publicación debe venir de arriba.» La desdicha de Champollion se agravó en julio, al fallecer su cuñada Pauline Berriat. Se había enamorado de ella antes de ir a París, y había soñado con casarse con ella. Le envió desde París una carta muy emotiva por intermedio de su prima Césarine. Al no recibir respuesta, le abrió su corazón a Jacques-Joseph, que se mostró muy comprensivo e hizo todo lo que pudo por consolar al rechazado Champollion, pero no tuvo más remedio que reconocer que «Pauline estaba muy furiosa, y por eso se ha reído con Césarine de tu carta y de tus sentimientos». Aunque la relación había fracasado casi antes de empezar, a Champollion le afectó mucho la muerte de Pauline, probablemente por tuberculosis, a los 29 años de edad.

Como Champollion estaba tan deprimido, Jacques-Joseph se lo llevó a principios de septiembre a las lejanas montañas Chartreuse, al norte de Grenoble, donde el gran monasterio llevaba dos décadas cerrado y ahora era propiedad del Estado. Una guía de la época para turistas ingleses en Francia recomendaba esta zona «a los aficionados a contemplar los horrores de la naturaleza», porque «les encantará el camino que lleva a este convento, situado a seis o siete leguas de distancia. Está repleto de montañas empinadas, torrentes impetuosos, rocas irregulares, espantosos precipicios, inmensas cascadas, etc.». Durante este viaje, los hermanos, actuando en nombre de la biblioteca municipal, rescataron del antiguo monasterio casi 2.000 manuscritos e incunables (libros impresos antes de 1500), que siguen formando parte importantísima de la colección de la biblioteca de Grenoble.

Con sus energías físicas y mentales muy revitalizadas por el viaje, Champollion se puso a trabajar de nuevo y no tardó en escribir a Saint-Martin con la sorprendente declaración de que ya no creía en los jeroglíficos sacerdotales secretos, lo cual representaba un importante cambio de actitud en su estudio de los jeroglíficos. Por entonces, Saint-Martin ya no estaba tan indignado con De Sacy por el modo en que éste había tratado a Champollion, y estaba empezando a compartir los sentimientos monárquicos de De Sacy. Con el tiempo, las relaciones entre los dos amigos se enfriarían considerablemente, pero Saint-Martin había jurado guardar el secreto de los descubrimientos de Champollion, que no publicaba nada porque sus opiniones iban cambiando constantemente durante este período.

A finales de 1813, Champollion declaró su deseo de contraer matrimonio con Rosine Blanc, hija del fabricante de guantes Claude Blanc. La profesión de guantero era muy respetable, ya que constituía prácticamente la única industria de Grenoble, y Claude Blanc era uno de los personajes importantes de la ciudad. Se negó rotundamente a permitir que su hija se casara con un profesor de 23 años, que estaba mal considerado por muchos de sus colegas de la universidad y que sólo ganaba 750 francos al año, con pocas posibilidades de prosperar. También Jacques-Joseph se oponía al matrimonio desde el punto de vista contrario: opinaba que Rosine era muy inferior a su hermano en el aspecto intelectual. El año 1814 empezó mal para Champollion, que aún tenía esta negativa resonándole en los oídos, pero fue mucho peor para Napoleón. Tras su desastrosa campaña de Rusia en 1812, la alianza de naciones unidas contra Francia empezó a estrechar el cerco: en octubre de 1813 habían invadido el sur de Francia, y Napoleón tuvo que retirarse también de Alemania. En diciembre se vio obligado a abandonar la lucha por España, y la Alianza amenazó con penetrar aún más en Francia si Napoleón no accedía a firmar un tratado. Él se negó, y en enero de 1814 la Alianza prosiguió su campaña penetrando más en Francia. Grenoble estaba amenazada por los austriacos, que habían declarado la guerra a Francia en agosto del año anterior (a pesar de la boda de Napoleón con la archiduquesa María Luisa). La gente empezó a abandonar la ciudad, y los habitantes que se quedaron se organizaron en una fuerza defensiva, de la que formaban parte Champollion y su hermano. Se repararon las murallas del siglo XVII, se hizo acopio de armas, limpiándolas y cargándolas, y se apostaron centinelas. En aquellos momentos, lo más importante era la defensa de Francia, de Grenoble y, sobre todo, de sus habitantes, y todos los intereses académicos se dejaron de lado. Jacques-Joseph se quejaba de tener «otras cosas que hacer, como para preocuparnos por los jeroglíficos y el idioma egipcio».

A principios de abril llegó la noticia de que se aproximaba el ejército austriaco, y aunque la ciudad no estaba en condiciones de presentar batalla, y mucho menos de resistir un asedio, sus celosos defensores eran partidarios de abrir fuego contra los austriacos. Les salvó de esta acción la llegada de correos de París con la sorprendente

noticia de que la capital había caído en manos de la Alianza y Napoleón había abdicado. Se firmó un armisticio y el ejército austriaco entró en Grenoble. En mayo, Napoleón partió hacia el exilio en Elba, una pequeña isla al este de Córcega, y se restauró la monarquía francesa. Luis XVIII ocupó el trono, con Champollion y Jacques-Joseph formando parte de la mayoría de la población francesa, que lamentaba ver a Napoleón sustituido por otro rey Borbón. Como republicano que soñaba con una Francia democrática, Champollion había estado mal visto por el régimen napoleónico, pero para él el retorno de la monarquía era un paso en la dirección equivocada.

En Grenoble, la minoría monárquica aprovechó la oportunidad para hacer sentir su presencia, criticando abiertamente a Fourier e incluso exigiendo su destitución del cargo de prefecto. También cerraron el teatro de la ciudad. Ahora todo el mundo estaba obligado a honrar al nuevo rey, pero muchos sólo le «honraban» de labios afuera, y los que frecuentaban los salones prescindían con frecuencia de las apariencias de realismo que se veían forzados a adoptar en público. El teatro estaba cerrado, pero en los salones se seguían representando obras y sátiras para públicos privados. Algunas de dichas obras, muchas de ellas comedias subversivas, fueron escritas por el intrépido y algo insensato Champollion: solían ser parodias de relatos clásicos griegos y romanos, y al parecer fueron bien acogidas, algunas veces incluso por los oficiales del ejército de ocupación austriaco, que disfrutaban del espectáculo sin que les afectara la ridiculización de las instituciones francesas que daba a las obras su punta satírica.

A medida que avanzaba el año 1814 y se consolidaba el régimen realista, Champollion empezó a ver la Francia de Napoleón, que él tanto había criticado, como un mal menor. Se dedicó a componer canciones, adaptadas a melodías populares, para el disfrute privado de sus amigos más íntimos. Ni que decir tiene que las canciones eran sumamente irrespetuosas con el régimen realista y habrían puesto a su autor en grave peligro si se le hubiera identificado. Algunos de sus amigos quedaron tan impresionados por las canciones que hicieron copias y las distribuyeron anónimamente por la ciudad. La gente se aficionó a cantarlas por la noche en las calles y callejuelas oscuras, para provocar a la policía que intentaba acabar con la resistencia al

nuevo régimen, y pronto hubo una insaciable demanda de aquellas canciones, que tan bien expresaban sus sentimientos de traición y desafío.

El ambiente angustiado e intranquilo de Grenoble tenía equivalentes en casi todas las regiones de Francia. En sus últimos días de poder, el pueblo había visto a Napoleón como un héroe que luchaba en defensa de Francia, en fuerte contraste con el rey Luis XVIII, instalado en el trono por los ejércitos extranjeros invasores. La gran mayoría del ejército francés seguía siendo fiel a Napoleón, y sobre todo los miles de soldados que regresaban a Francia y se encontraban que allí apenas había futuro para ellos. También la burguesía y los personajes importantes estaban preocupados porque los cargos más prominentes y lucrativos habían quedado reservados para los realistas; mientras tanto, no se hacía nada por los desempleados, y los campesinos temían que las tierras que habían comprado durante las confiscaciones revolucionarias se devolvieran a los aristócratas y que se reimplantaran las antiguas obligaciones y tributos feudales. Por si esto fuera poco, el orgullo nacional de los franceses se encontraba en su nivel más bajo, porque Francia había perdido casi todos los territorios que había adquirido durante más de una década de imperio napoleónico. Parecía que todos los años de guerra y privaciones no habían servido para nada, y como todo esto había sido obra de las mismas potencias extranjeras que habían restaurado la monarquía, no se culpaba a Napoleón sino al rey.

En la Universidad de Grenoble, como en otros muchos sitios, todo parecía seguir en el limbo, ya que la gente quería ver qué cambios introducía el nuevo gobierno. En mayo, Jacques-Joseph fue a París para enterarse de lo que estaba ocurriendo, pero Champollion estaba ya agotado por los efectos de la pobreza, la responsabilidad de sus tres cargos –profesor, secretario de la facultad y ayudante de bibliotecario– y el hundimiento de sus ambiciones profesionales y deseos personales. Sin esperanzas para el futuro, escribió:

Mi destino está claro... Intentaré comprar un tonel como Diógenes... Creo firmemente que nací en mal momento y que nada de lo que más deseo sucederá jamás. Soy empujado irresistiblemente por mi cabeza, mis gustos y mi corazón a caminos difíciles, erizados de obs-

táculos que se renuevan sin cesar. Ése es mi destino y habrá que sufrirlo como sea....

Se dice que Diógenes, filósofo griego que fundó la escuela cínica de filosofía, adoptó un modo de vida lo más parecido posible a la vida «natural» de los hombres primitivos, rechazando todas las posesiones materiales, viviendo en un barril y mendigando para comer. También rechazó todas las formas de educación y cultura, el matrimonio, la familia, la reputación mundana y la política, y abogó por la libertad sexual. Es imposible que Jacques-Joseph, profesor de literatura griega, no se percatara de la intensidad de este grito de angustia, que iba dirigido a él.

En medio de todo este alboroto, Champollion seguía utilizando a su amigo Saint-Martin como caja de resonancia para sus ideas sobre los jeroglíficos, sin atreverse aún a publicarlas prematuramente. A finales de mayo de 1814 le escribió que seguía trabajando en la inscripción de la Piedra de Roseta, pero aunque había hecho algunos descubrimientos importantes, los resultados no eran tan rápidos como él desearía: «¿Y los jeroglíficos? Ésa es la gran cuestión. Tengo muchas ideas, pero no me atrevo a hablar de ellas antes de obtener algunos resultados claros y sólidos... Hay que estar en guardia contra uno mismo... Ya he obtenido un resultado bastante importante... Un jeroglífico solo, es decir, un jeroglífico aislado, no tiene ningún valor. Están ordenados en grupos.» Aunque esto no es estrictamente cierto, ya que algunos jeroglíficos pueden usarse solos y tener sentido, Champollion tenía razón en lo esencial: casi todos los jeroglíficos de un texto están ordenados en grupos, y cada grupo expresa una idea. La frase jeroglífica  significa «He empezado a trabajar en los templos de los dioses», y los jeroglíficos están escritos en grupos y ordenados para aprovechar eficazmente el espacio disponible. Los grupos son:

				
He empezado a	trabajar	en	los templos	de los dioses

En junio, Jacques-Joseph regresó a Grenoble, trayendo de París la noticia de que nada cambiaría en la universidad bajo la recién res-

taurada monarquía. Aquel mismo mes se le concedió la «Orden de la Flor de Lis, de Primera Clase», lo que provocó las burlas de Champollion, que desaprobaba por principio aquellos honores, y que comentó que se habían concedido tantas que casi era señal de distinción no poseer una. Fuera de la universidad, el prefecto Joseph Fourier se vio obligado a poner a su secretario Ambroise Lepasquier en excedencia sin paga, y su desaparición abrió el camino a la reconciliación entre Fourier y los dos hermanos. Parecía que *L'Égypte sous les pharaons* estaba a punto de publicarse, y Champollion obtuvo un aumento de sueldo, aunque aún seguía cobrando la mitad que sus colegas de más edad; desde luego, no lo suficiente para convencer al padre de Rosine Blanc de que le permitiera casarse con ella. También en junio, Jacques-Joseph fue elegido miembro de la Academia de Inscripciones y Literatura, dependiente del Instituto de Francia, y en agosto estaba en París, formando parte de una delegación para confirmar al nuevo rey la lealtad de Grenoble y para supervisar la publicación del libro de Champollion. Durante su anterior visita a París, Jacques-Joseph había utilizado todos sus recursos diplomáticos para ganarse el favor del nuevo régimen, y ahora aprovechó la oportunidad para dedicarle al rey Luis XVIII la obra de Champollion *L'Égypte sous les pharaons*, regalándole un ejemplar con encuadernación de lujo en una recepción que tuvo lugar el 12 de agosto. Champollion, que se enteró de las intenciones de Jacques-Joseph sólo dos días antes, envió a París una furiosa carta para impedir la dedicatoria; pero llegó tarde, y la diplomática actitud de Jacques-Joseph ante la nueva situación política triunfó sobre la negativa de Champollion a ocultar su desprecio por la monarquía.

A mediados de septiembre, Champollion esperaba con impaciencia que se publicara su libro, pero, todavía muy sensible a las críticas, tenía miedo de la acogida que tendría entre adversarios como De Sacy y Quatremère, y escribió: «Pase lo que pase, no me hará perder la satisfacción que siento por haber traído al mundo dos grandes hijos que pueden tener algunos defectos, pero que al menos dan ciertas esperanzas.» A finales de octubre se publicaron oficialmente sus dos volúmenes de *L'Égypte sous les pharaons*; el primer volumen se ocupaba principalmente de la descripción de diversos lugares del Alto Egipto y el comentario de sus nombres; el segundo volumen estaba

dedicado principalmente al Bajo Egipto. Ambos volúmenes incluían numerosas tablas de nombres, con sus equivalentes árabes, coptos, griegos y posiblemente en egipcio antiguo, pero el mapa del valle del Nilo que Champollion había intentado elaborar con tanto esfuerzo había quedado al final reducido al Delta.

Por esta época, se sentía muy insatisfecho con las copias de la Piedra de Roseta que tenía a su disposición. Las inscripciones aún no habían sido publicadas por la Sociedad de Anticuarios de Londres ni por los sabios en su *Description de l'Égypte*. Con su propio libro recién publicado y la confianza en aumento, decidió que sería conveniente enviar unos ejemplares a Londres, y de paso pedir que le aclararan algunas partes del texto de la Piedra de Roseta que le causaban dificultades. El 10 de noviembre escribió:

Tengo el honor de enviarles los dos primeros volúmenes de una obra que he emprendido sobre Egipto, tal como era antes de la invasión de Cambises. Los siglos que nos separan de esta época tan importante para la historia de la civilización no nos han dejado más que recuerdos dispersos y confusos de la antigua gloria de este país. He intentado reunirlos, y los volúmenes que acompañan a esta carta son el primer resultado de mi trabajo.

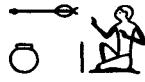
Después de describir su libro con más detalle, continuaba diciendo que el idioma y la escritura del antiguo Egipto era el elemento más importante de su obra, y que ya habría descifrado la Piedra de Roseta si hubiera podido disponer de buenas copias de las inscripciones:

La base de mi trabajo es la lectura de la inscripción en caracteres egipcios, que es uno de los más bellos ornamentos del rico Museo Británico. Me refiero al monumento encontrado en Roseta. Los esfuerzos que he hecho por conseguirlo no han estado, si se me permite decirlo, faltos de cierto éxito; y los resultados que creo haber obtenido, tras un estudio constante y prolongado, me hacen esperar cosas aún más grandes. Pero me encuentro detenido por una dificultad que me resulta imposible superar. Poseo dos copias de esa inscripción; una se hizo a partir del *facsimil* que su Sociedad hizo grabar; la otra es el grabado del mismo monumento que debe formar parte de la tercera entrega de la *Description de l'Égypte*, publicada por orden

del gobierno francés. Entre ambas hay diferencias, a veces poco importantes, pero otras veces lo bastante grandes para dejarme en una desdichada incertidumbre. ¿Se me permitiría rogar a la Royal Society que comparara los pasajes transcritos en la hoja que adjunto, que reproduce los dos grabados, con el monumento mismo? Para mí es de suma importancia conocer el verdadero texto; y estoy convencido de que ya habría determinado la lectura de la inscripción si hubiera tenido ante los ojos una copia de yeso moldeada a partir del original por los procedimientos más simples. Pero al verme obligado a utilizar dos copias que con frecuencia presentan aspectos muy diferentes, sólo avanzo paso a paso y con suma desconfianza. No cabe duda de que esta parte esencial del antiguo Egipto estaría ahora más avanzada si se hubiera depositado un vaciado, como he dicho, de la hermosa Piedra de Roseta, en cada una de las principales bibliotecas de Europa y en las academias más célebres; este nuevo regalo a los amigos de la literatura sería digno del fervor y el desinterés que impulsan a la Royal Society.

Por error, Champollion había dirigido su carta a la Royal Society, y no a la Sociedad de Anticuarios, que fue la primera destinataria de la Piedra de Roseta en Londres. El secretario de Asuntos Exteriores de la Royal Society respondió a su carta. Por pura casualidad, Champollion había establecido contacto con su mayor rival en el desciframiento de los jeroglíficos: Thomas Young, un rival cuya existencia ignoraba por completo.

Capítulo Cinco



(El médico)

AUNQUE JEAN-FRANÇOIS Champollion no lo sabía, su rival más peligroso era un inglés que ya le llevaba ventaja en la búsqueda de un método para descifrar los jeroglíficos. Thomas Young, de 41 años, diecisiete más que Champollion, no se había interesado por el desciframiento hasta pocos meses antes, y su vida y su carrera eran casi lo contrario de la pobreza, las privaciones y las trampas políticas que habían obstaculizado a Champollion hasta entonces. Young había nacido el 13 de junio de 1773 en Milverton, una pequeña ciudad textil de Somerset, en el suroeste de Inglaterra. Era el mayor de diez hermanos, y sus padres eran miembros de la Sociedad Religiosa de Amigos (los cuáqueros), una secta protestante fundada en Inglaterra en el siglo XVII. Al principio lo crió su abuelo materno, Robert Davis, que animó al talentoso niño desde muy pequeño, repitiéndole constantemente: «Aprender un poco es peligroso. Bebe a fondo, o no pruebes la fuente de las Musas.» Young bebió a fondo, y a los dos años ya sabía leer con fluidez; se sabía poesías de memoria y empezó a aprender latín antes de ir a la escuela. En marzo de 1780, cuando tenía seis años, su padre lo envió a un internado muy deficiente cerca de Bristol, y después a otro igual de malo en la misma zona. Sin buenos profesores, Young se vio obligado a aprender por sí mismo. Después pasó dieciocho meses estudiando en casa antes de asistir a otro colegio en Compton, Dorset, a partir de marzo de 1782. Allí estudió latín, griego, hebreo, francés, italiano, matemáticas y «filosofía natural» (que era como se llamaba entonces la físi-

ca), además de varias materias prácticas, como dibujo y encuadernación.

Cuando dejó el colegio, cuatro años más tarde, Young prosiguió con sus intereses científicos y lingüísticos, dejándose absorber sobre todo por los idiomas orientales: «El señor Toulmin me dejó también el Padrenuestro en más de cien idiomas, cuyo examen me produjo extraordinario placer.» A la temprana edad de catorce años, consiguió el empleo de profesor particular y acompañante de Hudson Gurney, nieto del banquero cuáquero David Barclay, de Youngsbury, a 32 kilómetros al norte de Londres. Young enseñó a Gurney mucho latín y griego mientras seguía sus propios estudios. Dejó este trabajo de profesor en otoño de 1792, cuando Champollion aún no había cumplido dos años, habiendo adquirido ya considerables conocimientos. Más adelante escribió que «para llegar a la excelencia hay que ser autodidacta», y el hecho de que ambos superaran a sus maestros y se vieran obligados a educarse a sí mismos es una de las pocas cosas que Champollion y Young tenían en común. Con estos logros a sus espaldas, Young se trasladó a Londres y empezó a estudiar medicina –para lo cual se exigía entonces, como requisito imprescindible, una sólida educación clásica– con el apoyo de su tío Richard Brocklesby, prestigioso médico que dos años antes había atendido a su sobrino hasta que se curó de la tuberculosis. Gracias a su tío, Young estableció contacto con muchas de las figuras literarias más eminentes de la época, y además de estudiar medicina siguió alimentando su interés por los idiomas, transformando algunas de sus ideas en breves artículos para revistas.

A finales de mayo de 1793, con sólo 19 años, Young leyó en la prestigiosa Royal Society de Londres un trabajo titulado «Observaciones acerca de la visión», en el que explicaba sus descubrimientos sobre la anatomía del ojo; como consecuencia, al año siguiente fue elegido miembro de la Sociedad, a pesar de que el cirujano John Hunter había reclamado inmediatamente los descubrimientos como propios, acusando a Young de plagio. En octubre de 1794, Young viajó a caballo más de 600 kilómetros hasta Edimburgo (Escocia), para proseguir allí sus estudios de medicina, ya que la Facultad de Medicina de aquella ciudad tenía una altísima reputación y atraía a estudiantes de muchos países. Aparte de moverse en los círculos so-

ciales de Edimburgo, aún le quedó tiempo libre para estudiar alemán, italiano y español, tomar clases de danza y de flauta y asistir a representaciones teatrales. La Sociedad de Amigos no habría aprobado estas actividades sociales, pero antes de partir hacia Edimburgo, Young se había salido oficialmente de la Sociedad, no sintiéndose capaz de observar todas sus restricciones.

Cuando terminó el curso en Edimburgo, en mayo de 1795, Young emprendió un recorrido por Escocia, provisto de más de cuarenta cartas de presentación para las casas más distinguidas y aristocráticas. Regresó a Londres en septiembre, y al mes siguiente partió hacia la Universidad de Gotinga, en el norte de Alemania, para continuar en noviembre con sus estudios de medicina, a la vez que adquiriría más fluidez con el idioma alemán. En aquella época, la Universidad de Gotinga poseía una de las mayores bibliotecas de Europa, que atraía a estudiantes de todo el continente. Young tenía la intención de obtener un diploma en la primavera de 1796 y después hacer un viaje de placer por Alemania, Austria, Suiza, el norte de Italia y, por fin, Roma y Nápoles, pero sus planes se vieron frustrados por la guerra entre Austria y Francia, que se libraba en dos frentes: en Alemania y en Italia, donde Napoleón Bonaparte empezaba a ascender a la fama como general del ejército francés, dos años antes de emprender su expedición a Egipto. Young partió de Gotinga en agosto de 1796 y se contentó con un viaje limitado por Alemania.

En febrero del año siguiente, Young regresó a Inglaterra, y un mes después se trasladó al Emmanuel College de Cambridge para estudiar y obtener su título, ya que se le dijo que no podía obtener una licencia para practicar la medicina en Londres y sus alrededores si no pasaba dos años seguidos en la misma universidad. El tiempo pasado en Edimburgo y Gotinga se consideraba insuficiente. En Cambridge conoció a muchos hombres eminentes, entre ellos sir William Gell, que más adelante mantendría correspondencia con él acerca de los jeroglíficos y otros temas. El 11 de diciembre de 1797, Young fue a Londres a visitar a su tío, el doctor Brocklesby, y llegó justo a tiempo porque Brocklesby falleció aquella misma noche, legando a su sobrino su casa de Londres, su biblioteca, cuadros y unas 10.000 libras en dinero; una herencia considerable en aquella época. Al contrario que a Champollion, a Young nunca iba a faltarle el di-

nero. En la primavera de 1799, habiendo completado los seis cursos necesarios para titularse, regresó a Londres para ejercer la medicina en la calle Welbeck número 48, un rincón de la ciudad que hasta poco antes había estado rodeado de campo (los campos de Marylebone). Londres ocupaba por entonces más de 33 kilómetros cuadrados y se expandía con rapidez; su población ascendía ya a 900.000 personas, el doble que la de París.

En otoño de 1801, antes de que su consulta médica se consolidara, Young había aceptado el puesto de profesor de filosofía natural en la recién fundada Royal Institution. La Royal Institution funcionaba como una escuela de ciencia y, además de dar clases, Young era el director de la revista que editaba. A diferencia de Champollion, Young (según reconocía él mismo) no era bueno dando clases, y al cabo de dos años renunció a su puesto y dedicó la mayor parte de su tiempo a preparar la publicación de sus clases. Esta voluminosa obra en dos tomos de más de 700 páginas cada uno no se publicó hasta 1807, y el autor nunca llegó a cobrar la suma de mil libras que le habían prometido, porque la editorial quebró poco después.

En verano de 1802, durante un breve período de paz entre Francia e Inglaterra, Young acompañó a los dos sobrinos-nietos del duque de Richmond, que iban un mes a Francia para perfeccionar su pronunciación en francés. Visitó París y asistió a reuniones en el Instituto de Francia, a las que también asistía Napoleón, que era entonces primer cónsul y pasaba la mayor parte del tiempo en la capital, ocupado en asuntos de Estado. Poco después de este viaje, Young fue nombrado secretario de Asuntos Exteriores de la Royal Society, con sede en Somerset House (Londres), a orillas del río Támesis, un cargo que mantendría durante el resto de su vida.

El 14 de junio de 1804 se casó con Eliza Maxwell, un matrimonio que iba a ser muy feliz. Sus dos hijos, Robert y Thomas, también fueron médicos. Durante los años siguientes, mientras Champollion estudiaba en el *lycée* y en París, Young se dedicó a la investigación médica, publicando sus resultados, y también ejerció la medicina en Londres y en el pueblecito de Worthing, en la costa sur de Inglaterra, donde muchos ricos y aristócratas pasaban el verano. Los baños de mar se habían puesto de moda para curar muchas dolencias, en una época en que los viajes a los balnearios del continente se habían

puesto difíciles debido a la reanudación de la guerra con Francia.

En enero de 1811, cuando Champollion llevaba ocho meses de profesor en la Universidad de Grenoble, Young empezó a trabajar como médico en el hospital londinense de San Jorge (que ahora es el hotel Lanesborough), en Hyde Park Corner. El hospital estaba a sólo kilómetro y medio de su casa, y era uno de los cinco hospitales generales fundados por filántropos a principios del siglo XVIII. Young conservó su puesto en San Jorge durante el resto de su vida, pero tampoco aquí se le dio bien con los estudiantes: «A su manera de actuar le faltaba calor e interés, y su escaso conocimiento de las dificultades de los alumnos le hacía pasar por encima precisamente aquellas cuestiones que a ellos más les interesaba que les explicaran.» Por suerte para sus pacientes, era mucho mejor médico que profesor, porque basaba su práctica en la observación minuciosa. En 1813 se publicó su *Introducción a la literatura médica*, otra obra tan voluminosa como la de sus clases, y diez años después apareció una segunda edición.

Mientras tanto, empezó a trabajar en otros campos, interesándose en muchos y muy diversos temas pero sin dedicarse por entero a uno solo. Solía publicar sus investigaciones de forma anónima o bajo seudónimo, ya que no quería que pareciera que dedicaba demasiado tiempo a otras actividades sin relación con su profesión de médico. Aun así, los eruditos sabían perfectamente quién era el autor de la mayoría de estas obras. En una carta a su amigo y ex alumno Hudson Gurney, Young decía: «Las investigaciones científicas son una especie de guerra que uno libra en su cuarto o en el sofá contra todos sus contemporáneos y predecesores; muchas veces he conseguido importantes victorias estando medio dormido, pero muchas más veces he descubierto, estando completamente despierto, que el enemigo seguía superándome, cuando yo creía que lo tenía arrinconado...» Palabras proféticas, si se tiene en cuenta su posterior rivalidad con Champollion; pero además indican que tendía a considerar sus investigaciones como una manera de triunfar sobre sus rivales, y no como un simple avance del conocimiento.

De vez en cuando, Young emprendía investigaciones sobre literatura en griego y latín, entre las que destaca el estudio de algunos de los 1.800 papiros carbonizados encontrados en Herculano (Italia),

una de las ciudades romanas destruidas por la erupción del volcán Vesubio en el año 79 d.C. Para decepción de los estudiosos, los papiros resultaron ser obras de filosofía epicúrea y no antiguas obras literarias perdidas. En 1810, Young había corregido en la *Quarterly Review* los trabajos de otros estudiosos que habían publicado sus investigaciones sobre estos papiros, lo cual hizo aumentar espectacularmente su reputación como experto en este campo. Algunos de los papiros estaban confiados a la Royal Society, y Young hizo pruebas para desenrollarlos, pero en general, como muchos otros antes que él, sólo consiguió acelerar su destrucción. Desde que hizo su investigación sobre los papiros de Herculano, le enviaban de todas partes copias de inscripciones, casi siempre escritas en griego, en jeroglíficos o en escritura cursiva egipcia, para que las comentara.

El elemento que más influyó en el interés de Young por la escritura y el idioma egipcios fue un papiro escrito en hierática, la versión en «caligrafía grabada» de los jeroglíficos. Lo había encontrado en 1811 su amigo, el viajero inglés sir William Bughton, entre las vendas de una momia en una tumba cerca de Tebas. Por desgracia, el papiro se había empapado de agua de mar durante la travesía desde Egipto, y estaba hecho pedazos cuando sir William se lo presentó a Young para que lo estudiara, a principios de 1814, cuando el imperio de Napoleón se hundía, cuando Grenoble estaba amenazada por las fuerzas austriacas, cuando Champollion se encontraba agotado por la pobreza y el exceso de trabajo. Aunque llegaba algo tarde para estudiar la Piedra de Roseta, Young se animó a intentar analizar sus tres inscripciones durante su visita anual a Worthing, en el verano de aquel mismo año. Se hizo con los grabados realizados por la Sociedad de Anticuarios de Londres y utilizó como punto de partida las investigaciones de De Sacy y Åkerblad. En primer lugar, atacó la inscripción demótica, a la que llamó encorial (del griego *enchoria grammata*, «letras del país»), y pocos años después escribió, con evidente resentimiento, que nadie utilizaba su término «encorial», a pesar de que él había sido el primero en dar nombre a esta escritura de la Piedra de Roseta:

He llamado a estos caracteres encóricos, o más bien *encoriales*; el señor Champollion ha preferido denominarlos *demóticos*, o popula-

res, tal vez porque ya estaba acostumbrado a usar ese término antes de familiarizarse con la denominación que yo les había asignado; en mi opinión, la prioridad de mi publicación debería haberle inducido a adoptar mi término y a suprimir el suyo....

Pero fue el término *demótico* el que se popularizó, y la terminología de Young quedó obsoleta.

El progreso era lento y decepcionante, y si Champollion no era consciente de la existencia de Young, tampoco Young conocía el trabajo que Champollion había realizado a lo largo de los años, ya que la mayor parte estaba sin publicar. La carrera para descifrar los jeroglíficos se corría en la niebla, y los competidores casi nunca se veían unos a otros; ni siquiera sabían si corrían en la dirección correcta. Curioso por conocer los resultados más recientes de De Sacy y Åkerblad, Young escribió a De Sacy en agosto de 1814; a finales de septiembre, De Sacy respondió confirmando que no se había hecho ningún progreso auténtico, y reveló su deslealtad e hipocresía, no sólo para con Champollion sino también para con Åkerblad, ambos ex alumnos suyos:

El señor Åkerblad lleva varios años en Roma, y aunque siempre he mantenido correspondencia con él y le he exhortado a menudo para que haga públicos sus resultados, nunca ha querido acceder a mis deseos. Cuando estaba en París, tampoco se mostraba muy dispuesto a comunicarme sus trabajos... No le ocultaré que, a pesar de la aprobación que he dado al sistema del señor Åkerblad... siempre he tenido grandes dudas sobre la validez del alfabeto que ha elaborado... Debo añadir que el señor Åkerblad no es el único que presume de haber leído el texto egipcio [demótico] de la inscripción de Roseta. El señor Champollion, que acaba de publicar dos tomos sobre la geografía del antiguo Egipto y ha estudiado intensamente el idioma copto, también asegura haber leído esta inscripción [demótica].

En enero de 1815, Åkerblad escribió a Young, reconociendo que había hecho muy poco más después de su primer estudio del texto demótico de la Piedra de Roseta, y tan sólo cuatro años después falleció repentinamente en Roma, a los 55 años de edad.

En su carta, De Sacy hacía referencia a los dos tomos escritos por

Champollion sobre la geografía e historia de Egipto (*L'Égypte sous les pharaons*), que Young ya conocía por comentarios de su amigo Hudson Gurney, que estaba de visita en París durante la paz que siguió a la abdicación de Napoleón en abril. Ahora que ya sabía quién era su rival, Young escribió a Gurney: «A pesar de lo que he oído de Champollion, podrás imaginarte que estoy muy ansioso de ver *lo que ha hecho*, y te agradezco tu amabilidad al procurarme el libro» (Gurney le había enviado un ejemplar desde París).

Al cabo de unos meses, Young creía haber analizado el texto demótico de la Piedra de Roseta lo suficiente para poder traducirlo, y a principios de octubre de 1814 envió sus resultados a De Sacy. A finales de mes había logrado lo que él consideraba una traducción del texto jeroglífico y, aunque sus traducciones no eran más que conjeturas incorrectas en su mayor parte, ya había superado el trabajo previo de De Sacy y Åkerblad, e incluso lo publicado hasta entonces por Champollion. En realidad, la palabra «traducción» está mal aplicada a sus resultados: lo que hizo fue dividir las dos inscripciones en grupos de signos que formaban palabras individuales y frases, aplicando su habilidad matemática al problema, como si se tratara de un código que había que descifrar. Si los textos griego, demótico y jeroglífico hubieran sido traducciones literales unos de otros, habría sido relativamente sencillo encontrar las palabras equivalentes en el texto griego y en las dos escrituras desconocidas, y obtener una verdadera traducción, pero por desgracia no era éste el caso, porque la manera de construir las frases es diferente. Las «traducciones» de Young se publicaron sin firma tres años después en la revista *Archaeologia*, de la Sociedad de Anticuarios de Londres, como apéndice a su informe sobre el papiro de sir William Boughton, «aunque, por razones profesionales, el descubrimiento se hizo público con la menor ostentación posible». Young se sentía muy orgulloso de su trabajo, y no tuvo que recibir nada bien la carta de Champollion, escrita en noviembre de 1814, en la que le pedía partes de la inscripción de la Piedra de Roseta para estudiarlas, dando a entender con absoluta confianza que podría resolver rápidamente el problema si dispusiera de buenas copias de la inscripción.

Tan sólo unas semanas después, a finales de febrero de 1815, empezó a correr por Francia el rumor de que Napoleón iba a regre-

sar del exilio para derrocar a la monarquía; en Grenoble, algunos de sus partidarios recibieron cartas en las que se insinuaba que su llegada se produciría el 1 de marzo, y la ciudad se estaba engalanando para recibirlo. El 4 de marzo llegó a Grenoble la noticia de que, efectivamente, Napoleón había desembarcado tres días antes y avanzaba hacia la ciudad. El 7 de marzo, Napoleón había llegado a Laffrey, a 40 kilómetros al sur, donde se encontró con la primera resistencia desde que desembarcó en Francia: un destacamento de hombres del Quinto Regimiento, con base en Grenoble, enviado para cerrarle el paso. Con sus más de mil hombres, Napoleón podría haber vencido al destacamento, pero sabía que para ganar partidarios tenía que evitar mandar a soldados franceses a luchar contra otros soldados franceses, y existían muchas posibilidades de que los hombres del Quinto Regimiento simpatizaran con su causa. Desabotonándose su gabán gris, mostró el chaleco blanco que llevaba debajo y gritó: «Aquí estoy. Matad a vuestro emperador, si queréis.» Tras un momento de indecisión, le respondió un clamoroso «¡Viva el emperador!». Los soldados arrojaron sus armas, rompieron filas y se agruparon en torno a él, manifestándole su apoyo.

En Grenoble, todo era confusión. Los habitantes estaban divididos en dos bandos, a favor y en contra de Napoleón, y una tumultuosa reunión de los magistrados con el prefecto Fourier discutió la mejor línea de actuación. Cuando Napoleón llegó a las proximidades de Grenoble, la noche del 7 de marzo, se hizo evidente que la ciudad le iba a dar la bienvenida, y cuando entró por la puerta Bonne para desfilarse en triunfo por las calles repletas de gente con antorchas que gritaba «¡Viva el emperador!», Joseph Fourier se marchó discretamente de Grenoble; su puesto de prefecto estaba en peligro, a pesar de que en otro tiempo había sido un leal partidario de Napoleón. Jacques-Joseph estuvo entre la multitud de las calles y más tarde dejó escrito: «Un magistrado que había junto a mí exclamó, al pasar Napoleón ante nosotros, “¡Viva el emperador, pero viva la libertad!” “Sí”, dijo inmediatamente Napoleón, volviendo la cabeza hacia nosotros. “Sí, viva la libertad.”»

Habiéndosele unido las tropas de Grenoble, Napoleón contaba ya con un respetable ejército de más de 8.000 hombres y treinta cañones. Permaneció en la ciudad un día y medio, y pidió al alcalde que

le buscara alguien para ayudarlo en su despacho durante este tiempo. El alcalde le recomendó a Jacques-Joseph, utilizando la antigua forma de su apellido, *Champoléon*, lo que hizo exclamar a Napoleón: «Es un buen augurio. Tiene la mitad de mi nombre.» Se hizo llamar a Jacques-Joseph, que aceptó el puesto. Napoleón pasó muchas horas escribiendo cartas, despachos y órdenes, pero también encontró tiempo para recibir a varias delegaciones, entre ellas una del personal de la universidad. Así le presentaron a Jean-François Champollion, y Napoleón recordó el nombre que había aparecido en tantas peticiones de exención del reclutamiento. Le preguntó por su trabajo, que al parecer era mucho más importante que el servicio militar, y Champollion respondió que acababa de terminar su diccionario y gramática coptos. Napoleón ordenó a Jacques-Joseph que llevara los manuscritos a París, donde él se encargaría de que fueran publicados, y comentó las dificultades de publicación que había tenido un diccionario de chino que él había seleccionado: «Habían trabajado en ese diccionario durante cien años, y yo lo hice realizar en tres mediante un decreto.» El emperador y el lingüista, los dos hombres que, cada uno a su manera, más habían hecho para establecer el estudio de la egiptología, sólo se encontraron durante unos minutos; fue la única vez que se vieron.

La ausencia de Fourier no pasó inadvertida, y Napoleón estuvo a punto de dictar una orden de arresto, pero Jacques-Joseph intervino y logró convencer a Napoleón de que la culpa no había sido suya; el resultado fue que Fourier fue nombrado prefecto del Ródano y conde del Imperio. A finales de marzo, Fourier publicó un artículo en un periódico de Lyon, en el que decía: «Renuevo mi agradecimiento al señor Champollion [Jacques-Joseph] y le ruego que crea que nunca olvidaré que acudió en mi ayuda cuando creyó que mi posición estaba en peligro.» Y hablando de su deuda de gratitud con los dos hermanos, con los que antes se había mostrado tan frío, añadía: «Siempre me acordaré de ellos, sean cuales sean las circunstancias», palabras que reflejaban el hecho de que la situación cambiaba constantemente de manera impredecible, porque mientras Napoleón recibía a Champollion y Jacques-Joseph en Grenoble, representantes de Austria, Inglaterra, Prusia y Rusia discutían la manera de reconstituir la alianza contra Napoleón; el tratado resultante se firmó en Viena el 25 de marzo.

Napoleón partió de Grenoble y continuó su avance hacia París, donde llegó a finales de marzo, mientras el rey Luis XVIII huía de la capital para refugiarse en Gante (Bélgica). A mediados de abril, Jacques-Joseph se lo jugó todo yendo a París en pos de Napoleón, dejando a Champollion con la carga adicional de su trabajo, que incluía la dirección de la revista *Annales de l'Isère: Journal Administratif*, cargo en el que le había repuesto Napoleón el mes anterior. Jacques-Joseph se llevó a París los manuscritos del diccionario y la gramática coptos, y los presentó en la Academia de Inscripciones y Literatura para que ésta hiciera una apreciación oficial previa a la publicación. En París, Jacques-Joseph se puso al servicio de Napoleón, pero en Grenoble el exceso de trabajo hizo mella en la salud de Champollion, que tuvo que ingerir numerosas medicinas y tomar baños frecuentes sólo para seguir funcionando. El día apenas tenía horas suficientes para realizar su trabajo, y no le quedaba nada de tiempo para estudiar los jeroglíficos.

Después del alboroto que provocó el regreso de Napoleón del exilio, Champollion recibió por fin una respuesta de Thomas Young a su carta del mes de noviembre, pero lo que Young decía acerca de los problemas de Champollion con la inscripción de la Piedra de Roseta no le servía de mucha ayuda:

He tenido mucho placer e interés, *monsieur*, en hacer las comparaciones que usted deseaba entre las dos copias de la inscripción. En general, la de la Sociedad de Anticuarios me parece casi perfecta; sin embargo, algunas veces la copia francesa es más exacta. Pero en la mayoría de los puntos que usted cita hay cierta falta de claridad en los rasgos originales, que están un poco confusos o gastados, y sólo comparando las distintas partes de la piedra se podría estar seguro de la verdadera escritura.

A continuación, preguntaba si De Sacy le había informado de las traducciones de la Piedra de Roseta hechas por el propio Young, lo cual tuvo que ser una mala noticia para Champollion, que no sabía nada del trabajo de Young. Éste añadía: «No me cabe duda de que el esfuerzo colectivo de sabios como el señor Åkerblad y usted mismo, *monsieur*, que tanto han profundizado en el estudio del idioma

copto, podría haber logrado ya una traducción más perfecta que la mía, que se basa casi por completo en una laboriosísima comparación de sus diferentes partes con la traducción griega.» Champollion respondió a esta carta a principios de mayo de 1815, dando las gracias pero diciendo que De Sacy no le había informado de las investigaciones de Young.

En junio, mientras el nuevo régimen napoleónico nombraba a Jacques-Joseph caballero de la Legión de Honor, los realistas empezaron a recuperarse, haciendo circular panfletos de propaganda e intentando recaudar impuestos en nombre del rey. Champollion, que ocupaba el puesto de su hermano, contrarrestó la propaganda lo mejor que pudo, componiendo nuevas canciones satíricas que se hicieron muy populares. El 18 de junio, mientras Napoleón perdía en Waterloo su última batalla contra los ejércitos aliados de Prusia e Inglaterra, Champollion publicó un artículo que iba a tener graves consecuencias para él y su hermano. Negando la legitimidad de la dinastía Borbón para reinar en Francia, decía: «No existe ninguna ley de sucesión para el trono de Francia. El pueblo es quien concede la corona. Se la dio en una ocasión a Hugo Capeto, y ahora se la arrebató a sus descendientes para confiársela a una persona más digna. La decisión del pueblo es la única legitimidad. Napoleón es, por lo tanto, nuestro príncipe legítimo.» La decisión de Champollion de seguir el ejemplo de su hermano y apoyar activamente a Napoleón por primera vez en su vida iba a resultarle desastrosa.

El regreso de Napoleón desde el exilio duró poco, porque abdicó poco después de su derrota en Waterloo. Los realistas recuperaron el control del gobierno de Francia, y las fuerzas de la Alianza empezaron a acercarse. El 5 de julio, Grenoble quedó sitiada por un ejército combinado de austriacos y sardos. Era la última ciudad de Francia que ofrecía resistencia a los invasores, y el ataque principal comenzó a las seis de la mañana siguiente. Se habían repartido armas entre los ciudadanos, organizándolos para reforzar la guarnición, y a las diez y media se había rechazado el asalto. Los realistas de Grenoble habían asegurado a los invasores que la ciudad se rendiría de inmediato, y el ejército austriaco-sardo, sorprendido por la enconada resistencia, empezó a bombardear la ciudad con la artillería. Champollion se encontraba en las murallas antes de que comenzara

el ataque, pero cuando empezó el bombardeo temió por la biblioteca. Corrió entre la lluvia de obuses, subió al segundo piso de la biblioteca y se quedó allí hasta que cesó el bombardeo, dispuesto a apagar cualquier conato de incendio que pusiera en peligro la irreemplazable colección de libros y manuscritos.

Con unos 600 muertos y 500 heridos, los atacantes comprendieron que les iba a resultar muy costoso tomar la ciudad al asalto y propusieron un alto el fuego de tres días, a lo que accedió la población de Grenoble. Jacques-Joseph seguía en París, y Champollion le envió un testimonio presencial de la batalla, diciendo que los cañones franceses y las armas de los ciudadanos alistados habían aplastado a las fuerzas austriacas, que se habían retirado a los suburbios, y que Zoé (la esposa de Jacques-Joseph) había combatido «como una amazona». Después del combate y del anuncio de la tregua, parece que el alivio del peligro indujo a la población de Grenoble a celebrar su momentánea victoria, y Champollion declaró que jamás en su vida había bebido una ratafia tan buena.

El 8 de julio, los realistas tenían Francia lo bastante controlada como para que el rey Luis XVIII regresara a París; y dos días después, viendo que era inútil seguir resistiendo, Grenoble se rindió a los invasores. A mediados de julio, Napoleón partió de Francia rumbo al exilio en la apartada isla de Santa Elena, un lugar que había descrito acertadamente muchos años antes, en uno de sus cuadernos de estudiante: «Santa Elena: isla pequeña.» Para entonces, Champollion había enviado dos cartas a su hermano, recriminándole que los hubiera involucrado a los dos con Napoleón de un modo tan visible, pero rogándole al mismo tiempo que le echara todas las culpas a él, que no tenía esposa ni familia que cuidar y sólo tenía que procurar salvar su pellejo:

Sálvate tú en primer lugar. De mí será lo que Dios quiera. Di mi opinión porque creía que era buena y sigo creyendo que es buena. Si te reprochan el *jacobinismo* de tu revista, di sin reparos que *fue culpa mía*, porque es verdad. Si necesitan una víctima, aquí me tienen. No tengo mujer ni hijos... lo importante es que tú salgas sano y salvo de la crisis.

Una vez más, todo estaba en el aire en Grenoble, y Champollion tenía pocas esperanzas para el futuro: «Intento reanudar mi trabajo normal, pero no pongo el corazón en ello. Estoy totalmente desesperado del porvenir, y creo firmemente que no tengo ninguno.»

Al mismo tiempo, Jacques-Joseph se enteraba de que la Academia de Inscripciones y Literatura, dominada por el ferviente realista De Sacy, había rechazado el diccionario y la gramática coptos de Champollion, oponiéndose a su publicación por no considerarlos dignos de imprimirse a expensas del gobierno. Totalmente abatido y furioso contra De Sacy, a quien ahora consideraba su peor enemigo, Champollion escribió a Jacques-Joseph, profetizando acertadamente que, muy pronto, la fidelidad política iba a influir más que ninguna otra cosa: «Creo que es inútil continuar una lucha en la que tarde o temprano hemos de sucumbir. Desde ahora, el espíritu de partido reinará en Francia con más fuerza que nunca; el color del sombrero va a decidir el valor de las ideas que tiene la cabeza. Todo ha terminado...» Una perspicaz predicción de los cambios políticos y sociales que iban a tener lugar en Francia. En un último acto de desafío, Champollion se alzó sobre su dolor, su desesperación y sus problemas de salud. Antes de perder el control de los *Annales de l'Isère*, que Jacques-Joseph había dirigido desde el regreso de Napoleón, Champollion aprovechó la ausencia de su hermano para publicar el «Brindis a la República», que definía su postura política y le condenó a ser perseguido por el nuevo régimen realista:

Como cualquier otro, tengo mis amores,
y dado que ahora es preciso que me explique,
dedico y siempre dedicaré
todos mis brindis a la República.

Silvestre de Sacy, ferviente partidario de la monarquía, sentía ya una tremenda hostilidad hacia Champollion, que sostenía unas ideas políticas tan diferentes, y trató de desacreditarlo dentro y fuera de Francia. A finales de julio le dijo a Thomas Young que le había pasado (después de muchos meses) su «traducción» del demótico a Jacques-Joseph, el hermano de Champollion, y aconsejaba a Young que no se fiara de Champollion; una advertencia sorprendente, te-

niendo en cuenta que se dirigía a una persona en un país extranjero, con la que sólo había intercambiado unas cuantas cartas:

Si puedo darle un consejo, le recomendaría que no comunicara demasiado sus descubrimientos al señor Champollion, porque podría pretender reclamar la prioridad. En varias partes de su libro intenta hacer creer que ha descubierto muchas de las palabras de la inscripción egipcia [demótica] de la Piedra de Roseta. Pero me temo que esto no sea más que charlatanismo, y añado que tengo muy buenas razones para pensar así.

En su carta, De Sacy tampoco se mostraba elogioso con su antiguo discípulo Quatremère:

Sin duda, usted no ignora que hay alguien en Holanda que también ha anunciado que ha descubierto el alfabeto de esa inscripción, y que en París el señor Étienne Quatremère se jacta de haber leído una gran parte. En cuanto a si yo considero estos descubrimientos reales o imaginarios y teóricos, nada me parece menos verosímil; porque estoy convencido de que el copto se parece muy poco al egipcio antiguo, y de que la traducción griega debería ofrecer un medio seguro de desciframiento: pero en cuanto pongo los ojos en el monumento pienso de manera diferente y desespero de que algún día se pueda leer.

A pesar de su pesimismo, De Sacy felicitaba a Young: «Veo que usted parece haber hecho grandes progresos en el desciframiento de los jeroglíficos.»

Durante los meses siguientes, Young mantuvo una intensa correspondencia con estudiosos como De Sacy, Åkerblad y Jomard, intercambiando ideas y conceptos acerca de los jeroglíficos. En 1815 y 1816 publicó partes escogidas de esta correspondencia en una revista poco conocida, *Museum Criticum*. Edme Jomard, entusiasta admirador de Young, le había escrito en abril de 1815 que «el éxito que usted, *mon-sieur*, ha obtenido en la interpretación de la Piedra de Roseta ha excitado mi interés y mi curiosidad en grado máximo; y por encima de todo lo demás, lo que ha hecho usted con la inscripción jeroglífica». A estas alturas, Young estaba ansioso de sacarle datos sobre los jeroglíficos a

Jomard, cuya posición como editor de la *Description de l'Égypte* le permitía un envidiable acceso a grandes cantidades de material recogido en Egipto. Young deseaba esta información para poder elaborar una especie de diccionario jeroglífico, pero Jomard se aferró a la excusa de que aún estaba trabajando en todo aquello, aunque declaraba que

es un trabajo que realizo con cierto cariño, porque me doy cuenta de que no será inútil para las investigaciones de los sabios. Siempre me han sorprendido los esfuerzos malgastados por tanta gente hábil para descifrar los jeroglíficos. Es como si uno quisiera leer y entender hebreo sin conocer el número ni la forma de las letras del alfabeto hebreo.

A manera de respuesta, Young se distanció de los estudiosos que Jomard creía que iban mal encaminados y declaró su intención de copiar todas las inscripciones jeroglíficas que se pusieran a su alcance, pero no logró persuadir a Jomard de que compartiera su información.

A finales de 1815, William Richard Hamilton (viceministro británico de Asuntos Exteriores) le dio una buena noticia a Young: se habían dado instrucciones a Henry Salt, recién nombrado cónsul británico en Egipto, de que adquiriera todas las muestras de inscripciones que Young considerara importantes y las enviara a Inglaterra. Aquel invierno, Hamilton prestó a Young los volúmenes de la *Description de l'Égypte* que se habían publicado hasta el momento. En el texto de dichos volúmenes apenas se mencionaban los jeroglíficos ni el proceso de desciframiento, ya que Jomard aún aspiraba a publicar sus propias *Observations et Recherches sur les Hiéroglyphes* («Comentarios e investigaciones sobre los jeroglíficos»), pero esta obra nunca llegó a materializarse. Young empezó a analizar lo poco que se había publicado en la *Description de l'Égypte*, pero la mayor parte no le servía de nada porque abordaba el problema de un modo muy rígido. Seguía pretendiendo descifrar el «código» de los jeroglíficos, y como carecía de los detallados conocimientos de Champollion sobre la cultura egipcia en conjunto, miraba con desprecio el material: «Todas las inscripciones de los templos y la mayor parte de los manuscritos encontrados con las momias parecen estar relacionados con sus

ridículos ritos y ceremonias. No veo nada que parezca historia...»

A pesar de la rigidez de sus métodos, Young había llegado a un punto en el que podía hacer varias afirmaciones importantes acerca de los jeroglíficos; se había dado cuenta de que algunos eran pictóricos (por ejemplo, el signo  significa «obelisco» y  significa «ojo derramando lágrimas», es decir, llorando), mientras que otros servían para funciones diferentes. Comprendió cómo se formaban los plurales en jeroglífico y comentó: «para expresar una pluralidad de objetos, una dualidad se representa repitiendo el carácter, pero tres caracteres seguidos del mismo tipo indican una pluralidad indefinida, que también se representa más resumidamente mediante tres líneas o barras unidas a un único carácter». En esto acertaba plenamente. En el egipcio antiguo existían tres niveles numéricos: «uno», «un par» y «muchos». El signo  representa la palabra «neter», que significa «un dios». «Un par de dioses» se expresa repitiendo el jeroglífico: ; y el plural «dioses» se representaba mediante tres signos iguales: . Young también observó que a veces el plural se abreviaba utilizando un solo jeroglífico y tres trazos; es decir, «dioses» también se puede escribir como , y «casas» se puede escribir como . El plural añade una «w» a la palabra, de manera que «neter» (dios) se transforma en «neterw» (dioses); en sentido estricto, tendría que ser «ntrw», ya que en el egipcio antiguo no había verdaderas vocales, pero como la «w» se pronuncia como una «u», muchas veces se escribe así por conveniencia, de modo que  se suele traslitterar como «neteru», y el plural de «casa» (que se suele traslitterar como «per») es «peru» (casas).

Aunque Åkerblad había hecho años atrás algunos comentarios acerca de los numerales en el jeroglífico de la Piedra de Roseta, Young ahora estaba en condiciones de declarar: «los números concretos se expresaban mediante trazos para las unidades, y arcos redondos o cuadrados para las decenas». Jomard publicó en 1816 un importante trabajo sobre los numerales jeroglíficos, pero Young creía que Jomard había plagado su trabajo, lo cual es muy improbable. En realidad, los numerales funcionan de un modo muy sencillo: cualquier número se construye combinando y/o repitiendo uno o varios de los siete signos básicos. Dichos signos son:

1	(uno)	∩	(diez)
ϣ	(cien)	ⲙ	(mil)
ⲙ	(diez mil)	ⲙⲙ	(cien mil)
ⲙⲙ	(un millón o cantidad incalculable)		

Al combinar estos signos, los de más valor se escriben siempre delante de los de menos valor; así, ϣⲙⲙⲙ significa 104, ⲙⲙⲙⲙⲙ significa 1.022 y ⲙⲙⲙⲙⲙ significa 9.

Hasta entonces, los estudiosos, Champollion incluido, habían dado por supuesto que el demótico era totalmente alfabético (donde los signos sólo representan sonidos únicos, que se combinan para formar palabras, como en el inglés o en el antiguo griego). Pero ahora, examinando las inscripciones de la Piedra de Roseta y varios papiros escritos en jeroglíficos, Young llegó a la conclusión de que el demótico (encorial para él) sólo utilizaba letras del alfabeto para expresar los sonidos de palabras extranjeras, y no de palabras egipcias, incluyendo palabras de los antiguos griegos que fueron los últimos dominadores de Egipto antes de la conquista romana. No obstante, se daba cuenta de que existían notables similitudes entre muchos símbolos de su escritura cursiva «encorial» y la escritura jeroglífica, y de esto dedujo que los caracteres de la escritura cursiva son «auténticos jeroglíficos, aunque en una forma corrompida».

Desde que Åkerblad había identificado algunos de los nombres que aparecen en el texto demótico, el progreso de los trabajos sobre la Piedra de Roseta había sido muy decepcionante en toda Europa, y Young resumió así la situación:

Era natural esperar que [...] los críticos y cronólogos de todos los países civilizados se hubieran unido en un esfuerzo común para encontrar una solución legítima a todas las dudas y dificultades que rodean desde hace mucho tiempo a las antigüedades de Egipto. Pero exceptuando al señor Champollion y a mí mismo, han preferido divertirse con sus propias especulaciones y conjeturas: los matemáticos de Francia han seguido calculando y los metafísicos de Inglaterra han seguido argumentando acerca de elementos que resulta imposible demostrar o desmentir [...].

Más adelante declaró que el problema del desciframiento exigía toda una vida de estudio:

y si pensamos que en el caso del chino, el único idioma jeroglífico que existe en la actualidad, se considera que familiarizarse con la mayor parte de las palabras es una tarea que exige el trabajo de toda una vida, aunque se trate de personas acostumbradas a utilizar el mismo idioma en la vida cotidiana y que cuentan con la ayuda de gramáticas y diccionarios precisos y voluminosos, no nos costará mucho comprender que un idioma jeroglífico adquirido con la precaria ayuda de unos pocos monumentos que han escapado por casualidad de los estragos del tiempo y de la barbarie presenta una combinación de dificultades casi insuperable para la industria humana.

Todos los investigadores rivales eran conscientes de que, a mayor dificultad, mayor prestigio acarrearía el éxito.

Mientras Young gozaba del respeto de los estudiosos europeos y tenía libertad para comunicarse e intercambiar ideas con ellos, en el clima paranoico de la monarquía restaurada los hermanos Champollion, Jean-François en Grenoble y Jacques-Joseph en París, se encontraban sometidos a vigilancia, y a ambos se les impidió colaborar en los periódicos de Grenoble. En noviembre de 1815, poco antes de que Jacques-Joseph regresara de París, Champollion le escribió comunicándole su intención de cambiar de carrera, abandonando todo aquello por lo que tanto había trabajado: «No me cabe duda de que la Facultad de Literatura será suprimida... Nos han arrasado... Quiero adoptar el oficio de notario [abogado] en Grenoble. Me dirás que es como si un obispo se hiciera molinero, pero ¿qué importa, si la mitra no da de comer y en el molino hay harina?» Habiendo pretendido a Rosine Blanc desde 1814, Champollion esperaba que esta decisión acabara con las objeciones de su padre, que consideraba que la abogacía era la única profesión segura en aquellos tiempos difíciles. Completamente desesperado al ver cómo su mundo se hundía a su alrededor, con todas sus esperanzas frustradas, incluidos sus planes de matrimonio, Champollion pensaba que un cambio de dirección era la única opción posible y estaba decidido a abandonar la enseñanza pública.

A pesar de sus problemas, Champollion y Jacques-Joseph se arriesgaron a ayudar a un general fugitivo, Drouet d'Erlon, que ha-

bía combatido al lado de Napoleón en Waterloo y había sido condenado a muerte por el nuevo régimen. Le dieron refugio durante todo el invierno de 1815-1816, y al llegar la primavera, pasando a poca distancia de la prefectura, le ayudaron a escapar de Francia a Múnich, donde se unió al príncipe Eugène de Beauharnais, hijo de Josefina e hijastro de Napoleón. Si las autoridades se hubieran enterado, su situación habría sido gravísima; aun sin que ello sucediera, ya existían gruesos expedientes sobre Champollion y su hermano, y sus enemigos presionaban para que se los persiguiera. Aún peores iban a ser las consecuencias de los cambios en la Universidad de Grenoble: los no realistas que ocupaban cargos importantes fueron sustituidos por realistas, y en enero de 1816 se cerró la Facultad de Literatura, tal como Champollion había predicho, privándoles a él y a su hermano de sus puestos docentes. A continuación se atacó su posición en la biblioteca municipal, y a Champollion se le acusó de utilizarla para reuniones políticas, cosa que él negó hasta el agotamiento: «Es absolutamente falso que aquí se hayan celebrado otras reuniones, aparte de las de la Academia de Grenoble.» Las autoridades recibieron otras falsas acusaciones contra los dos hermanos, y en marzo de 1816 los dos fueron condenados al exilio interior.

Todas las nuevas esperanzas de Champollion, sus planes de cambiar de profesión y casarse, quedaron hechos pedazos por la orden de destierro, y aunque los hermanos utilizaron la poca influencia que les quedaba para conseguir que los desterraran a su pueblo natal, Figeac, quedaron separados de sus amigos y familiares de Grenoble. Jacques-Joseph se llevó a su hijo Ali, pero tuvo que dejar a sus otros hijos con su mujer, Zoé: Jules, nacido en 1811, Aimé-Louis, nacido en 1812, y Zoé, nacida en 1815. A Amélie-Françoise ya no se la menciona en esta época, y parece que murió siendo muy pequeña. A Champollion y Jacques-Joseph se les concedieron sólo quince días para el viaje, por lo que no pudieron llevarse mucho equipaje y tuvieron que dejar en Grenoble la mayor parte de sus libros y notas de investigación. Los pasaportes expedidos para el viaje ofrecen curiosos detalles personales acerca de los dos hombres. Dado que su facultad universitaria había sido clausurada, Jacques-Joseph figuraba sólo como «bibliotecario, de 36 años, natural de Figeac y residente en Grenoble, que viaja con su hijo de seis años y medio». Según su

descripción, medía 1,67 m, tenía el pelo castaño oscuro, los ojos castaños y la piel clara; el rostro ovalado, con frente y boca «medianas», nariz delgada y sin marcas distintivas.

Champollion figuraba en su pasaporte como simple ayudante de bibliotecario, de 25 años de edad, 1,70 de estatura, pelo negro, ojos negros y tez «morena». Tenía la frente amplia, la nariz chata y el mentón redondo y prominente, el rostro «completamente redondo» y «con ligeras marcas de viruela» (este pasaporte es la única indicación de que hubiera sufrido dicha enfermedad). En la sección de los pasaportes correspondiente a la «barba», la de Jacques-Joseph figura como «castaña» y la de Champollion como «negra», pero esto no significa necesariamente que llevaran barba en aquella época; puede tratarse de una mera constatación del color de su pelo facial. Más adelante, estando en Egipto, Champollion se dejó crecer la barba, pero en casi todos sus retratos los dos hermanos aparecen afeitados.

Los pasaportes llevaban la fecha del 18 de marzo de 1816, y costaron dos francos cada uno. En ellos se especificaba que Champollion y Jacques-Joseph debían viajar a Figeac pasando por Lyon y Aurillac, sin permitírseles tomar una ruta más al sur. Esta medida se tomaba por su propia seguridad, ya que aún estaba en marcha el contragolpe realista que había estallado en el sur de Francia con la restauración de la monarquía, y el nuevo régimen no controlaba del todo aquella región concreta. La situación se complicaba aún más con la pugna entre las diferentes facciones realistas, que se podían clasificar en dos amplios bandos: los partidarios del monarca reinante, Luis XVIII, de tendencia liberal, que coincidían con el rey en opinar que era imposible volver a la monarquía absoluta que había dominado antes de la Revolución; y los *ultras* (realistas extremistas), que querían eliminar todos los cambios introducidos durante la Revolución y bajo el posterior régimen de Napoleón. Como el rey Luis quería una monarquía unida al pueblo, los ultras apoyaban a su hermano, el conde de Artois, más reaccionario que él. En el sur de Francia, los grupos locales de ultras —entre ellos los conocidos como *verdets* por llevar una escarapela verde— controlaban varias zonas, en las que aplicaban programas propios, aunque fingían estar de parte del nuevo régimen. En algunos lugares, el fanatismo religioso instigó la caza de protestantes; en otros, partidas de bandidos armados amenazaban la seguridad de los viajeros. Debido a este peligro de ser asalta-

dos por forajidos o vigilantes, así como a la necesidad de evitar las zonas controladas por los ultras, Jacques-Joseph y Champollion se vieron obligados a desviarse mucho hacia el norte y llegaron a Figeac el 2 de abril de 1816, tras dos semanas de viaje.

Los hermanos comprobaron que el pueblo había cambiado muy poco durante sus años de ausencia. Les pareció un lugar tranquilo, un poco más próspero que lo que ellos recordaban, pero a su familia no le había ido tan bien. Su madre había muerto casi diez años atrás, y la casa familiar en la *rue* de la Boudousquerie ya sólo albergaba a su padre y dos hermanas, Thérèse y Marie, ya que su otra hermana, Pétronille, se había casado en 1803. No era un hogar feliz: el padre se había convertido en un alcohólico, lo que había destrozado su salud, y el negocio familiar de venta de libros estaba en una situación desesperada. No se sabe si el hundimiento del negocio de los libros fue la causa o la consecuencia de que su padre se diera a la bebida, pero los dos hermanos vieron con toda claridad que había que ponerse en acción para evitar la ruina. La tienda la llevaba Thérèse, que tenía 42 años; Marie, de 34, se ocupaba de la casa. Ninguna de las dos se había casado, posiblemente porque el ruinoso negocio no daba suficiente dinero para sus dotes; y aunque las dos coincidían en idolatrar a sus hermanos, la escasez de dinero y la preocupación por su padre hacían que estuvieran constantemente discutiendo por todo lo demás.

Parecía que Champollion y Jacques-Joseph habían salido de una mala situación para caer en otra, y al principio la vida en Figeac les pareció a ambos asfixiante, en comparación con la que habían vivido en Grenoble y en París. Jacques-Joseph le decía en una carta a su mujer, Zoé, que apenas había en el pueblo cuatro o cinco personas capaces de mantener una conversación inteligente, y que los minutos parecían días, los días meses y los meses siglos. Champollion escribió a su amigo Augustin Thévenet (que había estudiado en el *lycée* y ahora se encargaba de la tienda de su familia en Grenoble), diciendo que se pasaba el tiempo muy triste, bostezando y maldiciendo todo el día, sin saber cuándo podría volver a ver las hermosas montañas de Grenoble. Lo cierto era que se habían marchado justo a tiempo: a principios de mayo de 1816 se produjo en Grenoble un levantamiento dirigido por Jean-Paul Didier, ex director de la Facultad de Derecho. Con una pequeña tropa de ex soldados y campesi-

nos, muchos de ellos borrachos, había alzado una bandera napoleónica y había intentado tomar el control de la ciudad. El levantamiento fue sofocado con facilidad, pero los ultras lo utilizaron como excusa para una sangrienta represión, y 18 de los participantes fueron fusilados. Didier huyó, pero fue capturado y llevado de regreso a Grenoble para guillotinarlo en público. Otros muchos ciudadanos quedaron bajo sospecha, y a pesar de que ya se encontraban en Figeac, se acusó a Champollion y Jacques-Joseph. No se pudo demostrar nada ni se tomó medida alguna contra ellos, pero si hubieran estado en Grenoble habrían perdido la vida.

Aunque al principio a los dos hermanos les pareció deprimente su pueblo natal, allí muchos los consideraban celebridades, y tuvieron la suerte de ser bien acogidos por el prefecto local, el conde de Lezay-Marnesia, que había sido oficial del ejército francés en América y desde 1815 era prefecto del Departamento del Lot, al que pertenecía Figeac. El prefecto, que era un apasionado de la arqueología, les convenció de que buscaran el antiguo emplazamiento de Uxellodunum, que se creía que estaba en las proximidades de Figeac. Según los *Comentarios* de Julio César, Uxellodunum fue la última plaza fuerte gala que tomaron las legiones romanas. César había emprendido en el año 59 a.C. la conquista sistemática de la Galia, y describió Uxellodunum como una fortificación defendida por precipicios por todos los lados, con un río que discurría por el valle de abajo, pero con un solo manantial como suministro de agua. Sus soldados pusieron sitio a la fortaleza y excavaron un túnel para desviar el manantial, hasta que la sed obligó a los desesperados galos a rendirse. Con esto se completó la conquista de la Galia y, para disuadir de futuros levantamientos, César ordenó que se cortara la mano derecha a todos los que habían luchado contra los romanos en Uxellodunum. Los franceses jamás olvidaron ni perdonaron la conquista de su país, vengada siglos después con la invasión de Italia por Napoleón, y Uxellodunum se convirtió en un importante símbolo de resistencia patriótica; por esta razón, localizar su emplazamiento constituía un proyecto importante.

Ayudado por Champollion, Jacques-Joseph asumió la tarea de encontrar Uxellodunum. Durante todo el verano de 1816 inspeccionaron la región, tratando de identificar el lugar a partir de las pistas

contenidas en el texto de César. Llegaron a la conclusión de que se encontraba en Capdenac-le-Haut, un lugar situado a unos cinco kilómetros de Figeac, dominando el río Lot. Las excavaciones dirigidas por Jacques-Joseph sacaron a la luz artefactos romanos que parecían confirmar la identificación. El aparente éxito del proyecto dejó muy satisfecho al prefecto Lezay-Marnesia y aumentó la reputación de Jacques-Joseph y su hermano entre la elite educada de la zona. Posteriores trabajos arqueológicos han demostrado que la fortificación de Capdenac corresponde a la época medieval, y se ha identificado el emplazamiento de Uxellodunum en otro lugar llamado Puy d'Issolud, a unos 45 kilómetros al noroeste de Figeac, donde se ha encontrado hasta el túnel que excavaron los romanos para desviar el manantial. No obstante, la controversia sobre la localización persiste, y los habitantes de Figeac siguen sosteniendo que el auténtico emplazamiento de Uxellodunum estuvo en Capdenac-le-Haut.

A partir de aquel verano, además de ayudar a Jacques-Joseph a buscar Uxellodunum, Champollion se dedicó a reorganizar por completo su diccionario y gramática coptos rechazados para la publicación, habiendo conseguido traerse de Grenoble los preciosos manuscritos. En último término, la importancia de estos trabajos radica en que su elaboración le permitió adquirir un conocimiento tan completo del copto, el vestigio superviviente del antiguo idioma egipcio, que le proporcionó una inmensa ventaja sobre la mayoría de sus rivales en el desciframiento de los jeroglíficos; pero a pesar de todo lo que se esforzó en revisarlos durante su exilio en Figeac, su diccionario y gramática coptos no se publicarían jamás.

Desde que los dos hermanos iniciaron su destierro, Jacques-Joseph empezó a enviar cartas a París, rogando a sus amigos y conocidos que intervinieran ante las autoridades en favor de él y de su hermano. El ambiente político había cambiado tanto que hasta algunos antiguos enemigos de Champollion como Edme Jomard, editor de la *Description de l'Égypte*, y Louis Langlès, que antes se había negado a interceder para evitar el reclutamiento de Champollion cuando éste era su alumno de persa en París, hicieron todo lo que pudieron por ayudar. De todos los antiguos profesores de Champollion, sólo el realista Silvestre de Sacy se negó rotundamente a intervenir en su favor, una negativa que dañó su reputación entre otros eruditos de París. Más de-

cepcionante fue el comportamiento de Saint-Martin, que se había convertido en un ferviente realista y se puso firmemente de parte de De Sacy, distanciándose de su antiguo amigo Champollion.

A pesar de la enérgica presión de sus amigos y antiguos enemigos de París, y del apoyo del prefecto en Figeac, Jacques-Joseph tuvo que esperar casi ocho meses, hasta noviembre de 1816, para ver oficialmente anulada su orden de exilio, y Champollion no quedó libre hasta enero del año siguiente. A medida que pasaban los meses de exilio, Champollion se encontró libre de las intrigas políticas de sus envidiosos colegas y sin un objetivo inmediato en su vida, ya que el forzado destierro había frustrado sus planes de hacerse abogado. En una especie de limbo, pero apreciado por sus convecinos, que le consideraban una celebridad, se fue librando de las tensiones de los años anteriores y empezó a encontrar placer en la tranquila vida de Figeac. Aquellas semanas fueron la calma antes de la siguiente tormenta de su vida, que se gestaba en silencio debido a los contactos de su hermano en París. Durante una visita a Inglaterra a finales de 1814 para hacer inventario de los monumentos confiscados a los franceses en Egipto, que incluían la Piedra de Roseta, Jomard había quedado impresionado por el método Lancaster de enseñanza y había fundado en París una Sociedad para la Educación Elemental, de la que Jacques-Joseph era miembro. Ahora que el gobierno de Luis XVIII deseaba extender la educación por toda Francia, alguien animó a los dos hermanos a fundar en Figeac una escuela con el método Lancaster.

El método Lancaster de enseñanza había sido ideado por Joseph Lancaster, que abrió una escuela en Londres en 1798. Dicho método, que no tardó en hacerse popular en Francia, se basaba en que el profesor instruía a los alumnos mayores y más capaces, que a su vez se encargaban de enseñar al resto. Con el respaldo del gobierno nacional y las autoridades locales, Jacques-Joseph y Champollion comenzaron los preparativos para crear una de estas escuelas en Figeac; y así, menos de un año después de haber manifestado por escrito su decisión de abandonar la enseñanza pública, Champollion se encontró comprometido con una nueva escuela y un nuevo método de enseñanza. Tanto los ultras como la Iglesia católica se oponían ferozmente a las nuevas escuelas en general, y al método Lancaster en particular, ya que estaban pensadas para educar a los hijos de la gente

corriente. En su opinión, la educación debía reservarse para la nobleza y el clero; aplicada a la mayoría de la población, era una pérdida de tiempo que sólo servía para que la gente resultara más difícil de adoctrinar y controlar. Dadas las circunstancias políticas, era inevitable que, una vez más, Champollion hiciera enemigos sin darse cuenta.

Mientras estaban ocupados con los preparativos de la nueva escuela, los dos hermanos vieron sucesivamente anuladas sus órdenes de exilio, pero ninguno de los dos se marchó inmediatamente de Figeac. Por fin, en abril de 1817, Jacques-Joseph se trasladó a París y no tardó en convertirse en secretario de Bon-Joseph Dacier, que ocupaba el cargo de secretario perpetuo de la Academia de Inscripciones y Literatura del Instituto de Francia. Champollion se quedó a completar los preparativos para la nueva escuela, pero pronto empezó a sufrir las tensiones de su situación familiar. Con el fin de asegurar el futuro de sus hermanas, él y su hermano habían renunciado a toda reclamación sobre el negocio familiar, incluyendo los derechos de herencia, pero el negocio de venta de libros había seguido decayendo debido al alcoholismo del padre y a las deudas acumuladas por éste. Incapaz de hacer frente a la situación, Champollion escribió a Jacques-Joseph menos de un mes después de la partida de éste, reprochándole que se hubiera marchado sin resolver los problemas familiares, el más urgente de los cuales era tomar medidas legales para inhabilitar a su padre. Una semana después, comunicó a su hermano que había conseguido préstamos para saldar las deudas más apremiantes y evitar tener que vender los muebles, aceptando incluso la ayuda de su amigo Thévenet de Grenoble, pero seguía teniendo problemas con su padre, lo cual le tenía muy irritado.

Con el apoyo de las autoridades y los habitantes de Figeac, Champollion logró completar los preparativos para la nueva escuela, que se inauguró en julio de 1817 con un profesor de París y pronto tuvo cuarenta alumnos, pero la tensión de los meses anteriores se cobró su tasa en su salud: perdió peso y sufría largos ataques de tos y de fiebre. Llevaba ya más de diecisiete meses sin trabajar en el desciframiento de los jeroglíficos y no se encontraba en las mejores condiciones para ponerse a trabajar de nuevo, pero dos acontecimientos le animaron a reanudar sus investigaciones y pedirle a Thévenet que le enviara algunas notas y materiales que había escondido en Grenoble cuando partió al exilio.

Dichos acontecimientos fueron la llegada de una reseña de su libro publicado y un encuentro con un descifrador rival.

Aunque se había publicado en la *Monthly Review* de Londres más de un año antes, Champollion recibió en estos momentos una copia de una larga reseña anónima, muy favorable, de su *L'Égypte sous les pharaons*. Aunque no le gustaron algunos detalles de la reseña, como les ocurre siempre a los autores, quedó encantado. En realidad, el autor de la reseña era Thomas Young –que escribía anónimamente como siempre–, que comentaba que Egipto siempre había ejercido fascinación sobre los franceses y que

tal vez sería bueno para Europa que se permitiera a los franceses adquirir el país, ya que el carácter destructivo del clima lo convertiría en un eficaz desagüe para los jóvenes superfluos de Francia, que de otro modo se convertirían en vecinos molestos, y dado que las costumbres comunicativas y licenciosas de franceses y egipcios facilitarían una amalgama de las poblaciones, que podría ser favorable para la recivilización de un importante rincón de África.

Tras este estallido xenófobo, Young se enfrascaba en una larga exposición de Egipto tal como él lo veía (lo que demostraba la estrechez de su percepción), y sólo al final ofrecía la reseña favorable del trabajo de Champollion.

El otro acontecimiento que reavivó el interés de Champollion por los jeroglíficos fue la visita en agosto de un posible rival: un tal doctor Roulhac, de Aurillac, una población vecina. Durante su exilio en Figeac, Champollion había quedado fuera de los círculos académicos y tenía menos conocimiento que antes de los progresos que otros hacían en la cuestión del desciframiento. Sin contactos directos y amistosos, era muy difícil enterarse de lo que hacían otros estudiosos; y aun cuando los estudiosos mantenían correspondencia amistosa con otros colegas, casi nunca revelaban sus resultados antes de publicarlos. Incluso podía resultar difícil obtener dichos resultados publicados, un problema en el que años después hizo hincapié el anticuario y viajero sir William Gell, en una carta a Young. Gell se quejaba de que no podía encontrar un artículo de Young escrito para la *Encyclopaedia Britannica*: «No he sido capaz de averiguar si su li-

bro, o folleto, o disertación sobre los jeroglíficos egipcios ha sido publicado o sólo se ha repartido entre sus amigos personales; lo cierto es que, tras varios intentos *en Londres*, no lo he podido obtener por medio de mi librero.» Y aunque sabía que Young había regalado una copia a la biblioteca del Vaticano, «esté o no esté allí, una biblioteca pública es siempre de difícil acceso, y por lo tanto bastante inútil para el público». Si un rico anticuario inglés no conseguía encontrar publicaciones inglesas en Londres, Champollion, que languidecía en la Francia rural, no tenía ni la menor posibilidad.

Durante su visita, el doctor Roulhac le enseñó a Champollion el «sistema etimológico general» que había ideado. Aseguraba que en dicho sistema se encontraba la clave para descifrar los jeroglíficos y le propuso a Champollion que colaborara con él. Pero era evidente que las ideas del doctor eran totalmente incorrectas y casi risibles. Aunque no le aportó nada, la visita le hizo comprender a Champollion una cruda realidad: que durante el breve período en que las circunstancias le habían impedido continuar su trabajo con los jeroglíficos, la situación había cambiado. Si en lugar de interesar sólo a un puñado de estudiosos, el problema del desciframiento estaba siendo abordado ya por un médico rural de una ciudad de provincias, ¿quién más estaría trabajando en ello y qué estarían haciendo sus principales rivales? Le atormentaba pensar que podía no ser el primero en descifrar los jeroglíficos, y eso le impulsó a reanudar su trabajo. De hecho, sin que Champollion lo supiera y sólo dos meses antes de la visita del doctor Roulhac, había tenido lugar en París una reunión de la comisión encargada de publicar la *Description de l'Égypte*, en la que el anticuario Louis Ripault había declarado haber encontrado la clave de los jeroglíficos. Ripault era uno de los sabios que habían viajado a Egipto con la expedición de Napoleón y había sido el bibliotecario del Instituto de Egipto en El Cairo. También pronunció conferencias en otras asociaciones culturales de París, pero sus colegas rechazaron sus ideas, como hizo Champollion cuando por fin llegaron a su conocimiento; sin embargo, hasta su prematura muerte en julio de 1823, a los 47 años de edad (a consecuencia de un ayuno con el que pensaba aumentar su inteligencia), Ripault iba a ser siempre un fiel aliado de Champollion.

A estas alturas abundaban las teorías y metodologías, pero ninguna

de ellas estaba un paso más cerca del éxito, aunque constituían una constante causa de angustia para Champollion, empeñado en ser el primero en descifrar los jeroglíficos. Pero nada más recibir todos sus manuscritos, enviados por Thévenet, para reanudar su trabajo, empezó a replantearse su posición en Figeac. Con Jacques-Joseph instalado en París, resentido por la manera en que les habían tratado en Grenoble, Champollion empezaba a darse cuenta de lo aislado que estaba; sin embargo, no tenía buenos recuerdos de París y no sentía deseos de seguir a su hermano hasta allí. Aparte de eso, la única opción realista era regresar a Grenoble, donde, al menos en la superficie, había ya poca agitación; pero sin un empleo, su situación sería peor que en Figeac. Entonces se enteró de que era posible que reabrieran la Facultad de Filosofía de la universidad, en la que podría conseguir un puesto de profesor. Aunque las posibilidades eran mínimas, bastaron para persuadirle de que debía regresar a Grenoble, y llegó a la ciudad con su sobrino Ali en octubre de 1817, tras una ausencia de diecinueve meses.

Champollion fue bien recibido por el nuevo prefecto, Choppin d'Arnouville, designado expresamente para reconciliar a la población de la región con el gobierno del rey Luis XVIII y poner fin a la agitación. Las autoridades universitarias confirmaron los planes de reapertura de la Facultad de Filosofía y dieron a entender que le podrían tener en cuenta para la cátedra de historia antigua y para la de hebreo. Muy animado por estas perspectivas, se dejó convencer por las autoridades locales de que, mientras tanto, abriera en Grenoble una escuela Lancaster que sirviera como escuela modelo para la región. En cuanto se supo que había aceptado el encargo, contó de inmediato con el apoyo de los liberales de Grenoble, pero también se convirtió inevitablemente en blanco de las iras de los ultras y el clero, encarnizados enemigos de dichas escuelas. Aun así, se entregó de lleno a la tarea, enseñando a un maestro el método Lancaster en lugar de pedir que le enviaran uno de París. La escuela se inauguró a principios de febrero de 1818, con 175 alumnos, y Champollion, que se encontraba en uno de aquellos momentos irónicos en los que se burlaba de sí mismo, comentó: «El prefecto está encantado, los ultras echan chispas y yo veo que voy por buen camino.» Cada vez más comprometido con la educación de los niños, con los que tenía la fácil afinidad de un maestro nato, se involucró también en la creación de una «escuela latina» en Grenoble, que impartiera educación clásica.

En aquella primavera, el prefecto nombró a Champollion asesor diplomático, encargado de investigar y clasificar los documentos referentes a los territorios cedidos por Francia al rey de Cerdeña-Piamonte, en el norte de Italia, lo que implicaba mantener contactos con el representante del rey, el conde Costa. Los dos hombres se hicieron amigos, y pocos meses después el conde ofreció a Champollion la cátedra de historia e idiomas antiguos en la Universidad de Turín, un puesto prestigioso con un buen salario. Pero Champollion se sentía demasiado atado a la región de Grenoble, el Delfinado, demasiado comprometido con numerosas actividades educativas y con la familia de su hermano, y todavía tenía esperanzas de que se reabriera la Facultad de Filosofía y se le ofreciera un puesto; así que, de mala gana y para su desgracia, rechazó la oferta; todavía seguía siendo leal a Francia, a pesar de todos sus problemas: «Dejar Francia es una auténtica emigración en provecho de extranjeros, y a mí no me gustan ni los extranjeros ni los emigrantes.»

Ahora, por fin, Champollion podía dedicar algo de tiempo al estudio de los jeroglíficos, tras casi dos años sin trabajar en su desciframiento a causa de la terrible agitación política. Decidió concentrarse en principio en la Piedra de Roseta, y una vez más intentó conseguir una buena copia de sus inscripciones, pero no consiguió más que una copia mal calcada del grabado que había publicado poco antes la Sociedad de Anticuarios de Londres. Escribió a Jacques-Joseph a París a mediados de abril, contándole sus ideas más recientes y convencido de que podría terminar su trabajo en poco tiempo si pudiera obtener el grabado de la Piedra de Roseta hecho por la expedición a Egipto:

No me cabe duda de que con el grabado de la Comisión acabaría colocando bajo cada jeroglífico la palabra francesa correspondiente, e incluso la egipcia en cursiva. En cuanto al griego, no hace falta ni decirlo. No me arriesgo demasiado al decir esto, porque mi trabajo está terminado en sus tres cuartas partes. Sé dónde empieza y dónde termina la inscripción jeroglífica, por su relación con la cursiva [demótica] y la griega. Demostraré que faltan *por lo menos dos tercios*... En mi trabajo no hay charlatanismo ni misticismo. Todo es resultado de la comparación, y no de un sistema concebido de antemano; ya he encontrado los *artículos*, la *formación de los plurales* y

algunas *conjunciones*. Pero con eso no me basta para determinar inmediatamente el sistema de escritura. Los resultados de mi trabajo ya han dado un vuelco a todas las ideas que me había hecho acerca de los jeroglíficos.

En esta misma carta a su hermano, Champollion mencionaba a las dos personas que consideraba sus rivales, pero a las que en realidad no temía: Ripault y Jomard. En esta época, Jacques-Joseph animó a su hermano a publicar su revisión del diccionario y la gramática coptos, pero no era tarea fácil ya que carecían de medios para financiar el proyecto, y Champollion insistió en que más valía olvidarse del asunto, añadiendo que si él tuviera dinero lo dedicaría a publicar su trabajo sobre los jeroglíficos: «No tengo ninguna intención de contraer deudas en estos abominables tiempos en que vivimos.»

Con gran alegría, Champollion recibió a mediados de junio copias mucho mejores de las inscripciones de la Piedra de Roseta, pero para entonces ya no podía dedicarles mucha atención, pues se encontraba demasiado ocupado con el sistema escolar de Grenoble, en especial con la escuela latina que se iba a inaugurar en junio. Se las arregló para empezar a elaborar un diccionario de jeroglíficos, que Jacques-Joseph también le animó a publicar, y el 19 de agosto de 1818 dio una conferencia sobre sus trabajos recientes en la Académie delphinale; pero al poco tiempo tuvo que dejar sus investigaciones para concentrarse en sus escuelas. Además, a pesar del bajo salario, aceptó de mala gana la cátedra de historia en el Colegio Real, la institución que antes se había llamado *lycée* y en la que había sido un alumno tan desdichado que le había suplicado a Jacques-Joseph que le sacara de aquella «prisión». En noviembre, Champollion había perdido las esperanzas de recuperar su puesto en la universidad y empezó a dar clases en el mismo colegio donde, once años atrás, se había desmayado de emoción por poder abandonarlo.

A finales de diciembre se casó por fin con Rosine Blanc, a la que había conocido en 1813, cuando ella tenía 16 años y él 22. Durante su exilio en Figeac, los dos hermanos habían perdido su empleo en la biblioteca de Grenoble, y el padre de Rosine había utilizado esto como excusa para romper el compromiso y acentuar su oposición al matrimonio. Parece que los sentimientos de Champollion hacia Ro-

sine se enfriaron un poco en esa época, y hasta es posible que él intentara disuadirla de la boda, pero continuaron escribiéndose y no cabe duda de que ella estaba enamorada. Por fin, su padre cedió, influido por la amistad de Champollion con el prefecto, y la boda se celebró en la sencilla catedral de Grenoble, aunque Jacques-Joseph, que seguía oponiéndose, no asistió a la ceremonia.

El matrimonio con Rosine fue feliz, al menos en apariencia, y sólo en una carta escrita ocho años después de la boda a su amiga Angelica Palli, la poetisa italiana, se aprecia algún tono de insatisfacción. En dicha carta, Champollion parece ofrecer un sincero resumen de su relación con Rosine, pero dado que el conjunto de la carta es una manifestación de cariño a Angelica, de la que se había enamorado, se podría dudar de la exactitud de lo que dice. Explica que Rosine siguió amándolo durante todo su noviazgo, a pesar de «mi notable enfriamiento», y a continuación dice:

Esperaba que mi ausencia cambiara las ideas e intenciones de Anaïs [el apodo que aplicaba a Rosine] con respecto a mí, y que renunciara a un proyecto de unión al que nadie la obligaba y que no prometía felicidad para ninguno de los dos. Pero entonces fui perseguido y ella encontró en mi desgracia un motivo generoso para persistir en su determinación anterior. Varios pretendientes, con posiciones mucho más ventajosas que la mía en el presente y para el futuro, solicitaron su mano con insistencia. Contra los deseos de su familia, Anaïs los rechazó; su padre, un hombre violento y duro, irritado por tal oposición, la atormentaba con reproches todos los días y la abrumaba con señales de descontento; la privó de casi toda su libertad. Por fin, mi exilio terminó; Anaïs sufría, era desgraciada por mi causa. ¿Tenía yo otra opción? Mi deber estaba claro: un lazo indisoluble nos une. Ella ha encontrado conmigo la paz y la tranquilidad que ya no existían para ella en casa de su padre...

Al no existir ninguna constancia de la visión que tenía Rosine del matrimonio, parece que, como la mayoría de las francesas de la época, no esperaba encontrar en el matrimonio mucha satisfacción emocional y era más que feliz viviendo con Champollion. De no ser por las cartas de éste a Angelica Palli, tampoco existiría ningún indicio de que él lo veía de un modo diferente.

No sólo a Champollion le resultaba difícil mantenerse firme en la empresa de descifrar los jeroglíficos a pesar de las presiones de su otro trabajo y de la necesidad de ganarse la vida. También Thomas Young se enfrentaba a un problema similar, aunque en su caso el problema no era precisamente la falta de fondos. Sus investigaciones científicas y literarias, que tenían que subordinarse a sus deberes como médico, no eran para él «un interés inmediato, excepto para mantenerme ocupado, lo cual, dados mis hábitos, suele ser más una diversión que una fatiga». Mientras Champollion estaba desterrado en Figeac, incapaz de proseguir su investigación sobre los jeroglíficos, Young se había ido dejando absorber cada vez más por otras tareas. En 1814 había entrado a formar parte de una comisión encargada de investigar el grado de peligro generado por la introducción del gas en Londres, y en especial por la instalación de grandes gasómetros en zonas muy pobladas. Dos años después, formó parte de otra comisión para considerar los pesos y medidas en toda Gran Bretaña, y aproximadamente en la misma época el Almirantazgo le pidió un informe sobre la construcción de barcos. Desde finales de 1818 ocupó los cargos de superintendente del *Nautical Almanac* y secretario de la Junta de Longitud, que ofrecía una serie de premios para el capitán y la tripulación del primer barco que recorriera el paso del Noroeste, desde el océano Atlántico al Pacífico.

Un año antes, Young había escrito a su amigo Hudson Gurney, contándole sus problemas:

He hecho muy poco o nada con los jeroglíficos desde que te vi, pero nunca podría llegar hasta el *final* con ellos mientras exista material sin explicar y sin comparar. Calculo que podrían dar trabajo a una academia de cuarenta miembros durante medio siglo, y a mí me basta con haber descubierto una mina con la que otros puedan enriquecerse. Pero sí que me propongo intentar hacer más, y dentro de uno o dos años publicaré lo que haya hecho, anónimamente como de costumbre.

Young consiguió avanzar algo en su investigación de los jeroglíficos mientras Champollion estaba ocupado en la fundación de instituciones educativas en Grenoble, tras su regreso del exilio. En primavera de 1818 Young tenía ya preparada gran parte del texto de un

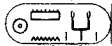
extenso artículo sobre Egipto, uno de los primeros de este tipo, y en verano se grabaron las láminas que presentaban casi 200 ejemplos de vocabulario jeroglífico (unos 40 eran más o menos correctos), deducidos de la Piedra de Roseta y de otros monumentos y manuscritos, junto con nuevos trabajos sobre los numerales jeroglíficos. Aquel mismo verano repartió unas cuantas copias entre sus amigos, y el conjunto se publicó sin firma en diciembre de 1819, como suplemento de la *Encyclopaedia Britannica*.

El artículo de Young sobre Egipto comenzaba con una descripción de los viajeros más recientes que habían visitado el país hasta 1818, seguida por un capítulo sobre lo que se sabía de los dioses antiguos y su mitología. A continuación, comentaba la historia y la cronología, pero aunque declaraba que «la historia antigua de Egipto tiene una antigüedad mucho mayor que la de casi cualquier otra nación, y por lo tanto está envuelta en una oscuridad más impenetrable», tuvo cuidado de no expresar ninguna opinión que contradijera la fecha bíblica de la creación del mundo. Los siguientes temas eran el calendario, las costumbres y ceremonias y la inscripción de la Piedra de Roseta, para lo cual había estudiado también otros manuscritos, en especial los publicados en la *Description de l'Égypte*, deduciendo que en el antiguo Egipto habían existido tres tipos de escritura consecutivos: «Unas pocas muestras de diferentes manuscritos bastarán para mostrar las formas por las que ha pasado la representación original en su degradación desde los caracteres *sagrados* a los *hieráticos*, y de éstos a los *epistolográficos* o escritura vulgar del país.» Consideraba caracteres «sagrados» a los jeroglíficos, pero lo que él llamaba «hierática» es lo que actualmente se llama «jeroglíficos lineales», que son simples jeroglíficos monocromos que suelen aparecer en papiros y sarcófagos, dibujados o pintados sólo en contorno, a diferencia de los jeroglíficos más elaborados, detallados y generalmente coloreados que se ven en monumentos y tumbas. Para mayor confusión, a estos jeroglíficos lineales hay quien los llama ahora «jeroglíficos cursivos», aunque son verdaderos jeroglíficos y desde luego no constituyen una auténtica «caligrafía» cursiva como la hierática. Y aún hay más confusión: a lo que ahora se llama escritura hierática, Young lo llamaba en ocasiones «epistolográfica», «encorial» o «escritura vulgar», sin darse cuenta de que existían dos tipos de escritura cursiva: la hierática y la demótica. Aun-

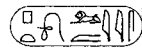
que Young había advertido que la escritura cursiva se volvía «indistinta en sus formas», aún no se había percatado de que había evolucionado una escritura demótica diferente; sí que había deducido que lo que ahora llamamos hierática (y que él llama en esta ocasión «epistolográfica») era una escritura derivada de los jeroglíficos.

El artículo de la *Encyclopaedia Britannica* concluía con los «Rudimentos de vocabulario jeroglífico» (con nombres de reyes, animales y números), un apartado sobre sonidos y frases y una descripción de monumentos. En las inscripciones de la Piedra de Roseta ya se podían leer varios nombres propios no egipcios que aparecían en el texto griego, y Åkerblad había identificado tiempo atrás los mismos nombres en el texto demótico. En su vocabulario, Young demostraba por primera vez la existencia de uno de estos nombres en el texto jeroglífico dañado: el de Ptolomeo. Ptolomeo V Epífanes, que reinó en Egipto de 204 a 180 a.C., fue hijo de Ptolomeo IV y de su hermana y esposa, Arsinoë III. Un año después de subir al trono, Ptolomeo V perdió casi todas las posesiones de Egipto en Asia Menor, Palestina y el Egeo, y durante las dos décadas siguientes se produjeron en Egipto graves disturbios y revueltas. Las tropas de Ptolomeo fueron derrotadas por Antioco III el Grande, rey de los territorios de Asia Menor y Siria; y como parte de las negociaciones de paz, Ptolomeo se casó con Cleopatra, hija de Antioco III y primera de una estirpe de Cleopatras que terminó con la más famosa de todas, la última persona que reinó en Egipto antes de que fuera absorbido por el Imperio romano.

A pesar de las deducciones previas de Barthélemy y Zoëga, Young creía ser el primero en demostrar que los jeroglíficos encerrados en anillos o cartuchos representaban nombres, pero sí que fue el primero que demostró que el nombre de Ptolomeo aparecía seis veces en el texto jeroglífico de la Piedra de Roseta. Como Ptolomeo era un nombre tardío y extranjero (el griego «Ptolemaios») y no un nombre egipcio, Young estaba seguro de que en jeroglífico se escribiría con signos alfabéticos fonéticos (es decir, jeroglíficos que representan un solo sonido cada uno), mientras que los nombres egipcios se escribían con jeroglíficos que representaban ideas. «Los *caracteres fonéticos*, según los indicios que se pueden descubrir en las palabras Berenice, Ptolomeo... proporcionan algo parecido a un alfabeto jeroglífico, que, sin embargo, constituye simplemente un ejemplo del

modo de expresar sonidos en algunos casos particulares, y no se utilizaba de manera universal cuando se necesitaban sonidos.» En esto acertaba en un aspecto: que los nombres extranjeros se escribían mediante una gama limitada de jeroglíficos alfabéticos; pero se equivocaba respecto a los nombres egipcios, porque éstos se escribían usando todas las variedades de jeroglíficos, y no sólo con jeroglíficos que representaran ideas. Por ejemplo, este cartucho  contiene el nombre del faraón Menkaure, que construyó una de las pirámides de Giza, cerca de El Cairo, y más adelante fue conocido por los romanos como Mikerinos (Mycerinus). Además de ideogramas (signos que representan ideas) como  («ka», que significa algo así como «espíritu» o «alma»), el cartucho contiene también el signo  (el signo alfabético del sonido «n»).

En la Piedra de Roseta, el nombre de Ptolomeo aparece tres veces en un cartucho corto y tres veces en un cartucho más largo, donde va acompañado por los títulos especiales del rey. Gracias a eso, Young pudo identificar con bastante precisión cómo se formaba el nombre de Ptolomeo, a pesar de que el escriba original había omitido un signo imprescindible en uno de los seis cartuchos.



Ptolemaios
(Ptolomeo)

Jeroglífico	Valor de Young	Valor correcto
	p	p
	t	t
	no necesario	o
	ole o lo	l
	ma o m	m
	i	y o ii
	osh u os	s

Jeroglífico	Valor de Young	Valor correcto
	bir	b
	e	r
	n	n
	i	y o i
	superfluo	k (o g dura)
	ke o ken	a
	terminación femenina	determinativo femenino

Young también creía haber identificado otros nombres, entre ellos el de la reina Arsinoë, en las inscripciones de los templos de Kom Ombo y File y en el zodiaco de Dendera. Seguía convencido de que los signos jeroglíficos alfabéticos sólo se empleaban para los nombres y títulos extranjeros, y su incapacidad para darse cuenta de que la escritura jeroglífica utiliza varios tipos de jeroglíficos, tanto para las palabras extranjeras como para el idioma egipcio, le iba a impedir seguir avanzando en el desciframiento y desorientó a otros investigadores. Él creía haber identificado catorce letras de un alfabeto jeroglífico; era la primera vez que se intentaba tal cosa, pero al final sólo resultaron ser correctas las letras *f* , *i* , *m* , *n* , *p*  y *t* .

Un importante avance de Young para el posterior desciframiento fue observar que el grupo jeroglífico  aparecía con frecuencia en los papiros añadido a los nombres de personas, y al final del nombre de Berenice en el cartucho de Karnak, por lo que parecía tratarse de un indicador femenino. En realidad, esta combinación de signos se utilizaba como sufijo en los nombres de algunas diosas y reinas, y significa «mujer divina».

Young envió una copia de su artículo a Jomard mucho antes de la fecha de publicación. En su respuesta, fechada en septiembre de 1819, Jomard le decía que llevaba mucho tiempo sin hacer ninguna investigación sobre los jeroglíficos y que «aún no me ha sido posible elaborar el vocabulario jeroglífico del que le hablé hace unos cuatro años». Jomard aún se consideraba un contendiente en la carrera por descifrar los jeroglíficos y seguía sin estar dispuesto a compartir información. En cuanto al vocabulario de Young, Jomard confesaba que no había tenido tiempo de estudiarlo, pero que «debe de haberle costado un esfuerzo infinito. Hasta ahora sólo me ha sido posible echarle una mirada». Young había superado con mucho todo lo que Champollion había publicado acerca de los jeroglíficos (o sea, prácticamente nada), y parecía que con semejante ventaja no se le podría superar.

Capítulo Seis



(Cleopatra)

TRANSCURRIERON MUCHOS meses antes de que Champollion viera el artículo de la *Encyclopaedia Britannica* y se diera cuenta de los progresos de Young; y dado que disponía de muy poco tiempo para sus investigaciones, parecía que la gloria de descifrar los jeroglíficos se le iba a escapar. Tan inmerso estaba en los diversos aspectos de la educación en Grenoble, encontrando constantes obstáculos al funcionamiento de sus escuelas, que incluso rechazó una nueva oferta de un puesto de profesor en la Universidad de Turín. Desde que perdieron sus empleos en la biblioteca durante su exilio en Figeac, los dos hermanos habían estado presionando a las autoridades para recuperarlos, y en septiembre de 1819 Jacques-Joseph lo consiguió por fin y regresó de París para ocupar su puesto de bibliotecario. Sin embargo, todavía necesitaba estar en la capital para continuar con los proyectos que había emprendido, entre ellos la publicación de sus trabajos en Uxellodunum, de modo que Champollion sacrificó su trabajo de profesor en la escuela latina para sustituir a Jacques-Joseph en la biblioteca. Añadido a su trabajo de profesor de historia en el Colegio Real, el trabajo de su hermano se convirtió en una pesada carga, porque las autoridades pedían ahora un catálogo completo del contenido de la biblioteca. La salud de Champollion se resintió, y estaba tan agotado que declaró que «me gustaría abandonarme a la dulzura de no hacer nada y no pensar nada».

Justo cuando parecía que la situación no podía estar peor, la política volvió a ejercer un efecto adverso en su vida. En febrero de 1820, debi-

do a las intrigas de los ultras, Choppin d'Arnouville, el moderado prefecto con quien Champollion había colaborado tanto, fue sustituido por el barón d'Haussez. Como dicho barón era un ultra, el equilibrio de poder en la región de Grenoble se inclinó inmediatamente a favor de éstos. En cuanto la gente se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo, el creciente poder de los ultras se vio contrarrestado por una mayor resistencia; en mayo, viendo que los profesores más liberales de la universidad eran sustituidos por otros que contaban con la aprobación de los ultras, los estudiantes de la Facultad de Derecho se rebelaron. Los disturbios se agravaron días después, a causa de la visita del duque de Angulema, hijo del conde de Artois, jefe de los ultras. El duque fue recibido con ruidosas manifestaciones, protestas y gritos de amenaza; en algunas zonas se desató la violencia, y la visita fue abreviada.

En lugar de gobernar con tolerancia como había hecho el prefecto anterior, el barón d'Aussez respondió a la agitación en la ciudad con medidas represivas y siguió favoreciendo a los ultras. Champollion no tardó en darse cuenta de que sus enemigos intrigaban para que se volviera a destituir a Jacques-Joseph de su cargo de bibliotecario, y en julio escribió a su hermano apremiándole a regresar de París antes de que se pudiera utilizar su ausencia como pretexto para despedirlo. Pero antes de que la carta llegara a París, los periódicos anunciaron la destitución de Jacques-Joseph. La salud de Champollion en esta época era muy mala: sufría insomnio, dolor de estómago y desmayos. Su médico le ordenó reposo absoluto y él permaneció en su casa durante algún tiempo, lo cual sólo sirvió para que las autoridades sospecharan que estaba tramando algo y le sometieran a constante vigilancia. Cuando se recuperó lo suficiente para presentarse al prefecto, insistió en su derecho a seguir siendo ayudante de bibliotecario. Hasta aquel momento, había procurado mantener buenas relaciones con el nuevo prefecto, pero el encuentro fue tormentoso y dejó al descubierto la hostilidad del prefecto hacia los dos hermanos. No obstante, en octubre de 1820 Champollion se salió con la suya e incluso ocupó el puesto de bibliotecario dejado vacante por el despido de Jacques-Joseph.

Habían transcurrido más de dos años desde que Champollion presentara sus últimas teorías sobre la escritura jeroglífica en la Academia de Grenoble. En París, Jacques-Joseph estaba ya al corriente

de los progresos de Young e informó a su hermano, apremiándolo para que publicara sus propios resultados, a lo que Champollion aún se resistía, del mismo modo que Young se resistía a publicar bajo su propio nombre. Sin pensárselo mucho, Champollion quitó importancia a la publicación de Young, a pesar de no haberla leído:

Los descubrimientos del doctor Young, anunciados con tanta pompa, son sólo una fanfarronería ridícula. El tan alabado descubrimiento de la supuesta clave me da pena. Sinceramente, siento lástima por los desdichados viajeros ingleses que vayan a Egipto, obligados a traducir las inscripciones de Tebas con el *passe-partout* del doctor Young en la mano... que te ruego que me hagas comprar inmediatamente en Londres.

Pero se daba cuenta de que ya era hora de enseñar sus cartas, y por fin decidió escribir y publicar un folleto para exponer sus ideas sobre los jeroglíficos y la hierática.

Durante el invierno de 1820-1821, su mala salud siguió causándole problemas, y a principios de 1821 se enteró de que su padre había fallecido a finales de enero. Champollion se quejaba de su salud, sintiéndose inútil para todo mientras se esforzaba en la redacción de su folleto, pero la salud política de la región se encontraba en un estado aún peor. Las duras medidas del prefecto y las intrigas de los ultras sólo consiguieron aumentar el descontento de la población, que veía que cada vez eran más los liberales obligados a abandonar sus cargos. El 3 de marzo de 1821, Champollion fue destituido «provisionalmente» de su puesto de profesor del Colegio Real y quedó incapacitado para hacer nada, excepto aprovechar el tiempo libre para seguir trabajando en el desciframiento. Escribió a su hermano diciéndole que «mis estudios de Egipto saldrán ganando» y se concentró aún más en su publicación.

El descontento en Grenoble llegó a su punto culminante el 20 de marzo, con un levantamiento general contra el prefecto y sus partidarios ultras. Facciones políticas que antes habían estado enfrentadas encontraron una causa común en la exigencia de una «constitución libre», que estuviera a salvo de los intentos de los ultras de reinstaurar todos los males que habían predominado antes de la Revolución.

Con gran rapidez, los habitantes tomaron el control de la ciudad y se enfrentaron al prefecto, que intentó calmarlos. En todas partes, la bandera blanca de los odiados reyes Borbones fue sustituida por la tricolor revolucionaria. Se cerraron las puertas de la ciudad, todas las campanas tocaron a rebato, y al otro lado del río, en el fuerte Rabot (que protegía la única ruta desde Grenoble a Lyon), la guarnición salió de su acuartelamiento por si acaso era necesario sofocar una rebelión, dejando sólo una guardia mínima. Champollion no vaciló y se puso al frente de un pequeño grupo de hombres que cruzó el puente y subió la empinada cuesta que llevaba al fuerte. Habiéndose encontrado sólo con una resistencia simbólica, se atrevieron a izar en el fuerte la bandera tricolor en lugar de la de los Borbones; un símbolo del alzamiento que se podía ver desde casi todas las partes de la ciudad. Cuando Jacques-Joseph se enteró, quedó aterrado por el atrevimiento de su hermano, pero Champollion se lo tomó a broma: «Puede que algún día, la toma de la ciudadela de Grenoble por un arqueólogo, y sin derramamiento de sangre, sea un punto a mi favor en la hoja de servicios literarios en estos tiempos extraordinarios.»

El levantamiento duró menos de un día; las tropas de la guarnición dispersaron a las irritadas multitudes y restauraron el orden con poca violencia. Durante los días siguientes, miles de soldados acamparon en las calles y en las murallas de Grenoble para impedir nuevas protestas, y el prefecto d'Haussez se dispuso a tomar represalias. Los cabecillas del alzamiento huyeron y Champollion perdió su cargo de bibliotecario. Aunque no existían prácticamente pruebas contra él, el prefecto estaba decidido a someterlo a un consejo de guerra por traición y lo denunció al gobierno de París tachándole de agitador peligroso. Jacques-Joseph regresó a toda prisa de París para ver qué se podía hacer, mientras en Grenoble los abogados seguían discutiendo si el levantamiento había sido un acto de traición al rey o una legítima protesta para que éste prestara atención a la angustia del pueblo.

A pesar de su deteriorada salud y de que le aguardaba un juicio por traición, Champollion terminó en junio las siete páginas de texto y las siete láminas de su folleto: «Mi última lámina, con 700 signos jeroglíficos y hieráticos, me ha matado.» Su *De l'écriture hiéroglyphique des anciens Égyptiens* («Sobre la escritura hierática de los antiguos egipcios»), publicado en Grenoble, resultó tan difícil de encontrar

como la publicación anónima de Young. El folleto afirmaba que la escritura hierática era una simple modificación de la jeroglífica, que sólo se diferenciaba de ella en la forma de sus signos, una deducción que Young ya había hecho varios años antes, aunque lo había publicado anónimamente en una revista poco conocida:

No me es posible determinar si él [Champollion] hizo este descubrimiento antes de que yo publicara mis cartas en el *Museum Criticum*. Nunca se lo he preguntado, ni tiene mucha importancia para el mundo en general o para nosotros dos. Puede que no sea del todo justo decir que un hombre no tiene derecho a reclamar como suyo un descubrimiento hasta que lo haya imprimido y publicado, pero por lo menos se trata de una norma muy útil.

Más que un plagio, el trabajo de Champollion era una confirmación independiente, y acertaba al decir que la hierática era un tipo de caligrafía jeroglífica, a la que llamaba «taquigrafía jeroglífica», pero cometió un error desastroso: considerar que todos los signos eran ideogramas (que representan cosas, o ideas relacionadas con dichas cosas) y que no había signos fonéticos (que representan sonidos, como las letras del alfabeto): «Los caracteres hieráticos son signos de cosas, y no de sonidos.» Parecía que Champollion empezaba a equivocarse de camino.

Él y otros muchos habitantes de Grenoble se salvaron del castigo por traición gracias a la llegada del duque de Bellune, enviado por el rey para asegurarse de que la investigación del levantamiento se llevara a cabo con justicia y benevolencia. El duque decidió que no había pruebas contra Champollion que justificaran cargos de gravedad o un juicio importante, y sólo se le hizo responder ante un juzgado civil ordinario, que a principios de julio le absolvió de todas las acusaciones, incluida la de traición. A la postre, el acto de izar la bandera tricolor en el fuerte le causó menos perjuicios políticos que físicos. La rápida escaramuza en la empinada ladera había ejercido demasiada presión sobre su frágil salud, y todavía sufría problemas respiratorios, desmayos y mareos. Pero aunque su salud hubiera sido buena y le hubiera permitido trabajar, ahora no tenía nada que hacer en Grenoble, porque antes del proceso sus enemigos habían logrado deponerle de todos sus cargos, y su destitución «provisional»

del puesto de profesor en el Colegio Real se transformó en permanente. El 8 de julio escribió a Jacques-Joseph diciendo que en Grenoble había apurado hasta las heces la copa de la amargura, que ya ninguna injusticia podía afectarle y que allí ya no tenía nada más que perder: «El universo entero me grita “márchate, viaja, distráete”. Así que me voy.» Tres días después, con los ánimos casi tan abatidos como su cuerpo, partió de Grenoble, acompañado otra vez por su sobrino Ali, y emprendió el largo viaje a París.

En junio de 1821, mientras Champollion aún estaba esperando el juicio en Grenoble, Thomas Young y su esposa emprendieron un viaje de placer por Europa. Se detuvieron en París, donde Young asistió a una reunión de la Academia de Ciencias en el Instituto de Francia y conoció a varios de sus más ilustres científicos, entre ellos el naturalista y geógrafo Alexander von Humboldt, el astrónomo y físico François Arago, el matemático y astrónomo Pierre Laplace y el naturalista Georges Cuvier; algunos de ellos pronto iban a ser buenos amigos de Champollion. Young y su mujer atravesaron Francia en dirección este, pasando por Lyon y cruzando los Alpes hasta llegar a Turín, aproximadamente al mismo tiempo que Champollion, débil y agotado, abandonaba Grenoble y viajaba hacia el oeste, pasando también por Lyon, en dirección a París. Los Young dejaron constancia de su admiración por el paisaje mientras recorrían Italia, haciendo paradas en Roma y después en Nápoles. De allí fueron a Siena, Pisa y Livorno, donde en septiembre Young pudo ver la colección de antigüedades egipcias de Bernardino Drovetti, el cónsul de Francia en Egipto, acumulada durante muchos años pero recién llegada a Italia. Fue la primera colección importante de antigüedades egipcias que llegó a Europa, y causó sensación.

Young se fijó en un objeto que no figuraba en el inventario de la colección: una lápida bilingüe (en griego y en egipcio) de Menfis, cerca de El Cairo, con inscripciones en griego, demótico y jeroglíficos, todas casi ilegibles. Al instante pensó que había topado con otra Piedra de Roseta y escribió a su amigo Hudson Gurney para informarle del sensacional descubrimiento:

Pisa ya nos compensó ampliamente de haber emprendido esta gira; Livorno aún más, si esto es posible. Pero lo que más te alegra-

rás de oír es que he descubierto entre las cosas de Drovetti *una lápida bilingüe*, que promete ser un valiosísimo complemento de la inscripción de Roseta, y me atrevería a decir que Drovetti es plenamente consciente de ello. Hay muy pocos caracteres jeroglíficos distinguibles en la tablilla, y los anillos [cartuchos] para el nombre del rey se han dejado en blanco... Más abajo hay unas quince líneas de caracteres encoriales y unas 32 en griego...

Young se irritó al no poder obtener moldes de la piedra:

Contraté a un eminente artista de Florencia para que llevara a cabo mi plan, pero creo que algún accidente le impidió cumplir su cometido. No obstante, me parece que su trabajo habría sido en vano para lo que a mí me interesa, porque el descubrimiento de un tesoro desconocido parece haber despertado la codicia del señor Drovetti, que me ha dado a entender que nada le induciría a separarlo del resto de su extensa y verdaderamente valiosa colección, pensando con buen cálculo que ello hace aumentar su precio; y se niega a permitir que se hagan copias de ningún tipo.

Convencido de que las inscripciones de esta piedra eran imprescindibles para el desciframiento, hizo toda clase de intentos para persuadir a Drovetti de que le proporcionara una copia, pero en vano. Decepcionados, Young y su esposa siguieron viaje hasta Florencia, donde les esperaba correo de Inglaterra, incluyendo una carta con la noticia de que la madre de la señora Young estaba gravemente enferma. Interrumpiendo el gran recorrido por Europa que tenían planeado, los Young atravesaron a toda prisa Suiza y el valle del Rin, pero al llegar a Ginebra les informaron de que la madre de la señora Young había fallecido. En octubre, por fin, llegaron de regreso a Inglaterra.

Habían transcurrido casi doce años desde la última vez que Champollion había estado en París, pero muy poco parecía haber mejorado en la ciudad cuando llegó procedente de Grenoble el 20 de julio de 1821, no coincidiendo por muy poco con los Young, que acababan de salir de París con destino a Italia. El ambiente político había cambiado y ya no había tumultos en las calles aclamando las victorias imperiales o protestando por la escasez de alimentos, pero la ciudad, bajo la nueva monarquía, estaba más sucia y miserable que nunca, y su población había aumentado considerablemente. En un

estado de pésima salud, Champollion soportó el agotador viaje desde su adorada Grenoble, resignado a vivir en París sólo por la desolación que le había causado que le obligaran a marcharse de su ciudad. La enfermedad, la desesperación y el agotamiento le habían llevado al punto más bajo de su vida, y sólo le mantenían dos cosas que sus enemigos no habían podido arrebatarse: su investigación sobre el antiguo Egipto y el apoyo de su familia.

Jacques-Joseph vivía con un amigo en la *rue* des Saints-Pères, donde hicieron sitio para Champollion y Ali, pero a finales del verano se mudaron a una casa alquilada más grande, en el número 28 de la *rue* Mazarine, donde había sitio para Rosine, la esposa de Champollion, que viajó desde Grenoble para reunirse con él; sin embargo, Zoé, la mujer de Jacques-Joseph, se quedó en Grenoble con su familia. Champollion instaló su despacho en el ático, que antes había sido utilizado como estudio por el famoso pintor Horace Vernet, cuyas escenas de las gloriosas victorias de Napoleón en los campos de batalla habían llegado a formar parte de la leyenda napoleónica.

La casa de la *rue* Mazarine se encontraba en una situación ideal para las investigaciones de Champollion, a pocos metros del Instituto de Francia, con su Academia de Inscripciones y Literatura, donde Jacques-Joseph seguía trabajando como secretario de Bon-Joseph Dacier, el secretario perpetuo de la Academia, la misma Academia que seis años antes había rechazado la publicación del diccionario y la gramática coptos de Champollion y que en 1816 había vetado el ingreso como miembro de Jacques-Joseph. El Instituto de Francia, situado en la orilla sur del río Sena, frente al Louvre, incluía otras cuatro academias: la de Bellas Artes, la de Ciencias, la de Ciencias Políticas y Morales y la exclusiva Académie Française, en la que no ingresó ninguna mujer hasta 1980. La casa de la *rue* Mazarine estaba también bastante cerca del Colegio de Francia, donde había estudiado Champollion, y no muy lejos (aunque al otro lado del río) de la Biblioteca Real (Nacional) y de la Comisión de Egipto, donde Jomard seguía dirigiendo la producción de nuevos tomos de la *Description de l'Égypte*.

En las semanas anteriores a la mudanza a la *rue* Mazarine, Jacques-Joseph emprendió la rehabilitación física y social de su hermano. Además de estar enfermo y agotado, Champollion se deprimía con facilidad, pensando con frecuencia que estaba a sólo un paso de

descifrar los jeroglíficos pero que la muerte le iba a impedir lograrlo. Su estado mental necesitaba tantos cuidados como su estado físico, y Jacques-Joseph le animaba constantemente: «Tienes que vivir, y vivirás.» Además de cuidar de su hermano, Jacques-Joseph tomó inmediatamente medidas para reintegrarlo en los círculos académicos de París y hacer que se reencontrara con Joseph Fourier. Después de ser nombrado prefecto del Ródano en 1815, Fourier había sido destituido al restaurarse la monarquía, y había malvivido pobremente en París mientras proseguía su trabajo científico. Champollion fue presentado también a Dacier, que se mostró muy interesado por su trabajo y se convirtió en un poderoso aliado. Otros amigos nuevos fueron François Arago, Jean-Baptiste Biot y Georges Cuvier, que pocas semanas antes habían sido presentados a Young, y muchos miembros de la recién fundada Sociedad de Geografía, que se inauguraría oficialmente en noviembre. Aunque la máxima de Fourier era «la ciencia inspira una simpatía universal», los amigos de Champollion seguían siendo menos que sus enemigos realistas, a los que había que sumar rivales académicos como Edme Jomard, editor de la *Description de l'Égypte*, e influyentes seguidores de Young, todos los cuales creían ir por buen camino para descifrar los jeroglíficos.

Para reanimar su decaída confianza y aumentar su prestigio entre los intelectuales de París, se persuadió a Champollion de que presentara parte de su trabajo en la Academia de Inscripciones. A finales de agosto de 1821, apenas un mes después de su llegada a París, leyó un informe de sus conclusiones acerca de la escritura hierática, basado en las ideas contenidas en el folleto que había terminado poco tiempo antes en Grenoble. Champollion era plenamente consciente de que el informe proporcionaría munición a sus rivales, y comentó bromeando que «salía de su posición atrincherada para exponerse al fuego de las baterías», pero la conferencia fue bien acogida y constituyó el primer paso para establecer su credibilidad en la Academia de Inscripciones. Ya se le aceptaba en los círculos académicos de París, y Rosine creó un hogar acogedor en la *rue Mazarine*, donde su marido podía devolver la hospitalidad que recibía en las reuniones celebradas en casas de otros investigadores de muy diversas especialidades, reuniones que incluían a enemigos y rivales además de amigos y partidarios, y que a menudo terminaban en deba-

tes sumamente animados. Sin haberse aún recuperado del todo, pero cada vez con más confianza en el camino elegido, Champollion emprendió un estudio intensivo de la escritura demótica comparada con la copta, como preparación para un estudio comparativo de las escrituras demótica, hierática y jeroglífica, convencido ya de que había que considerarlas diferentes. Que le dejaran en paz para hacer su investigación se debió en parte a que el desciframiento no era en aquella época una prioridad para los estudiosos de París: de lo que más se discutía en aquellos momentos era de los zodiacos egipcios, en los que muchos creían ver la nueva y apasionante clave de la cronología del antiguo Egipto y de la fecha de la creación del mundo.

En septiembre llegó de Egipto al puerto de Marsella el zodiaco de Dendera, que iba a dar mucho que hablar cuando llegó a París en enero del año siguiente, tras un período de cuarentena. Dicho zodiaco era una escultura que representaba un diagrama circular de símbolos astronómicos, y había formado parte del techo de una sala del templo de la diosa Hathor en Dendera, a unos 480 kilómetros al sur de El Cairo. Había sido una fuente de controversias desde que lo describieron el artista Vivant Denon y los ingenieros Prosper Jollois y Édouard de Villiers, porque varios estudiosos habían intentado utilizarlo para calcular la antigüedad del templo de Dendera. Cuando oyó hablar del zodiaco, el anticuario y coleccionista Sébastien Louis Saulnier encargó al ingeniero Jean Baptiste LeLorrain que fuera a buscarlo a Egipto y lo transportara a Francia, y en enero de 1821 LeLorrain había obtenido un permiso de viaje de Mehemet Ali, el bajá de Egipto, que en aquella época estaba permitiendo un saqueo general de los antiguos monumentos del país.

El cónsul británico en Egipto, Henry Salt, mantenía una competición con el cónsul francés, Bernardino Drovetti. Los dos habían llegado a un acuerdo tácito: los franceses tenían derecho a los monumentos del lado oriental del Nilo, y los británicos a los del lado occidental. Como Dendera se encuentra en la orilla oeste y, por lo tanto, «pertenece» a los ingleses, LeLorrain tuvo que actuar en secreto. Llegó a Dendera en marzo, pero allí encontró un grupo de viajeros ingleses y siguió río arriba hasta Luxor. Cuando volvió a bajar a Dendera, allí sólo había egipcios, y LeLorrain organizó rápidamente un equipo de trabajadores. Vio que el zodiaco estaba formado por

dos bloques de piedra, que medían un total de «doce pies de longitud, ocho de anchura y tres de espesor; por lo tanto, no debe de pesar menos de veinte toneladas...». Pero como los dos pies de cada extremo no contenían más que líneas onduladas o zigzags, decidió cortarlos. Y además, rebajó con cinceles el grosor de la piedra a la mitad. En tres semanas había logrado desprender la escultura del techo del templo «a base de sierras, cinceles y pólvora». La hizo cargar en su barco, pero el capitán empezó a poner pretextos para retrasar la partida. Por fin, Lelorrain se enteró de que el abogado y diplomático norteamericano Luther Bradish había pasado por Dendera y se había dado cuenta de lo que estaba ocurriendo; había sobornado al capitán para que retrasara la partida y lo más probable era que hubiera informado del asunto a los agentes de Salt situados Nilo abajo. Lelorrain se vio obligado a igualar el soborno de Bradish para persuadir al capitán de que zarpara, y llegó a El Cairo en junio, enterándose allí de que el cónsul británico había presentado una protesta a Mehemet Ali. Con su habitual actitud despectiva hacia los monumentos, Mehemet Ali preguntó si Lelorrain tenía un permiso, y al respondersele que sí autorizó la exportación del zodiaco a Francia. Al cónsul británico y a su amigo William Bankes, que se disponía a transportar a Inglaterra un importante obelisco de la isla de File, en Asuán, les irritó mucho esta decisión, ya que habían estado a punto de llevarse ellos el zodiaco, aunque más adelante Bankes declarararía hipócritamente: «Siempre he desaprobado con todas mis fuerzas estas expoliaciones de monumentos enteros.»

Muchos estudiosos de Francia y otros países se escandalizaron ante este vandalismo en el templo de Dendera y protestaron por la actuación de Lelorrain. A Champollion le indignó de manera especial que se hubiera separado el zodiaco de las inscripciones jeroglíficas que lo flanqueaban, y en octubre de 1821 publicó una carta en la *Revue encyclopédique*, preguntando por qué se había considerado necesario arrancar el zodiaco de su contexto cuando habría bastado con sacar un molde. Otros eruditos protestaron abiertamente, entre ellos su rival Jomard, pero para entonces Champollion había aprendido a ser discreto, y su carta se publicó sin firma. La escultura se exhibe actualmente en el Museo del Louvre de París, y una reproducción ocupa su posición original en el templo de Dendera en Egipto.

Aparte de la controversia por sacarlo de Egipto, el zodiaco reavivó el largo debate sobre su posible utilización para poner fechas a la civilización egipcia. Incapaces de encontrar pistas en los textos jeroglíficos, que cuando por fin se descifraron aportaron toda clase de detalles sobre fechas y acontecimientos históricos, los estudiosos estaban recurriendo a la interpretación de los zodiacos. Estudiaban minuciosamente los dibujos de zodiacos como el de Dendera porque creían que las posiciones de las estrellas representadas en ellos eran las posiciones que ocupaban realmente en la época en que se dibujaron los zodiacos. De ser así, se podría calcular la época en que las estrellas ocuparon dichas posiciones y así se sabría la edad de los zodiacos. Hubo muchos desacuerdos acerca de las fechas calculadas de este modo, pero las disputas entre los eruditos no eran nada en comparación con las que se produjeron en la Iglesia católica. Lo que se discutía era nada menos que la fecha de la creación del mundo. Algunos estudiosos, y en especial Jomard, se atrevieron a sugerir que el zodiaco de Dendera tenía muchos miles de años de antigüedad, tal vez hasta 15.000 años, una idea que chocaba con la creencia cristiana aceptada, que, basándose en datos de la Biblia, consideraba que el mundo se había creado hace sólo 6.000 años. Champollion no compartía la opinión de que el zodiaco era muy antiguo, ya que le parecía que el estilo de la escultura demostraba que el zodiaco de Dendera pertenecía al período griego o al romano; antes de que transcurrieran muchos meses iba a poder leer varios de los jeroglíficos que lo acompañaban y determinar la fecha, pero por el momento, aparte de expresar de vez en cuando su opinión en las reuniones, se concentró en su trabajo sobre la escritura demótica.

Durante el otoño de 1821, mientras Champollion se sentía cada vez más optimista acerca de su línea de investigación y estaba totalmente absorbido por su trabajo, en Inglaterra estaban ocurriendo cosas que iban a influir de manera importante en su futuro. *The Gentleman's Magazine* informó de que un obelisco egipcio perteneciente al señor Banks acababa de ser desembarcado en Deptford y esperaba ser transportado a su casa de Dorset. Aproximadamente en la misma época, Thomas Young, el rival de Champollion, regresaba prematuramente del continente, habiendo tenido que interrumpir su gira europea por la muerte de su suegra. Si no se hubiera lle-

vado este obelisco a Inglaterra, es posible que Champollion hubiera tardado unos meses más en descifrar los jeroglíficos, pero no cabe duda de que el resentimiento y la envidia que rodearon su descubrimiento habrían sido mucho menores si Young no hubiera regresado a Inglaterra en aquel preciso momento. Tal como ocurrieron las cosas, la relación con Bankes y su obelisco proporcionó a Young una flaca excusa para atacar a Champollion y su trabajo.

William John Bankes, cuatro años mayor que Champollion, era el hijo mayor del anticuario Henry Bankes, de Kingston Hall, cerca de Wimborne (Dorset), en el sur de Inglaterra. Henry Bankes había sido administrador del British Museum y miembro del Parlamento por Dorset, y William iba a convertirse en un fanático coleccionista de antigüedades, aunque no pudo realizar el tradicional recorrido por Europa a causa de las guerras napoleónicas. De 1810 a 1812 fue miembro del Parlamento por Truro (Cornualles), pero abandonó su prometedora carrera para viajar, provisto de numerosas cartas de presentación de su amigo el poeta lord Byron, a quien había conocido cuando ambos eran estudiantes en la Universidad de Cambridge. Transcurrirían casi ocho años antes de que Bankes volviera a pisar Inglaterra.

Para empezar, Bankes fue a España, donde Wellington estaba luchando con los franceses en la que era entonces la principal zona de conflicto. Acompañó a Wellington sin cargo oficial, y después pasó algún tiempo viviendo con gitanos en Granada. A continuación, dirigió su atención hacia Egipto y Nubia, y desde septiembre de 1815 viajó Nilo arriba hasta Abu Simbel, donde poco antes el viajero suizo Jean-Louis Burckhardt había descubierto el mayor de los dos templos excavados en la roca, el gran templo de Ramsés II, aunque aún pasarían dos años hasta que se desenterró el templo con sus increíbles y colosales estatuas, porque más de dos tercios del mismo están sepultados por la arena hasta una altura de quince metros en algunos sitios. Abu Simbel era y sigue siendo una zona desolada, situada a unos 20 kilómetros al norte de la frontera con Sudán y a 240 kilómetros al suroeste del punto más alejado al que habían llegado miembros de la expedición de Napoleón.

En su viaje de regreso hacia el norte, Bankes se detuvo en la isla de File, dedicada a la diosa Isis, madre simbólica de los faraones o reyes egipcios, para explorar las ruinas de los templos. Quedó fasci-

nado por un obelisco caído y su posible base, que ya habían aparecido publicados en la *Description de l'Égypte*. Al año siguiente, 1816, Giovanni Battista Belzoni, un ex forzudo de circo de Padua (Italia), reclamó la propiedad del obelisco en nombre del cónsul británico, Henry Salt, que a su vez se lo cedió a Bankes. Esto provocó muchos enfrentamientos con el cónsul francés, Bernardino Drovetti, pero por fin Belzoni consiguió transportar el obelisco, de 6,7 metros de altura y unas seis toneladas de peso, hasta la orilla del Nilo. Antes de poder cargarlo en un barco, el muelle se hundió y el obelisco estuvo a punto de perderse en el río, pero, aunque parecía imposible, Belzoni se las arregló para recuperarlo, cargarlo en un barco y transportarlo río abajo.

Hizo entrega del obelisco en el puerto de Roseta, donde permaneció un par de años hasta que otro de los agentes de Salt llevó a Roseta la base, que se había dejado a la orilla del Nilo porque era demasiado pesada para transportarla junto con el obelisco. A bordo de un barco llamado *Dispatch*, el obelisco y su base llegaron a la costa de Inglaterra en junio de 1821, pero el barco quedó en cuarentena porque en Egipto había una epidemia de peste cuando zarpó. Por fin, el obelisco y su base se desembarcaron y fueron transportados a Kingston Hall (ahora conocida como Kingston Lacy House), pero como habían sufrido daños durante el traslado se dejaron tumbados en el césped de delante de la casa hasta 1827, cuando el duque de Wellington visitó a Bankes y éste le pidió que pusiera la piedra fundacional. Todavía se tardó hasta 1839 en poner en pie el obelisco; y sólo dos años después, Bankes, que era homosexual, se vio implicado en un escándalo y tuvo que huir al extranjero para no ser sometido a juicio.

Las cuatro caras del obelisco de Bankes, ahora muy erosionadas por el clima británico, tenían entonces inscripciones jeroglíficas muy claras, con dos cartuchos diferentes; y en la base del obelisco había una inscripción griega con los nombres de Ptolomeo VIII y su esposa Cleopatra III. Este Ptolomeo, odiado por el pueblo de Alejandría que le apodaba «Phykson» (barrigón), fue correy de Egipto junto con su hermano Ptolomeo VI desde 170 a.C. hasta que siete años después aceptó la corona del reino vecino de Cirene (la actual Libia). Regresó a Egipto en 144 a.C., y allí asesinó a su sobrino Ptolomeo VII y se

casó con su propia hermana, Cleopatra II. Dos años después, sin divorciarse de Cleopatra II, se casó también con Cleopatra III, hija de su hermano Ptolomeo VI y de su hermana y esposa Cleopatra II, que antes había estado casada con Ptolomeo VI.

Bankes distribuyó numerosas copias en litografía de los textos griego y jeroglífico, y Young recibió una. Se basaba en dibujos hechos por artistas cuando se desembarcó el obelisco en Deptford, pero las inscripciones griegas de la base no se habían descubierto hasta que se limpió la piedra al llegar a Kingston Hall. Bankes, que también estaba interesado en el desciframiento de los jeroglíficos, ya había observado que uno de los cartuchos del obelisco era similar al que Young había identificado como «Ptolomeo» en la Piedra de Roseta, y supuso que el otro cartucho correspondería probablemente a Cleopatra, dado que la inscripción en griego de la base incluía los dos nombres, aunque no se trataba de una traducción del texto jeroglífico. Hizo esta importante deducción antes de que Champollion llegara a la misma conclusión, pero Bankes no publicó su descubrimiento y se limitó a escribir a lápiz la palabra «Cleopatra» en el margen de la litografía. Comunicó sus ideas a sus amigos, entre ellos a Young, que fue incapaz de hacer más progresos, cosa que achacaba a un error del artista:

Ocurre que en el dibujo litográfico del obelisco de File, que ha llegado a mis manos por cortesía de su aventurero y generoso propietario, el artista ha dibujado la primera letra del nombre de Cleopatra como una T en lugar de una K, y como de momento no tengo tiempo para una minuciosa comparación del nombre con otras autoridades, tengo que resignarme a no poder aplicar mi alfabeto a su análisis, conformándome con comentar que si los pasos de formación de un alfabeto no fueran exactamente como yo he indicado, por lo menos tienen que haber sido casi iguales.

Ni Young ni Bankes, que se negaron siempre a ayudarlo, informaron a Champollion del descubrimiento del presunto cartucho de Cleopatra, y Young opinaba que mientras no se encontraran más inscripciones bilingües, poco se podría avanzar en el proceso de desciframiento.

El 23 de diciembre de 1821, el día en que cumplía 31 años, se le

ocurrió a Champollion que en su comparación de las escrituras demótica, hierática y jeroglífica debía incluir un análisis numérico de los textos de la Piedra de Roseta. Descubrió con sorpresa que a las 486 palabras del texto griego les correspondían 1.419 signos jeroglíficos. Hasta entonces, había trabajado sobre la teoría de que los jeroglíficos eran básicamente ideogramas, y que cada uno representaba una idea y, por lo tanto, una palabra. Pero estaba claro que la gran diferencia entre el número de palabras griegas y el número de jeroglíficos echaba por tierra dicha teoría. Intentó entonces identificar grupos de jeroglíficos, pero así obtuvo unos 180, un número que tampoco podía corresponder a las 486 palabras griegas. No podía establecer una relación numérica entre el texto griego y el jeroglífico, y la conclusión obvia era que en el texto jeroglífico había variabilidad: no podía estar compuesto únicamente –ni siquiera principalmente– de símbolos de un solo tipo (pictogramas, ideogramas o símbolos fonéticos), sino que tenía que existir alguna clase de combinación de dos o más tipos de signos. Champollion comprendió que el texto jeroglífico tenía que ser, al menos en parte, fonético (signos que representan sonidos), y desde entonces abordó el problema con un enfoque mucho más flexible que el de sus rivales, porque se iba dando cuenta rápidamente de la complejidad del sistema de escritura jeroglífica.

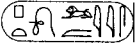
En Año Nuevo, Champollion estaba completamente absorto en su análisis comparativo de las escrituras demótica, hierática y jeroglífica. Aunque aún no podía leer ninguna de ellas, intentaba constantemente transliterar signo por signo los textos demóticos, más tardíos, a la escritura hierática, más antigua, y después transliterar el texto hierático a jeroglíficos. Cuanto más trabajaba con este método, más avanzaba, y poco a poco fue aumentando su comprensión de las tres escrituras, de su funcionamiento y de la relación entre unas y otras. A todos los efectos, Champollion estaba adoptando un enfoque holista, considerando todos los aspectos el antiguo sistema egipcio de escritura, en acusado contraste con el enfoque de Young, que se basaba demasiado en los escasos textos bilingües, con la esperanza de que en cuanto se pudieran entender uno o dos jeroglíficos todo lo demás sería muy sencillo. Muchos años después, un egiptólogo británico, sir Peter Le Page Renouf, resumió así el método de Young: «Trabajaba

mecánicamente, como un escolar que, al decirsele que *Arma virumque* significa “las armas y el hombre”, traduce *Arma* = “las armas”, *virum* = “y”, *que* = “el hombre”. A veces acierta, pero muchas más veces se equivoca, y nadie es capaz de distinguir sus aciertos de sus equivocaciones hasta que se descubre el *método* correcto.» El ejemplo de Renouf demuestra las complejidades de los idiomas: en latín, la palabra equivalente a «y» solía ser «et», pero se podía usar el sufijo «que» para dar más énfasis, como se ha hecho en este caso al añadirlo a *virum*, que significa «hombre». El hombre es Eneas, y éstas son las primeras palabras de *La Eneida*, el poema épico de Virgilio: *Arma virumque cano* = «Hablo de las armas y del hombre». Esta diferencia de enfoque entre Champollion y Young iba a ser decisiva, porque muchos investigadores utilizaban el mismo método que Young, pero muy pocos poseían el conocimiento de las escrituras y los idiomas asociados que Champollion había adquirido, y nadie más utilizaba sus métodos.

Un año antes, durante el invierno de 1820-1821, un tal señor Casati (descrito por Young como «un especulador italiano») había estado viajando por Egipto y había encontrado en Abidos una colección de papiros, casi todos griegos, metidos en una vasija de barro. Cuando llegaron a París, Champollion encontró un papiro escrito en demótico cuyo preámbulo era muy similar al texto demótico de la Piedra de Roseta. Reconoció el nombre de Ptolomeo y sospechó que otro nombre que aparecía en el equivalente demótico de un cartucho podía ser el de la reina Cleopatra. Aplicando esta técnica de comparación de escrituras, transliteró este nombre demótico a escritura hierática y después a jeroglífica, obteniendo una hipotética versión jeroglífica del nombre Cleopatra. Lo único que tenía que hacer a continuación era compararla con una auténtica versión jeroglífica del nombre y ver si su sistema funcionaba.

En enero de 1822, Jean Letronne, un especialista en griego antiguo que había estudiado con Champollion en París, recibió una copia de la litografía con la inscripción del obelisco de la isla de File propiedad de Bankes, y se la pasó a Champollion. Enormemente excitado, Champollion reconoció al instante el nombre de Cleopatra escrito en jeroglíficos, porque era muy parecido a su versión hipotética derivada del papiro de Casati. Por el momento, era sólo una hipótesis que corroboraba otra, pero ahora estaba convencido de que

su método era correcto y que demostrarlo era sólo cuestión de tiempo. Comparando los jeroglíficos del nombre de Cleopatra en el obelisco de Bankes con los del nombre de Ptolomeo en dicho obelisco y en la Piedra de Roseta, Champollion comprobó entusiasmado que casi todos los signos que deberían ser comunes a ambos nombres (los jeroglíficos correspondientes a la *p*, la *o* y la *l*) estaban en el sitio correcto para escribir los nombres alfabéticamente (como «Ptolmes» y «Cleopatra»), y dedujo que los valores de los signos individuales eran:

					
□	=	p	△	=	c
⊖	=	t	𐊢	=	l
𐊨	=	o	𐊩	=	e
𐊣	=	l	𐊨	=	o
—	=	m	□	=	p
𐊩	=	e	𐊢	=	a
𐊮	=	s	—	=	t
			—	=	r
			𐊢	=	a

De los jeroglíficos que tendrían que coincidir, sólo eran diferentes los correspondientes a la *t*, por lo que pensó que se podían usar al menos dos jeroglíficos, ⊖ y —, para expresar el sonido de la *t*. Llamó a dichos jeroglíficos «homófonos» (con el mismo sonido) y en lugar de desanimarse por esta nueva complicación, comprendió que estos signos podían explicar la aparente complejidad de las antiguas escrituras egipcias. Champollion consideró un buen presagio que el león reclinado 𐊢, el jeroglífico empleado para representar la *l*, apareciera en los dos nombres, Cleopatra y Ptolomeo. Aludiendo al uso

que él le había dado en la infancia a la palabra «león», que había adoptado como nombre, profetizó: «¡Estos dos leones ayudarán al león a vencer!» Cuando los enemigos de Champollion alegaron más adelante que había basado su sistema de desciframiento en la identificación del nombre de Cleopatra hecha por Bankes, Young llegó al increíble extremo de manifestar que, puesto que había sido él quien «inspiró» a Bankes la identificación del nombre, a él se le debía también el desciframiento de los jeroglíficos por Champollion.

Champollion estaba ya seguro de que en los textos del Egipto ptolomeico se usaban jeroglíficos alfabéticos para escribir los nombres no egipcios (como Ptolomeo y Cleopatra), y comentó: «Si los egipcios querían representar una vocal, una consonante o una sílaba en un nombre extranjero, utilizaban para ello un signo jeroglífico que expresara o representara un objeto cuyo nombre, en el lenguaje hablado, contuviera en su totalidad o en su primera parte el valor fonético de la vocal, la consonante o la sílaba que se quería escribir.» Todavía se creía que esta utilización de los jeroglíficos para representar sonidos individuales era un desarrollo tardío de la escritura jeroglífica, que no se usaba antes de que la dinastía ptolomeica reinara en Egipto, a partir del siglo IV a.C., pero a Champollion le proporcionó su primer asidero firme. Aunque el proceso de desciframiento avanzaba ya a pasos agigantados, él no tenía ninguna prisa por hacer públicos sus resultados. Ya conocía por amarga experiencia los peligros de la publicación prematura (como la de la introducción a su *L'Égypte sous les pharaons* en 1811), pero aún le faltaba aprender los peligros de la prevaricación. En marzo publicó en la *Revue encyclopédique* un informe sobre el obelisco de Bankes y sus inscripciones jeroglíficas, en el que sólo hacía insinuaciones de los progresos que estaba haciendo, sin dar ningún detalle. De hecho, algunos de sus descubrimientos se han perfeccionado: 𓆎 se traslitera ahora como *i* o *y*, no como *e*; 𓆏 se traslitera como *i*, y no como *e*; 𓆐 se suele trasliterar como *k* o *q*, y no como *c*; y aunque es cierto que existen homófonos, 𓆑 y 𓆒 no son auténticos homófonos de *t*, ya que se suele trasliterar como *d*. Así pues, los nombres griegos Ptolemaios y Cleopatra se solían escribir en jeroglífico «Ptolmys» y «Kliopadra», lo que da una idea de la pronunciación egipcia original.

Animado por los jeroglíficos alfabéticos que había obtenido de

los nombres de Ptolomeo y Cleopatra, Champollion aplicó su sistema a otros nombres contenidos en textos de las épocas ptolomeica o romana, estudiando principalmente los dibujos de cartuchos que se habían publicado hasta entonces en la *Description de l'Égypte*; y aunque parezca mentira, poco a poco fue deduciendo el valor de otros signos y descifrando los nombres –contenidos en cartuchos– de casi todos los gobernantes griegos y muchos gobernantes romanos de Egipto, desde Alejandro Magno, que conquistó Egipto en 331 a.C., hasta Antonino Pío, un emperador romano que murió en 161 d.C. Además, logró identificar las palabras



Autocrátor



César

Tanto «autocrátor» («emperador» en griego) como «césar» eran títulos utilizados en el período romano, pero Champollion seguía opinando que los jeroglíficos fonéticos empleados en estos nombres y títulos no se empezaron a usar hasta después de la conquista de Egipto por los griegos, en 331 a.C., y que antes no se utilizaban de esta manera. Su principal problema en esta fase era la inexactitud de muchas de las láminas publicadas en la *Description de l'Égypte*, un defecto que criticaba constantemente y sin ningún tacto, lo que irritaba mucho al editor, Jomard.

Además de hacer este notable progreso hacia el desciframiento en enero de 1822, Champollion no pudo resistir la tentación de participar en la controversia acerca del zodiaco de Dendera, cuya llegada a París aquel mismo mes estaba causando enorme sensación. Se exhibió provisionalmente en el Museo del Louvre, y gente que sabía muy poco o nada de zodiacos hacía cola durante horas para verlo. París entero «no pensaba en otra cosa, no veía otra cosa, no hablaba de otra cosa», y para qué hablar de los estudiosos interesados en el antiguo Egipto. La presión del público llegó a ser tan grande que el rey Luis XVIII compró el zodiaco para la Biblioteca Real, por el desorbitante precio de 150.000 francos. Allí permaneció hasta 1919, cuando fue traslada-

do de nuevo al Louvre. Incluso cuando el interés del público empezaba a disminuir, los estudiosos estaban sólo cogiendo velocidad, preparando artículos académicos sobre el significado del zodiaco, su antigüedad y su importancia para la cronología del antiguo Egipto, reiniciando así toda la controversia que antes había atraído la hostilidad de la Iglesia católica. En poco tiempo, los estudiosos habían presentado una enorme variedad de opiniones, «todas muy doctas, pero todas diferentes».

El famoso astrónomo y físico Jean-Baptiste Biot, uno de los nuevos amigos que Champollion había hecho tras su regreso a París, preparó un largo informe sobre la datación del zodiaco. Identificando (supuestamente) las estrellas que aparecían en la escultura y calculando el año en que ocupaban aquellas posiciones relativas en el cielo, Biot fechó la escultura zodiacal en 716 a.C. A pesar de que Champollion le advirtió amistosamente de que su método era incorrecto, Biot hizo públicas sus ideas en julio, en una serie de reuniones de la Academia de Ciencias y de la Academia de Inscripciones; pero días después Champollion rebatió por completo las ideas de Biot en una carta publicada en la *Revue encyclopédique*. Biot había basado sus conclusiones en el hecho de que muchas de las figuras y grupos de jeroglíficos de la escultura llevaban asociada una estrella, y él suponía que esto servía para señalar la posición de una estrella real en el firmamento, tal como la representaba el zodiaco. En una obra maestra del análisis, Champollion demostró que la teoría de Biot era inconsistente porque no podía explicar todas las figuras marcadas con estrellas. Ningún patrón de estrellas importantes coincidía con el patrón del zodiaco. Explicó los símbolos estrellados como «signos del tipo» (ahora llamados «determinativos»): jeroglíficos que determinaban la naturaleza de las figuras o del grupo de jeroglíficos asociados con las figuras de la escultura. Según Champollion, los símbolos estrellados no señalaban la posición de una estrella real, sino que indicaban que lo que se describía en los jeroglíficos era una estrella o algo relacionado con el concepto de «estrella», como una constelación: «La estrella de las inscripciones de Dendera es, por lo tanto, el *último* signo jeroglífico de cada una de ellas, y se debe considerar, no como la representación de un astro, sino como un simple elemento de la escritura jeroglífica; es decir, como una especie de *letra*, y no como una imitación de un objeto.»

Aunque en su momento no se hizo mucho caso de esta deduc-

ción, Champollion había dado otro importante paso hacia el desciframiento. Young ya había observado que los nombres de las diosas y reinas solían ir acompañados por un signo determinativo que significa «mujer divina», pero Champollion había descubierto otro determinativo, e informó de que había encontrado varios más en la inscripción de la Piedra de Roseta; pronto encontraría muchos más. Los determinativos forman una clase de jeroglíficos cuya función consiste en aclarar el significado de otros grupos de jeroglíficos, por lo que su identificación constituía un importante avance en el proceso de desciframiento. Por ejemplo,  es un determinativo que indica que el grupo de jeroglíficos asociado con él expresa una idea de movimiento hacia adelante, generalmente correr o caminar, y el signo determinativo  significa «enemigo» o «extranjero» (conceptos similares en el antiguo Egipto), y por lo tanto indica que el grupo de jeroglíficos que le precede tiene algo que ver con un enemigo o un extranjero. El enemigo se representa como un hombre con las manos atadas a la espalda, debido a las creencias religiosas y mágicas de los egipcios. Dado que se pensaba que las imágenes y esculturas podían cobrar vida mediante hechizos mágicos, todas las representaciones potencialmente peligrosas tenían que ser neutralizadas, no fuera a ser que cobraran vida accidentalmente; por eso, en este caso, el enemigo se representa como un cautivo indefenso. Al signo determinativo  se le llama a veces «el pequeño pájaro del mal», porque significa cualquier cosa pequeña, débil o mala, conceptos muy relacionados en el idioma del antiguo Egipto.

Algunos jeroglíficos sólo funcionaban como determinativos, pero otros muchos se podían utilizar como determinativos además de cumplir su función normal. Aún no se percibían todas las implicaciones de la existencia de determinativos: si se necesitaba un signo para indicar el significado de un grupo de jeroglíficos fácil de entender, ello quería decir que un grupo de jeroglíficos podía tener más de un significado, como Champollion iba a descubrir más adelante. En realidad, los determinativos pueden alterar radicalmente el significado de un grupo de jeroglíficos. Por ejemplo, los jeroglíficos   se pueden combinar con el determinativo  para formar el grupo   , que significa «tiempo»; pero si se utilizan junto con , el grupo resultante,   , significa «débil» o «flojo».

En Londres, Young había hecho muy pocas investigaciones productivas sobre la escritura egipcia desde el extenso artículo que había escrito y publicado a finales de 1819, pero seguía acumulando material y había fundado una pequeña Sociedad Egipcia con el propósito de copiar y publicar –pero no descifrar– todas las inscripciones jeroglíficas. Todavía seguía intentando obtener una copia de la inscripción bilingüe de Drovetti, y en mayo de 1822 escribió en una carta a Gell: «Estoy decidido a esperar a tener la inscripción de Drovetti, que vi en Livorno, antes de publicar los detalles de mi traducción de la Piedra de Roseta.» En París, Champollion continuaba con su tarea de comparar las diferentes escrituras egipcias. Su estudio de la escritura demótica estaba casi terminado, y se le invitó a presentar varios informes sobre la hierática y la demótica en la Academia de Inscripciones, en julio, agosto y septiembre de 1822. Ahora se daba perfecta cuenta de la auténtica relación entre las escrituras jeroglífica, hierática y demótica: la hierática se derivaba de la jeroglífica, y la demótica de la hierática, y todas ellas correspondían al mismo idioma (aunque el idioma había ido cambiando con el tiempo) y tenían más o menos las mismas reglas. En cuanto se descifrara una escritura, se podrían descifrar todas.

Aunque entre el público había muchos antiguos rivales y enemigos, sus informes ante la Academia fueron acogidos con entusiasmo, y en una de las sesiones –con gran sorpresa y placer de Champollion– Silvestre De Sacy se levantó y elogió su trabajo. Champollion había idolatrado a De Sacy en su época de estudiante en París, y le había hecho mucho daño la posterior hostilidad de su ex profesor, basada más en sus prejuicios políticos de realista que en su opinión sobre la capacidad de Champollion. Ahora que se había reconciliado con De Sacy, se sentía lleno de felicidad y optimismo; al fin había sido aceptado en la comunidad académica.

Champollion llevaba ya más de un año concentrado exclusivamente en el problema del desciframiento, aunque antes lo había estudiado intermitentemente durante más de veinte años, teniendo muchas veces que interrumpir su trabajo por motivos económicos y políticos. Ya era capaz de traslitterar fácilmente la escritura demótica a hierática, y la hierática a jeroglíficos, aunque todavía no podía leer ninguna de las tres escrituras. Estaba seguro de haber identifi-

cado muchos de los jeroglíficos utilizados fonéticamente para escribir nombres y títulos extranjeros cuando Egipto se encontraba bajo el dominio griego y romano, y por lo tanto podía leer los nombres de casi todos los gobernantes griegos y romanos de Egipto. Gracias al análisis realizado en diciembre del año anterior del número de jeroglíficos que correspondían al texto griego de la Piedra de Roseta, sabía que no todos los jeroglíficos eran ideogramas, y empezaba a darse cuenta de que el empleo de determinativos implicaba la existencia de grupos de jeroglíficos que parecían iguales pero que significaban cosas diferentes. Como hablaba copto con fluidez, era perfectamente capaz de deducir los posibles significados de palabras que apenas estaba empezando a descifrar, porque muchas palabras cop-tas eran similares a las que se utilizaban dos mil años antes. Por ejemplo, la palabra copta para designar Egipto es *keme*, y la antigua palabra egipcia era *km* (que se pronunciaba más o menos como *kemet*); en copto, «bueno» se dice *nufe*, y la antigua palabra egipcia era *nfr* (que se suele pronunciar como *nefer*). Tras el éxito de su último informe a la Academia de Inscripciones, presentado en agosto, Champollion trabajaba en un estado de excitación y conciencia alterada. Tenía al alcance de la mano el material relevante, y el desciframiento estaba tan cerca que casi era tangible. Se lanzaba ansiosamente sobre cada nueva copia de texto jeroglífico que se cruzaba en su camino, buscando conexiones que pudieran darle las claves del funcionamiento de los jeroglíficos: no sólo las claves del sistema de escritura, sino de la historia misma.

La mañana del 14 de septiembre de 1822, Champollion se levantó temprano, ansioso por reanudar su trabajo. Recibió por correo copias de dibujos de los jeroglíficos del templo de Abu Simbel, realizadas por el célebre arquitecto Jean-Nicolas Huyot, que acababa de hacer un viaje por Egipto y Nubia y era famoso por la precisión de sus dibujos y la fiabilidad de sus anotaciones. Cuando Bankes había visitado Abu Simbel pocos años atrás, el templo apenas era visible; pero en 1816, el emprendedor Belzoni había pasado semanas retirando toneladas de arena de la fachada, aunque se le terminó el dinero antes de completar el trabajo. Regresó al año siguiente, se pasó otras tres semanas quitando arena de la entrada central, y por fin pudo entrar en el templo el 1 de agosto de 1817, descubriendo una

inmensa sala con una increíble decoración y abundantes jeroglíficos. Por desgracia, el descubridor del templo, Jean-Louis Burckhardt, había muerto de disentería en El Cairo, con sólo 32 años, antes de conocer la noticia del descubrimiento de Belzoni.

Examinando los dibujos en su ático de la *rue Mazarine*, Champollion no tardó en fijarse en varios nombres encerrados en cartuchos, nombres que nunca había visto antes. En la primera lámina aparecía , y reconoció al instante su primer signo ☉, como una imagen del sol. Sabía que la palabra copta para designar el sol era *Re* o *Ra*, que también era el nombre del dios del sol del antiguo Egipto. Desde sus primeros trabajos sabía que los dos últimos signos ꞥꞥ, se trasliteraban como *s* en los nombres ptolomeicos o romanos, y aplicando esto a este cartucho se obtenía «Ra..ss», o más probablemente «Ra..ses», porque en los jeroglíficos no se solían utilizar vocales. Al instante comprendió que si el otro signo ꞥ, fuera una *m*, el nombre sería «Rameses», un nombre que se sabía que habían utilizado varios faraones mucho antes de los períodos griego y romano, y que ahora se escribe «Ramsés», «Rameses» o «Ramesses». Cada vez más excitado y jubiloso, pues empezaba a darse cuenta de lo que estaba ocurriendo pero aún tenía miedo de encontrar algo que demostrara que su sistema era totalmente erróneo, examinó el resto de los dibujos de Abu Simbel y encontró el nombre . Una vez más, leyó ꞥꞥ como «mes», y reconoció el signo anterior como una imagen de un ibis, que según los autores antiguos era el símbolo del dios Thoth, adorado por los egipcios como inventor de los jeroglíficos y dios de los escribas. Según esto, el nombre contenido en el cartucho sería «Thothmes», más conocido en la actualidad por la versión griega de su nombre, Tutmosis, otro nombre utilizado por varios faraones mucho antes de los períodos griego y romano. En su artículo de 1819 para la *Encyclopaedia Britannica*, Young había identificado también el símbolo de Thoth en un cartucho, y había deducido, pero no demostrado, que el nombre era Tutmosis. A diferencia de Young, Champollion percibió al instante el principio básico, que confirmaba el sistema de desciframiento que él había ido elaborando trabajosamente, fragmento a fragmento, durante los últimos meses. Comprobó y volvió a comprobar su descubrimiento hasta estar seguro de que había acertado. Estaba tan exaltado que tenía que contarle a alguien

su descubrimiento... tenía que contárselo a su hermano. Recogió una brazada de papeles y corrió escaleras abajo, desde el ático hasta la calle. Era mediodía, la hora más luminosa del día en la estrecha y sombría *rue Mazarine*, y Champollion corría por la calle agarrando con fuerza sus notas y dibujos. Dobló la esquina y entró en tromba en el Instituto de Francia, donde trabajaba su hermano. Ya estaba sin aliento cuando irrumpió en el despacho de Jacques-Joseph, arrojó sus papeles sobre el escritorio y gritó «*Je tiens l'affaire!*» («¡Ya lo tengo!»). Empezó a explicar lo que había descubierto –cómo había visto de pronto el principio básico de los jeroglíficos y había comprendido que su teoría era correcta–, pero sólo consiguió pronunciar unas pocas palabras antes de desplomarse inconsciente al suelo. Jacques-Joseph pensó que había muerto.

Capítulo Siete



(Un conocido del rey)

SEGÚN LA leyenda, tras el desvanecimiento, Champollion fue trasladado a su casa, donde permaneció en cama cinco días seguidos, en una especie de coma. No recuperó la consciencia hasta la noche del 19. Parece que se encontraba en estado de *shock* y totalmente agotado, y el único tratamiento posible era un descanso prolongado. Reanudó su trabajo el día 20, y dos días después se encontraba lo bastante recuperado como para pronunciar la última de sus conferencias sobre el demótico en la Academia de Inscripciones. Mientras tanto, Jacques-Joseph le ayudó a preparar un informe sobre su sorprendente descubrimiento para la siguiente sesión de la Academia. Había que presentarlo por adelantado para que se pudieran hacer copias en litografía y repartirlas entre los asistentes. Entre los estudiosos corrió la voz de que iba a ocurrir algo sin precedentes; y el 27 de septiembre de 1822, en una mañana de viernes oscura y lluviosa, eminentes académicos de todas las disciplinas acudieron en masa a la Academia de Inscripciones. La tensión creció mientras repasaban los informes presentados por prestigiosos investigadores como De Sacy y Jomard. La mayor ironía fue que Champollion, que nunca había visto a su principal rival, estaba sentado al lado de Thomas Young, que casualmente estaba de visita en París en aquella época. Young había estado en la Academia de Ciencias a principios de la semana, se había enterado de lo que iba a ocurrir, y estaba a punto de ser testigo presencial de la revelación de algunos de los principios básicos de la escritura jeroglífica, y del primer paso del hundimiento de sus propios sueños.

El principio que Champollion había comprendido de repente, y en el que iba a profundizar durante los meses y años siguientes, era que los signos jeroglíficos fonéticos no se usaron solamente para los nombres extranjeros durante los períodos griego y romano, sino que también se usaron abundantemente en la escritura egipcia de tiempos anteriores. En realidad, como más tarde demostraría, el sistema jeroglífico de escritura se basaba en tres clases principales de signos: pictogramas (que algunos consideran como una modalidad particular de ideogramas), ideogramas y símbolos fonéticos, además de otros símbolos con funciones especiales, como los determinativos. La complejidad del sistema se deriva de que, muchas veces, un mismo signo se puede utilizar de más de una manera. Por ejemplo, el signo  se puede emplear como un simple pictograma, que significa lo que representa (es decir, esta imagen de un pato significa «un pato»), pero también puede funcionar como ideograma (un signo que expresa otro significado, no siempre relacionado de manera obvia con lo que representa la imagen). En este caso, , utilizado como ideograma, significa «hijo de», y se encuentra con frecuencia en el título , «sa-Ra», que significa «hijo del dios Ra», que precede muchas veces a los nombres de los faraones. La tercera manera de utilizar el signo  es fonética, para representar el sonido «sa», como en la palabra , que se pronuncia *saw* y significa «viga de madera». Años después, Champollion ofreció una sucinta definición de la escritura jeroglífica: «Es un sistema complicado, una escritura que es a la vez figurativa, simbólica y fonética en el mismo texto, en la misma frase, casi diría que en la misma palabra.»

Aunque había descubierto el principio básico del sistema de escritura jeroglífica, Champollion siempre malinterpretó uno de los primeros signos que vio en el cartucho de Abu Simbel: , que en realidad significa «ms» (aunque se suele escribir «mes»), y él interpretaba simplemente como «m». Fue el egiptólogo alemán Richard Lepsius (que, curiosamente, nació en la misma fecha que Champollion, pero veinte años después) el que detectó este error. En el caso de , el nombre parece ser, literalmente, «Thoth-mes-s», pero la *s* final es un signo de los que se llaman «complementos fonéticos», cuya función es dejar claro que el signo anterior debe terminar en *s*. Los complementos fonéticos aparecen con frecuencia añadidos a jeroglí-

ficos biliterales (que tienen dos consonantes, como , que representan «ms» o «mes») y a los trilaterales (en los que hay tres consonantes, como , que representa «ntr» o «neter»).

Los jeroglíficos que se utilizan como complementos fonéticos son los llamados unilaterales, como  («s») y  («p»), que representan consonantes únicas. Son los mismos jeroglíficos que Champollion había identificado por primera vez en los nombres no egipcios, como Cleopatra. Uno de los métodos modernos para clasificar los jeroglíficos fonéticos se basa en el número de sus consonantes: unilaterales, bilaterales y trilaterales. Para los egipcios no existía el concepto de alfabeto, pero los signos unilaterales se usaban como letras alfabéticas y eran los más comunes. En total había 24, aunque dos de ellos representan consonantes débiles o semivocales:

Signo	Objeto representado	Sonido moderno aproximado
	buitre	cruce entre <i>a</i> y <i>h</i>
	caña en flor	<i>i</i> o <i>y</i> débil
	cañas en flor	<i>y</i> o <i>ii</i>
	ante Brazo	sonido gutural similar a una <i>a</i>
	pollo de codorniz	<i>w</i> o <i>u</i>
	pie	<i>b</i>
	banquillo	<i>p</i>
	víbora cornuda	<i>f</i>
	búho	<i>m</i>
	agua	<i>n</i>
	boca	<i>r</i>
	refugio de caña	<i>h</i> suave
	mecha de lino retorcido	<i>h</i> fuerte

Signo	Objeto representado	Sonido moderno aproximado
	placenta (?)	<i>ch</i> fuerte
	vientre animal con ubres	<i>ch</i> suave
	tela plegada o cerrojo de puerta	<i>s</i>
	charca	<i>s</i>
	ladera de colina	<i>q</i> o <i>k</i>
	cesto con asa	<i>k</i>
	soporte para vasija	<i>g</i> fuerte
	pan	<i>t</i>
	cuerda para atar	<i>tj</i> o <i>tsb</i>
	mano	<i>d</i>
	serpiente	<i>dj</i>

Muchos de estos jeroglíficos alfabéticos uniliterales se utilizaban para escribir los sonidos de nombres extranjeros, como el  para la «P» y el  para la «t» de Ptolomeo, lo que puede dar una idea de su pronunciación original. Los sonidos que no resultaban familiares a los egipcios se escribían de manera aproximada. Por ejemplo, para el sonido «o» de Ptolomeo se utilizaba el signo biliteral , que representa el sonido «ua» (o tal vez «wha»), y para la «B» de Berenice se utilizaba el signo , que probablemente se pronunciaba «ba». El signo favorito de Champollion, el león reclinado , que se utilizaba para la «l» de Ptolomeo, era en realidad un signo biliteral que se pronunciaba aproximadamente «ru» y que se usaba para escribir la «l», una consonante que no existía en el egipcio antiguo.

En la sesión de la Academia de Inscripciones y Literatura del 27 de septiembre, Champollion tuvo que presentar por fin su principal trabajo, el informe sobre los jeroglíficos fonéticos, que amplió inmediatamente después para transformarlo en una publicación dirigida

oficialmente a Bon-Joseph Dacier, el secretario perpetuo de la Academia. En la actualidad, este informe, que constituye un hito de la egiptología, se conoce simplemente como «la carta a monsieur Dacier». Lo que parece extraño es que, habiendo sido su descubrimiento de los nombres de Ramsés y Tutmosis en los dibujos de Abu Simbel lo que le convenció de que los jeroglíficos fonéticos se utilizaban desde antes de los períodos griego y romano, no mencionara ninguno de estos descubrimientos ni en su conferencia en la Academia ni en la posterior publicación. Champollion sólo dio a entender, sin demostrarlo, que en Egipto se pudieron utilizar jeroglíficos fonéticos antes del período griego: «Creo por lo tanto, *monsieur*, que la escritura *fonética* existió en Egipto en tiempos muy lejanos; que al principio fue una parte necesaria de la escritura ideográfica, y que también se utilizó, como se hizo a partir de Cambises, para transcribir en los textos ideográficos (de manera aproximada, es cierto) los nombres propios de pueblos, países, ciudades, reyes e individuos extranjeros...» Aunque aún no estaba dispuesto a explicar plenamente su sistema, Champollion reveló al menos muchos de sus resultados confirmados por sus descubrimientos de la mañana del 14 de septiembre. Algunos ya los había desarrollado estando aún en Grenoble, pero los nuevos textos jeroglíficos de Abu Simbel fueron los que le demostraron que iba por buen camino. Después de tantos años de trabajo, a menudo al borde de la desesperación, el repentino golpe de éxito le provocó un colapso completo; pero ahora, convencido de que sus resultados eran correctos, explicó los jeroglíficos fonéticos que se utilizaban para escribir los nombres de los gobernantes griegos y romanos de Egipto y ofreció muchos ejemplos de dichos nombres en su forma jeroglífica, junto con sus traducciones, para demostrar cómo funcionaban: nombres como Alejandro Magno, incontables Ptolomeos y Cleopatras, Tiberio, Trajano y Adriano. Sin embargo, Champollion todavía seguía sosteniendo que en los casos de las escrituras hierática y demótica esperaba «haber logrado demostrar que estos dos tipos de escritura no eran alfabéticos... sino *ideográficos*, como los mismos jeroglíficos [a diferencia de sus jeroglíficos fonéticos]; es decir, se pintaban *ideas* y no *sonidos* de un idioma», lo que demuestra que aún no estaba seguro de las funciones relativas de los ideogramas y los signos fonéticos.

Estudiosos posteriores han especulado acerca de las razones por las que Champollion no se decidió a revelar más sobre sus descubrimientos, pero el 22 de septiembre, cuando sólo había transcurrido una semana desde su repentino descubrimiento del funcionamiento de los jeroglíficos, ya había terminado de redactar el texto de su informe, para que se pudiera imprimir a tiempo para la sesión del día 27. Todavía bajo los efectos de su colapso y teniendo que preparar una nueva conferencia sobre el demótico, no había tenido tiempo para explorar las implicaciones de su descubrimiento y seguía resistiéndose a hacer públicos sus hallazgos prematuramente. Aun así, su tabla de jeroglíficos fonéticos y el desciframiento de tantos nombres del Egipto griego y romano bastaron para asombrar a los académicos, y entre los que se apresuraron a felicitarle estaban De Sacy, convertido ya en amigo y partidario, y Young, su principal rival.

El éxito de Champollion se basaba en veinte años de trabajo obsesivo, con frecuencia en circunstancias difíciles, y pronto iba a poder leer la literatura de 3.000 años de historia humana, que había permanecido ininteligible durante siglos. Se dio tanta importancia al descubrimiento que se informó inmediatamente al rey, y los periódicos no tardaron en informar de lo que había ocurrido. Con el recuerdo del zodiaco de Dendera todavía fresco, la noticia causó sensación en todo París. Aunque pocos se habían fijado en ello, dada la excitación que provocaron las otras revelaciones, el informe de Champollion había zanjado también la cuestión de la fecha del zodiaco de Dendera, al hacer público lo que antes había callado en su carta publicada en la *Revue encyclopédique*. Demostraba que el nombre encerrado en el cartucho que originalmente acompañaba al zodiaco de Dendera era «Autocrátor», palabra griega que significa «emperador» y que se empleaba en el período romano. Anteriormente, Young había publicado que la palabra de este cartucho era «Arsinoë», habiendo llegado a esta errónea interpretación con sus equivocados métodos mecánicos. En la carta a Dacier, Champollion decía: «El cartucho cuya lectura acabo de dar establece, de manera incontestable, que el bajorrelieve y el zodiaco circular fueron esculpidos por manos egipcias bajo el dominio romano.» Si no hubiera quedado oscurecido por sus otros logros, sólo con esto habría causado sensación, porque ponía fin a todas las controversias entre los estudiosos

acerca de la fecha del zodiaco, eliminando la posibilidad de que éste tuviera miles de años de antigüedad y contradijera directamente la fecha bíblica de la creación del mundo.

Después de la sesión, Young y Champollion fueron presentados oficialmente por un amigo común, el astrónomo Arago, y al día siguiente Young fue a visitar a Champollion en la calle Mazarine, donde encontró una multitud entusiasmada. Sus cartas dejan claro que a estas alturas aún no se había dado perfecta cuenta de hasta qué punto había acertado su «joven ayudante», que es como consideraba a Champollion, en el desciframiento de los jeroglíficos. Aunque para sus adentros creía que todo se debía a su propio trabajo, al principio Young se mostró generoso en sus elogios, incluso en cartas privadas a sus amigos. Escribió a William Hamilton, a la sazón ministro en la corte de Nápoles:

Aunque [Champollion] tomó prestada una llave inglesa, la cerradura estaba tan terriblemente oxidada que ningún brazo normal habría tenido fuerza para hacerla girar... Partiendo de los pocos jeroglíficos a los que yo había asignado un significado «fonético», encontré razones para concluir que, al menos en los períodos griego y romano, se utilizaba un considerable número de caracteres diferentes para expresar jeroglíficamente las letras que forman un nombre propio extranjero... Puedes creer que aunque yo fuera víctima de malas pasiones, no sentiría más que alegría por el éxito del señor Champollion; de hecho, es como si mi vida se alargara con la llegada de un joven colaborador en mis investigaciones; y además, se trata de una persona mucho más versada que yo en los diferentes dialectos del idioma egipcio. Deseo sinceramente que sus compatriotas y su gobierno aprecien sus méritos en todo lo que valen...

En los encuentros entre ambos rivales en los días siguientes las relaciones fueron cordiales, y Champollion se mostró generoso y enseñó a Young muchos de sus documentos; incluso encontró tiempo para copiar para él las partes del papiro de Casati escritas en demótico (lo que Young llamaba encorial). Era el papiro en el que Champollion había descifrado el nombre de Cleopatra, y del que Young comentó: «Fue la primera vez que se descubrían caracteres inteligibles, del tipo encorial, entre los muchos manuscritos e inscripciones que se

habían examinado...» También Champollion fue a visitar a Young, en compañía de Arago, y conoció a su mujer. Los dos prometieron intercambiarse información y parecía que se había establecido entre ellos una relación muy amistosa, pero aquello no iba a durar. En una carta que escribió poco después a su amigo Hudson Gurney (que era ya miembro del Parlamento y vicepresidente de la Sociedad de Anticuarios de Londres), Young decía:

Champollion, el autor del libro que me trajiste, ha estado trabajando aún más intensamente en los caracteres egipcios. Dedicó todo su tiempo a esta actividad y ha obtenido maravillosos éxitos en algunos de los documentos que ha examinado... No confío mucho en que reconozca todo lo que ha tomado o podría haber tomado de mí, pero es seguro que el mundo dirá *que c'est le premier pas qui coûte* [el primer paso es el que cuenta], aunque el proverbio es menos cierto en este caso que en casi todos los demás, porque aquí cada paso es muy trabajoso. Tengo muchas cosas que me gustaría enseñarle a Champollion en Inglaterra, pero me temo que sus medios de locomoción son sumamente limitados, y no voy a tener ocasión de ampliarlos.

Young ya empezaba a pensar que, a pesar de todos sus errores de identificación, los pocos jeroglíficos que había identificado correctamente le daban derecho a reclamar la parte del león en el éxito de Champollion.

Felizmente ignorante de que las semillas de la futura hostilidad de Young empezaban ya a germinar, Champollion no cabía en sí de gozo por su éxito y el prestigio que le había acarreado, y escribió entusiasmado a Thévenet, en Grenoble: «La conferencia que el Instituto [su Academia de Inscripciones] quería oír ha sido todo un éxito. Mis descubrimientos sobre los jeroglíficos han sido unánimemente considerados como incontestables, y he recibido cumplidos más altos que las torres de Notre Dame.» Y en una carta a su cuñado André Blanc, que era conservador de la Biblioteca Real, Champollion decía que su descubrimiento había causado asombro y había arrancado aplausos y elogios incluso a todas aquellas personas que se habían distanciado de él por su postura política.

Con las aclamaciones de los miembros de la Academia de Inscripciones todavía resonando en los oídos, y confiando en que el

reconocimiento de su logro le aseguraría el futuro, Champollion dedicó las semanas siguientes a preparar su informe para publicarlo. En una carta a Thévenet, dejaba constancia de su estado de alegría: «Todo el mundo me repite que uno de los primeros puestos vacantes en la Academia será para mí. Empiezo a creer de buena fe que podría ser verdad. Los obstáculos e impedimentos que he tenido que combatir han sido por fin aplastados por el gran golpe que he asestado.» Su informe a la Academia se publicó a finales de octubre de 1822 con el título de *Lettre à M. Dacier relative à l'alphabet des hiéroglyphes phonétiques* («Carta a M. Dacier acerca del alfabeto de jeroglíficos fonéticos»). Era un folleto de 44 páginas y cuatro láminas ilustradas, editado por Firmin Didot, el principal editor de Francia e impresor del rey.

La euforia de Champollion sólo podía compararse con la creciente desilusión y abatimiento de Thomas Young. Después de sus encuentros en París, Champollion le envió dos ejemplares de la recién publicada *Lettre à M. Dacier*, acompañados por una cordial carta, y durante los meses siguientes los dos intercambiaron información y cartas amistosas. Pero aunque mantenía relaciones corteses con su rival, los celos de Young no dejaban de crecer. Se sentía especialmente agraviado porque consideraba que no había recibido suficiente crédito en la publicación de Champollion, donde sólo se le mencionaba dos veces: la primera, en relación con la inscripción demótica de la Piedra de Roseta, cuyo estudio, según Champollion, se debía «en primer lugar... a M. Silvestre de Sacy y después... al difunto Åkerblad y al doctor Young». La segunda mención aparecía un poco más adelante, cuando Champollion comentaba el nombre de la reina Berenice, que Young ya había publicado. Tras decir que la letra B estaba representada por un signo que representaba un tipo de plato llamado patera (aunque ahora se cree que representa un cuenco de incienso humeante), Champollion añadía una larga nota a pie de página en la que explicaba los errores de Young:

No cabe duda de que la forma de este signo, que tiene una cierta analogía con la representación de un cesto, fue lo que indujo al señor Young a reconocer el nombre de *Berenice* en el cartucho que lo contiene. Pero este sabio inglés pensó que los jeroglíficos que for-

man los nombres propios podían expresar sílabas enteras, siendo por lo tanto una especie de *rébus*, y que el signo inicial del nombre Berenice, por ejemplo, representaba la sílaba BIR, que quiere decir «cesto» en el idioma egipcio [copto]. Este punto de partida desvió en muy gran medida el análisis fonético intentado por él en los nombres de *Ptolomeo* y *Berenice*, donde no obstante identificó el valor fonético de cuatro signos: el de la P, una de las formas de la T, una de las formas de la M y el de la I; pero el conjunto de su alfabeto silábico, elaborado solamente a partir de estos dos nombres, era completamente inaplicable a los numerosos nombres propios inscritos en los monumentos de Egipto. No obstante, el doctor Young ha hecho en Inglaterra, sobre los monumentos escritos del antiguo Egipto, trabajos análogos a los que me han ocupado durante tantos años. Y su investigación del texto intermedio [demótico] y del texto jeroglífico de la inscripción de Roseta, así como la de los manuscritos que yo he reconocido como *hieráticos*, presentan una serie de resultados muy importantes.

Después de eso, Champollion citaba el artículo de Young para la *Encyclopaedia Britannica*, pero no volvía a mencionar su nombre. Eran elogios insuficientes para Young, pero al menos Champollion, al comentar el cartucho del zodiaco de Dendera, no mencionaba su lamentable error al identificar «autocrátor» como «Arsinoë».

Young no intentó ocultar su irritación por el mínimo reconocimiento que recibían sus descubrimientos, que para él tenían una importancia trascendental, y menos de un mes después del triunfo de Champollion en la Academia de Inscripciones, los amigos de Young le sugirieron que escribiera un libro de divulgación sobre los jeroglíficos, no anónimo como la mayoría de sus trabajos anteriores, sino firmado con su nombre para aumentar su reputación. Al principio se negó, pero entonces ocurrió algo que le hizo cambiar de opinión: el revuelo provocado por el descubrimiento de un nuevo e importante papiro. George Francis Grey, viajero y miembro del University College de Oxford, regresó a Inglaterra procedente de Egipto y le prestó a Young una caja que contenía numerosos papiros, comprados cuatro años antes a un árabe de Tebas, en el Alto Egipto. Cuando Young empezó a clasificarlos, se fijó en el único papiro escrito en griego y descubrió una increíble coincidencia: se trataba de una traducción al griego del papiro de Casati escrito en demótico (el idio-

ma egipcio tardío) en el que Champollion había identificado el nombre de Cleopatra:

Así pues, no pude evitar llegar a la conclusión de que una extraordinaria casualidad había llevado a mis manos un documento que, en primer lugar, era muy improbable que existiera, y más aún que se conservara intacto para mi información durante un período de casi dos mil años; el solo hecho de que este extraordinario documento haya llegado sano y salvo a Europa, a Inglaterra y a mí... se habría considerado en otros tiempos como prueba evidente de que yo me había convertido en un hechicero egipcio.

Aparte de la gastada lápida bilingüe de Drovetti que languidecía en Livorno formando parte de la colección que ahora pretendía adquirir el rey de Cerdeña-Piamonte, era la primera vez desde el descubrimiento de la Piedra de Roseta que se identificaban una versión griega y otra demótica del mismo texto. No menos extraordinario era el contenido del papiro, en el que un sacerdote funerario vendía a otro una parte de los servicios que se realizaban con ciertas momias. Lleno de júbilo, Young escribió a su amigo Hudson Gurney a finales de noviembre de 1822, diciendo que «ya he obtenido un pequeño triunfo sobre Champollion». Acerca de la lápida de Drovetti decía que «Poco me importa que la piedra negra de Drovetti vaya a parar al fondo del golfo de Génova. Ahora no daría ni diez libras por ella».

Ignorante de la rabia de Young, que se cocinaba a fuego lento, Champollion estaba ansioso por ampliar sus resultados y se dedicaba a estudiar toda muestra de jeroglíficos que se pusiera al alcance de sus manos. Al principio se concentró en los nombres de reyes, no sólo porque eran fáciles de identificar al ir encerrados en cartuchos, sino porque una secuencia completa de reyes proporcionaría una valiosísima base estructural sobre la que construir una historia de Egipto. Los gobernantes del antiguo Egipto eran reyes, pero también se los consideraba medio humanos y medio divinos, y su función estaba indisolublemente ligada a la religión egipcia. Se creía que el rey era de ascendencia divina, un representante de los dioses en la tierra donde vivía, y que al morir se transformaba en dios. En la actualidad, a los reyes del antiguo Egipto se los llama «faraones», término derivado de una traducción griega de los jeroglíficos  («Per-aa», que significa «casa grande»). La «casa grande»

podría entenderse como un «palacio», pero acabó utilizándose en el sentido idiomático de «casa reinante» (igual que ahora se dice que los reyes de Inglaterra pertenecen a la «casa» de Windsor), y hacia 1500 a.C. el término  se refería ya al rey mismo.

Los cartuchos que permitieron a Champollion identificar los nombres de los faraones en los bloques de texto se llaman así porque los soldados de la expedición de Napoleón a Egipto opinaban que estos signos jeroglíficos se parecían a los cartuchos de sus fusiles. El jeroglífico en forma de cartucho  se derivaba del jeroglífico  (que significa «todo lo que está rodeado por el sol»), que cambió su forma de circular a ovalada para poder contener todos los jeroglíficos necesarios para representar los nombres de los faraones. En realidad, el signo del cartucho representaba un lazo hecho con una cuerda doble con los extremos atados para formar un circuito continuo, y la palabra egipcia para designar el cartucho era  (*shenu*), derivada del término «rodear con un círculo». En un principio pudo indicar que la persona cuyo nombre aparecía dentro del cartucho reinaba sobre «todo lo que está rodeado por el sol». Tanto el signo  como el  eran símbolos de eternidad, y cuando el cartucho se utilizaba alrededor de un nombre se convertía a todos los efectos en un amuleto que protegía a la persona nombrada. El nombre era parte integrante de la persona, de modo que si se dejaba de escribir el nombre de una persona, a ésta le era imposible sobrevivir en la otra vida. En ocasiones, algunos nombres se borraban para destruir a su poseedor, y la «pérdida del nombre» era uno de los castigos por alta traición en el antiguo Egipto. Escribir el nombre del faraón dentro de un cartucho era un acto religioso y mágico a la vez, con el que se pretendía proteger al faraón y asegurar que viviría eternamente, un sentimiento mucho más fuerte que el moderno grito de «¡Viva el rey!».

Champollion ya había advertido que muchas veces los cartuchos referentes al mismo faraón aparecen a pares, en los que uno de los cartuchos no sólo contiene los nombres del faraón sino también algunos de sus títulos honoríficos. Young pensaba erróneamente que los pares de cartuchos contenían el nombre del rey y el de su padre, y no se percató de que los grupos de cartuchos sólo daban el nombre del faraón y sus títulos. De hecho, los nombres y títulos de los faraones evolucionaron hasta poco después de 2000 a.C., cuando

cada faraón adoptó una combinación única de cinco nombres, algunos de los cuales estaban formados a su vez por varios elementos, y sólo dos de ellos se encerraban en cartuchos. El nombre que se le daba al faraón al nacer (llamado en ocasiones «nomen») se encerraba en un cartucho precedido por los jeroglíficos  (Sa-Ra), que significan «Hijo del dios Ra», para recalcar el origen divino del faraón. El otro nombre que se encerraba en un cartucho era el Nombre de Trono (llamado en ocasiones «prenomen»), que adoptaba cuando accedía al poder y que iba precedido de los jeroglíficos  (nesu-bity), que significan literalmente «el del carrizo y la abeja». Esto tenía el significado de «Rey de las Dualidades», un título con toda una gama de complejas interpretaciones que reflejan los fuertes contrastes que caracterizan Egipto, como la tierra cultivada y el desierto, y que se suele concretar en la dualidad política del Alto y el Bajo Egipto (ya que el carrizo es el símbolo del Alto Egipto y la abeja el símbolo del Bajo Egipto) y traducir como «Rey del Alto y el Bajo Egipto». Los otros nombres que se le daban al faraón cuando accedía al trono eran en realidad títulos honoríficos que resaltaban el poder y la divinidad del faraón, y no verdaderos nombres. Éstos eran el Nombre de Horus, precedido por el jeroglífico del dios Horus ; el Nombre de Nebti (llamado en ocasiones «Nombre de las Dos Damas»), precedido por el jeroglífico , que era el signo de las diosas Nekeb del Alto Egipto y Wadjet del Bajo Egipto; y el Nombre Dorado de Horus, precedido por el jeroglífico  (Hor neb, que significa Horus de Oro).

En el caso de los faraones que reinaron después de desarrollarse este sistema, el conjunto completo de los cinco nombres podía ser bastante largo, como ocurre con los nombres de Tutankamón, que normalmente se escribían en el siguiente orden:

 Nombre de Horus: Ka-nakht tut-mesut, que significa «Toro fuerte, propio de las formas creadas».

 Nombre de Nebti: Nefer-hepu segereh-tawy sehetep-netjeru nebu, que significa «Dinámica de leyes que calma las dos tierras, el que propicia a todos los dioses».

 Nombre Dorado de Horus: Wetjes-khau sehetep-netjeru, que significa «El que despliega los distintivos reales, el que propicia a los dioses».

-  Nombre de Trono: Nebkheperure, que significa «La manifestación señorial del dios Ra».
-  Nombre de Nacimiento: Tutankhamun heqa-iunu-shema, que significa «Viva imagen del dios Amón, rey de la Heliópolis del Alto Egipto».

El nombre de nacimiento de Tutankamón es un caso especial, ya que no se le dio al nacer. Entonces se le llamó  o Tutankatón («Viva imagen del dios Atón»), porque en aquella época reinaba el faraón hereje Akenatón, que sólo adoraba al dios Atón y no a toda la panoplia de deidades egipcias. Más adelante, Tutankatón cambió su nombre por el de Tutankamón.

Cada combinación de cinco nombres era única y exclusiva de cada faraón, pero en la práctica solía bastar con los dos nombres encerrados en cartuchos para distinguir un faraón de otro, aunque tuvieran el mismo nombre de nacimiento. Por ejemplo, el faraón Tutmosis I, que reinó en Egipto hacia 1500 a.C., tenía como nombre de nacimiento  («Thothmes», que significa «Nacido del dios Thoth»), exactamente el mismo nombre que el faraón que le sucedió, Tutmosis II. Sin embargo, el nombre de trono de Tutmosis I era  («Akheperkare», que significa «Grande es el alma del dios Ra»), mientras que el nombre de trono de Tutmosis II era  («Akheperenre», que significa «Grande es la forma del dios Ra»). Aunque la diferencia entre   y   es muy pequeña, es suficiente para distinguir a Tutmosis I de Tutmosis II.

Para desarrollar su sistema y avanzar más allá de lo que podían decirle los cartuchos y sus textos asociados, Champollion necesitaba una variedad lo más amplia posible de textos jeroglíficos, y era perfectamente consciente de que gran parte del mejor material, de hecho la mayor parte del material, estaba yendo a parar a Inglaterra y no a Francia. El cónsul británico en Egipto, Henry Salt, actuaba como agente para la exportación de antigüedades egipcias a Inglaterra, vendiéndoselas al Museo Británico y a coleccionistas particulares. También el cónsul francés, Bernardino Drovetti, actuaba como agente exportador, pero no encontraba mercado en Francia para las antigüedades que había adquirido, y su importante colección, que

seguía almacenada en Livorno, donde Young la había visto en 1821, estaba a punto de ser vendida al rey de Cerdeña-Piamonte. En Inglaterra, muchas de las antigüedades con textos jeroglíficos, incluyendo muchos papiros, pasaban por las manos de Young antes de desaparecer en colecciones privadas; irónicamente, mientras él disponía de un exceso de material que era incapaz de leer, Champollion registraba París en busca de jeroglíficos que no hubiera visto antes. El insulto definitivo llegó cuando William Bankes, el amigo de Young, que estaba acumulando una de las colecciones más importantes, se negó rencorosamente a permitir que Champollion viera copia alguna de su material, tal vez por lealtad a Young, tal vez porque simplemente no le gustaban los franceses, o tal vez por el éxito obtenido por Champollion con el texto del obelisco de Bankes, el que incluía el cartucho de Cleopatra.

Esta situación fue la que llevó a Champollion a una sala de subastas de París una mañana de enero de 1823, para copiar a toda prisa los jeroglíficos de algunos de los objetos en venta antes de que llegara el público. Su manera rápida y segura de copiar los jeroglíficos llamó la atención de uno de los caballeros que acudían a la subasta, que entabló conversación con Champollion acerca de las colecciones egipcias en general y la de Drovetti en particular, que parecía estar a punto de acabar en Turín (Italia) y no en Francia. Sintiéndose ante un espíritu afín, Champollion abandonó toda cautela y habló apasionadamente de lo importante que era la colección de Drovetti, no sólo por su contenido histórico sino también por lo que podía contribuir al avance del conocimiento del antiguo idioma egipcio. Se quejó amargamente de que el gobierno francés hubiera pagado 150.000 francos por el zodiaco de Dendera y sin embargo no quisiera comprar la colección de Drovetti.

A pesar de la sensación que había causado en París, el zodiaco de Dendera era trivial en comparación con la colección de Drovetti, pero esto sólo lo sabían los expertos en la materia. Impresionado por las sinceras y autorizadas manifestaciones de Champollion, que eran un reflejo de sus propias opiniones, el caballero se presentó como el duque de Blacas. Aparte de sentir un gran interés por la arqueología, sobre todo la oriental, Pierre Louis Jean Casimir Blacas d'Aulps era aristócrata y realista leal. Aunque políticamente estaba muy lejos de

Champollion, tenía una actitud liberal y muchos enemigos entre los ultrarrealistas que tanto dolor y angustia habían causado a Champollion. Después de la Revolución, Blacas se había marchado de Francia, exiliándose en Inglaterra con el futuro rey Luis XVIII, para quien había servido como militar. Tras la restauración de Luis XVIII, se le nombró primer caballero de la Cámara del Rey, que confiaba en sus consejos; Blacas era uno de los hombres más influyentes de Francia.

Este encuentro casual fue decisivo para Champollion, que causó tanta impresión que Blacas prometió ayudarlo. No tardó en hablarle al rey de Champollion, y a pesar de los antecedentes políticos de éste y de que no había dedicado al monarca su gran descubrimiento, sino a Dacier, el rey se dejó convencer y reconoció el logro de Champollion regalándole una caja de oro con la inscripción «Del rey Luis XVIII al Sr. Champollion, con ocasión de su descubrimiento del alfabeto jeroglífico». Blacas entregó la caja a Champollion, dándole a entender que haría bien en dedicarle al monarca sus futuros descubrimientos, porque así contaría con su protección.

La euforia que había transformado la vida de Champollion después de su repentina visualización de los principios de la escritura jeroglífica empezaba a desvanecerse; se daba cuenta de que los elogios por su logro científico no iban a acarrearle una mejora inmediata de sus condiciones de vida. Sin empleo remunerado, seguía padeciendo a causa de la pobreza y la mala salud, y parecía que todas las promesas de fama y fortuna habían sido pura palabrería. El apoyo de Blacas llegó en el momento más oportuno para Champollion, cuyos enemigos empezaban a recuperarse del impacto de sus revelaciones y estaban buscando maneras de atacarlo o desacreditarlo. Jomard, que seguía editando la *Description de l'Égypte*, era su principal enemigo en Francia. Casi nunca actuaba abiertamente, pero se valió de sus relaciones con los académicos de París para insinuar que en realidad Champollion no había conseguido nada y que los jeroglíficos aún seguían sin descifrar. Hizo todo lo que pudo para socavar la credibilidad de Champollion, diciéndole a todo el que quería escucharle que Champollion nunca había estado en Egipto. Otros rivales adoptaron una actitud similar a la de Jomard. Incapaces de reconocer que Champollion había triunfado donde ellos habían fracasado, se convencieron de que el problema aún no estaba resuelto y le consideraban un charlatán.

Casi peores que sus enemigos eran algunos de sus nuevos aliados. Al demostrar que el zodiaco de Dendera era mucho más moderno que lo que se había pensado, y que por lo tanto no aportaba evidencias contra la cronología bíblica, Champollion no sólo había hecho aumentar la hostilidad de Jomard, que había asegurado que el zodiaco tenía muchos milenios de antigüedad, sino que se había ganado la admiración de muchos sacerdotes, que lo veían como un defensor del dogma católico. A Champollion, que había abordado el problema de la datación del zodiaco de Dendera como una investigación científica, le irritaba el fanatismo religioso que rodeaba el tema y se quejó a su viejo amigo Augustin Thévenet, diciéndole que estaba harto de ser considerado un «padre de la Iglesia» y un «bastión de la fe» y que le daba asco el «olor de santidad» que le rodeaba.

Aunque era consciente de que en Francia tenía muchos enemigos y otros tantos aliados no deseados, Champollion seguía creyendo que el inglés Young había acabado por aceptar sus puntos de vista, pero se equivocaba lamentablemente. A principios de 1823, la revista *Quarterly Review* publicó una reseña anónima de su *Lettre à M. Dacier* que atribuía a De Sacy el descubrimiento de la relación entre la escritura hierática y la jeroglífica, a Åkerblad los fundamentos del alfabeto jeroglífico, y a Champollion tan sólo el desarrollo del alfabeto jeroglífico de Young. Aunque se publicó anónimamente, la reseña estaba escrita por Young y Champollion se dio cuenta. Al mismo tiempo, la revista anunciaba la próxima publicación de Young, con el provocador título de *Informe sobre algunos recientes descubrimientos en literatura jeroglífica y antigüedades egipcias, incluyendo el alfabeto original del autor, ampliado por el Sr. Champollion*.

Ofendido y dolido, Champollion escribió a Young desde París el 23 de marzo de 1823, refutando las alegaciones del autor anónimo y fingiendo no saber que Young era el responsable:

Acabo de leer... el análisis de mi «Carta al Sr. Dacier» sobre el alfabeto de jeroglíficos fonéticos. Ha producido en mí el mismo efecto que en todas las personas que lo han leído, y que han levantado la voz contra la ignorancia o la mala fe del autor de este artículo. Los hechos relativos a mi alfabeto son de sobra conocidos, de sobra públicos. Y las épocas de las tentativas hechas en esta materia por diversos sa-

bios están perfectamente establecidas, por lo que no cabe más que condenar justamente las irreflexivas afirmaciones del autor de este artículo, que intenta dar a otros lo que evidentemente me corresponde a mí. Aquí nadie ha entendido, y el señor De Sacy menos que nadie, cómo se le puede atribuir el descubrimiento de las relaciones entre la escritura demótica y la que yo he llamado *hierática* con los jeroglíficos, ya que él nunca se ha ocupado del tema en sus trabajos publicados. Nadie conoce los del señor Åkerblad sobre el texto jeroglífico de Roseta, ni los nombres que se asegura haber leído con la ayuda de su alfabeto, ni en otras inscripciones jeroglíficas ni en otros manuscritos en papiros. Tampoco se entienden otras afirmaciones absurdas que aparecen en el mismo artículo... En cuanto a la supuesta inutilidad de mi descubrimiento en lo referente a su aplicación al sistema general de jeroglíficos, la Academia sabe ya qué posición adoptar, y muy pronto el público ilustrado estará igualmente convencido de que mi alfabeto es la verdadera clave de todo este sistema. Encuentro en la misma revista el anuncio de un libro que usted va a publicar, y cuyo título promete presentar al auténtico autor de un alfabeto que yo no he hecho más que ampliar. Jamás accederé a reconocer más alfabeto original que el mío, si de lo que se trata es de un *alfabeto* jeroglífico propiamente dicho; y la opinión unánime de los eruditos a este respecto se verá cada vez más confirmada por el examen público de todas las demás pretensiones. Por lo tanto, voy a responder al autor anónimo del artículo citado... No creo que usted acepte las afirmaciones del autor anónimo; y mi estima por su carácter es demasiado profunda para que haya dudado ni un solo instante en hacerle partícipe de mis sentimientos en esta cuestión.

Aunque Young fingió no haber escrito la reseña anónima, estaba claro para todos los que no estaban predispuestos a su favor (e incluso para algunos que lo estaban) que Champollion tenía un sistema de desciframiento, mientras que Young sólo había traducido unos pocos signos, algunos correctamente y otros no. Poco después del anuncio de la *Quarterly Review* se publicó el libro de Young, en el que se atribuía desafiantemente el descubrimiento del alfabeto jeroglífico. A pesar de que por una vez escribía con su nombre y no anónimamente, no vaciló en utilizar su libro para dar rienda suelta a su resentimiento. Creía que aquel francés, Champollion, había tenido éxito gracias a las importantes bases que él había establecido sin

obtener el debido reconocimiento, y mucho menos la aclamación que Young consideraba que le correspondía:

Verdaderamente habría sido un poco duro que el único paso que ha desembocado en un importante resultado lo hubiera dado un extranjero sobre las bases que yo me había tomado la molestia de establecer en silencio mientras él avanzaba con rapidez y paso firme, sin negar sus obligaciones para con su predecesor, sino con toda naturalidad, en todas las circunstancias, sin exagerarlas ni enumerarlas al completo.

Sin embargo, el resentimiento de Young ante el éxito del «extranjero» iba mucho más lejos, ya que creía que Champollion estaba haciéndose una reputación a expensas de la suya. Una de las principales intenciones de Young en su *Informe sobre algunos recientes descubrimientos* era dar a conocer el papiro recién descubierto que coincidía con el papiro demótico de Casati, y al mismo tiempo reivindicar su pretensión de haber sido el primero en hacer todo el trabajo fundamental para el desciframiento de los jeroglíficos. Así pues, incluyó informes sobre su trabajo con la Piedra de Roseta y con otros papiros demóticos, y sobre el papel de Champollion tal como él lo veía, con abundantes expresiones de discrepancia y crítica, pero pretendiendo que su propio método había quedado demostrado: «[...] su Carta al Señor Dacier [...] en la que yo ciertamente esperaba encontrar un poco mejor explicada la cronología de mis propias investigaciones [...]. Pero, sea como sea que el señor Champollion ha llegado a sus conclusiones, yo las admito, con el mayor placer y gratitud, no como algo que deja sin efecto mi sistema, ni mucho menos, sino como algo que lo confirma plenamente y lo amplía». Young se había convencido a sí mismo de que Champollion debía gran parte de su trabajo a sus propias investigaciones, y le indignaba que Champollion sólo le hubiera reconocido el descubrimiento de cuatro signos alfabéticos, ya que creía haber descubierto nueve:

[...] pero en lugar de las *cuatro* letras que el señor Champollion tiene la amabilidad de atribuirme, he identificado en otro capítulo de este ensayo *nueve*, que ya había explicado en diferentes partes de mi artículo para el Suplemento; y a éstas, es verdad, él ha añadido otras *tres*; o

cuatro, si se empeña en reconocer la E como cuarta. Concedo que yo sospechaba que la B, la L y la S se utilizaban a veces silábicamente...

Evidentemente, Young no se daba cuenta de que este mezquino regateo acerca del número de jeroglíficos que había identificado correctamente, aunque fueran nueve en vez de cuatro, sólo le hacía perder credibilidad.

Además de irritarlo hasta la exasperación, las publicaciones de Young hicieron comprender a Champollion que sus descubrimientos todavía se enfrentaban con mucha oposición, y decidió dejarse de cautelas y publicar más sobre sus descubrimientos lo antes posible, además de dar más conferencias en la Academia. Estas decisiones demuestran que se sentía más seguro de sí mismo. Ya estaba preparando una explicación de su sistema de desciframiento más completa que la que había presentado en su *Lettre à M. Dacier*, y también había empezado a trabajar en una publicación sobre los dioses y diosas de Egipto, que iba a aparecer en una serie de libritos bajo el título general de *Panthéon égyptien*, y con cuyas suscripciones esperaba ganar algún dinero. El primer librito de la serie se publicó en julio de 1823, y a finales de 1824 se habían publicado otros ocho; a partir de entonces se siguieron publicando a intervalos irregulares. Contenían bellas láminas en color hechas por su amigo Jean-Joseph Dubois, basadas en los escasos dibujos de divinidades egipcias a los que tenían acceso, y acompañadas por jeroglíficos relacionados. Habiéndose publicado antes que la explicación ampliada de su sistema de desciframiento, los libritos se convirtieron en blanco de las críticas de sus enemigos, que no siempre aceptaban la veracidad de las explicaciones de Champollion sobre los dioses y las diosas.

A finales de agosto de 1823, Champollion envió a Young el primer librito de su *Panthéon égyptien*, con una carta que decía:

Mi intención al publicar esta colección es identificar los diversos personajes míticos representados en los monumentos egipcios, distinguir unos de otros; sin pretender haber penetrado hasta el fondo de su significado emblemático o simbólico. Es simplemente un intento de *identificación* en el hasta ahora impenetrable laberinto del Olimpo egipcio. El resto dependerá de los auténticos progresos que hagamos en el método jeroglífico.

La reacción de Young fue condenarlo con falsos elogios. Y así, escribió a su amigo sir William Gell, que vivía en Italia desde 1820: «Champollion me ha enviado el primer número de su Panteón, que en conjunto debe ser una colección importante; pero me parece que se ha precipitado demasiado; y no añade a sus deidades suficientes jeroglíficos de los encontrados con ellas para que uno pueda juzgar sobre el nombre que se les pretende aplicar.»

A pesar de sus jactancias y de su persistente defensa de sus propios estudios sobre los jeroglíficos, Young empezaba a cansarse del asunto, y en septiembre escribió a Gell, comunicándole su intención de dejar de publicar sobre temas egipcios debido a motivos económicos, a la falta de material nuevo y al hecho de que «Champollion está haciendo tanto que no consentirá que se pierda nada que tenga importancia. Por estas tres razones, considero *concluidos* mis estudios sobre Egipto». Ésta fue una de las varias declaraciones similares que iba a hacer en los años siguientes, pero aunque abandonó el estudio serio de los jeroglíficos, nunca dejó de sentirse amargado y resentido por causa de Champollion.

Durante el resto del año 1823, Champollion trabajó en los libritos del *Panthéon égyptien* y en la explicación ampliada y actualizada de su sistema de desciframiento, que se iba a titular *Précis du système hiéroglyphique des anciens Égyptiens* («Resumen del sistema jeroglífico de los antiguos egipcios»). En diciembre, el *Précis* estaba casi terminado y esperaba que, gracias a su contacto con el favorito del rey, el duque de Blacas, podría presentarle un ejemplar al rey en persona. Para poner remedio a la escasez de textos jeroglíficos adecuados, Champollion había decidido que tenía que ir a Italia a estudiar la colección de Drovetti, que ahora se encontraba en Turín, y otras colecciones, como la del Vaticano, que convertían a Italia en la principal fuente de textos jeroglíficos fuera de Egipto. Aparte de que lo más prudente era obtener el patrocinio real para el viaje, la eterna pobreza de Champollion hacía imprescindible obtener fondos, pero aunque Blacas estaba muy dispuesto a interceder por Champollion, también él tenía enemigos políticos, y cuando cayó enfermo corrió el rumor de que había perdido el favor del rey.

Con Blacas eliminado, sus enemigos en la corte cambiaron la suscripción al *Précis*, de un ejemplar de lujo a otro de menos precio,

lo que a Champollion le pareció una prueba de que Blacas había caído en desgracia. Había transcurrido ya un año desde el aclamado anuncio de sus descubrimientos, sin que su situación hubiera mejorado apreciablemente, y su optimismo estaba empezando a dejar paso a la desesperación, lo que añadido a sus continuos problemas de salud le hacía sentirse totalmente desgraciado. Y las noticias que llegaban de Grenoble no contribuían a mejorar su estado de ánimo. Su esposa Rosine, que estaba embarazada, había estado cuidando de su padre, que por fin falleció en enero de 1824. Rosine no había recibido dote, y parece que en la disputa por la herencia, sus hermanos se negaron a cederle una parte, a pesar del apoyo de su cuñado Jacques-Joseph, que también estaba por entonces en Grenoble. Era evidente que los problemas económicos de Champollion no se iban a resolver gracias a la familia de su esposa. Deprimido y sintiéndose cada vez peor, Champollion escribió a su hermano contándole los daños provocados por la tensión sufrida en la preparación de su *Précis*: «[...] mi pobre cabeza me duele; el dolor, los silbidos y el zumbido en los oídos se han redoblado y no me dejan ni de día ni de noche. Tengo frecuentes espasmos y soy incapaz de hacer nada serio durante más de un cuarto de hora. Atribuyo este empeoramiento a mis láminas [las del *Précis*], que me han obligado a estar encorvado durante más de un mes». Procurando no preocupar a su mujer, añadía: «No tiene sentido hablarle de esto a Rosine; dile que... las cosas no van mal.»

Jacques-Joseph regresó a París a finales de enero, justo a tiempo para acompañar a su hermano en una última visita a Louis Langlès, que había sido su profesor de persa. El moribundo Langlès se había reconciliado con Champollion, que consideraba que el reciente apoyo de aquel hombre compensaba con creces la amargura que había llegado a existir entre ellos en sus tiempos de estudiante. La despedida fue triste, y Langlès falleció el 28 de enero. Afortunadamente, la enfermedad de Blacas no fue grave ni larga, y su regreso a la corte disipó todos los rumores acerca de su caída en desgracia con el rey, pero no resultaba fácil anular los actos de sus enemigos, de modo que la publicación oficial del *Précis* se retrasó mientras Blacas buscaba una ocasión adecuada para que Champollion le presentara un ejemplar al rey. Aunque el *Précis* estaba listo desde mediados de enero, la presentación se aplazó una y otra vez, pero Champollion estaba de nuevo lleno de es-

peranzas, porque Blacas parecía seguro de que tarde o temprano conseguiría que el rey respaldara el proyecto de estudiar las colecciones egipcias de Italia. Si el rey no aportaba fondos, Blacas se había comprometido a suscribir el proyecto, y así, cada vez más entusiasmado, Champollion empezó a hacer planes y preparativos para su viaje a Italia. También Jacques-Joseph se involucró a fondo en los planes, y tanto él como Champollion escribieron a varios amigos y conocidos solicitando información sobre el mejor modo de estudiar y desenvolverse en Italia, porque Blacas necesitaba un itinerario detallado para presentárselo al rey si quería que éste financiara el proyecto.

A estas alturas, la práctica constante en el desciframiento de inscripciones permitía a Champollion leerlas con gran facilidad, y en esto contaba con la ventaja de conocer perfectamente el idioma copto, que era lo más aproximado al antiguo idioma egipcio. Para descifrar un texto, transliteraba los jeroglíficos al idioma copto, usando el alfabeto copto, y a partir de ahí no era difícil traducir el texto copto al francés. Este proceso en dos fases era más fácil y más preciso que intentar descifrar los símbolos jeroglíficos y traducir al mismo tiempo el egipcio al francés. Sin embargo, el sistema no era perfecto, porque el antiguo egipcio era muy diferente del copto, tanto como el español o el francés lo son del latín. Puede parecer posible deducir el significado de la palabra latina *plumbum* a partir de la francesa *plomb*, o del latín *lacus* a partir de la palabra española *lago*, pero siempre existen dudas porque todos los idiomas cambian con el tiempo. En la actualidad, los egiptólogos siguen utilizando un proceso en dos fases, pero transliteran los jeroglíficos a un alfabeto con símbolos fonéticos adicionales para incluir los sonidos no representados en dicho alfabeto antes de traducir el antiguo egipcio a otro idioma, como el inglés o el francés. Por ejemplo,  se translitera como hmt-ntr, que significa «sacerdotisa».

Los años que había dedicado a estudiar copto se revelaron ahora valiosísimos para Champollion, y en febrero comentó sus progresos en el estudio de los jeroglíficos en una carta al conde Ludovico Costa, de Turín: «Todos mis resultados están basados en los monumentos... ya no hay ninguno mudo para mí, siempre que contenga alguno de los símbolos religiosos o alguna inscripción egipcia.» Costa era el embajador de Cerdeña-Piamonte con el que había trabajado en Grenoble

clasificando documentos referentes a los territorios cedidos por Francia a dicho reino, el mismo embajador que le había ofrecido la cátedra de historia e idiomas antiguos en Turín, y ahora Champollion estaba impaciente por ir a Turín a ver la colección Drovetti. En la misma carta, sabiendo que aunque consiguiera respaldo financiero del rey Luis XVIII podía no ser suficiente, Champollion le preguntaba a Costa si su gobierno estaría dispuesto a pagarle la estancia en Turín a cambio de elaborar un catálogo científico de la colección Drovetti. Para él era tan importante ver el material que había en Italia que estaba dispuesto a hacer todo lo posible por conseguirlo.

Después de varias semanas de paciente observación, Blacas encontró una oportunidad para plantearle la cuestión al rey, y por fin preparó un encuentro entre el rey y Champollion para el 29 de marzo. Tuvieron una larga conversación y Champollion le regaló al rey un ejemplar de su *Précis*, pero no pudo mencionar su plan de viajar a Italia porque ya circulaban rumores en la corte sobre el asunto. Una vez más, sus enemigos intentaban manchar su nombre, y lo habían logrado hasta el punto de que el rey había ordenado otra investigación sobre su pasado. Afortunadamente, Blacas consiguió contrarrestar las mentiras e insinuaciones de dichos enemigos en los círculos realistas, y en abril pudo presentarle al rey el informe y sus comentarios sobre el viaje a Italia que estaban planeando Champollion y Jacques-Joseph, con tan buenos resultados que el rey ordenó inmediatamente que se proporcionara la ayuda económica necesaria. Como toque final de la suprema alegría que esta noticia provocó a Champollion, Blacas le invitó a visitarlo en Nápoles, dando por supuesto que para cuando Champollion llegara a Italia, él habría sido nombrado embajador de Francia en dicho país.

En cuanto tuvo lugar la presentación al rey, Champollion pudo publicar su *Précis*, que salió a la venta a mediados de abril de 1824. El libro explicaba detalladamente lo que antes sólo se afirmaba en la *Lettre à M. Dacier*, y causó una sensación similar. El *Précis* era una obra increíble, repleta de sus más recientes y variados descubrimientos sobre los jeroglíficos. En el prefacio se decía que «este alfabeto [el alfabeto fonético], cuyo primer resultado consistió en fijar irrevocablemente la cronología de los monumentos de Egipto [...] ha adquirido un grado de importancia aún más alto, porque en cierto

modo se ha convertido para mí en lo que vulgarmente se llama la verdadera *clave del sistema jeroglífico*». Champollion dedicaba varias páginas al progreso del desciframiento, indicando dónde se había equivocado Young y exponiendo lo que él había conseguido. A continuación, ofrecía explicaciones de los signos jeroglíficos, su significado y el porqué de éste, comentarios sobre los nombres propios de los reyes y personas particulares, títulos de gobernantes, el significado de múltiples cartuchos, los diversos tipos de escritura –como la hierática y la demótica–, los jeroglíficos no fonéticos (ahora llamados pictogramas e ideogramas), y un esbozo de gramática.

El *Précis* incluía también un comentario sobre el número de signos: «El célebre Georg Zoëga [...] consiguió recopilar una serie de 958 signos jeroglíficos que él consideraba completamente distintos. Me inclino a creer que este sabio danés anotó muchas veces como signos diferentes caracteres que en el fondo no eran más que variaciones sin importancia unos de otros [...]. Yo, en cambio, sólo he podido obtener un resultado numérico inferior al de Zoëga.» Champollion encontró en total 864 signos, pero en la actualidad se piensa que en un principio debió de haber unos mil signos jeroglíficos, que el número descendió a 750 hacia el año 2000 a.C., y que aumentó a varios miles en los períodos griego (ptolomeico) y romano.

Los eruditos acogieron el *Précis* con división de opiniones. Los amigos de Champollion y sus enemigos formaron bandos enfrentados; pero fuera de este pequeño círculo, su obra se había convertido en un asunto nacionalista, entre otras cosas porque la principal oposición a Champollion venía de Inglaterra. Después de todas las penalidades del período napoleónico y de los posteriores golpes al orgullo nacional, los franceses estaban ansiosos por identificarse con cualquier logro francés, y con la publicación del *Précis* Champollion volvió a convertirse en una celebridad en París. Su salud seguía sin ser buena, y Jacques-Joseph hizo lo que pudo por protegerlo, encargándose de recibir innumerables visitas de curiosos y admiradores y transmitiendo mensajes a su hermano, que estaba concentrado en los preparativos de su viaje a Italia.

Champollion envió ejemplares del *Précis* a una larga lista de personas que le habían ayudado, entre ellas Louis-Philippe, duque de Orleans, a quien Champollion había conocido cuando ambos fueron

miembros fundadores de la Sociedad Asiática. Louis-Philippe se había convertido en uno de sus partidarios y era perfectamente consciente de las grandes implicaciones de su descubrimiento. Un año antes, en su función de presidente honorario, había inaugurado la primera sesión pública de la Sociedad Asiática con un discurso en el que rendía homenaje al éxito de Champollion:

El brillante descubrimiento del alfabeto jeroglífico no sólo honra al sabio que lo logró, sino a toda la nación. Ésta debe enorgullecerse de que un francés haya empezado a penetrar en los misterios que los antiguos sólo revelaban a unos pocos adeptos bien instruidos, y a descifrar estos emblemas, cuyo significado todos los pueblos modernos trataban desesperadamente de descubrir.

En mayo todo estaba preparado para el viaje a Italia, pero un invierno desacostumbradamente crudo había dejado bloqueados los pasos de montaña de los Alpes. En París, la situación política en la corte no era estable; y dado que la partida de Blacas a Nápoles era inminente, Champollion temía que sus enemigos se salieran con la suya y frustraran su viaje a Italia. Como ahora disponía de tiempo y dinero para una corta visita a Inglaterra, aprovechó la oportunidad para viajar a Londres con Jacques-Joseph, principalmente para ver las colecciones del Museo Británico y sobre todo para examinar en persona las inscripciones de la Piedra de Roseta, después de tantos años de dificultades para obtener buenas copias. La visita tenía que ser breve, porque era preciso regresar a Francia y emprender el viaje a Italia antes de que Blacas partiera hacia Nápoles, y la única constancia que ha quedado de la reacción de Champollion a Inglaterra se encuentra en una carta escrita dos años después por San Quintino, conservador del Museo Egipcio de Turín, que había tomado partido por los adversarios de Champollion y, con la intención de denigrarlo, escribió a Young: «[...] el señor Champollion, que, hablándome un día de su viaje a Inglaterra y del Museo Británico, no paraba de decir que los ingleses son unos bárbaros».

Capítulo Ocho



(El señor de los secretos)

A FINALES de mayo de 1824, de regreso en París, Champollion decidió que lo mejor era marcharse en secreto a Grenoble y aguardar allí hasta que se volviera a abrir el paso del monte Cenís, en los Alpes, con la esperanza de estar ya en Italia antes de que sus enemigos de la corte se dieran cuenta de que se había ido. Al llegar a Grenoble fue recibido como un héroe por sus viejos amigos, pero, agotado tras dos días de constantes conversaciones, preguntas y celebraciones, se retiró a la casa de Jacques-Joseph en Vif, al sur de Grenoble. En aquella casa, gobernada por su cuñada Zoé, Champollion se reunió con su esposa Rosine y vio por primera vez a su hija Zoraïde, que había nacido el 1 de marzo, mientras él seguía atrapado en París, obligado a aguardar día tras día a que Blacas le dijera que podía presentarse al rey.

Durante unos cuantos días idílicos, pudo descansar en Vif con su familia, libre de todas las presiones excepto una: Egipto, con su historia y sus textos jeroglíficos, nunca salía del todo de su mente. Las vacaciones duraron menos de una semana, hasta que llegó la noticia de que los pasos se estaban abriendo. Partió hacia Italia el 4 de junio y llegó a Turín tres días después, tras atravesar los Alpes por carreteras que le parecieron excelentes, aunque le escribió a su hermano que dichas carreteras estaban «al borde de precipicios terroríficos, y nunca hay luz suficiente para conducir una diligencia grande», de modo que al bajar las cuestas en un carruaje tan pesado no dejaba de pensar en el peligro de que el cochero perdiera el control. El con-

de Costa, que ahora era secretario de Estado de Cerdeña-Piamonte, no pudo estar en Turín para recibirle, pero Champollion tuvo una calurosa acogida y se le ofreció alojamiento provisional. El 10 de junio llegó Costa e insistió en que se alojara con él. Para entonces había llegado también la autorización oficial para estudiar la colección Drovetti, y Champollion ardía en deseos de ver cumplido su sueño de estudiar la colección que se conservaba en el museo de Turín.

En una carta a Jacques-Joseph, explicaba su primera impresión de la asombrosa colección Drovetti, que superaba todo lo que él había imaginado: «Te lo diré con una frase del país: *Questo e cosa stupenda!*» Había salas llenas de esculturas colosales talladas en granito verde, gris, negro y rosa, todas perfectamente pulimentadas, pero las inscripciones de estas esculturas eran superadas por la magnífica colección de papiros. Haciendo una rápida evaluación del contenido de la colección, Champollion se dio cuenta de la tremenda tarea que le aguardaba. Tenía delante una enorme cantidad de textos y comprobó que podía descifrarlos cada vez con más facilidad: textos que hablaban de reyes desconocidos, de extraños rituales funerarios, correspondencia diplomática y cartas escritas por los habitantes del antiguo Egipto, como las cartas que él escribía habitualmente a su familia y amigos. Era sólo una colección, unos pocos granos de arena en el desierto, pero ¿y las otras colecciones de Italia y otros países? ¿Y lo que había en el mismo Egipto? Era evidente que la tarea no se podía realizar en una sola vida —era abrumadora—, y se necesitaría mucho trabajo intensivo sólo para dar una idea del tesoro de información que aquello ofrecía. Antes de salir de Turín, Champollion escribió acerca de la importancia de examinar los monumentos originales en lugar de fiarse de las copias inexactas hechas por otros:

Veo el camino que hay que seguir. Conozco los medios que aún se pueden emplear para avanzar con pasos seguros por este terreno tan nuevo y tan rico, pero no sé si el entusiasmo de un solo hombre y su vida entera pueden ser suficientes para una empresa tan vasta. Pase lo que pase, continuaré mis investigaciones y correré tras los monumentos originales, LOS ÚNICOS GUÍAS que podemos seguir sin riesgo de quedar atascados, como he estado yo *durante diez años*, por las inscripciones inexactas grabadas en la gran obra de la *Comisión de Egipto...*

A partir de este momento, Champollion no estuvo simplemente obsesionado: estaba desbordado de trabajo. Todavía era la única persona capaz de leer los textos; tenía que traducirlos para sacar a la luz la información que contenían, pero también tenía que enseñar a otros su sistema de desciframiento y, sobre todo, tenía que publicar sus métodos y resultados más recientes para difundirlos lo más posible.

Tras su emoción inicial al ver el contenido de la colección, emprendió de inmediato un examen sistemático de los textos. Por una vez, su salud estaba mejorando, y el viaje a través de las montañas parecía haberle curado el zumbido de oídos (el «concierto instrumental», como él lo llamaba) que había convertido su vida en un tormento. También le animó la calurosa acogida en Turín y las facilidades que se pusieron a su disposición, incluyendo numerosos voluntarios que le ayudaron a sacar moldes e impresiones de las inscripciones y a copiar los textos. Las estelas de piedra, aunque sólo constituían una pequeña parte de la colección, ofrecían por sí solas una enorme cantidad de información. Entre ellas estaba la deteriorada piedra bilingüe de la que Young había intentado infructuosamente obtener una copia. El texto de la piedra confirmó lo que Champollion ya había deducido: que Cesarión, el hijo de Cleopatra y Julio César, había reinado en Egipto con su madre como corregente; y los textos paralelos en griego, demótico y unos pocos jeroglíficos supervivientes le sirvieron para confirmar su método de desciframiento; pero en comparación con otras estelas, la información que ofrecía tenía muy poco interés; desde luego, no le habría proporcionado a Young su tan buscada clave para el desciframiento.

A estas alturas, las inscripciones de la Piedra de Roseta tenían ya muy poca utilidad para Champollion. Nunca llegó a publicar una traducción, y pasaron décadas antes de que otro se tomara la molestia de hacerlo. Lo que hacía tan importante la Piedra de Roseta era el hecho de contener tres textos paralelos, uno de ellos en jeroglíficos. Parecía ofrecer un medio para el desciframiento y por eso atrajo tanta atención y estimuló nuevas investigaciones. Pero en realidad, los textos de la Piedra de Roseta tenían una utilidad limitada para el desciframiento, porque el texto jeroglífico estaba muy deteriorado, tal como había indicado Champollion en su *Lettre à M. Dacier*: «El texto jeroglífico de la inscripción de Roseta, que habría podido resultar tan

útil en esta investigación, está tan fracturado que no nos ofrece más que un nombre, el de Ptolomeo.» Los textos de otras inscripciones y papiros resultaron mucho más importantes a la hora de aportar pistas para el desciframiento. Pero como fue durante tanto tiempo el foco de atención de los aspirantes a descifradores, la Piedra de Roseta sigue siendo un potente símbolo popular, a pesar de que sus inscripciones no cumplieron las esperanzas y expectativas de los descifradores.

Cuando dirigió su atención a las obras de arte egipcio de la colección Drovetti y empezó a descifrar las inscripciones, Champollion encontró las imágenes y nombres de más de treinta faraones. Ahora que podía poner nombres a los rostros, descubrió que el arte egipcio no era puro formulismo, como se pensaba entonces. Aunque algunas estatuas presentaban a los faraones en forma estilizada, en otras era evidente que se había intentado hacer un retrato realista de sus rasgos. De pronto, Champollion comprendió que al mirar ciertas estatuas estaba mirando a alguien que había reinado en Egipto miles de años atrás. Hasta las breves inscripciones de las estatuas estaban proporcionando resultados inimaginables, demostrando que, como documentos históricos, las obras de arte egipcias eran mucho más útiles que cualquier producto de los griegos o los romanos. Poco después, todavía hechizado por la aparente magia de la colección, escribió a su cuñado:

[pero] imagínate que soy el dueño de mis horas, incluso de mis minutos, en medio de más de 50 estatuas egipcias cargadas de inscripciones históricas, de más de 200 manuscritos en jeroglíficos, de 25 o 30 momias y de cuatro o cinco mil figuritas o estatuillas, casi todas con una inscripción en la que puedo encontrar néctar. El primer fuego todavía no se ha apagado, aunque he dedicado días enteros, desde el 12 de junio, a estudiar los restos tan curiosos de mi pobre Egipto antiguo... Así, paso casi toda mi vida *en medio de los muertos* y agitando el viejo polvo de la historia...

Absolutamente asombrado por la cantidad de información que proporcionaban las relativamente breves inscripciones de las obras de arte egipcio, Champollion se dedicó a continuación a examinar el inmenso número de papiros con textos más largos en escritura hie-

rática y jeroglífica, algunos con textos diferentes en cada cara, e incluso con anotaciones en los márgenes. El papiro, que los egipcios llamaban  (shēfedw = «rollo de papiro»), era una especie de papel hecho con la planta del papiro, que en otros tiempos crecía abundantemente en las quietas y poco profundas aguas de las marismas egipcias. La planta se utilizaba para construir una gran variedad de objetos, desde sandalias y cestos hasta barcos fluviales, pero para fabricar papel se utilizaba el tallo. Después de recoger las plantas, se cortaban los tallos a la longitud deseada y se pelaba la piel o corteza. Después se cortaba el núcleo del tallo en tiras que se colocaban una junto a otra; encima se colocaba otra capa de tiras, perpendiculares a las de la primera capa. A continuación, se prensaban o aplastaban a golpes las dos capas, y los adhesivos naturales de la planta pegaban las dos capas al secarse. El resultado era una hoja de papiro, algo más gruesa que el moderno papel de escribir, lista para que el escriba la utilizase.

En general, los escribas utilizaban un equipo muy básico, llamado  (menhed = «paleta de escriba»). Las plumas se hacían de caña, con los extremos deshilachados para formar un instrumento más parecido a un pincel que a una plumilla. Para los textos escritos se utilizaban tintas negra y roja, pero para las ilustraciones que acompañaban al texto se usaban además otros colores. Las tintas se preparaban en pastillas sólidas, que se encajaban en los huecos de una larga paleta rectangular, que solía ser de madera. El escriba no utilizaba tintas en forma líquida, sino que mojaba en agua la pluma de caña y luego la frotaba sobre la pastilla de tinta. Por razones de comodidad, las hojas de papiro se enrollaban, y los rollos, que se podían atar y sellar, solían guardarse en cofres de madera o en vasijas de cerámica. Lo normal era que los textos largos –por ejemplo, un relato que ocupase varios rollos de papiro– se guardaran en su propio cofre o recipiente.

Cuando Champollion empezó a examinar los papiros, se dio cuenta de que muchos de ellos eran recopilaciones de hechizos para asegurar la supervivencia de los difuntos en la otra vida (a esta colección de hechizos se la conoce ahora como el *Libro de los Muertos*), pero entre ellos figuraba un deteriorado plano de una tumba. Hay muy pocos planos de tumbas del antiguo Egipto, y éste sigue siendo

el plano de una tumba real más detallado que se ha encontrado. Está dibujado a escala 1:28 y tiene indicadas algunas de las dimensiones. Comparándolo con las ilustraciones del Valle de los Reyes que aparecían en la *Description de l'Égypte*, Champollion llegó a la conclusión de que se trataba del plano de la tumba de Ramsés III, aunque más tarde se demostró que era la de Ramsés IV.

Tras muchos días de intenso y metódico trabajo con los papiros de Turín, en los que a veces tuvo que casar los fragmentos antes de poder leerlos, Champollion se enteró de que en otra parte del museo había algunos pequeños fragmentos de papiros que no se le habían enseñado porque se habían considerado «inutilizables». A primeros de noviembre, en una carta a su hermano, describía el impacto que le causó la visión de dichos fragmentos:

Al entrar en esta sala, que a partir de ahora llamaré el *Mausoleo de la Historia*, un frío mortal se apoderó de mí cuando vi una mesa de diez pies de longitud, cubierta en toda su extensión por una capa de restos de papiros, de medio pie de espesor por lo menos. *Quis talia fando temperet a lacrymis!* [«Quién podría contener las lágrimas al hablar de estas cosas»]. Para dominar un poco mi pena, supuse al principio que sólo estaba viendo cuatrocientos o quinientos *manuscritos funerarios*, y tuve el coraje de echar un vistazo a los más extensos y menos estropeados. Mi herida se reabrió entonces, y sangró abundantemente, al ver que tenía en mis manos un fragmento de una pieza fechada el año 24 del faraón *Amenofis-Memnon*. Desde aquel momento, tomé la resolución de examinar uno a uno los fragmentos grandes y pequeños que cubrían esta mesa de desolación...

Que los papiros se encontraran en tan lamentable estado se debía en gran parte al trato que habían sufrido durante el transporte. En el clima de Egipto, el papiro es sumamente duradero –los más antiguos que se conservan tienen casi 5.000 años–, pero la falta de cuidados y el clima húmedo pueden reducir rápidamente el frágil papiro a fragmentos. Otro problema es el desenrollamiento de los papiros, que son muy quebradizos; muchos de ellos languidecen sin abrir en los museos, y su contenido seguirá siendo un misterio mientras no se inventen nuevas técnicas para desenrollarlos.

Cuando empezó a clasificar los fragmentos de los papiros «inuti-

lizables», Champollion llevaba ya cinco meses en Turín, trabajando sin descanso de la mañana a la noche, y la tensión estaba empezando a afectar de nuevo a su salud. Con la llegada del invierno y la humedad provocada por las persistentes riadas que se habían producido en Turín durante el otoño, empezó a sufrir reuma, accesos de fiebre y mareos; y para complicar la situación, al museo acudían cada vez más visitantes a los que él no quería desairar, que le obligaban a interrumpir su trabajo y explicar diversos aspectos de la colección. Poco a poco, más despacio de lo que habría deseado, fue reuniendo muchos de los fragmentos de papiros y empezó a encontrarles sentido. Su contenido le llenó de asombro:

He visto rodar en mi mano los nombres de años cuya historia había quedado totalmente olvidada; los nombres de dioses que no han tenido altares desde hace quince siglos; y he reconstruido, casi sin respirar por miedo a reducirlo a polvo, un pequeño fragmento de papiro, último y único refugio del recuerdo de un rey que, en vida, puede que se sintiera apretado en el inmenso palacio de Karnak.

Poco después, entre aquellos destrozados restos de miles de documentos, encontró unos cuantos fragmentos fascinantes que le causaron gran excitación; tras ocho días de búsqueda, logró reunir cincuenta fragmentos de un manuscrito al que llamó «el canon real».

El Canon Real de Turín, como ahora se lo conoce, es un papiro fragmentario que data del reinado de Ramsés II (1279-1213 a.C.) y contiene una lista de los nombres de los anteriores faraones egipcios. Al parecer, cuando Drovetti lo adquirió, el papiro estaba casi completo y la lista incluía unos 300 reyes, pero durante el viaje de Egipto a Italia el papiro se desintegró y algunos fragmentos se perdieron. El papiro no sólo daba los nombres de gobernantes extranjeros, que en otras listas se suelen omitir, sino que, además, indicaba la duración del reinado de cada faraón. Champollion comprendió que la lista de reyes era importantísima, por lo que podía contribuir al conocimiento de la historia antigua de Egipto y al establecimiento de una cronología, pero por mucho que buscó no pudo encontrar algunas partes del papiro, por lo que la lista tiene huecos. Para Champollion, cada hueco en la lista era una tragedia personal, y en una carta a Jacques-Joseph expresaba así su

desolación: «Confieso que la mayor decepción de mi vida literaria es haber descubierto este manuscrito en un estado tan desesperante. Jamás me consolaré. Es una herida que sangrará durante mucho tiempo.»

Mientras estuvo en Turín, Champollion escribía casi a diario a su hermano y sus amigos, pero también escribió dos largas cartas sobre sus descubrimientos a su protector, el duque de Blacas; la primera trataba sobre el arte egipcio y se publicó en París en julio de 1824. Champollion pensaba escribir toda una serie de cartas, pero al final sólo se publicó una más, dos años después. Mientras seguía abriéndose paso a través de los papiros, adquiriendo una gran experiencia en la lectura del hierático (la versión manuscrita de los jeroglíficos que se empleaba en la mayoría de los papiros), le llegó la noticia de que a la estación de cuarentena de Livorno había llegado otra gran colección de papiros. Pertenecía al cónsul británico en Egipto, Henry Salt, y estaba en venta, pero Champollion no confiaba en que el gobierno francés estuviera interesado en adquirirla, y escribió a su hermano que, en su opinión, «dentro de poco los monumentos egipcios abundarán en todas partes menos en Francia... pronto habrá un museo egipcio en la capital de la República de San Marino, mientras en París no tenemos más que fragmentos aislados y dispersos». También le llegaron otras noticias, mucho más inquietantes: su nuevo patrocinador, el rey Luis XVIII, había fallecido el 16 de septiembre, y le había sucedido el conde de Artois, que adoptó el nombre de Carlos X. El conde de Artois, más reaccionario que su hermano Luis XVIII, había sido el candidato al trono de los ultrarrealistas, los extremistas que tantos problemas le habían causado a Champollion en el pasado. Por otra parte, Champollion se había reconciliado con Luis, que había financiado su viaje a Italia, y era posible que pudiera establecer una relación similar con el nuevo rey, dado que Carlos tenía reputación de interesarse más que su hermano Luis por los proyectos científicos y ser menos parsimonioso. Así pues, Champollion decidió seguir siendo optimista.

Tampoco en Turín estaba completamente libre de problemas, ya que se había ido gestando una creciente enemistad entre él y el director del museo, Cordeo di San Quintino. Seguramente, las fricciones entre los dos fueron inevitables, porque Champollion había sido recibido como una celebridad, un experto que durante meses había

tomado prácticamente el control del museo, que normalmente era el dominio personal de San Quintino. Champollion, apasionado por los objetos que estaba estudiando, no se privaba de dar consejos y no siempre lo hacía con tacto; y San Quintino temía por su puesto de director del museo y le irritaban las interferencias de un extranjero con amigos poderosos.

Aunque todavía le quedaba tarea por hacer, en enero de 1825 Champollion consideró que debía visitar otros lugares de Italia, aunque pensaba regresar más adelante a Turín para completar su trabajo. San Quintino y sus partidarios vieron aquí la oportunidad de organizar la colección Drovetti en el museo y elaborar el catálogo, para que así no hubiera motivos para el regreso de Champollion. A su vez, esto impulsó a los adversarios de San Quintino a presentar la candidatura de Champollion a la Academia de Turín, y a mediados de enero tanto él como Jacques-Joseph fueron elegidos por unanimidad. Por fin, a principios de marzo, Champollion partió de Turín con destino a Roma; hizo el viaje en diez días, con breves paradas en ciudades como Milán y Bolonia, donde pudo examinar rápidamente otras colecciones egipcias y copiar sus textos jeroglíficos. Después de soportar lluvias torrenciales durante casi todo el viaje, durmiendo mal en posadas incómodas, llegó a Roma a las seis de la mañana del 11 de marzo, agotado y con las manos y los pies hinchados. Aun así, no pudo contener su excitación y, como cualquier otro turista que visita Roma por primera vez, nada más registrarse en el hotel salió de nuevo para ver la ciudad. Así se lo contó a Jacques-Joseph: «Fui directamente a San Pedro. En vista de que mi apetito era tremendo, era preciso empezar por los mejores bocados. Es imposible describir la impresión que sentí al llegar al emplazamiento de esta basílica. En Francia somos unos indigentes, nuestros monumentos dan pena al lado de las magnificencias romanas.» Realizó a continuación un rápido recorrido por la ciudad, fijándose sobre todo en los obeliscos y otros monumentos egipcios, y no regresó al hotel hasta después de medianoche. La carta en la que explicaba a su hermano aquel día tan gozoso terminaba así: «He aquí mi primer día en Roma. No lo olvidaré jamás.»

Aunque aquella noche descansó bien por primera vez desde que salió de Turín, a la mañana siguiente todavía tenía los pies hinchados y no podía andar, pero un amigo puso a su disposición un carruaje.

Champollion dedicó los cuatro días siguientes a visitar a amigos y contactos y a ver todos los monumentos romanos que pudo; pero, sabiendo que el tiempo y el dinero eran limitados, no tardó en seguir viaje hacia el sur para visitar a Blacas, que ya había ocupado su puesto de embajador de Francia en Nápoles. Después de tanto viaje y de su breve pero frenética estancia en Roma, Champollion tenía mucha necesidad de descanso, y aunque tuvo que cumplir varios compromisos sociales, por una vez no tenía que pasarse todo el tiempo examinando artefactos y textos egipcios, como había hecho día tras día en Turín. Su principal trabajo consistía en preparar un informe sobre los vasos canopios y otros objetos egipcios de la colección del rey de Nápoles, Francisco I, y tuvo varias entrevistas con la reina Isabel, que le pidió que le explicara su sistema para descifrar los jeroglíficos. No era ésta, ni mucho menos, la primera vez que le pedían que explicara su sistema, y a medida que aumentaba su fama eran más las personas que querían oír hablar de los jeroglíficos al hombre que había descubierto sus secretos.

Decidido a sacar el máximo partido a su breve estancia en Nápoles, Champollion visitó las ruinas de Pompeya, que se estaban desenterrando de entre la lava y las cenizas que habían sepultado aquella ciudad romana cuando el Vesubio hizo erupción en 79 d.C. La última erupción importante se había producido sólo treinta años antes de su llegada, pero no había afectado a Pompeya y la lava había fluido hacia el mar. Champollion dejó constancia del asombro que le causaron las recién descubiertas ruinas en una carta a Jacques-Joseph:

El día 1 de abril se me ha pasado como un minuto. Sería preciso escribir un libro para dar una idea exacta de todo lo que allí se ve. Di una vuelta por el mercado, corrí al foro, recé padrenuestros en los templos de Mercurio, Neptuno, Júpiter, Diana y Venus. Después, una larga meditación en el templo de Isis y, mezclando lo profano con lo sagrado, visité los dos teatros y los dejé rápidamente para llegar a tiempo al anfiteatro... Por último, corrí por las calles, entrando en numerosas casas donde se pueden ver frescos más o menos curiosos. Me admiraron sobre todo dos pinturas que aún siguen en su sitio, descubiertas hace un mes... El dibujo es admirable y el colorido excelente. Son las pinturas antiguas más bellas que se conocen, al menos en mi opinión.

Todavía no había visto las pinturas funerarias de Egipto.

Aunque Pompeya le había impresionado, lo que realmente quería ver Champollion eran las ruinas de la antigua ciudad grecorromana de Pesto, también llamada Posidonia, con sus tres antiquísimos templos griegos perfectamente conservados. Pero todo el mundo intentó disuadirle, porque se encontraba en medio de una marisma aislada e insalubre, donde abundaban los bandidos. A pesar de las advertencias, el testarudo Champollion partió de Nápoles el 10 de abril y pasó la noche en la ciudad de Eboli. Al día siguiente, se sintió profundamente emocionado por las espectaculares ruinas:

Después de una caminata de tres horas y media, gracias a mi cochero que se salió del camino para perderse al pie de las montañas, en medio de las rocas, vi por fin las ruinas de la antigua Posidonia, dispersas por una llanura desolada. Las ruinas de Pesto se han descrito cientos de veces. No hay nada más simple que la arquitectura de sus edificios; pero es imposible explicar el efecto y comunicar la profunda impresión que se experimenta al ver tres templos griegos en asombroso estado de conservación, que se remontan sin ninguna duda a la más antigua época de prosperidad de las colonias griegas en Italia [...]. A cierta distancia, y sobre todo porque se destacan en amarillo-dorado contra el bello azul del cielo y el mar, creí ver *templos egipcios* [...]. Ya estaba enamorado del estilo antiguo, pero ahora es una pasión declarada. Es inútil añadir que, como todos los que han visitado Pesto (y el número no es muy grande, a causa de los héroes griegos de nuevo estilo que suelen infestar la región), sostengo que no existe en Italia nada tan bello y tan imponente, y fíjate en que incluyo a Roma cuando pronuncio esta frase... En el recinto no se oye más ruido que los graznidos de los cuervos o cornejas, que parecen tener una gran preferencia por el hermoso templo de Neptuno. Unos revolotean en sus bosques de capiteles o se posan en las cornisas, otros descansan a la sombra de las robustas columnas del peristilo. Jamás olvidaré esa imagen, y ésta es, de todas mis excursiones, de la que guardaré un recuerdo más vivo.

Aquella noche durmió en Salerno y al día siguiente regresó a Nápoles, deteniéndose en el camino para pasar otras cuatro horas en Pompeya, donde «hice una libación de *lacryma-christi* en el templo de Isis... y una segunda en el de Venus». Utilizando un vino de la

zona, el *lacryma-christi* –llamado así porque, según la leyenda, Cristo miró la hermosa bahía de Nápoles y lloró por sus habitantes–, Champollion había hecho ofrendas en el templo de la diosa romana del amor y en el de Isis, la principal diosa de Egipto. El simbolismo de estos actos se puede interpretar de muchas maneras, incluso como una disposición a sacrificar su fe católica al Amor y a Egipto, pero Champollion no dio explicación alguna de estas libaciones y, al menos en apariencia, siguió siendo católico hasta el fin de sus días, dejando un interrogante sobre sus verdaderas creencias.

Mucho más animado que cuando llegó a Nápoles, terminó de este modo la carta a Jacques-Joseph en la que describía Pesto: «Mi salud es perfecta, salvo los achaques de costumbre. Cuida de tus dientes, porque nos serán muy necesarios para defendernos; los míos están en buen estado y sólo piden algo que morder.» Después de visitar los lugares que más deseaba ver, Champollion consideró que no podía quedarse más tiempo en Nápoles porque aún tenía mucho trabajo que hacer, y diez días después estaba de regreso en Roma, donde se puso inmediatamente a estudiar los obeliscos egipcios trasladados a la ciudad por diversos emperadores romanos hace más de 1.500 años. Al emprender la difícil tarea de copiar las inscripciones de los obeliscos entre las malolientes ruinas que a menudo los rodeaban, quemado y empapado alternativamente por el sol y los chaparrones del abril romano, fue encontrando más y más errores en las anteriores copias de las inscripciones. Las versiones publicadas por Kircher, el sacerdote del siglo XVII que creía erróneamente haber descifrado los jeroglíficos, eran especialmente inexactas, y Champollion se reafirmó en su opinión de que debía ver el mayor número posible de inscripciones originales: mejor que Italia, el lugar más obvio para buscar inscripciones jeroglíficas era el mismo Egipto.

En Roma, al principio se alojó con Blacas, que le había acompañado y le presentó a muchas personas influyentes, pero esto no acababa de convenir a Champollion, que tenía que dedicar gran parte de su precioso tiempo a recibir a gente que quería una explicación de primera mano sobre el desciframiento. Otra vez se veía convertido en una celebridad, precisamente cuando habría preferido ser un estudiante recluso, pero al menos sacó partido de la competencia por ofrecerle alojamiento cuando Blacas se marchó de Roma. Además de

los obeliscos y otros monumentos públicos, pudo empezar a estudiar todas las colecciones públicas y privadas de material egipcio a las que logró acceder, incluyendo las colecciones del Vaticano, parte de las cuales había visto y estudiado cuando era estudiante en París (la parte saqueada en el Vaticano, que se había devuelto a Roma tras el exilio definitivo de Napoleón).

El 15 de junio de 1825, sólo dos días antes de la fecha prevista para marcharse de Roma, se le concedió a Champollion el honor de ser recibido por el papa León XII, que lo acogió calurosamente. Poco después, le escribió a su hermano que «el Papa, que habla francés muy bien, ha tenido la amabilidad de decirme tres veces que yo había *prestado un hermoso, grande y buen servicio a la religión* con mis descubrimientos». El entusiasmo del Papa tenía más que ver con la datación del zodiaco de Dendera, que había hecho callar de momento a los que discrepaban de la cronología de la Biblia, que con el desciframiento de los jeroglíficos; y en su entusiasmo, el Papa llegó a ofrecerle el cargo de cardenal. Sorprendido y embarazado, Champollion se excusó diciendo que estaba casado y tenía una hija. No obstante, considerando que Champollion se merecía algún honor, el Papa utilizó su influencia sobre el rey de Francia, y poco más de un mes más tarde el gobierno francés comunicó a Champollion que se le iba a nombrar Caballero de la Legión de Honor, el mismo honor que Jacques-Joseph había recibido de Napoleón diez años antes.

Como Champollion ya había tenido ocasión de comprobar, los favores y la amistad de los poderosos suelen acarrear el inconveniente de despertar los celos y el odio de los que carecen de tal influencia; y así, las atenciones del Papa hicieron levantarse un nuevo coro de voces contra él, sin que se acallara del todo la oposición de los eclesiásticos católicos, algunos de los cuales seguían opinando que su trabajo constituía una amenaza para la autoridad de la Iglesia. Entre los eruditos de Europa se iba formando una pauta cambiante de apoyo y oposición. Algunos, como San Quintino, el director del museo de Turín, se oponían a Champollion y tomaban partido por su rival, Young, aunque utilizaban el método de desciframiento de Champollion simplemente porque funcionaba. Otros, dándose cuenta de su error, dejaron simplemente de apoyar a Young: entre ellos figuraba sir William Gell, que acababa de conocer a Champollion en

Roma y se había convencido de la validez de su sistema. Aunque muchos eruditos alemanes apoyaban a Champollion, unos pocos empezaban a resultar muy molestos. Friedrich-August Spohn, dieciocho meses más joven que Champollion y profesor de literatura griega y romana en Leipzig, aseguraba haber descifrado los jeroglíficos, pero murió a principios de 1824 antes de que se pudieran poner a prueba sus teorías. La tarea de completar sus publicaciones se le había encomendado al orientalista alemán Gustavus Seyffarth, que así inició un enfrentamiento con Champollion que duró toda una vida. Mientras tanto, Heinrich Julius Klaproth, un competente orientalista alemán que se había establecido en París en 1815 con el cargo y el sueldo de profesor de idiomas asiáticos en Berlín, se pasaba al bando de los adversarios de Champollion después de haberle apoyado anteriormente. Desde que Champollion partió rumbo a Italia, habiéndose negado de manera inequívoca a tomar parte en las intrigas académicas de Klaproth, este erudito emprendió una *vendetta* contra todos sus descubrimientos, a menudo en panfletos anónimos, que estuvo fastidiando a Champollion durante años.

Desde Roma, Champollion fue a Florencia, en el Gran Ducado de Toscana, y aunque sólo estuvo allí poco más de dos semanas, le bastó para enamorarse de la ciudad, que para él era «la única ciudad de Italia donde se goza de verdadera y justa libertad; de hecho, es el único país donde existe un gobierno, y eso ya es algo». Una vez más, se entregó a la intoxicante mezcla de compromisos sociales y académicos que casi se estaba convirtiendo en rutina, tratando de hacer sitio a las invitaciones para conocer gente influyente y explicar sus descubrimientos sin quitar tiempo a su estudio de las colecciones de antigüedades egipcias, y fue invitado por el gran duque Leopoldo a hacer el catálogo de su recién formada colección. Lo que le resultó más satisfactorio, sobre todo después de sus experiencias en Roma, fue que, en el clima de libertad intelectual que predominaba en Florencia, su obra se juzgaba como él quería que se juzgara: desde el punto de vista de la investigación lógica y científica, y no desde el punto de vista de los prejuicios y el fanatismo religioso.

Champollion partió de Florencia a principios de julio; su última parada antes de regresar a Francia iba a ser en Turín, pero hizo un rápido desvío a Livorno para ver la colección de antigüedades y pa-

piros egipcios de la que había oído hablar meses antes y que estaba en venta. Se suponía que el nombre del propietario de la colección era un secreto, pero él sabía que pertenecía a Henry Salt, y cuando vio lo que había en la colección quedó tan fascinado que escribió a Jacques-Joseph: «Esta colección, más hermosa que la de Drovetti (con excepción de las grandes estatuas que le faltan), está en venta y el gobierno podría tenerla por 250.000 francos...» Champollion se puso en contacto con Blacas, dándole detalles de la colección con la esperanza de que esta vez el gobierno francés hiciera algo, y volvió a escribir a su hermano desde Turín, insistiendo en que Salt quería vender la colección a Francia: «Ya te he dicho, y lo repito, que se está vendiendo por nada, y por el honor de Francia no habría que dejar escapar el fruto del largo trabajo de un Goddam [término despectivo para referirse a los ingleses] que, aunque por amor propio nacional no quiere que se sepa su nombre, está dispuesto a palpar el dinero de los perros franceses.»

Henry Salt, que tenía entonces 45 años, había sido cónsul británico en Egipto durante casi diez años. Su primera colección de antigüedades egipcias la había vendido al Museo Británico de Londres tres años atrás, pero no había quedado satisfecho con la transacción. Al contrario de lo que pensaba Champollion, no quería vender su segunda colección a Francia, sino a los ingleses, tal como le había escrito a un amigo: «Sería un gran placer que fuera a parar a Inglaterra; pero se acabaron los tratos con el Museo Británico.» Lo que Salt deseaba por encima de todo era retirarse de Egipto y que le dieran una pensión: «He coleccionado antigüedades –y mi colección está ahora en Livorno– por valor de cuatro mil libras: la mejor colección de papiros que existe, la mejor selección de bronce egipcios, varias pinturas encáusticas y abundantes artículos de oro y porcelana. Todo ello convertiría a la colección del Museo en *la más selecta del mundo*.»

De regreso en Turín, mientras se esforzaba por acabar de catalogar las colecciones de la ciudad, Champollion empezó a desesperarse poco a poco ante la inacción del gobierno francés en lo referente a las antigüedades de Salt, pero por lo menos San Quintino, el director del museo, le dejó en paz y pudo seguir trabajando. También le animó mucho un libro sobre jeroglíficos (*Essay on Dr. Young's and M. Champollion's Phonetic System of Hieroglyphs*) [«Ensayo sobre el sis-

tema de jeroglíficos fonéticos del Dr. Young y el Sr. Champollion»)), que acababa de publicar Salt, y del que recibió un ejemplar enviado por el propio autor. Tras años de suministrar antigüedades a los coleccionistas de Inglaterra, Salt apoyaba las reivindicaciones de Young acerca de los jeroglíficos, pero su libro revelaba que también aceptaba la validez de los descubrimientos de Champollion. Ya se lo había dicho por carta a su amigo William Hamilton un año antes: «Te sorprenderá saber que me he convertido por completo al sistema del hijo de Champollion [*sic*] para explicar los jeroglíficos... No tardé en darme cuenta de que me había equivocado al ridiculizarlo.» Los intentos de desciframiento del propio Salt no lo calificaban como un rival serio, y su libro ha sido descrito como «una obra desdichada, en la que todo lo que es suyo propio está completamente equivocado». Otra cosa que levantó el ánimo de Champollion fue comprobar que en varios periódicos extranjeros se le trataba como a una celebridad, porque varios diplomáticos destinados en Roma habían enviado a sus gobiernos informes favorables sobre su trabajo, que se habían filtrado a ciertos periodistas. Confiaba en que esta fama inesperada añadiera peso a sus presiones sobre el gobierno francés para que adquiriera la colección de Salt.

Champollion tardó casi tres meses y medio en terminar su trabajo en Turín. Para entonces era casi noviembre y era probable que los pasos alpinos no tardaran en cerrarse. Cuando cruzaba el paso del monte Cenis se vio detenido por una terrible tormenta que causó estragos en los pueblos de la zona, y llegó a Grenoble a las diez de la noche, sorprendiendo a su mujer, que no esperaba verlo hasta el día siguiente. Después de año y medio, quedó asombrado de lo que había crecido su hija Zoraïde, pero la larga ausencia no había hecho disminuir su adoración: «Si no tuviera el honor de ser su padre, te diría que su fama, que ya se extiende a dos o tres distritos, es completamente merecida, que es la niña más guapa del Delfinado...»

Champollion se reunió con Jacques-Joseph, y los dos hermanos pudieron hablar de todo lo que no habían podido decirse en las frecuentes y generalmente sinceras cartas que se intercambiaban, incluyendo la oposición que había en París a que el gobierno francés adquiriera la colección Salt. A pesar de los elogios y los honores que el Papa había acumulado sobre Champollion, gran parte de la constante

oposición procedía de los clérigos católicos y se basaba en sus estudios en Turín. Aunque Champollion había dejado en buen lugar la cronología bíblica con su datación del zodiaco de Dendera, también la había puesto en tela de juicio con el descubrimiento del Canon Real, que mencionaba dinastías de reyes muy antiguas, que se remontaban hasta mucho más allá de la fecha del comienzo del mundo según la cronología bíblica. Como el Canon se encontraba en un estado tan fragmentario que parecía más un rompecabezas que un manuscrito, la Iglesia podía descartarlo fácilmente, pero cada nueva colección de papiros de Egipto podía contener pruebas de que la Iglesia se equivocaba en su interpretación de la Biblia, y muchos eclesiásticos no deseaban que la adquisición de la colección Salt diera respaldo a dichas pruebas. Por el momento, Champollion se guardó para sí mismo la prueba de la antigüedad de las dinastías egipcias, porque las evidencias todavía no eran abrumadoras ni indiscutibles. No obstante, sus enemigos eclesiásticos sospechaban –acertadamente– cuál era la verdadera situación, y no cesaron en sus intentos de desacreditarlo.

Al poco tiempo, Jacques-Joseph tuvo que regresar a París, pero Champollion se quedó en Grenoble para continuar la revisión de algunas de sus publicaciones mientras esperaba la decisión acerca de la colección Salt. Pocos meses antes, en julio, había llegado a París otra colección de antigüedades perteneciente a Giuseppe Passalacqua, un italiano que había dejado la trata de caballos para convertirse en excavador y coleccionista. Edme Jomard, editor de la *Description de l'Égypte*, estaba presionando para que el gobierno la adquiriera, porque pensaba que lo más probable era que le encomendaran a él el puesto de conservador, mientras que si se adquiría la colección Salt, lo más probable era que dicho puesto se le adjudicara a Champollion. Dado que a Champollion le habían ofrecido varios trabajos en el extranjero, sus enemigos razonaron que si se le privaba del puesto de conservador en París, se marcharía de Francia, así que unieron fuerzas en torno a Jomard. Aunque la colección Passalacqua era mucho más barata que la Salt, el rey vacilaba, y la controversia saltaba en los periódicos de París.

El forcejeo continuó durante los primeros meses de 1826, y Jacques-Joseph, en París, participó en lo más reñido. En cierto momento

parecía que la cuestión se iba a zanjar a favor de Champollion, lo que provocó airadas protestas de Jomard y sus partidarios por la «injusticia» de tal decisión, pero hacia finales de febrero se informó a Champollion de que el rey le había asignado 5.000 francos para que regresara a Livorno a estudiar la colección Salt y dar su opinión sobre el precio. Parecía que iba a ganar la competición. Aprovechando la oportunidad, hizo inmediatamente los preparativos para el viaje y partió de Grenoble el 1 de marzo. Era demasiado pronto para que los pasos de montaña estuvieran abiertos, y el del monte Cenis estaba todavía cubierto de nieve, tal como le describió en una carta a su hermano, en términos deliberadamente suaves:

Volví a subir al coche y no salí de él hasta... el pie del monte Cenis, para meterme en una caja de cuatro pies y medio de altura, montada sobre un trineo atado a la grupa de un caballo acostumbrado a correr por la nieve. La ascensión fue bastante apacible, lo mismo que el descenso, aunque no sin un cierto terror: es difícil deslizarse sobre un camino cubierto por veinte o treinta pies de nieve —la misma ruta que había recorrido pisando tierra cuatro meses antes— sin experimentar cierta emoción.

Lo hizo justo a tiempo, tal como hizo constar en su primera carta desde el lado italiano de los Alpes: «Dentro de tres días, sólo se podrá pasar arriesgando la vida. Las nieves empiezan a fundirse, y ya han caído sobre el camino dos avalanchas que han sepultado parte de los valles.»

Llegó a Livorno a mediados de marzo y se puso a trabajar inmediatamente. La colección había aumentado de tamaño, porque la vez anterior que la vio faltaban las esculturas más grandes y un enorme sarcófago de piedra, que aún estaban en camino a Italia desde Egipto. Ahora tenía que revisar minuciosamente cada uno de los artículos de la colección: casi 5.000 piezas en total. Al poco tiempo le llegó la noticia de que el rey había aceptado el informe del duque de Blacas sobre la colección y había autorizado su compra, de modo que su tarea de catalogación se transformó en un inventario para asegurarse de que todo quedara registrado y nada se perdiera en el traslado. Con gran entusiasmo, inició los preparativos para el embalaje y transporte a París de la colección.

La fama de Champollion era ya tanta que allá donde fuera era bien acogido por las instituciones académicas, que consideraban un honor contarle entre sus miembros, y en Livorno fue elegido miembro de la Academia de Ciencias. Allí conoció a Ippolito Rosellini, profesor de idiomas orientales en Pisa, que quería ser discípulo suyo y había obtenido una beca para cubrir sus gastos si tenía que viajar acompañando a Champollion. Rosellini, de 25 años, ya había pasado un año estudiando jeroglíficos, y Champollion lo aceptó como alumno sin vacilar. El ingreso en la Academia facilitó también otro encuentro trascendental: el 2 de abril se celebró una sesión pública en su honor, y entre los oradores figuraba Angelica Palli. Esta mujer, de 28 años, era hija de uno de los principales hombres de negocios de Livorno, y ya tenía una brillante reputación como poeta. En la Academia recitó un poema en honor de Champollion, que quedó conmovido por este regalo verbal, que consideraba «la más dulce recompensa que he recibido por haberme alimentado de polvo egipcio durante unos quince años». No tardó en enamorarse de ella. En una carta a su amigo Costanzo Gazzera, bibliotecario de la Universidad de Turín, que estaba avanzando mucho en el desciframiento de jeroglíficos utilizando el sistema de Champollion, la describía como

muy culta, de una amabilidad perfecta, y sin duda, si no sois unos bárbaros, tienes que haber oído hablar de ella. En cuanto a mí, doy gracias al gran Amón-Ra por haber hecho que la conociera y por haber caído bien a sus ojos; pero, recordando que también las momias tienen derechos aunque sean mudas, paso entre ellas el mayor tiempo posible, y sólo veo de vez en cuando a la gentil Sibila, por miedo a que Hathor [la diosa egipcia del amor] se mezcle demasiado en mis agradecimientos.

Las pocas cartas que se conservan de Champollion a Angelica Palli dejan claro que estaba enamorado de ella, aunque ella sólo correspondía con amistad y poco después se casó con un hijo de una de las familias más antiguas de Livorno; pero durante unas semanas ella dominó los pensamientos de Champollion, que preparaba el transporte de la colección Salt y aguardaba la llegada de un barco que la llevara a Francia. A finales de abril había escrito su informe so-

bre la colección, que se publicó en París con la intención de hacer callar a sus enemigos, que aún protestaban por la compra de la colección; pero en junio seguía esperando que llegara el barco. La pérdida de tiempo impacientaba a Champollion, que consideraba que no podía regresar a Francia sin ver la colección convenientemente embarcada, sobre todo porque le había llegado una carta de Jacques-Joseph informándole de que por fin, a finales de mayo, se le había encomendado a Champollion el codiciado puesto de conservador de una nueva sección del Museo de Louvre de París, dedicada a Egipto. Ahora era plenamente responsable de la colección Salt, y por fin tenía un cargo profesional, tras tantos años en el desierto académico.

Para una persona acostumbrada a trabajar casi hasta el último minuto de vigilia, las semanas que se vio obligado a pasar en Livorno esperando la llegada del barco eran una pérdida total de tiempo, pero Rosellini estuvo junto a él en todo momento, aprendiendo todo lo que podía sobre los jeroglíficos y los artefactos egipcios, un conocimiento que, con el tiempo, Rosellini y sus discípulos usarían como base del estudio de la egiptología en Italia. El barco llegó por fin a finales de junio, y en la segunda semana de julio la colección ya estaba cargada y navegaba hacia el puerto de El Havre, en la desembocadura del río Sena, en el norte de Francia, y de allí por río hasta París. Quedaban pocas semanas antes de que la presencia de Champollion en París fuera necesaria para desembalar la colección Salt, y él estaba decidido a sacar el máximo partido de ese tiempo. En compañía de Rosellini, viajó a Roma, donde llegó a mediados de julio tras pasar por Pisa y Florencia.

Champollion reanudó sus tareas de registrar las inscripciones de los obeliscos egipcios de Roma y corregir las pruebas de los grabados de sus anteriores dibujos. Pretendía hacer un catálogo completo y preciso de todas las inscripciones de dichos obeliscos, y el Papa le había prometido financiar su publicación. Pasó en Roma unas tres semanas, durante las cuales tuvo lugar un suceso poco frecuente: una confrontación directa entre Champollion y uno de sus rivales, el orientalista alemán Gustavus Seyffarth. Con otros rivales, como Jomard, Roulhac y Young, los encuentros personales no eran conflictivos y se regían por las normas de la etiqueta social. Pero Seyffarth era diferente. Estaba recorriendo Europa, estudiando las colecciones

egipcias y los manuscritos coptos con el fin de completar las publicaciones en latín del difunto Spohn, que aseguraba haber descifrado los jeroglíficos. No cabe duda de que Seyffarth era un gran erudito, probablemente tan bueno cómo Champollion, pero en cuestiones como la de los jeroglíficos se aferraba a algunas ideas fantásticas, que le hacían malgastar por completo su talento. Negaba casi todos los logros de Champollion y sostenía que los jeroglíficos se basaban en una forma primitiva del copto, que a su vez se derivaba del hebreo, y que todos los jeroglíficos representaban sílabas y tenían su origen en el alfabeto de Noé. Al enterarse de que Champollion estaba en Italia, Seyffarth fue a Roma con la intención deliberada de desafiarle ante testigos expertos, para que éstos pudieran decidir qué sistema de desciframiento era correcto. Champollion se mostró a la altura de la ocasión y declaró «le inmolaré al pie del Capitolio».

En una carta a Thomas Young, fechada a primeros de agosto, sir William Gell describe un encuentro personal con Seyffarth y la confrontación que posteriormente tuvo lugar entre Seyffarth y Champollion: «Ignoro si estás en contacto con Champollion, pero aquí en Roma acabamos de verlo en plena forma. Unos diez días antes llegó el profesor Seyffarth, su antagonista. Seyffarth es un caballero muy agradable, al estilo de lord Palmerston...» Cuando Gell puso a prueba a Seyffarth, pidiéndole que descifrara nombres en los jeroglíficos, sólo acertó en los nombres ya descifrados por Champollion:

Pero cuando le puse a prueba con jeroglíficos que nunca había visto, recién llegados de Egipto, no pudo hacer nada, aunque tenía en la mano su gran libro en cuarto, repleto de láminas... Yo ya había llegado a la conclusión de que el tal señor Sighpoop [Seyffarth] estaba chiflado, cuando Champollion llegó [a Roma] y les propuse competir, usando dos obeliscos a modo de espadas y el labro [gran pila de granito] de Monte Cavallo como escudo. Se encontraron en casa de Italinsky, y Nibby, que se fía mucho de la influencia del gran libro en cuarto, dice que Italinsky estaba de parte de Sighpoop, pero todos los espectadores dicen lo contrario, y yo los vi al día siguiente en casa del ministro francés. Champollion le preguntó a qué idioma traducían los jeroglíficos, y él dijo que al copto. Entonces Champollion dijo «Pues en su traducción no hay, no ya una frase, sino ni una sola palabra de copto». «Ah», dijo Seyffarth, «es que es un copto más antiguo que el de los

libros». Ch: «¿Dónde lo aprendió?» S: «En la inscripción de Roseta.» Ch: «¿En las dos líneas que ha publicado?» S: «Sí.» Ch: «Entonces, permítame decir que, tal como las ha publicado usted, están tan mal copiadas que no dan ni idea de las auténticas figuras, y que en total no hay ni diez figuras correctas. Además, el nombre que usted ha elegido es el que está mal escrito en el original...» (todo lo cual es verdad). Lo cierto es que Seyffarth no sabe nada de los monumentos y no ha visto ninguno. No respondió a nada, y le dijo a Nibby que le parecía mejor callar porque Champollion estaba muy violento, aunque tengo entendido que no lo estaba. Lo único que puedo decir es que ni siquiera los alemanes le apoyan, y que si las figuras pueden representar cualquier letra del alfabeto según su posición, como asegura su sistema, no vale la pena aprenderlo... Estoy asombrado de lo mucho que ha *progresado* Champollion este año, como dicen los americanos, en la asignación de palabras coptas a las figuras.

El comentario del propio Champollion sobre su confrontación con Seyffarth fue que su rival había sido derrotado: «Le he mostrado sin contemplaciones todos los errores de su trabajo y le he planteado argumentos a los que no ha sabido responder. La sala ha juzgado su silencio. Ahora le veo todos los días, pero ya no se habla de jeroglíficos... Es un hombre acabado en Italia.»

Muchos estudiosos consideraron que el sistema de Seyffarth era extravagante y no estaba demostrado, y la oposición aumentó. A finales de aquel año, Champollion escribió desde París a Rosellini: «Si ves a Seyffarth en Turín, predícale otra vez, a ver si se convierte y deja de ponerse en ridículo con sus absurdos delirios. Ha hecho el ridículo en Alemania, nadie le toma en serio en Francia. Y ya sabes cuál es su posición en Italia. Sería un acto de misericordia. No dejes de hacerlo, si puedes.» Al regresar a Alemania en 1828, Seyffarth se encontró en una posición cada vez más difícil y unos 25 años después emigró a Estados Unidos, continuando allí su vigorosa campaña contra Champollion y sus seguidores.

Tras la confrontación con Seyffarth, Gell se convirtió en ferviente partidario de Champollion, con gran disgusto de Young. Éste, que seguía trabajando en el hospital de San Jorge, se mudó a una casa amplia y elegante en el número 9 de Park Square (Londres), desde donde siguió manteniendo correspondencia con estudiosos de toda

Europa sobre la cuestión de los jeroglíficos. No obstante, sus principales intereses eran dos: el estudio del demótico y el persistente esfuerzo por convencer a los especialistas de que él había sido el primero en descifrar los jeroglíficos. No le debió de alegrar mucho que Gell no parara de elogiar a Champollion en sus cartas, comentando su disposición a compartir información: «Permíteme decir que, lejos de ocultar sus nuevos descubrimientos, el citado Champollion me ha dado muchas cosas no publicadas, que, si yo quisiera, podría decir que las he inventado yo tanto como él.»

En Roma, Champollion aprovechaba también el tiempo para establecer contacto con los diplomáticos extranjeros que tan impresionados habían quedado con él durante su anterior visita, para sondearles acerca de la posibilidad de organizar una expedición europea a Egipto bajo su dirección, con expertos de varios países. Estaba convencido de que su siguiente paso tenía que ser visitar Egipto para estudiar sus monumentos y ya le había hablado del asunto a Blacas y obtenido su apoyo. Champollion estaba planeando cuidadosamente su futuro próximo: aprovecharía el tiempo que le quedaba antes de que la colección Salt llegara a París para adelantar lo más posible en Italia; después dedicaría aproximadamente un año a establecer la nueva sección del museo del Louvre, para la que ya tenía algunas ideas originales, y al mismo tiempo organizaría su expedición a Egipto. Así pues, empezó a considerar posibles miembros de la expedición mientras recorría Italia con Rosellini, que aprendía tan rápidamente y se estaba convirtiendo en un ayudante tan útil que lo incluyó automáticamente como candidato.

De Roma fueron a Nápoles, y Champollion encontró tiempo para otra visita a Pesto, cuyos templos tanto le habían impresionado. En Nápoles se encontró con Gell, que acababa de publicar el libro *Pompeiana*, y visitaron juntos Pompeya. Impresionado por el trabajo de Gell, Champollion le apuntó como otro posible miembro de su expedición a Egipto. Mientras tanto, Blacas estaba realizando excavaciones en la ciudad etrusca y romana de Nola, donde había pasado sus últimos días el emperador Augusto, conquistador de Egipto. Champollion visitó el lugar, aprovechando al máximo el aire puro de la región de Nápoles, que restauraba mejor que ninguna otra cosa su salud y sus fuerzas. Había tenido la intención de regresar a Roma para completar su trabajo, pero allí se había desatado una epidemia

y todo el que había podido, incluido el Papa, había abandonado la ciudad infectada. Como el tiempo iba pasando y pronto se le necesitaría en París, Champollion viajó hacia el norte, pasando por Livorno y Florencia con un desvío a Venecia, y llegó de regreso a Grenoble a finales de octubre de 1826. Estaba triste por haber dejado el «cielo azul centelleante» de Italia y a sus amigos en aquel país, Rosellini entre ellos, y para colmo el tiempo empeoró a medida que subía hacia el norte, anulando todos los beneficios de su estancia en Nápoles. Nada más llegar a Grenoble, sufrió un violento ataque de gota en el pie derecho, pero no tenía tiempo para descansar porque su familia y la de Jacques-Joseph estaban terminando los preparativos para acompañarle a París, donde por primera vez iban a vivir todos bajo un mismo techo, en el número 19 de la *rue Mazarine*. Tras cinco días de viaje, llegaron a la capital el 20 de noviembre.

Comenzó entonces el trabajo en la sección egipcia del Museo Carlos X, en el palacio del Louvre, que se instaló principalmente en cuatro salas del piso superior del Cour Carrée (Patio Cuadrado), a orillas del río Sena, con algunas salas en la planta baja en las que se exhibían esculturas demasiado pesadas para la planta superior. Champollion escribió a Gazzera, que estaba en Turín, describiendo su nuevo museo: «Tengo una sala magnífica en la planta baja para las piezas grandes, y cuatro salas en el primer piso del palacio. Pronto estaré rodeado de pintores, arquitectos y albañiles, y si las cosas marchan no será sin dificultades.» Las dificultades surgieron inmediatamente en forma de oposición a su nuevo cargo por parte de algunos enemigos antiguos y otros nuevos. Jomard, en particular, estaba muy resentido por el nombramiento de Champollion para el museo y seguía intrigando contra él, pero gran parte de la oposición venía de personas directamente relacionadas con el museo, que lo consideraban un intruso y no aceptaban sus ideas sobre la organización de la nueva sección egipcia. En una carta a Rosellini, Champollion se lamentaba: «Mi vida se ha convertido en una lucha... Mi llegada al museo molesta a todo el mundo, y todos mis colegas están conjurados contra mí porque, en lugar de considerar mi puesto como una sinecura, intento ocuparme de mi sección, lo que necesariamente revelará que ellos no se ocupan nada de las suyas. Éste es el nudo del asunto. Se necesita una batalla para conseguir un clavo.»

Perdió muchas de aquellas batallas. A pesar de sus enérgicas protestas, las salas para las colecciones egipcias se decoraron al estilo clásico y no al estilo egipcio, y en los techos se pintaron escenas cuya única relación con Egipto eran alusiones bíblicas o clásicas, no elegidas por él. Consiguió que se nombrara ayudante suyo a Jean-Joseph Dubois, el artista responsable de su *Panthéon*, y luchó con todas sus fuerzas para organizar la disposición de las piezas según principios lógicos y científicos. Aplicando su experiencia como profesor, Champollion quería utilizar la exposición del museo para informar y educar a los visitantes, algo que se apartaba por completo de la práctica habitual de los museos, consistente en disponer las piezas en relación unas con otras, para resaltar mejor sus méritos artísticos; Champollion estaba imponiendo nuevos criterios; consideraba

necesario ordenarlas de manera que presenten de la manera más completa posible la serie de divinidades, la serie de monumentos que recogen los nombres de los soberanos de Egipto desde los tiempos más antiguos hasta la época romana, y clasificar en un orden metódico los objetos relacionados con la vida pública y privada de los antiguos egipcios. De este modo se tendrá una colección sistemática de los monumentos relativos a la religión, a la historia de los reyes y a las costumbres civiles de los egipcios.

Dado que la mayoría de los objetos tenía inscripciones jeroglíficas, Champollion sólo tenía que leerlas para decidir el sistema lógico de ordenación. Sus colegas que estaban a cargo de otras colecciones no disponían de esta ventaja, ya que en las antigüedades clásicas había pocas inscripciones, y todavía necesitarían muchos años de investigación arqueológica para poder ordenar de este modo sus colecciones.

Aunque su trabajo en el museo estaba lleno de dificultades, Champollion, al menos, era feliz en el número 19 de la *rue Mazarine* (cerca de su anterior alojamiento en el 28), donde su familia y la de su hermano formaban una armoniosa «colonia grenoblesa». Y si no logró educar a sus colegas del Louvre, encontró un inmenso placer en enseñar y entretener a los niños en casa. No había renunciado a sus planes de organizar una expedición a Egipto, y se daba el caso de que Drovetti, el cónsul francés en Egipto, estaba presionan-

do para que se mandara una expedición a registrar y salvar todo lo posible antes de que los monumentos quedaran destruidos por los cambios que tenían lugar en el país. El bajá de Egipto, Mehemet Ali, estaba empeñado en el desarrollo económico del país y había decidido que la vía a la prosperidad pasaba por aumentar la producción de azúcar y algodón. Se estaban construyendo fábricas para procesar la caña de azúcar y el algodón, y la piedra para construirlas se sacaba de los antiguos monumentos. Cuanto antes llegara Champollion a Egipto, más probabilidades habría de identificar y tal vez salvar los monumentos más importantes; pero gracias a sus contactos en la corte sabía que todavía tenía enemigos cerca del rey, y no había esperanzas de organizar una expedición antes de haber terminado la nueva sección egipcia del Louvre. Champollion no tenía más remedio que soportar las batallas cotidianas en el museo hasta que su tarea estuviese completada.

Había salido a la venta una segunda colección de antigüedades reunida por Drovetti, pero el rey de Cerdeña-Piamonte, que poseía la primera colección, se negó a adquirir la nueva para Turín, de modo que Champollion y Jomard (por una vez de acuerdo) se esforzaron por que la adquiriera Francia. Drovetti ya había propiciado al rey con algunos regalos, entre ellos un santuario monolítico, y en otoño de 1827 la colección fue adquirida, sumándose a la colección Salt del Louvre. Champollion, jubiloso, escribió a Gazzera en septiembre: «Se acaba de hacer una adquisición mucho más importante: la nueva colección de Drovetti, que está en París... y que incluye joyas egipcias de increíble magnificencia... La mayoría de estos objetos lleva inscripciones reales, como por ejemplo una copa de oro macizo...» Y más adelante: «Esta colección incluye, además, estatuas, cincuenta manuscritos egipcios o griegos, 500 escarabajos, vasijas, ochenta estelas, etc., etc. Como ves, acabaremos siendo más guapos y más ricos que vosotros, que podríais haber sido los primeros y no habéis querido.»

Ahora Champollion tenía que esforzarse más que nunca para que la exposición de Egipto estuviera lista para su inauguración oficial el 4 de noviembre, fecha del cumpleaños del rey. También le motivaba la información de primera mano que recibía sobre la situación en Egipto. El propio Drovetti había llegado a París en agosto con dos noticias preocupantes: que la destrucción de los monumentos se es-

taba acelerando y que la situación política en el Mediterráneo oriental corría peligro de deteriorarse hasta el punto de que el acceso a Egipto se hiciera imposible. Desde 1820 los griegos libraban una guerra para independizarse del Imperio otomano turco. Al principio, las grandes potencias de Europa se habían abstenido de intervenir, pero en 1825 Mehemet Ali proporcionó ayuda a Turquía, lo que indujo a Rusia e Inglaterra a presionar a Turquía para que llegara a algún tipo de acuerdo con Grecia. Pero la situación empeoró, y en julio de 1827 Inglaterra, Francia y Rusia firmaron un tratado para usar la fuerza si era necesario para hacer ceder a Turquía. El 20 de octubre, una fuerza combinada de las flotas británica, francesa y rusa destruyó las armadas turca y egipcia en la batalla de Navarino. Aun así, Mehemet Ali seguía mirando con buenos ojos a los franceses, y a finales de año los periódicos de París publicaron una declaración suya garantizando la protección de los europeos en Egipto.

La decoración de las salas del museo no se pudo terminar para el 4 de noviembre, y el rey Carlos X tuvo que esperar a mediados de diciembre para inaugurar oficialmente la exposición egipcia del Louvre. Para entonces, Drovetti se había marchado de París, regresando a Alejandría sin ninguna perspectiva de expedición científica a Egipto, pero su colección y la de Salt habían transformado la sección egipcia del Louvre en un museo de primerísima importancia. Por desgracia, Champollion jamás llegó a conocer al cónsul británico cuya colección tanto había contribuido a transformar su vida en París, pues Henry Salt había fallecido en Egipto poco antes, el 29 de octubre de 1827, a la edad de 47 años, tras intentar durante mucho tiempo que le permitieran volver a Inglaterra y retirarse. Se le enterró en Alejandría, y en la inscripción de su tumba figuraban estas palabras: «Su diligente talento exploró y elucidó los jeroglíficos y otras antigüedades de este país.»

Mientras tanto, Young había decidido por fin abandonar el estudio de los jeroglíficos y concentrarse exclusivamente en el demótico. Habiéndose enterado de que el reverendo Henry Tattam, un erudito que vivía en Inglaterra, estaba preparando una gramática copta, se ofreció a escribir un diccionario demótico que la acompañara, pero a finales de año advirtió a Tattam de que tardaría varios meses en terminarlo. Ironías de la vida: ahora que la suerte de Champollion

había mejorado y tenía espléndidas colecciones a su disposición, le tocaba a Young quejarse de la escasez de textos para estudiar: «Esta gente es como el perro del hortelano, que ni come ni me deja comer a mí. No puedo acceder a una sola línea de todos los papiros con contratos demóticos que sé que existen en toda Europa.»

A pesar de los problemas de salud provocados por las tensiones de preparar la exposición, Champollion se sentía más optimista en lo referente a la posibilidad de organizar una expedición a Egipto, ya que los cambios de ministros en la corte habían apartado a algunos de sus enemigos de las posiciones influyentes, y el éxito del museo recién inaugurado había aumentado su prestigio. En la primavera de 1828, los valedores de Champollion en la corte habían logrado interesar al rey en el proyecto, y a finales de abril el rey prometió apoyarlo, dejando el camino libre a Champollion. Iba a ser una expedición conjunta franco-toscana, bajo la protección del rey Carlos X de Francia y de Leopoldo II, gran duque de Toscana, con Champollion como director y Rosellini como ayudante suyo.

Champollion, que llevaba más de dos años soñando con la expedición y planeándola, solicitó ayuda a Jacques-Joseph y no perdió tiempo en poner en marcha sus planes: se puso en contacto con las personas que iban a acompañarle, contrató las provisiones y el equipo y se encargó de la documentación diplomática y legal. En menos de dos meses, todo estaba listo. En junio, Young acudió a París para ocupar su nuevo puesto entre los ocho adjuntos extranjeros de la Academia de Ciencias, donde fue recibido muy calurosamente. También tuvo ocasión de encontrarse con Champollion, que aunque estaba absorbido por los preparativos de la expedición a Egipto, había tenido la generosidad de encargar que le copiaran papiros demóticos. Claramente humillado por la amabilidad de Champollion y abrumado por su éxito, Young escribió al astrónomo Arago a primeros de julio: «Estoy dispuesto a reconocer que cuanto más veo de sus investigaciones más admiro su ingenio y su laboriosidad; y tengo que dar testimonio de la amabilidad y generosidad que ha demostrado conmigo en todas las ocasiones, dándome o procurándome copias de todo lo que le he pedido.»

A finales de julio, Champollion estaba en Tolón aguardando vientos favorables para que su barco pudiera navegar, pero mientras tanto

la situación en Egipto había empeorado, porque el pueblo por fin se había enterado de la destrucción de la flota egipcia. Alejandría se había levantado en armas contra los europeos y Drovetti consideraba que la situación era demasiado inestable para resultar segura. A principios de mayo había escrito una carta a Champollion, aconsejándole que no fuera a Egipto, pero la carta tardó casi tres meses en llegar a París, y para entonces Champollion ya estaba en Tolón. Jacques-Joseph abrió la carta y le envió una copia a su hermano, pero no le llegó a tiempo: el 31 de julio de 1828, unos treinta años después de que Napoleón y sus sabios zarparan del mismo puerto, Champollion emprendió su propia expedición a Egipto.

Capítulo Nueve



(El traductor)

EL ÉGLÉ era una corbeta rápida y bien armada, que normalmente se utilizaba para escoltar barcos mercantes entre Francia y el Mediterráneo oriental, pero debido a la inestable situación en Oriente, provocada por la continua lucha de los griegos por la independencia, el comercio de Francia con el Mediterráneo oriental era casi nulo, y el Églé se aprovechó para transportar a Egipto la expedición de Champollion. Éste se había despedido de su familia con palabras optimistas: «No os preocupéis, los dioses de Egipto velan por nosotros.» Y a pesar de una fuerte tormenta, los vientos fueron favorables y la travesía se hizo en 19 días. Sin saberlo, la expedición había dejado atrás con facilidad a los barcos enviados para alcanzarla, que llevaban órdenes de informar a Champollion de que la situación en Egipto era demasiado peligrosa y convenía cancelar la expedición. En lugar de ver sus esperanzas frustradas y tener que regresar a Francia, Champollion llegó a Alejandría el 18 de agosto de 1828 y se apresuró a pisar la tierra que le había obsesionado por completo durante tantos años.

La expedición conjunta franco-toscana, dirigida por Jean-François Champollion con Ippolito Rosellini como lugarteniente, estaba formada por otros doce hombres, varios de los cuales eran artistas y dibujantes, lo que demuestra la gran importancia que se le daba al registro de monumentos. Por parte de Francia, los miembros de la expedición eran el egiptólogo y numismático Charles Lenormant, el arquitecto Antoine Bibent, el artista y viajero Alexandre St.

Romain Duchesne, el arqueólogo y dibujante Nestor L'Hôte y los artistas Édouard Bertin y Pierre François Lehoux. El contingente toscano, dirigido por Rosellini, lo formaban su tío Gaetano Rosellini, ingeniero y arquitecto, los artistas Salvatore Cherubini y Giuseppe Angelelli, el botánico Giuseppe Raddi con su ayudante Galastri, y el médico y explorador Alessandro Ricci, que ya había estado en Egipto anteriormente.

La visión de Alejandría los asombró a todos, con su bosque de mástiles pertenecientes a infinidad de embarcaciones, aunque predominaban los barcos franceses e ingleses que bloqueaban el puerto: «Esta mezcla de barcos de todas las naciones, amigos y enemigos juntos, es una visión extraordinaria y basta para caracterizar estos tiempos.» Lo primero que había que hacer era ponerse en contacto con los cónsules francés y toscano. El cónsul francés, Drovetti, quedó atónito a ver a Champollion. Éste, al enterarse de que Drovetti le había escrito para decirle que no emprendiera la expedición, comentó filosóficamente: «Mi buena estrella ha brillado en esta ocasión tan importante, porque la carta no me llegó a tiempo.» Aunque seguía viendo con pesimismo la situación política, Drovetti accedió a iniciar las gestiones para obtener los permisos necesarios del bajá de Egipto, Mehemet Ali.

Mientras esperaban los permisos para viajar a través de Egipto y Nubia y realizar excavaciones, los expedicionarios empezaron a explorar Alejandría y, como los sabios de Napoleón, pronto se sintieron atraídos por los obeliscos llamados «las Agujas de Cleopatra». Treinta años antes, los sabios no habían podido hacer nada más que admirar los obeliscos como monumentos, pero ahora Champollion podía leer los jeroglíficos y observó que, aunque contenían inscripciones posteriores de Ramsés II, las inscripciones más antiguas demostraban que los obeliscos habían sido erigidos originalmente por Tutmosis III delante del templo del sol de Heliópolis, a más de 160 kilómetros de distancia. Se hicieron copias de las inscripciones de estos obeliscos, a pesar de que ya habían aparecido en un tomo de la *Description de l'Égypte* preparada por la Comisión de Egipto, responsable de la publicación de los resultados obtenidos por los sabios de la expedición de Napoleón, bajo la dirección editorial de Jomard. Al comparar las versiones publicadas con las auténticas inscripciones, los errores se

hicieron evidentes, y Champollion escribió en una carta a su hermano: «Bibent está acabando las tres caras del obelisco que conocía la Comisión... la cual estropeó noblemente las inscripciones jeroglíficas.»

Puede que los sabios de Napoleón no hubieran sacado mucho en limpio de las inscripciones jeroglíficas de Egipto, pero no habían sido olvidados por los egipcios. Algunos egipcios viejos todavía hablaban francés, y Champollion quedó encantado al enterarse de que, en particular, Joseph Fourier era recordado como hombre amable y generoso en su cargo de administrador. En cierta ocasión, Champollion se encontró con un árabe ciego que se le dirigió en francés con las palabras «Buenos días, ciudadano, deme algo, que no he desayunado todavía». Asombrado por su manera republicana de hablar, que tenía que haber aprendido de la expedición de Napoleón, Champollion le dio unas monedas francesas, pero el anciano las identificó al tacto y dijo «Esto ya no sirve, amigo mío», de modo que Champollion se las cambió por monedas egipcias. Más tarde anotó en su diario: «A cada instante se encuentran en Alejandría recuerdos de nuestra campaña en Egipto.» El dibujante L'Hôte observó que muchos egipcios huían de ellos, creyendo que eran recaudadores de impuestos, pero cuando se supo que eran franceses fueron bien acogidos porque «el recuerdo de la memorable expedición de Bonaparte aún no se ha borrado del todo entre los pobres árabes que en aquel tiempo —éstas son sus propias palabras— tenían cada uno su burro y su vaca y no pagaban impuestos dos veces».

Aunque en Alejandría había pocos monumentos o artefactos con inscripciones jeroglíficas que pudiera estudiar, Champollion descubrió que la observación de la vida cotidiana en la ciudad egipcia podía desvelar algunos de los problemas que aún no se habían resuelto en el estudio de los jeroglíficos. Era imposible no fijarse en las jaurías de perros vagabundos, y Champollion los comparó con los jeroglíficos: «El PERRO vive en Egipto en un estado de completa libertad... Se parecen asombrosamente al chacal, excepto en el pelaje, que es amarillo-rojizo. Ya no me sorprende que en las inscripciones jeroglíficas sea tan difícil distinguir el *perro* del *chacal*.» De hecho, hay cuatro jeroglíficos que se prestan a confusión:  (galgo),  (perro reclinado),  (chacal) y , posiblemente un lobo en un pedestal.

Las semanas que pasaron esperando los permisos permitieron a

los miembros de la expedición aclimatarse al país y sus costumbres, y poco a poco se acostumbraron al calor, a montar en burro y a descansar durante las horas más calurosas del día. Para no hacerse notar demasiado, renunciaron a la vestimenta europea y se vistieron como egipcios: un imponente turbante en la cabeza afeitada, chaqueta bordada sobre un chaleco de seda a rayas, pantalones abombados con faja ancha y cimitarra, y zapatos blandos o babuchas. Con su piel cetrina y su impecable árabe, Champollion podía pasar fácilmente por un nativo. También aprovecharon el tiempo para reunir el equipo y provisiones que necesitarían para el viaje Nilo arriba, y para preparar las dos embarcaciones que los llevarían.

A medida que pasaban los días sin que llegaran los permisos, se hizo evidente que alguien estaba haciendo esfuerzos deliberados para retrasar la expedición, y Champollion descubrió que se trataba de los mercaderes de antigüedades, porque «se han echado todos a temblar al enterarse de mi llegada a Egipto con intención de excavar». Dado que Drovetti mantenía estrechas relaciones con el comercio de antigüedades, Champollion sospechó que también él participaba en el complot, y empezó a preguntarse si no sería éste el verdadero motivo de la carta en la que recomendaba que no partiera la expedición a Egipto. Forzó la situación recordándole a Drovetti que la expedición contaba con el pleno respaldo del rey Carlos X, y diciéndole que si no llegaban los permisos se vería obligado a explicarle al rey que su expedición científica había sido boicoteada por los intereses personales de un puñado de comerciantes de antigüedades. Después de este ultimátum, los permisos llegaron en pocos días.

Los dos barcos de la expedición se llamaban *Isis* y *Hathor*, los nombres de las dos diosas más importantes del antiguo Egipto. El 14 de septiembre, los expedicionarios –más sus asistentes domésticos, la tripulación y dos policías aportados por Mehemet Ali– emprendieron la navegación a lo largo del canal de Mahmoudieh, excavado nueve años antes a través del desierto para conectar Alejandría con la rama del Nilo que pasaba por Roseta. El plan de Champollion era viajar hacia el sur, remontando el Nilo, hasta la segunda catarata, deteniéndose sólo para identificar lugares y copiar las inscripciones y relieves más importantes. Al llegar a la segunda catarata, evaluarían la importancia relativa de los lugares visitados y emprenderían el viaje de regreso, durante el cual se

haría un estudio detallado de los mejores lugares, aprovechando el tiempo lo mejor posible. La expedición buscaba, además, antigüedades interesantes con las que engrosar las colecciones egipcias de Francia y Toscana. Después de casi un día de viaje, salieron del canal de Mahmoudieh y entraron por fin en el Nilo. Champollion probó su agua y declaró que el río era «el *champagne* de las aguas».

Navegaron hacia el sur por la rama Roseta del Nilo y pasaron por la aldea de Desouk, donde Champollion se acordó de Henry Salt y su magnífica colección de antigüedades, que el Louvre había adquirido gracias a sus esfuerzos, y apuntó con tristeza en su diario: «Me he enterado de que en una casa de campo en los alrededores de esta aldea, en la ribera oriental del Nilo, falleció hace unos meses el señor Salt, cónsul general de Inglaterra. Todavía sigo lamentando que ya no se encuentre en Egipto este hombre culto y gran aficionado a los estudios jeroglíficos.» Al día siguiente, la expedición se detuvo brevemente para examinar el primer emplazamiento antiguo a orillas del Nilo: la ciudad de Sais, centro del culto a la diosa Neith. Era una zona desolada, sembrada de fragmentos de cerámica rota, y estaba casi completamente inundada por el Nilo. El hedor procedente del cementerio moderno lo impregnaba todo y dio lugar a una acalorada discusión entre los expedicionarios acerca de los métodos para controlar la peste en Egipto.

Siguieron adelante, deteniéndose en todos los lugares donde veían algún indicio de restos antiguos, y anotando de paso los lugares de las batallas de Napoleón contra los mamelucos. Tardaron unos cinco días en llegar a las proximidades de El Cairo y divisar por primera vez las lejanas pirámides, una visión que Champollion describió vívidamente en una carta a Jacques-Joseph: «Al despertarnos la mañana del 19, vimos por fin las pirámides, cuya enorme forma podíamos apreciar ya a pesar de que estábamos a ocho leguas de distancia. A las 13.45 llegamos al vértice del delta (*Bathn-el-Bakarah*, el Vientre de la Vaca), el punto exacto donde el río se bifurca en dos grandes ramas, la de Roseta y la de Damietta. La vista es magnífica, y la anchura del Nilo impresionante. A Occidente, las pirámides se alzan entre palmeras; multitud de barcos y botes se cruzan en todos los sentidos. A Oriente... el fondo de la imagen está ocupado por el monte *Muqattam*, que corona la ciudadela de El Cairo, y cuya base está oculta por el bosque de minaretes de esta gran capital.»

Tras pasar por el lugar de la batalla de las Pirámides y ofrecer un saludo a los espíritus de Napoleón y sus soldados, la expedición entró en El Cairo al día siguiente. La ciudad estaba en fiesta, ya que se celebraba el aniversario del profeta Mahoma, y la expedición fue acogida con inesperada cordialidad. Champollion descubrió con asombro que algunos ya le conocían como «el hombre que sabe leer la escritura de las antiguas piedras». Al día siguiente empezaron a explorar El Cairo, y en contraste con la experiencia de las tropas de Napoleón, a Champollion le pareció un lugar encantador:

Se han dicho muchas cosas malas de El Cairo. Por mi parte, la encuentro muy bien, y estas calles de ocho a diez pies de anchura, tan criticadas, a mí me parecen perfectamente calculadas para evitar los mayores calores... El Cairo es una ciudad absolutamente monumental... Multitud de mezquitas, algunas más elegantes que otras, cubiertas de arabescos del mejor gusto y adornadas con minaretes admirables por su riqueza y su gracia, dan a esta capital un aspecto impresionante y muy variado... El Cairo es todavía una ciudad de las Mil y Una Noches.

Su estado de salud había ido mejorando consistentemente desde la llegada a Egipto, tal como le explicó a Jacques-Joseph: «Mi salud sigue siendo excelente, y mejor que en Europa, como demuestra que te haya escrito estas siete páginas de una sola tirada, cosa que sería incapaz de hacer en París sin espasmos en el cerebro. Verdaderamente, soy un hombre nuevo.» Consciente del largo y agotador viaje que les aguardaba, dejó a los expedicionarios que disfrutaran del tiempo libre en la ciudad —una breve vacación antes de que comenzara el trabajo duro—, pero él siempre sintió que el tiempo apremiaba, y después de pasar diez días en El Cairo se cargaron los barcos con provisiones frescas y la expedición partió rumbo al sur.

La primera parada tuvo lugar en Toura, a poca distancia de El Cairo: una extensa zona de canteras de piedra caliza, de unos nueve kilómetros de circunferencia, de donde se había extraído piedra desde los tiempos prehistóricos. Allí la expedición adoptó por primera vez un sistema que se iba a volver instintivo cada vez que paraban en un lugar del valle del Nilo. A cada miembro de la expedición se le asignó una zona para buscar y registrar, y tenía que llamar a Cham-

pollion para que examinara todo lo que pareciera tener especial interés, concentrándose sobre todo en las inscripciones: «Iba a los sitios para apreciar la importancia de los descubrimientos. Si la inscripción parecía interesante, la dibujaba, o la hacía dibujar si estaba formada por trazos muy claros.» En Toura había muchas inscripciones demóticas y algunos jeroglíficos, y copiar las inscripciones con aquel intenso calor era una tarea ardua, que se hacía lo más rápidamente posible.

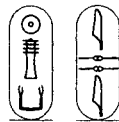
Cruzando a la orilla occidental del Nilo, la expedición llegó a las ruinas de la ciudad de Menfis, que fue durante un tiempo la capital del antiguo Egipto y ahora estaba parcialmente inundada por el Nilo. Este desbordamiento anual, consecuencia de las fuertes lluvias de verano en Etiopía, llegaba a Asuán a finales de junio y a El Cairo a finales de septiembre, cuando las aguas empezaban a retroceder. Los desbordamientos depositaban fango negro fertilizante a todo lo largo del valle del Nilo. En el antiguo Egipto, la altura de la inundación anual decidía si al año siguiente habría comida de sobra o se pasaría hambre, y por eso se medía su altura a lo largo del Nilo con «nilómetros» y se adoraba al dios Hapy, personificación del desbordamiento. La inundación anual, el pulso del antiguo Egipto, ya no se produce desde hace treinta años, porque el agua se acumula en el enorme lago Nasser, detrás de la presa de Asuán, al sur del país.

La expedición llegó a Menfis a principios de octubre y se vio obstaculizada por los efectos de la inundación. La zona que permanecía seca consistía principalmente en bloques de granito esparcidos por la arena, pero pudieron examinar los restos de la colosal estatua de Ramsés II, una de las pocas reliquias que todavía se pueden ver hoy en este lugar desértico y desolado. En la cercana aldea de Mít-Rahineh, encaramada sobre el emplazamiento de la antigua ciudad, la expedición realizó excavaciones que permitieron descubrir un cementerio y templos dedicados a Hathor. El peligro de nuevas inundaciones obligó a interrumpir las excavaciones, y la expedición cargó sus tiendas y equipo en una caravana de camellos para llegar a Saqqara, a poco más de tres kilómetros de distancia, ya que el Nilo estaba demasiado lejos para volver a dormir en los barcos. Mientras montaban el campamento, se encontraron con un grupo de beduinos y entablaron muy buenas relaciones con ellos (otro contraste con la

expedición de Napoleón), contratando a varios de ellos como peones y vigilantes nocturnos. Con su amplitud de mente y su sentido de la justicia, Champollion comentó: «Son gente valiente y excelente, si se los trata como a hombres.»

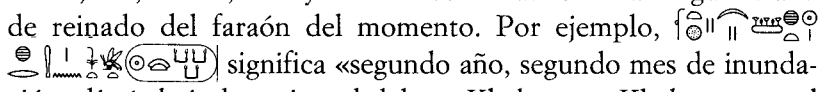
La expedición quedó decepcionada por la primera visión de Saqqara, que había sido la principal necrópolis de la ciudad de Menfis, para los reyes y la aristocracia. Esperaban ver edificios suntuosos, numerosas pirámides, templos, tumbas y avenidas de esfinges, y sólo encontraron los restos dejados por los saqueadores que durante veinte años habían esquilado sistemáticamente el lugar. Incluso aquellos residuos estaban en muchas partes cubiertos por la arena. Champollion se lamentó de la situación en una carta a su hermano: «Aquí en Saqqara he visitado la llanura de las momias, el antiguo cementerio de Menfis, sembrado de pirámides y tumbas violadas. Esta localidad, gracias a la bárbara rapacidad de los comerciantes de antigüedades, es casi completamente nula para el estudio.» Aquí fue donde el arquitecto Bibent abandonó la expedición, porque su salud se había ido deteriorando desde el principio y ya no poseía el entusiasmo y la energía que Champollion había observado y aplaudido cuando le conoció. De hecho, Bibent apenas vivió un año más después de dejar Egipto.

Una cuestión que no aparece en las cartas de Champollion (Jacques-Joseph publicó en Francia muchas de ellas) fue la importancia de los nombres de faraones que encontró en Saqqara. Los cartuchos



(«Djedkare» e «Isesi») le proporcionaron los nombres de un faraón de la quinta dinastía, que reinó durante unos cuarenta años, unos 2414 años antes de Cristo. Las fechas exactas de este faraón no eran seguras, pero esto bastó para confirmar la existencia de un faraón de la quinta dinastía. Los estudiosos conocían las antiguas dinastías de reyes de Egipto gracias a los escritos de Manetho, historiador y sumo sacerdote egipcio de finales del siglo III a.C. En su historia de Egipto (la *Aegyptiaca*), Manetho ofrecía una cronología del país, co-

menzando por los dioses, semidioses y espíritus de los difuntos, seguidos por el Diluvio y treinta dinastías de reyes, un sistema que Champollion adoptó y que todavía se utiliza en las listas de faraones. Las divisiones que establece Manetho entre las dinastías coinciden con bastante exactitud con las de otras listas de reyes más antiguas, como el Canon Real de Turín, descubierto por Champollion, y parecen basarse en el lugar desde donde reinó cada serie de reyes, como Menfis y Tebas. Dado que la cronología bíblica negaba la existencia de las quince primeras dinastías de Manetho porque eran demasiado antiguas (y por lo tanto, no podían haber existido), el descubrimiento del nombre de un faraón de la quinta dinastía entraba directamente en conflicto con dicha cronología, arrojando inmediatas dudas sobre la fecha de la creación del mundo. Champollion iba a encontrar muchas más evidencias que chocaban con el dogma religioso, pero por lo general procuraba confinar estos datos en sus archivos y diarios personales, sin atreverse a comentar estos descubrimientos con los otros miembros de la expedición.

En contra de lo que esperaban, una de las tumbas de Saqqara aportó información sobre el antiguo calendario egipcio, y Champollion anotó en su diario que los egipcios dividían la noche en doce horas y el día en otras doce, identificando correctamente  como «hora» (aunque era más frecuente escribirlo así: ). De hecho, parece que los egipcios fueron el primer pueblo que utilizó esta división del día en 24 horas. El año se dividía en tres estaciones:  (*akhet*, la estación del desbordamiento del Nilo),  (*peret*, el equivalente de la primavera, cuando empiezan a brotar los cultivos), y  (*shemu*, la época de la cosecha). Cada estación estaba dividida en cuatro meses, y cada mes en tres semanas de diez días, de modo que el año constaba de doce meses de treinta días cada uno: un total de 360 días. Para alcanzar la cifra de 365 días se añadieron cinco días más, que se consideraban como los «cumpleaños» de los dioses Osiris, Isis, Horus, Seth y Neftis. Las fechas se decían según el año de reinado del faraón del momento. Por ejemplo,  significa «segundo año, segundo mes de inundación, día 1, bajo la majestad del rey Khakaure». Khakaure era el nombre de trono del faraón de la 12.^a dinastía Senusret III, que reinó aproximadamente de 1878 a 1841 a.C.

Después de la frustración de Saqqara, la caravana de la expedición fue hasta las pirámides y la esfinge de Giza, a 16 kilómetros al noroeste, otra importante necrópolis que ahora está al borde mismo de los suburbios de El Cairo. Como a muchos visitantes modernos, a Champollion le dio la impresión de que las tres grandes pirámides perdían grandeza a medida que uno se acercaba a ellas, y anotó esta extraña sensación en su diario:

A todo el mundo le sorprenderá, como a mí, que el efecto de este prodigioso monumento disminuya a medida que uno se acerca. Yo mismo me sentí en cierto modo humillado al ver sin el menor asombro, a cincuenta pasos de distancia, esta construcción cuyos cálculos bastan por sí solos para hacer apreciar su inmensidad. Parece hundirse a medida que uno se acerca, y las piedras que la forman parecen simples cantos de muy pequeño tamaño. Es absolutamente necesario *tocar* este monumento con las manos para darse cuenta por fin de la enormidad de los materiales y de la enormidad de la masa que el ojo mide en ese momento. A diez pasos de distancia, la alucinación [su aparente pequeño tamaño] recupera su poder, y la Gran Pirámide parece un edificio vulgar. Verdaderamente, uno lamenta haberse acercado.

La Esfinge, en cambio, seguía siendo impresionante a causa de su carácter enigmático. El dibujante L'Hôte comentó que «Este monumento, que sabemos que representa un ser simbólico con cuerpo de león y cabeza humana, está enterrado hasta los hombros en la arena, a través de la cual se puede seguir la forma del dorso y la grupa del animal». Después de pasar tres días explorando la zona que rodea a las pirámides de Giza y copiando imágenes e inscripciones del interior de las tumbas, la expedición regresó a los barcos para emprender el largo trayecto río arriba hasta Beni Hassan. Tardaron doce días en recorrer los 200 kilómetros, y llegaron a última hora de la tarde del 23 de octubre. Viajeros anteriores habían informado de que el lugar, con sus tumbas excavadas en los acantilados de piedra caliza, era insignificante, y Champollion esperaba completar todo el trabajo necesario en uno o dos días. El examen inicial del interior de las tumbas reveló poca cosa en cuestión de decoración o inscripciones, a excepción de unas pocas marcas muy curiosas bajo una gruesa capa de polvo. Pero a Champollion se le ocurrió limpiar parte del polvo

con una esponja mojada y, ante el asombro de todos, debajo aparecieron pinturas de colores increíblemente vivos, que describían toda clase de cosas: tareas agrícolas, artes y oficios, escenas militares, juegos, músicos, cantantes y bailarines... Imágenes maravillosas, que se tardaría más de un día o dos en copiar.

Cuando la expedición abandonó por fin Beni Hassan iba retrasada con respecto al plan previsto, como explicó Champollion en carta a Jacques-Joseph:

Todo esto es culpa del admirable Jomard, que al describir los hipogeos de esta localidad había dado una idea tan falsa de ellos, con sus pequeños e inexactos dibujos y sus frases aún más dudosas, que yo esperaba terminar con estas grutas en *un* día. Pero han consumido quince... Esta vida de tumbas ha dado como resultado un portafolio de dibujos perfectamente hechos y de una exactitud completa, que ascienden ya a más de trescientos. Me atrevo a decir que sólo con estas riquezas, mi viaje a Egipto sería ya más satisfactorio y más productivo que todos los papeles de la *Comisión*...

No todas las pinturas e inscripciones de las tumbas eran egipcias, ya que varios viajeros habían dejado constancia de su paso por allí. En una tumba había una inscripción hecha por uno de los soldados de Napoleón, que decía simplemente «1800, 3.^{er} Regimiento de Dragones». Respetuosamente, Champollion repasó la inscripción con tinta para hacerla más legible y añadió debajo su propia marca: «J. F. C. Rst. 1828.»

Además de proporcionar tal abundancia de material, la sorprendente riqueza de las pinturas de las tumbas de Beni Hassan tuvo otras consecuencias menos favorables. Como tenía prisa por llegar a Tebas, Champollion se obligó –y forzó a los demás miembros de la expedición– a copiar las pinturas funerarias lo más rápidamente posible, con el fin de reducir al mínimo el incumplimiento del plan de campaña. El resultado fue un deterioro de su salud y el resentimiento de algunos de los otros. Por fin, un malhumorado grupo de hombres agotados partió de Beni Hassan a principios de noviembre, teniendo por delante un viaje de más de 320 kilómetros antes de poder ver Tebas, y por lo menos otro tanto antes de llegar a la segunda catarata.

Aunque el tiempo apremiaba, la expedición visitó todos los lu-

gares importantes, pero reduciendo al mínimo absoluto el tiempo que pasaba en cada uno; su tarea se vio lamentablemente facilitada por el hecho de que algunos lugares habían sido destruidos. En la ciudad romana de Antinópolis, fundada en el siglo II por el emperador Adriano en memoria de su amante Antino, que se había ahogado en el Nilo, habían desaparecido todas las columnas, los baños, los arcos de triunfo y los pórticos del hipódromo y el teatro descritos por los sabios de Napoleón. Champollion dejó constancia de su disgusto: «Ninguno de los monumentos descritos por la *Comisión de Egipto* ha escapado a la furia de los bárbaros habitantes, que, con el permiso de su gobierno, han destruido todo hasta los cimientos.» Avanzando a toda prisa, consiguieron hacer el viaje a Dendera en poco más de una semana, llegando la noche del 16 de noviembre.

Desde el Nilo no se podía ver Dendera, el lugar que tanto había impresionado a las tropas de Napoleón y al artista Vivant Denon, y de donde se había arrancado el polémico zodiaco para llevarlo a París; pero sólo pensar en ello a la luz de la luna ejerció un poderoso efecto en los miembros de la expedición. Champollion explicó su compulsiva excitación en una carta a Jacques-Joseph:

Había un claro de luna magnífico, y no estábamos más que a una hora de distancia de los templos. ¿Podíamos resistir la tentación? ¡Se lo pregunto a los más fríos de los mortales! Comer y ponerse en marcha fue cosa de un momento. Solos y sin guías, pero armados hasta los dientes, echamos a andar campo a través, suponiendo que los templos estaban en línea recta con nuestro barco. Así fuimos andando, cantando las marchas operísticas más recientes, durante una hora y media, sin encontrar nada. Por fin vimos a un hombre; lo llamamos y él salió corriendo, tomándonos por beduinos, porque vestidos al modo oriental y cubiertos con una gran capa blanca con capucha, al egipcio le parecimos una tribu de beduinos, mientras que un europeo nos habría tomado, sin dudar, por una guerrilla de monjes cartujos, armados con fusiles, sables y pistolas. Me trajeron al fugitivo y... le ordené que nos condujera a los templos. Este pobre diablo, que al principio apenas se fiaba, nos puso en el buen camino y acabó por marchar con cierta gracia. Delgado, seco, negro, cubierto de harapos, era una *momia andante*, pero nos guió muy bien y nosotros lo tratamos igual. Por fin, los templos aparecieron ante nosotros.

No intentaré describir la impresión que nos causó el gran propileo y, sobre todo, el pórtico del gran templo. Se puede medir con facilidad, pero dar una idea de ello es imposible. Es la elegancia y la majestad unidas en el grado más alto.

Regresaron a los barcos para dormir a las tres de la mañana, y se levantaron cuatro horas más tarde para explorar el lugar a la luz del día. Ahora que podía ver claramente todos los maravillosos relieves escultóricos, y con su conocimiento de los jeroglíficos, Champollion se dio cuenta de que se trataba de un templo ptolomeico y que no estaba dedicado a Isis, como se había pensado hasta entonces, sino a Hathor. A veces resulta difícil distinguir a algunas deidades de otras, y sobre todo a Isis de Hathor, a menos que se sepan leer los jeroglíficos que las acompañan. A Champollion, el templo le pareció una obra maestra de la arquitectura cubierta de esculturas decadentes, pero lo que más le sorprendió fueron los cartuchos vacíos , sin nombres ni títulos de monarcas:

En todo el interior de la nave, así como en las salas y edificios construidos en la terraza del templo, no hay ni un solo cartucho grabado: todos están vacíos, y no es que se hayan borrado. Lo más gracioso del asunto, *risum teneatis, amici* [aguantad la risa, amigos], es que el trozo del famoso zodiaco circular que llevaba el cartucho está todavía en su sitio, y también este cartucho está *vacío*, como todos los del interior del templo, y jamás ha recibido un solo golpe de cincel. Fueron los miembros de la *Comisión* los que añadieron a su dibujo la palabra *autocrator*, creyendo haber olvidado dibujar una inscripción que no existe.

Durante años se había debatido acerca de la fecha del zodiaco de Dendera, y Young había identificado uno de los cartuchos que lo acompañaban, publicado por la Comisión de Egipto, como correspondiente a Arsinoë. Champollion había puesto fin al debate identificando el cartucho publicado como «Autocrátor», título que se utilizaba en tiempos romanos, lo cual parecía fijar la época del zodiaco. Y ahora descubría que en realidad el cartucho estaba vacío y que la Comisión había usado una inscripción de otra parte para llenar el cartucho en su publicación. Apreció la ironía de que su datación del

zodiaco de Dendera, que le había valido la reputación de defensor de la cronología bíblica, el favor del Papa e, indirectamente, la Legión de Honor concedida por el rey, se hubiera basado en un dibujo falsificado.

A pesar de las maravillas de Dendera, Tebas estaba ya tan cerca que Champollion estaba aún más ansioso por seguir. Llegaron a los tres días, navegando con vientos contrarios: «¡*Tebas!* El nombre ya era grande en mis pensamientos: se ha convertido en colosal desde que recorrí las ruinas de la antigua capital, la más antigua de todas las ciudades del mundo. Durante cuatro días enteros, he corrido de maravilla en maravilla.» De los cuatro días dedicados al enorme número de ruinas de las dos orillas del Nilo, empleó el primero en explorar el templo de Ramsés II y las colosales estatuas que eran los únicos restos del templo de Amenhotep II. El segundo día lo pasó en los templos de Medinet Habu, y el tercero en las tumbas. Las espectaculares vistas del cuarto día, que pasó en Luxor y Karnak, las describió en una larga y apasionada carta a Jacques-Joseph:

El cuarto día... dejé la orilla izquierda del Nilo para visitar la parte oriental de Tebas. En primer lugar vi *Luxor*, un palacio inmenso que tiene delante dos obeliscos de cerca de ochenta pies, de un solo bloque de granito rosa, con un trabajo exquisito, acompañados por cuatro colosos del mismo material y de unos treinta pies de altura aproximadamente, ya que están enterrados hasta el pecho... Por fin fui al palacio, o más bien a la ciudad de monumentos, a *Karnak*. Allí se me apareció toda la magnificencia faraónica, todo lo que los hombres han imaginado y realizado a escala más grandiosa. Todo lo que había visto en Tebas, todo lo que había admirado con entusiasmo en la orilla izquierda, me parecía miserable en comparación con los gigantescos conceptos que me rodeaban... En Europa no somos más que liliputienses, y ningún pueblo antiguo ni moderno ha concebido el arte de la arquitectura a una escala tan sublime, tan grande, tan grandiosa, como lo hicieron los antiguos egipcios...

La expedición se trasladó a 16 kilómetros de Tebas y pasó un día copiando las inscripciones del templo ptolomeico de Hermontis, un templo que más tarde fue desmantelado y su albañilería quemada en hornos de cal. Los registros de la expedición son casi la única prue-

ba que queda de su existencia. Siguiendo río arriba, tuvieron motivos para lamentar los retrasos sufridos en el viaje hacia el sur, porque sólo doce días antes de su llegada se había demolido un templo cerca de Esna, utilizando sus piedras para reforzar la barrera que corría peligro de ser arrastrada por el desbordamiento del Nilo. Más al sur comprobaron con alivio que el templo de Edfu todavía estaba intacto, aunque semioculto por montones de escombros y chabolas árabes, que se amontonaban a su alrededor y encima de él. Después de copiar las inscripciones accesibles, llegaron a Asuán el 4 de diciembre.

La primera catarata de Asuán marcaba a todos los efectos la frontera entre los países de Egipto y Nubia, formando una barrera natural que obligó a la expedición a abandonar sus dos barcos y transferir sus provisiones y equipo a varias embarcaciones pequeñas al sur de la catarata, para poder continuar el viaje. Asuán era un punto de interés, ya que allí se alzaba la antigua ciudad de Siene, y Champollion quería ver sobre todo los dos templos de la isla Elefantina, enfrente de Asuán, pero quedó terriblemente decepcionado al encontrar que, como muchos otros lugares, habían sido desmantelados recientemente para reutilizar sus piedras, en este caso para construir unos cuarteles militares y un nuevo palacio para Mehemet Ali.

En Asuán, la salud de Champollion volvió a fallar, y sufrió un ataque de gota tan fuerte que sólo podía caminar apoyándose en dos hombres, y fue de este modo como hizo una dolorosa visita al templo de Isis en la cercana isla de File. Aunque él no lo sabía, allí fue donde, catorce siglos antes y en un portal romano, se grabó en piedra la última inscripción jeroglífica de fecha conocida: el 24 de agosto de 394 d.C. Encontró una placa conmemorativa colocada por las tropas francesas el 3 de marzo de 1799 para marcar el punto más meridional alcanzado por la expedición a Egipto de Napoleón, un logro que Champollion y sus compañeros iban a superar viajando hacia el sur por Nubia hasta la segunda catarata. A estas alturas, la salud de Champollion era tan frágil que después del esfuerzo realizado para visitar el templo de File necesitó varios días para recuperarse, pero el 16 de diciembre de 1828 todo estaba cargado en una flotilla de siete lanchas por encima de la catarata, y la expedición salió de Egipto y se adentró en Nubia.

Siguiendo el plan de detenerse lo menos posible por el camino al sur, llegaron en diez días a los dos templos excavados en la roca de

Abu Simbel. Champollion estaba ansioso de ver personalmente las inscripciones copiadas por el arquitecto Huyot, que seis años antes le habían proporcionado tan importantes pistas sobre los principios de la escritura jeroglífica. La expedición pasó dos días explorando los dos inmensos templos excavados en la roca, concentrándose en el primer templo, para lo cual tuvieron antes que retirar enormes cantidades de arena para despejar una peligrosa entrada, que Champollion describió en una carta a Jacques-Joseph:

El gran templo de Ibsamboul [Abu Simbel] vale por sí solo el viaje a Nubia. Es una maravilla que resultaría bellísima incluso en Tebas. Aterra pensar en el trabajo que costó esta excavación. La fachada está decorada con cuatro colosos sentados, de no menos de 61 pies de altura. Los cuatro, trabajados de manera soberbia, representan a Ramsés el Grande: sus rostros son *retratos*, y se parecen perfectamente a las imágenes de este rey que hay en Menfis, en Tebas y en todos los demás sitios. Es una obra completamente digna de admiración. Tal es la entrada. El interior es completamente digno de ella, pero visitarlo es una ardua tarea. Al llegar nosotros, la arena, y los nubios que se encargan de empujarla, habían cerrado la entrada. Nosotros la retiramos para asegurar lo mejor posible el pequeño pasadizo que habían abierto, y tomamos todas las precauciones posibles contra el infernal flujo de esta arena que, tanto en Egipto como en Nubia, amenaza con tragárselo todo. Yo me desvestí casi por completo, quedándome sólo con mi camisa árabe y un calzón de algodón, y me arrastré sobre el vientre por la pequeña abertura de una puerta que, si estuviera despejada, tendría por lo menos 25 pies de altura. Me pareció que entraba por la boca de un horno, y al deslizarme del todo al interior del templo, me encontré en una atmósfera calentada a 52 grados. Recorrimos a toda prisa esta asombrosa excavación: Roseellini, Ricci, yo y uno de los árabes, cada uno con una vela en la mano... Después de dos horas y media de admiración, y habiendo visto todos los bajorrelieves, la necesidad de respirar un poco de aire puro se hizo sentir, y fue necesario volver a la entrada del horno...

Fuera del templo, volvió a ponerse todas las capas de ropa (que en aquella época se utilizaban como aislamiento contra el calor), que incluían dos chaquetillas de franela, un gabán y un albornoz, y se refugió del cortante viento junto a una de las colosales estatuas de Ram-

sés II para recuperar fuerzas. Todavía sudaba abundantemente, por el esfuerzo de explorar el templo, cuando regresó a la lancha, pero en su mente daban vueltas las visiones de los bellísimos relieves y decidió hacer copias a toda costa: «Haría lo que fuera por obtenerlas.»

Conteniendo su impaciencia, Champollion dirigió la expedición desde Abu Simbel al cercano Uadi Halfa, justo debajo de la segunda catarata, en el territorio del actual Sudán. A partir de allí, sabían que si querían seguir más al sur tendrían que abandonar las lanchas y gran parte de sus provisiones para adentrarse a pie en el desierto, pero en aquella época Nubia padecía una gran hambruna, y era poco probable que la expedición pudiera avanzar mucho sin que la comida escaseara peligrosamente, así que se tomó la decisión de atenerse al plan y regresar Nilo abajo, estudiando a fondo los lugares más importantes. La expedición pasó el Año Nuevo en Uadi Halfa, y Champollion pudo al menos reflexionar sobre todo lo que había logrado ya la expedición y lo que aún tenía por delante. En los cuatro meses que llevaba en Egipto, había puesto a prueba su sistema de desciframiento con toda clase de inscripciones; y el sistema no sólo había funcionado, sino que se iba perfeccionando y ampliando constantemente. Aunque algunos de sus rivales todavía lo negaban, ya no quedaba ninguna duda de que los jeroglíficos habían sido descifrados; los antiguos textos egipcios se podían leer de nuevo.

Champollion escribió varias cartas en Uadi Halfa; cada una a su manera, reflejan sus pensamientos, sus esperanzas y sus temores en aquellos momentos. En una carta a Dacier, resumía lo que había hecho la expedición y cómo funcionaba su sistema de desciframiento:

Ahora puedo decir con orgullo que, habiendo seguido el curso del Nilo desde su desembocadura hasta la segunda catarata, tengo derecho a afirmar que no hay que cambiar nada en nuestra *Carta sobre el alfabeto de los jeroglíficos*. Nuestro alfabeto es bueno: se ha aplicado con el mismo éxito, primero a los monumentos egipcios de las épocas romana y griega, y después, y esto es lo que tiene mayor interés, a las inscripciones de todos los templos, palacios y tumbas de las épocas faraónicas. Así pues, todo justifica el apoyo que usted tuvo a bien dar a mi trabajo en una época en la que nadie estaba dispuesto a mirarlo favorablemente... File ha quedado casi agotada en los diez días que pasamos allí cuando remontábamos el Nilo, y los templos de

Ombos, Edfu y Esna, tan elogiados por la *Comisión de Egipto* en detrimento de los de Tebas, que estos caballeros no *apreciaron*, me detendrán poco tiempo... Mis portafolios son ya riquísimos: ya anticipo el placer de poner ante sus ojos todo el antiguo Egipto: religión, historia, artes y oficios, costumbres y modos de vida. Gran parte de mis dibujos son en color, y no me da miedo proclamar que no se parecen en nada a los de nuestro amigo Jomard, porque reproducen el auténtico estilo de los originales con escrupulosa fidelidad.

Escribiendo a su hermano, Champollion se mostraba menos reservado acerca de lo que le aguardaba: «Mi trabajo *realmente comienza hoy*, aunque ya tengo en el portafolio más de seiscientos dibujos, pero queda tanto por hacer que casi me da miedo...» En la misma carta le decía a Jacques-Joseph que confiaba en él para que dispusiera que un barco francés los recogiera en Alejandría a principios de octubre. Y en una carta a su viejo amigo Thévenet comentaba retorcidamente: «Mi salud ha aguantado, y espero que esto durará... Me mantengo sobrio tanto por necesidad como por virtud y, si una cosa ayuda a la otra, evitaré las enfermedades del país.»

El egiptólogo Charles Lenormant había acordado con Champollion que le acompañaría sólo hasta la segunda catarata, y aunque había sido un leal miembro de la expedición, al llegar allí hizo valer el acuerdo y volvió hacia el norte en una de las lanchas. Con esto y la pérdida prematura de Bibent, la expedición quedó reducida a doce hombres. El 1 de enero de 1829 la expedición emprendió el regreso Nilo abajo desde Uadi Halfa. Al día siguiente, las embarcaciones se detuvieron bajo la cueva de Machakit, situada en lo alto de la pared de un precipicio. Sólo Champollion, L'Hôte y Ricci se arriesgaron a intentar el peligroso ascenso hasta la cueva, convertida en capilla durante el reinado del faraón Horemheb, hacia 1300 a.C. Mientras Champollion copiaba las inscripciones, los otros dos dibujaron los bajorrelieves. El descenso desde la cueva resultó más peligroso aún, ya que se desató una tormenta, pero los tres llegaron sanos y salvos al pie del precipicio y las lanchas zarparon inmediatamente. No llevaban ni media hora navegando cuando la violencia del viento los obligó a ganar la orilla, donde tuvieron que permanecer hasta que la tormenta amainó a la mañana siguiente.

Un día después de la tormenta, Champollion sufrió un fuerte ataque de gota en la rodilla derecha, que le obligó a guardar cama,

y al llegar a Abu Simbel se llevó el disgusto de no poder copiar las inscripciones personalmente. Mientras los otros miembros de la expedición se encargaban de las copias y dibujos, dentro y fuera del templo principal, él dedicó el tiempo a tomar notas para su diccionario de jeroglíficos y a escuchar con simpatía las lamentaciones del naturalista Raddi, que acababa de descubrir que uno de los marineros había tirado al Nilo su amplia colección de muestras de rocas, por miedo a que la lancha se hundiera. El 6 de enero, sin haberse recuperado del todo, Champollion insistió en trabajar en el templo, y prácticamente hubo que llevarlo hasta allí. Una vez dentro, la visión de las estatuas, relieves e inscripciones pareció darle fuerza y le permitió trabajar durante unas dos horas. El calor húmedo del templo contribuyó a aliviar la gota, y durante los días siguientes trabajó allí unas tres horas diarias, mientras su salud mejoraba poco a poco.

Todos los miembros de la expedición que trabajaron dentro del templo lo consideraron una experiencia agotadora, pero la información que estaban recopilando era demasiado importante para desatenderla. Champollion le describió los problemas a Jacques-Joseph, elogiando el excelente trabajo de sus colegas:

Aquí todo es colosal, incluyendo el trabajo que hemos emprendido, cuyos resultados tendrán algún derecho a la atención pública. Todos los que conocen este lugar saben las dificultades que hay que superar para dibujar un solo jeroglífico en el gran templo... y cuando se sepa que el calor que se experimenta en este templo, que hoy es *subterráneo* (porque las arenas han cubierto casi por completo la fachada), es comparable al de un baño turco muy caliente, cuando se sepa que es preciso entrar casi desnudo, que el cuerpo transpira constantemente un abundante sudor que se mete en los ojos y gotea sobre el papel ya mojado por el calor húmedo de esta atmósfera calentada como en un autoclave, se admirará sin duda el valor de nuestros jóvenes, que se enfrentan a este horno durante tres o cuatro horas al día, no salen hasta que están agotados, y no abandonan el trabajo hasta que sus piernas se niegan a sostenerlos.

Mientras los pintores y dibujantes lo dibujaban todo, Champollion y Rosellini se encargaban de hacer copias exactas de los textos jeroglíficos:

Rosellini y yo nos hemos reservado la tarea de las inscripciones jeroglíficas, a menudo muy extensas, que acompañan a cada figura o a cada grupo en los relieves históricos. Las copiamos directamente o hacemos impresiones en papel cuando están muy altas. Yo las comparo varias veces con el original, paso a limpio las copias y se las doy a los dibujantes, que previamente han dejado sitio y calcado las columnas destinadas a recibirlas.

La expedición necesitó trece días de trabajo agotador para copiar todo lo necesario en los dos templos de Abu Simbel, bajo las condiciones más penosas que se podían dar, y al cabo de ese tiempo empezaron a sentir que iniciaban realmente el regreso a casa. Champollion escribió en su diario: «No he podido evitar un sentimiento de tristeza al dejar así para siempre... este hermoso monumento, el primer templo del que me alejo para no volverlo a ver jamás.»

Desde Abu Simbel había menos de un día de viaje fluvial hasta Qasr Ibrim, una fortaleza construida en lo alto de un promontorio rocoso que había sido destruida pocos años antes por las tropas de Mehemet Ali para impedir que la utilizaran los mamelucos. La expedición se detuvo brevemente para inspeccionar las cuevas que había al pie de los acantilados, a las que sólo se podía llegar con escaleras. Resultó que dichas cuevas eran refugios y capillas excavados en la roca, que se remontaban por lo menos a la 18.^a dinastía, hacia 1500 a.C. Cuando se construyó la presa de Asuán, en los años sesenta, el lago Nasser inundó una extensa zona que incluía Qasr Ibrim; ahora, el agua del lago lame las murallas en ruínas de lo que en otro tiempo fue una formidable fortaleza, y las cuevas están a varios metros bajo la superficie. Gran parte de Nubia quedó anegada por la construcción de la presa, y aunque algunos de los monumentos que Champollion visitó fueron salvados por un colosal proyecto de la Unesco en el que participaron más de cuarenta países, otros muchos no fueron trasladados y ahora están inaccesibles, bajo las profundas aguas del lago Nasser. El rescate más espectacular fue el de los dos templos tallados en la roca de Abu Simbel, que fueron trasladados a otro lugar, donde se construyó un montículo rocoso artificial sobre una cúpula de hormigón.

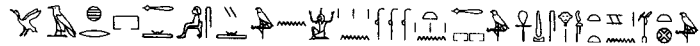
La expedición había llegado a Qasr Ibrim a primera hora de la mañana; siguieron adelante y aquel mismo día por la tarde llegaron

a Derr, la capital de Nubia, que una guía de viajeros de la época describía como «una larga y dispersa aldea de casas de adobe... y una mezquita, la única que se ve después de dejar File», y que Champollion describió como «un gran pueblo de doscientas casas, pero más agradable y más limpio que muchos pueblos de Egipto, porque las calles son espaciosas y sobre todo porque las casas están rodeadas por pequeñas plantaciones de palmeras». Después de cenar a la luz de la luna, Champollion habló con uno de los habitantes, preguntándole «si sabía el nombre del *sultán* que había construido el templo de *Derri* [Derr]; me respondió inmediatamente que era demasiado joven para saber eso, pero que los viejos del país parecían estar todos de acuerdo en que este *Birbé* [templo] había sido construido unos tres mil años antes del Islam, pero que todos aquellos viejos seguían sin estar seguros de una cosa... no sabían si habían sido los *franceses*, los *ingleses* o los *rusos* los que habían ejecutado entonces aquella gran obra». Encantado por esta explicación, Champollion comentó: «Así se escribe la historia en Nubia.»

Al amanecer del día siguiente hicieron una visita al templo de Derr, excavado en la roca, que sirvió para resolver uno de los problemas secundarios que seguían preocupándole. En algunos de los bajorrelieves que acompañaban al faraón Ramsés II en batalla aparecía un león (el animal simbólico por el que Champollion seguía sintiendo simpatía), pero no había sido capaz de determinar si se trataba de una mera asociación simbólica, que indicaba que Ramsés tenía el valor y la fuerza de un león, o si se trataba de un león auténtico, domesticado y amaestrado para la guerra. En Derr, el león del faraón aparecía lanzándose contra los enemigos, con la leyenda:  («El león, servidor de Su Majestad, haciendo pedazos a sus enemigos»). Ante lo cual, Champollion comentó: «Me parece que esto demuestra que el león existió realmente y seguía a Ramsés en las batallas.»

Continuando río abajo hacia el norte, examinaron una serie de templos antes de llegar a File el 1 de febrero por la tarde. Allí pasaron seis días mientras se transportaba su equipo por tierra para salvar la primera catarata y se cargaba de nuevo en los barcos originales, el *Isis* y el *Hathor*, que esperaban en Asuán, desde donde la expedición continuó el regreso Nilo abajo inspeccionando varios lugares más antes de

llegar a Tebas el 8 de marzo. Las dos primeras semanas en Tebas se dedicaron al estudio detallado del templo de Luxor, en la orilla oriental del Nilo. Delante mismo amarraron los barcos y los utilizaron para dormir, ya que no había ningún otro alojamiento. A continuación, los expedicionarios se proponían explorar el terreno funerario de los faraones, en la orilla occidental. Los antiguos egipcios tenían varios nombres para esta necrópolis, entre ellos «Lugar Bello», «Gran Campo» y «Bella Escalera del Oeste», pero su nombre oficial era:



que significa «La Gran y Noble Tumba de los Millones de Años del Faraón, Vida, Fuerza, Salud, en el Oeste de Tebas». Champollion se enteró de que el nombre árabe del lugar era *Biban-el-Molouk*, que significa «Las Puertas de los Reyes», un eco inconsciente de la «Tebas de las Cien Puertas», que es como se describe la Tebas egipcia en la *Iliada* de Homero para distinguirla de la Tebas griega. Adaptando ligeramente el nombre, Champollion llamó al lugar el *Valle de los Reyes*, que es como se le conoce comúnmente hoy día.

La expedición instaló su residencia en la tumba del faraón Ramsés IV, que había sido saqueada mucho tiempo atrás y era utilizada de vez en cuando por los viajeros como refugio. En una carta que escribió a su hermano pocos días después, Champollion describía su insólito alojamiento:

Así pues, nuestra caravana, formada por burros y sabios, se estableció aquí el mismo día, y estamos ocupando el mejor y más magnífico alojamiento que se puede encontrar en Egipto. Es el rey Ramsés (el cuarto de la 19.^a dinastía) el que nos da hospitalidad, puesto que ocupamos su magnífica tumba, la segunda a la derecha según se entra en el valle de Biban-el-Molouk. Este hipogeo, admirablemente conservado, recibe bastante aire y bastante luz para que estemos alojados de maravilla. Ocupamos las tres primeras salas, con una longitud total de 65 pasos; las paredes, de quince a veinte pies de altura, y los techos están completamente cubiertos de esculturas pintadas, cuyos colores conservan casi todo su brillo. Es verdaderamente la vivienda de un príncipe... Así es nuestra residencia en el *Valle de los Reyes*, verdadera sede de la muerte, ya que aquí no se encuentra ni una brizna de hierba ni seres vivos, con excepción de los chacales y las hienas, que la noche antepasada han devorado, a cien

pasos de nuestro *palacio*, al burro que transportaba a mi criado Mohammed.

Champollion incluyó en esta carta un plano de la tumba, que mostraba que su largo túnel de entrada estaba dividido en salas donde dormían todos ellos. El plano confirmaba que había identificado la tumba como la de Ramsés IV; por alguna razón, tal vez porque es fácil confundir los números romanos IV y VI, más adelante se dijo que la expedición se había alojado en la tumba de Ramsés VI. Sin saberlo, la expedición se había instalado en la misma tumba cuyo antiguo plano egipcio había descubierto Champollion entre los papiros de la colección Drovetti en Turín. Dado que el plano antiguo estaba incompleto y que la única descripción moderna de la tumba era una muy inexacta, dibujada por la Comisión de Egipto, Champollion no llegó a darse cuenta de esta notable coincidencia. Muchos años después, cuando Howard Carter hizo una descripción exacta de la tumba (antes de hacerse famoso por descubrir la tumba de Tutankamón, exactamente cien años después de que Champollion descifrara los jeroglíficos en París), se comprobó que la tumba dibujada en el antiguo plano era la de Ramsés IV.

En el Valle de los Reyes se copiaron meticulosamente las pinturas e inscripciones de las dieciséis tumbas que estaban total o parcialmente accesibles para el estudio y tenían las mejores pinturas. Debido a los daños causados en décadas posteriores por las filtraciones de agua, las inundaciones rápidas, los derrumbamientos, la salinidad y el exceso de turistas, estos primeros registros de las tumbas son ahora valiosísimos como documentos históricos. La propia expedición franco-toscana contribuyó a los daños —¿o tal vez salvó las pinturas?—, ya que Champollion y Rosellini arrancaron de la tumba de Seti I dos secciones de yeso con pinturas espectaculares, que ahora se encuentran en el Louvre de París y en el Museo Arqueológico de Florencia.

Las cartas de la expedición las llevaba a El Cairo y las traía de allí un correo que viajaba a pie, y al menos en una ocasión no regresó y hubo que enviar un segundo correo para que lo encontrara vivo o muerto. El 2 de abril, Champollion cerró la última carta de un lote que el correo iba a llevar a la mañana siguiente. En esta carta a Jacques-Joseph le decía que por la noche iban a hacer una cena es-

pecial para celebrar con retraso el cuarto cumpleaños de su hija Zoräide, que no había podido celebrar en su momento, el 1 de marzo, porque aquel día se estaban acercando a la primera catarata y les quedaban pocas provisiones. Para esta cena de celebración habían conseguido por fin un cocodrilo: desde que salieron de Alejandría, en septiembre, la expedición había intentado por todos los medios cazar o comprar un cocodrilo fresco, ya que se suponía que su carne era exquisita. Antes de que partiera el correo, añadió una posdata a la carta: «Nuestro plato de cocodrilo se estropeó durante la noche: la carne se ha puesto verde y apestosa. ¡Qué desgracia!»

Aunque a veces estaba enfermo y agotado por el exceso de trabajo, Champollion fue sumamente feliz durante estos meses de aventura y exploración en Egipto. Por fin sentía que estaba cumpliendo su destino, y en ningún lugar lo sintió tanto como en Tebas. Por lo tanto, no era apenas consciente de que en Europa, y sobre todo en París, seguía viva la controversia acerca de su desciframiento de los jeroglíficos, alimentada principalmente por las insinuaciones y calumnias de Jomard, Young y Klaproth. Las mezquindades y murmuraciones continuaban, pero Jacques-Joseph no hablaba de estas cuestiones en sus cartas, puede que deliberadamente, y por eso a veces tenía poco que decir, lo cual desilusionaba a Champollion: «Encuentro tus cartas un poco cortas. Recuerda que estoy a mil leguas de ti.» Por fin Jacques-Joseph informó a su hermano de que Young había enviado una carta a varios académicos de París, entre ellos su mutuo amigo el astrónomo Arago, reprochándoles que dieran demasiada importancia a los descubrimientos de Champollion. Con absoluta confianza en sus propios logros, Champollion replicó con una mezcla de lástima y exasperación:

¿Es, pues, incorregible el pobre doctor Young? ¿Por qué remover un viejo asunto ya momificado? Dale las gracias al señor Arago por su valiente defensa del *alfabeto franco-faraónico*. Haga lo que haga el británico, *seguirá siendo nuestro*: y toda la *vieja* Inglaterra aprenderá de la *joven* Francia a deletrear los jeroglíficos por un método completamente distinto de «*el de Lancaster*» [una pulla dirigida a la vez a Young y a Jomard]. Además, el doctor todavía sigue discutiendo sobre el alfabeto, y yo, que llevo seis meses sumergido en medio de los monumentos de Egipto, estoy aterrado por lo que *leo*.aquí, más flui-

damente de lo que me atrevía a imaginar. Tengo resultados (*esto entre nosotros*) sumamente embarazosos...

La carta continuaba con insinuaciones muy vagas, que hasta el propio Jacques-Joseph pudo tener dificultades para entender. A Champollion le asustaban demasiado las consecuencias y no se atrevía a reconocer que los registros referentes a los primeros faraones que había reunido hasta entonces en Egipto echaban completamente por tierra la cronología bíblica.

Cuando abril dejó paso a mayo, junio y julio, y el creciente calor del verano egipcio hizo intolerables las condiciones de trabajo, todos los miembros de la expedición estaban sufriendo, y no sólo de calor. El explorador y médico Ricci había sido picado en el brazo por un escorpión y ya no podía trabajar. Aunque permaneció con la expedición, nunca se recuperó del todo y falleció en Florencia en 1834. Otros padecían agotamiento, entre ellos Champollion, que estaba al límite de su resistencia física y tenía preocupados a sus compañeros. Insistía en que le dejaran trabajar solo en las tumbas del Valle de los Reyes, y en varias ocasiones lo encontraron desmayado sobre sus papeles. Algunos de sus compañeros estaban hartos de su eterna obsesión por los textos jeroglíficos, y L'Hôte se quejó de los jeroglíficos en una carta a sus padres: «¡Hemos sido tragados! Un año de trabajo, un año sin interrupción, sin un solo día de descanso, sin un minuto de respiro.» Hacia finales de julio, los artistas Bertin, Lehoux y Duchesne amenazaron con marcharse, pero al final sólo se marchó Duchesne, que partió hacia Grecia el 30 de julio y llevó a Alejandría varias cajas de antigüedades de parte de Champollion.

Aunque estaba agotado, Champollion no perdía su entusiasmo y optimismo, y a principios de julio le comunicó a Jacques-Joseph su absoluto compromiso:

Por fin contesto, queridísimo amigo, tal vez un poco tarde, a tus tres cartas... Pero tienes que pensar que soy un hombre que acaba de resucitar: hasta los primeros días de junio he sido un habitante de las tumbas, donde uno se desentiende de los asuntos de este mundo. No obstante, bajo aquellas oscuras bóvedas, mi corazón vivía y atravesaba con frecuencia Egipto y el Mediterráneo para volver a sumergirse en los buenos recuerdos de las orillas del Sena. Esos *baños de fami-*

lia me refrescaban la sangre y me estimulaban el corazón... No olvides presentar cuando tengas ocasión mis respetos al señor De Sacy: me sentiré halagado si mis resultados justifican la buena voluntad que ha demostrado para con mi trabajo. No he tenido respuesta a las dos cartas que he escrito al señor duque de Blacas... Me desesperaría que no llegaran y que él dedujera de mi silencio que he olvidado todas sus bondades para conmigo: ese descuido no va con mi carácter, y menos aún con mi corazón.

Terminada su tarea en el Valle de los Reyes, la expedición trasladó su base a una casa en la vecina Qurna, a la que llamaron «el château», iniciando una rutina de trabajo desde las siete de la mañana hasta mediodía y dos horas más por la tarde, aunque las tardes también se podían dedicar a redactar informes, hacer copias de los dibujos y escribir cartas. Champollion empezó a estudiar las inscripciones de Deir el-Bahari y quedó desconcertado por lo que encontró, porque, aunque podía leer los nombres de dos faraones, uno de dichos nombres, hasta entonces desconocido, tenía terminación femenina, y sin embargo acompañaba a la imagen de un faraón barbudo. Advirtiéndole que algunos nombres con la terminación femenina habían sido borrados deliberadamente, dedujo que uno de los faraones había reinado como regente hasta que el otro asumió el poder, y que posiblemente la regencia había causado resentimientos que fueron la causa de que se borrara el nombre del regente; pero seguía sin poder explicar la terminación femenina. En Deir el-Bahari, en la orilla occidental del Nilo a la altura de Tebas, con sus espectaculares acantilados calizos como telón de fondo, se alzó en otro tiempo el más espectacular de todos los templos funerarios (donde se rendía culto a un faraón muerto), y Champollion estuvo cerquísima de deducir que el faraón que reinó como regente había sido una mujer y que aquél era su templo funerario, un concepto impensable hasta entonces para los estudiosos.

La faraona era  (Maatkare Hatshepsut-Amón, conocida habitualmente como Hatshepsut). Era hija del faraón Tutmosis I y tras el reinado de su medio hermano Tutmosis II detentó el poder como regente mientras crecía su sobrino Tutmosis III. Lo insólito fue que se autoproclamó faraona, y probablemente reinó desde 1498 hasta 1483 a.C., compartiendo el poder con su

sobrino durante gran parte del tiempo. Después de su muerte, su nombre fue borrado, probablemente más para purgar la blasfemia de un faraón femenino que por resentimiento por parte de su sobrino.

Después de Deir el-Bahari, Champollion recorrió los demás lugares de Tebas en la orilla occidental del Nilo, incluyendo el complejo de templos de Medinet Habu, con sus asombrosos relieves. Allí identificó correctamente el antiguo método egipcio para calcular las bajas enemigas después de una batalla, y describió así la escena representada en uno de los relieves:

Los príncipes y los jefes del ejército egipcio conducen cuatro columnas de prisioneros ante el rey victorioso: los escribas cuentan y documentan el número de manos derechas y de partes genitales cortadas a los *Robou* [asiáticos] muertos en el campo de batalla. La inscripción dice textualmente: «Se llevan los prisioneros a presencia de Su Majestad; su número es mil; manos cortadas, tres mil; falos, tres mil.» El faraón a cuyos pies se depositan estos trofeos está apaciblemente sentado en su carro, con los caballos sujetos por oficiales, y pronuncia un discurso a sus guerreros.

Los templos y tumbas de Tebas proporcionaron a Champollion abundante respaldo a su ya antigua opinión de que el arte egipcio se desarrolló antes, sin influencias del arte clásico griego, y que en todo caso fue el aparentemente puro arte griego el que se derivó del arte egipcio. Presentó sus conclusiones a Jacques-Joseph:

He aquí una de las mil y una pruebas demostrativas en contra de la opinión de los que todavía se obstinan en suponer que el arte egipcio adquirió alguna perfección gracias al establecimiento de los griegos en Egipto. Lo repito una vez más: *el arte egipcio sólo se debe a sí mismo* todo lo que ha producido de grande, puro y bello... El Antiguo Egipto enseñó las artes a Grecia, y ésta les dio su desarrollo más sublime, pero sin Egipto Grecia probablemente nunca se habría convertido en la tierra clásica de las bellas artes. Ésta es mi completa profesión de fe en esta gran cuestión. Escribo estas líneas delante de unos bajorrelieves que los egipcios ejecutaron con la mayor elegancia y competencia 1.700 años antes de la Era Cristiana. ¿Qué hacían los griegos entonces?

En una carta a su hermano escrita a principios de julio, Champollion explicaba sus planes modificados para el resto de la expedición a Egipto: el 1 de agosto se proponía cruzar el Nilo hasta la orilla oriental para estudiar Luxor y Karnak, y el 1 de septiembre emprenderían el regreso, deteniéndose sólo en Dendera y Abidos para llegar a Alejandría a finales de septiembre. Había renunciado a pasar por Roma para terminar su trabajo con los obeliscos, como tenía pensado en un principio, debido a la muerte de su protector el papa León XII, que había fallecido en febrero, y encargaba a su hermano que se asegurara de que hubiera un buen barco esperando a la expedición en Alejandría. Como tenía mucho miedo al invierno de París, daba también instrucciones sobre el tipo de vivienda que su esposa Rosine debía buscar para ambos, porque mientras él estaba en Egipto, Rosine había estado viviendo con la familia de Jacques-Joseph en una vivienda que se le concedió a éste junto con su nuevo trabajo en la Biblioteca Nacional, conseguido el año anterior. Champollion hacía hincapié en que tenía que ser «sobre todo un piso *caliente*, tengo necesidad de ello para pasar convenientemente el duro invierno que me aguarda a mi regreso: me hace temblar por anticipado».

Sin confesar en sus cartas que estaba completamente agotado, Champollion cruzó el Nilo a principios de agosto con los miembros restantes de la expedición, y terminaron en poco tiempo su trabajo en el magnífico templo de Luxor y sus dos obeliscos. En las cartas que los dos hermanos se intercambiaron en esta época se hablaba mucho sobre llevar un obelisco a París. Champollion era partidario de llevar uno de los dos obeliscos que había delante de este templo, y escribió entusiasmado:

Me está volviendo otra vez la idea de que si el gobierno quiere un *obelisco* en París, es cuestión de honor nacional tener uno de los de Luxor (el de la derecha, según se entra), un monolito de la mayor belleza y de setenta pies de altura... con un trabajo exquisito y asombrosamente bien conservado. Insiste en eso, y encuentra un ministro que quiera inmortalizar su nombre adornando París con semejante maravilla: 300.000 francos resolverían el asunto. Que se considere seriamente. Si quieren hacerlo, que envíen al lugar un arquitecto o un ingeniero *práctico* (*¡pero no un sabio!*) con los bolsillos llenos de dinero, y el obelisco marchará... Poseo copias exactas de estos dos

bellos monolitos. Las he hecho con el máximo cuidado, corrigiendo los errores del grabado de la *Comisión* y completándolas con las excavaciones que hemos hecho en las bases de los obeliscos. Por desgracia, es imposible ver el extremo de la cara este del obelisco de la derecha y la cara oeste del obelisco de la izquierda: para ello sería preciso derribar unas casas de barro y dejar sin hogar a varias pobres familias de fellahin.

Al mismo tiempo, Champollion escribió a Drovetti, el cónsul francés en Alejandría, instándole a que presionara al gobierno francés para que eligiera el obelisco de Luxor y no uno de Alejandría. Aunque él no participó directamente en las posteriores negociaciones, el obelisco elegido por Champollion fue trasladado por fin a París e instalado en la plaza de la Concorde en octubre de 1836.

La siguiente parada era Karnak, el enorme complejo de edificios religiosos que ocupaba unas 100 hectáreas de Tebas y que tanto había fascinado a los miembros de la expedición en su primera visita, el año anterior. Instalaron su cuartel general en el pequeño templo de Opet, cerca de la avenida de esfinges que conducía al templo de Luxor. Opet, considerada como una personificación de la maternidad y protectora de los partos, se solía representar como un hipopótamo hembra, y a ella se le dedicaba una de las dos fiestas principales de Tebas, con una procesión ritual de imágenes divinas en barcos ceremoniales a lo largo de la avenida de las esfinges, desde Karnak al templo de Luxor. La otra fiesta principal era el Hermoso Festival del Valle, en el que se llevaban estatuas de los dioses desde Karnak a la orilla opuesta del Nilo.

Después de seis meses en Tebas, la expedición levó anclas hacia Dendera en la tarde del 4 de septiembre de 1829, y al día siguiente visitaron de nuevo el templo para que Champollion comprobara el cartucho vacío perteneciente al zodiaco: «He querido confirmar de nuevo, *con los ojos y la mano*, que los cartuchos de las inscripciones laterales del zodiaco circular están realmente *vacíos* y no han sido grabados nunca: eso es indudable, y el famoso *autocrator* es sin duda obra de nuestro amigo Jomard.» Al dejar Dendera, se encontraron con dos correos que les llevaban cartas: una era de Jacques-Joseph, y en ella decía que en febrero se había vuelto a rechazar la candida-

tura de Champollion a la Academia de Inscripciones y Literatura, debido a la oposición de Jomard y sus compinches. Aunque Jacques-Joseph había sido secretario durante muchos años del secretario perpetuo de la Academia, Dacier, se le seguía considerando sólo como «miembro corresponsal» con residencia en Grenoble.

Los barcos de la expedición avanzaron con rapidez río abajo, en una época en la que el desbordamiento del Nilo era particularmente intenso. Para Champollion, la inundación era un espectáculo magnífico, aunque le apenaba la suerte de los campesinos, cuyos campos y cosechas habían quedado destruidos. Debido a la inundación, tuvieron que renunciar a visitar Abidos como tenían planeado, lo cual no fue del todo malo, teniendo en cuenta el precario estado de salud de Champollion. Dentro de poco harían una breve parada en El Cairo; de allí a Alejandría y a casa. En este punto, y en contra de todos los consejos, el naturalista Raddi decidió adentrarse solo en el delta del Nilo. Su ayudante Galastri había regresado a Italia meses antes debido a una enfermedad. El propio Raddi no se encontraba muy bien y se supone que se perdió en el delta del Nilo; no se le volvió a ver.

En El Cairo, Champollion se enteró con pena de que su antiguo colega y adversario Thomas Young había fallecido pocos meses antes. Se habían visto por última vez en París, la víspera de la partida de Champollion hacia Egipto, un país que Young nunca llegó a visitar. Desde París había ido a Ginebra, y al regresar a su casa de Park Square, Londres, en otoño de 1828, había reanudado su agradable vida, disfrutando de su buena salud habitual. Poco después de su regreso, había comentado: «En cuanto a mí, estoy completamente satisfecho de la vida que llevo: todos los días, de once a dos, hago visitas profesionales de rutina; el resto del día estudio mis jeroglíficos o mis matemáticas y converso en mi biblioteca con gente de más allá de los Alpes o del Mediterráneo.»

Young siguió trabajando en su diccionario de demótico (encorrial para él), que debía complementar el libro de Tattam sobre gramática copta. A mediados de diciembre (cuando Champollion viajaba de File a Nubia), escribió a su viejo amigo y antiguo alumno Hudson Gurney:

Acabo de terminar de pasar a limpio mi pequeño Diccionario Egipcio, aunque tendré que volver a copiarlo entero a medida que progresa la litografía, lo cual será un trabajo de dos o tres meses para los dedos y los ojos, pero poco o nada para el cerebro. Contiene poco o nada que llame la atención, pero salva del olvido todo lo que he aprendido sobre la caligrafía, que no está registrado metódicamente en ninguna parte. En total son unas cien páginas.

Un mes antes, en una carta a Young desde Nápoles, Gell había dicho:

Ojalá me hubieras enviado a Egipto con Champollion, que se ofreció a llevarme, pero no tenía dinero. No me cabe duda de que habría hecho algo, ya que creo que formo opiniones y hago planes con más rapidez que mis prójimos y tengo más paciencia para descifrar los jeroglíficos... Me alegro de que seáis amigos de nuevo, pero publica pronto tu diccionario de encorrial, no lo vaya a hacer antes algún feo alemán, porque me atrevo a decir que en este momento hay docenas de ellos metidos en el asunto sin hacer otra cosa.

A partir de febrero de 1829, cuando Champollion regresaba a File desde Nubia, Young empezó a sufrir ataques de asma y debilidad; en abril sus pulmones estaban seriamente afectados. Obligado a guardar cama, declaró que había terminado todas sus investigaciones excepto las de su diccionario, cuya edición seguía supervisando, aunque ahora se encontraba tan débil que sólo podía sostener un lápiz y no una pluma. Decía que la confección del diccionario le divertía mucho y que «si esta enfermedad acorta sus días, habrá tenido la satisfacción de no haber estado ocioso jamás en su vida». Por fin, el 10 de mayo de 1829, mientras Champollion estaba en las tumbas del Valle de los Reyes, Young murió a los 55 años de edad a causa de una «osificación de la aorta» y fue enterrado con la familia de su mujer en la cripta de la iglesia de San Gil Abad, en el pueblo de Farnborough (Kent, sur de Inglaterra). Su esposa se empeñó en que se pusiera una placa conmemorativa en la abadía de Westminster, en Londres, que adoptó la forma de un medallón escultórico con una inscripción escrita por Gurney. Todavía se conservan algunas otras placas conmemorativas de Young, entre ellas una en la casa donde

nació, en Milverton (Somerset) y otra en su casa de Welbeck Street (Londres). En el Salón del Condado de los juzgados de Taunton (Somerset) hay un busto en mármol de Young, con una versión abreviada de la inscripción de Gurney que dice:

Thomas Young, doctor en medicina, miembro y secretario de asuntos extranjeros de la Royal Society, miembro del Instituto Nacional de Francia, no superado en la amplitud y precisión de sus conocimientos. Sólo superado por Newton en la agudeza de su visión de las causas de los fenómenos, en especial los de la física óptica. El primero en descubrir los jeroglíficos egipcios. Autor de conferencias sobre filosofía natural. Uno de los ejemplos más clásicos de literatura científica. Querido por sus amigos por sus virtudes domésticas. Honrado por el mundo por sus renombrados conocimientos. Murió con la esperanza de la resurrección de los justos. Nacido en Milverton, Somersetshire, el 13 de junio de 1773. Fallecido en Park Square, Londres, el 10 de mayo de 1829 en su 56.º año de vida.

Un año después de su muerte se publicó la obra de Young *Rudimentos de diccionario encorrial en la antigua escritura encorrial, con todas las palabras cuyo significado ha sido confirmado*, gracias al esfuerzo de Tattam y Gurney, que tuvieron que componer una parte a partir de sus notas. Iba acompañada por una biografía y una lista de sus obras publicadas. El libro incluye comentarios sobre la cronología egipcia, basados principalmente en datos astronómicos, y varias secciones sobre los números demóticos, los nombres de los meses y las fechas, para las que se utilizaron muchos de los papiros que Champollion copió para él, lo cual se agradece en el libro. La parte final y más extensa era un diccionario de palabras y frases demóticas con sus traducciones al inglés. Aunque no consiguió avanzar lo suficiente en el desciframiento de los jeroglíficos, Young fue el primer estudioso que hizo verdaderos progresos en el estudio del demótico, el idioma y la escritura del antiguo Egipto desde mediados del siglo VII a.C. Aunque en sus primeros estudios hay muchas confusiones acerca del demótico y el hierático, Thomas Young fue probablemente el verdadero descifrador del demótico, y es una lástima que la controversia acerca de su participación en el desciframiento de los jeroglíficos haya tendido a ensombrecer este logro.

Hacia finales de septiembre, cuatro meses después de la muerte de Young, los miembros restantes de la expedición de Champollion salieron de El Cairo en dirección a Alejandría, ansiosos por llegar a tiempo para la llegada del barco de Francia. Al llegar descubrieron que las cajas de antigüedades que Duchesne había llevado a Alejandría meses antes, cuando dejó la expedición, no se habían dejado bajo la custodia del nuevo cónsul francés que había sustituido a Drovetti, sino que habían quedado en manos de un comerciante y muchas de las piezas se habían perdido. Éste fue el comienzo de un período frustrante e improductivo, ya que el barco prometido aún no había zarpado de Tolón. Mientras tanto, Champollion tuvo varias entrevistas con Mehemet Ali, el bajá de Egipto, que le pidió que escribiera un resumen de la historia antigua del país. El informe que Champollion redactó como respuesta a esta petición reveló por primera vez sus ideas sobre la antigüedad de Egipto, que se atrevió a cifrar en «unos seis mil años antes del Islam», por lo menos mil años antes de la fecha de la creación del mundo según la doctrina cristiana.

Mehemet Ali recibió además un segundo informe que no había solicitado, pero que para Champollion constituía un problema urgente: el de la conservación de los monumentos de Egipto y Nubia. En este informe exponía con tacto pero con pena que muchos viajeros y estudiosos «deploran amargamente la destrucción total de multitud de monumentos antiguos, totalmente destruidos en los últimos años, sin que quede ni el menor rastro de ellos. Sabemos muy bien que estas bárbaras demoliciones se han llevado a cabo en contra de las ilustradas opiniones y las bien conocidas intenciones de Su Alteza». A continuación, Champollion presentaba una lista de los monumentos destruidos en fechas recientes y de aquellos cuya conservación debía asegurarse a toda costa, y terminaba aconsejando que, si bien no debían detenerse las excavaciones arqueológicas porque la información que proporcionaban era valiosísima, había que poner freno al exceso de excavadores:

En resumen, el interés bien entendido de la ciencia exige, no que se interrumpan las excavaciones, ya que gracias a estos trabajos la ciencia adquiere cada día nuevas certidumbres y luces inesperadas, sino que se someta a los excavadores a una regulación que asegure y

garantice plenamente la protección de las tumbas descubiertas hoy y en el futuro contra los ataques de la ignorancia o de la codicia ciega.

Rosellini y los demás miembros de la expedición toscana, cansados de esperar al prometido transporte francés, se embarcaron directamente hacia Livorno en un barco mercante, de modo que en Alejandría sólo quedaron Champollion, Cherubini, L'Hôte, Bertin y Lehoux. Los tres artistas franceses decidieron quedarse en Egipto, ya que tenían ofertas para pintar retratos y decorados teatrales, y dejaron que Champollion se embarcara solo con el leal Cherubini en el *Astrolabe*, que zarpó de regreso a Tolón a primeros de diciembre. El 23 de diciembre de 1829, el día en que Champollion cumplía 39 años, llegaron por fin al puerto de Tolón, donde tuvieron que guardar un mes de cuarentena, que se consideraba necesario porque la peste bubónica era un constante peligro en Egipto. La mayor parte de la penosa cuarentena, en el peor invierno que se recuerda, la pasaron en la sucia y desprovista estación de cuarentena, con un horno humeante para calentarse de día y durmiendo a bordo del barco sin ninguna calefacción.

Al terminar la cuarentena a finales de enero de 1830, Champollion estaba terriblemente preocupado por su regreso a París, sabiendo que allí su salud se resentiría aún más. Su intención era quedarse en el frío pero seco ambiente del sur, visitando a los amigos y viendo antigüedades egipcias hasta finales de febrero. «¿Qué demonio de invierno nos envía el cielo este año?», le escribió a Jacques-Joseph. «Estoy sufriendo muchísimo, y temo mucho encontrarme con la gota al regresar a la atmósfera brumosa de París.» En su actitud reacia a regresar a París influía también el haberse enterado de que la oposición contra él había aumentado durante su estancia en Egipto, y que incluso se le acusaba de falsificar datos para que encajaran en su sistema de desciframiento. En una carta a Rosellini, Champollion declaraba que lo que más le interesaba era terminar su gramática jeroglífica, que «aparecerá a finales de este año; es el prefacio indispensable a nuestro viaje. Claro que no convertirá a los que combaten mi sistema y menosprecian mis trabajos, porque estos señores no quieren convertirse y todos tienen una mala fe de lo más inicua... Les escupo».

A las dos de la madrugada del 4 de marzo, Champollion llegó de regreso a París, donde un violento ataque de gota le recluyó de inmediato en su nueva residencia, en el segundo piso del número 4 de la *rue Favart*, a pocos minutos de la casa de Jacques-Joseph y cerca del Louvre. Su discreta llegada a París contrastó notablemente con el regreso a Italia de los miembros de la comisión toscana, que fueron recibidos con entusiasmo y colmados de honores y aplausos. El gran duque Leopoldo II estaba ansioso de ver publicados cuanto antes todos los resultados, y a finales de abril Rosellini empezó a apremiar a Champollion para que preparara su contribución, proponiéndole ir a Pisa e instalarse con él y su mujer: «Coja sus papeles y véngase aquí... Mi mujer y yo le haremos compañía y podremos pasar juntos todo el verano y también el otoño... La señora [Rosine] y la niñita podrían venir también con usted.»

La situación en París no era tan simple, y a Champollion cada vez le resultaba más difícil concentrarse en sus tareas. Las antigüedades de Egipto acababan de llegar al Louvre, y con la adquisición de la colección Drovetti antes del viaje se hacía necesario elaborar urgentemente un nuevo catálogo de todo el departamento. Entre continuas llamadas de atención, Champollion intentaba trabajar en su gramática jeroglífica antes de enfrascarse en la preparación del informe completo sobre los resultados de la expedición a Egipto, además de atender a su todavía precaria salud. En marzo volvió a quedar excluido de la Academia, ante la absoluta incredulidad de muchos académicos de toda Europa y para descrédito del Instituto de Francia. Obligada a hacer algo, la Academia tuvo que convocar una elección masiva de nuevos miembros, y Champollion fue admitido por fin el 7 de mayo de 1830.

Nueve días después falleció Joseph Fourier a los 62 años de edad, con los recuerdos de Egipto en su mente, ya que Champollion le había visitado pocos días antes para hablarle de su expedición. Tras perder su cargo de prefecto del Isère en 1815 a consecuencia del retorno de Napoleón desde el exilio, había durado sólo unas semanas en su nuevo puesto de prefecto del Ródano. Regresó a París y trabajó en la oficina de estadística y después en la Academia de Ciencias, convirtiéndose en agosto de 1822 en secretario perpetuo de su departamento de matemáticas. En los últimos años se había intere-

sado mucho por los progresos de Champollion. La víspera de la partida de Champollion hacia Egipto, Fourier, señalando el Panteón, donde están enterrados los personajes ilustres de Francia, le había animado con las palabras: «Un día, Egipto le instalará en ese santuario.»

Durante la segunda mitad de 1830, hubo revoluciones en varios países europeos, y una vez más Francia no fue excepción. Los liberales se oponían cada vez más al gobierno conservador de Carlos X, que se había vuelto muy represor. Los realistas disolvieron la Cámara recién elegida y abolieron a todos los efectos la constitución del 25 de julio. Como respuesta, el pueblo se alzó en armas el 27 de julio, en lo que se llegó a conocer como la Revolución de los Tres Gloriosos («tres días gloriosos»). En aquella época, el Louvre estaba comunicado con el palacio de las Tullerías y se utilizó como base para las fuerzas militares que protegían al rey; y así, el 29 de julio miles de ciudadanos armados irrumpieron en el Museo Carlos X del Louvre, aunque muchos de ellos estaban más interesados en el saqueo que en la revolución. Robaron numerosas estatuillas, figuritas, amuletos, papiros y objetos de oro, plata y piedras preciosas de las galerías egipcias de Champollion, incluyendo piezas que acababa de traer de Egipto y otras pertenecientes a las colecciones Salt y Drovetti, que no se volvieron a ver. Una trágica pérdida para Champollion y para la egiptología.

Carlos X huyó a Inglaterra, y Luis Felipe, duque de Orleans, fue proclamado rey de los franceses –no rey de Francia–. La situación política todavía era explosiva, ya que a muchos ciudadanos no les satisfacía la nueva monarquía adoptada como solución. Gran parte de la nobleza renunció a sus cargos de influencia, y el duque de Blacas se preparó para marchar al exilio, ya que su relación con Carlos X había sido muy estrecha. Pocas semanas después de la muerte de Fourier, Champollion quedó destrozado al tener que despedirse de Blacas, que había sido su amigo y protector durante tanto tiempo, y confesó a Lenormant que «esta separación me ha hecho envejecer varios años».

Cuando Champollion regresó de Egipto, Blacas había intentado en vano convencer al rey Carlos X de que le diera una muestra de gratitud en forma de cátedra de egiptología. Pero Luis Felipe sentía

mucha más simpatía por Champollion, que pudo entrevistarse con el nuevo rey para discutir cuestiones de interés, entre ellas el proyecto de transporte del obelisco de Luxor a París. Tras toda la agitación revolucionaria, Champollion no pudo reanudar su ritmo normal de trabajo hasta finales de septiembre. Habiendo retrasado durante tanto tiempo la respuesta a Rosellini, le escribió por fin para exponerle sus planes: en octubre y noviembre quería resolver los restantes problemas de su gramática jeroglífica, que empezaría a imprimirse en los dos meses siguientes, y al mismo tiempo pretendía recopilar el gran informe colectivo sobre la expedición a Egipto.

La tardía respuesta de Champollion le llegó a Rosellini cuando éste estaba a punto de anunciar la publicación del informe en Italia, que pensaba publicar en entregas periódicas a partir del año siguiente, y su respuesta a principios de octubre estaba llena de irritación por este nuevo retraso. En Francia, la revolución todavía burbujeaba bajo la superficie, y en diciembre el Louvre, que de nuevo se utilizaba como cuartel militar, estuvo durante un breve tiempo en peligro de ser atacado. Además de los problemas derivados de esta turbulencia política, Champollion se veía acosado en el Louvre y en su casa por admiradores de Francia y del extranjero, y estaba agobiado por el exceso de trabajo —entre otras cosas, la necesidad de un catálogo del museo—, lo que le dejaba sólo la noche para sus investigaciones personales, con el consiguiente perjuicio para su salud.

Uno de los proyectos en los que Champollion estaba comprometido, en colaboración con el astrónomo Jean-Baptiste Biot, era el análisis de las notas y dibujos de Egipto relativos al calendario, las estaciones, el año agrícola y la astronomía. Los informes sobre estos temas se leyeron en marzo y abril de 1831 en la Academia de Ciencias y en la de Inscripciones, y causaron una profunda impresión en los asistentes, porque quedaba demostrado que se podían determinar fechas absolutas a partir de la evidencia de los eventos astronómicos antiguos, como eclipses y solsticios. Al final de la trascendental sesión del 18 de marzo, se le entregó a Champollion un decreto real que le nombraba profesor del Colegio de Francia, donde había sido estudiante trece años antes.

La crudeza del invierno anterior, con las semanas pasadas en las terribles condiciones de la cuarentena, había afectado a sus pulmo-

nes y garganta: durante los últimos meses, había pasado largos períodos con dificultades para hablar, y cada vez faltaba más al Louvre. Poco a poco, fue dependiendo más y más de la ayuda de su asistente Dubois y de la afortunada aparición de un estudiante que había llegado meses antes para estudiar bajo su dirección. Francesco Salvolini, de 22 años, había estudiado idiomas orientales en Bolonia y venía muy recomendado por Gazzera, el amigo de Champollion en Turín, que consideraba que Salvolini era más prometedor que Rosellini. El estudiante estaba muy dispuesto a ayudar como fuera en el Louvre, llevar y traer recados al museo y acudir a casa de Champollion para ayudarlo con la gramática jeroglífica y la preparación del curso universitario, lo que le situó en una posición privilegiada para ir adquiriendo poco a poco un conocimiento detallado de las últimas ideas de Champollion sobre los jeroglíficos y Egipto en general.

Champollion se disponía a dar su primer curso universitario, y la publicidad anunció que «El señor Champollion expondrá los principios de la *Gramática egipcia-copta* y desarrollará todo el sistema de las *escrituras sagradas*, dando a conocer todas las formas gramaticales usadas en los textos *jeroglíficos y hieráticos*». La clase inaugural pretendía ser el prefacio de la futura publicación sobre gramática, pero debido a su mala salud se aplazó unas cuantas semanas. El 10 de mayo de 1831, Champollion pronunció por fin su lección inaugural como profesor del Colegio de Francia, en la que ofreció un resumen de lo que se iba sabiendo sobre la escritura del antiguo Egipto. Declaró que el estudio de los idiomas antiguos se basaba en la combinación de filología y arqueología: «Es principalmente al dominio de estas dos ciencias reunidas, la arqueología y la filología, auxiliares indispensables de la historia, al que pertenecen por su propia *esencia*, si se puede expresar así, los monumentos del antiguo Egipto, objeto principal del curso que se inaugura hoy.»

La respuesta a la primera clase fue sumamente estimulante: numerosos eruditos de toda Europa se tomaron la molestia de asistir a esta histórica ocasión, pero el esfuerzo tuvo graves consecuencias para Champollion, que sufrió un agudo empeoramiento de sus problemas bronquiales y tuvo que recluirse en su piso; la siguiente clase, programada para dos días después, tuvo que aplazarse dos semanas. En este tiempo, Champollion escribió a Leopoldo II de Toscana, pidiendo-

le que permitiera a Rosellini —que seguía muy enfadado— ir a París para resolver los detalles de la publicación conjunta. Sólo dio dos clases más en la universidad, porque sus dificultades para hablar le obligaron a abandonar el curso. Además, empezó a padecer fuertes y repetidos ataques de gota, y todos sus allegados le recomendaron que se marchara de París, donde acababa de estallar una epidemia de gripe. Pero él no pudo hacer caso al consejo, ya que esperaba la llegada de Rosellini en cualquier momento.

A mediados de julio, Rosellini llegó a la capital, en mitad del bochornoso verano y de los disturbios, y se preocupó mucho al encontrar a Champollion tan enfermo. A fin de mes, ya se había recuperado un poco y los dos pudieron trabajar con el material de Egipto. Champollion informó a Rosellini de sus últimos descubrimientos e ideas. Jacques-Joseph, que siempre procuraba proteger a su hermano, viendo que éste se mostraba tan dispuesto a compartir sus últimos descubrimientos, se aseguró de que las condiciones de la publicación conjunta estuvieran garantizadas por un contrato legal, y Champollion escribió al rey Luis Felipe pidiéndole permiso para dedicarle la obra, en contraste con su actitud de diecisiete años atrás, cuando intentó airadamente impedir que su primer libro estuviera dedicado al rey Luis XVIII. A mediados de agosto fue recibido en audiencia privada por el rey, que aceptó su dedicatoria, y pocos días después, el 21 de agosto, Champollion partió discretamente hacia su pueblo natal, Figeac, porque ya no podía respirar el aire de París.

Al llegar a Figeac, cuatro días después, fue a la casa familiar, en la calle que ahora se llamaba «*rue Champollion*» en su honor. Sus dos hermanas, Marie y Thérèse, se alegraron muchísimo de verlo, y su presencia despertó al instante el interés de muchos habitantes del pueblo. Sintiendo más fuerte que cuando estaba en París, comenzó inmediatamente a redactar la versión definitiva de su gramática, y sólo salía de casa a mediodía para dar un corto paseo. Sus hermanas le protegían de los visitantes no deseados e hicieron todo lo posible para que su estancia fuera cómoda y pudiera descansar. Champollion estaba ansioso de terminar con esta publicación porque le daba miedo el futuro, con sus amenazas de guerra y revolución y la epidemia de cólera que hacía estragos en Europa. Pero todavía le seguía preocupando publicar demasiado pronto, y varias veces

le confesó a Lenormant que si estuviera seguro de vivir varios años más, no publicaría en aquel momento. Como tenía intención de regresar a París en noviembre, metió prisa a su hermano para que se ocupara de la impresión del libro. Jacques-Joseph ya había arreglado todos los detalles del contrato legal con Rosellini, que se marchó a Italia a principios de septiembre con una copia firmada.

Su salud había mejorado bastante en Figeac, y Champollion no tenía ganas de regresar a París, como le había ocurrido veinte meses antes durante su cuarentena en Tolón. Escribió a Jacques-Joseph, y éste le aconsejó que no regresara hasta que fuera necesario para empezar el curso universitario, y que no pretendiera dar clase a las ocho de la mañana, porque a esa hora hacía mucho frío en invierno. Era la primera vez, desde su viaje a Egipto, que podía trabajar en paz, pero aquello no iba a durar. Jacques-Joseph le dijo que volviera inmediatamente porque en el Louvre necesitaban su presencia, De Sacy le quería de regreso en el Colegio de Francia, y el ministro de Marina quería discutir con él el transporte del obelisco de Luxor. «La muerte me aguarda en Babel», le dijo con tristeza Champollion a un amigo de Figeac. Escribió a su hermano diciéndole que sólo necesitaba que le dejaran en paz un poco más de tiempo para terminar su gramática jeroglífica: «Sólo un mes más, y mis 500 páginas estarían terminadas. Pero habrá que resignarse y conformarse con lo que es posible.»

El 28 de noviembre, Champollion tomó la diligencia a París, con la intención de llegar allí tres días después y comenzar el curso el 2 de diciembre, pero en Lyon había estallado una revuelta y aquel retraso en el frío invierno afectó a su salud. Hasta el lunes 5 de diciembre no pudo empezar sus clases en el Colegio de Francia, ante un público cautivado por su claridad de expresión y su increíble entusiasmo. Consiguió dar una clase más, pero el 9 de diciembre se desplomó nada más empezar. Cuatro días después sufrió un ataque de apoplejía que le dejó parcialmente paralizado; y aunque pudo levantarse de la cama a los pocos días, tenía grandes dificultades para escribir. Muy preocupado, le confió a su hermano el manuscrito y las notas de su gramática.

Mientras tanto, Rosellini pretendía que el primer volumen se publicara en enero de 1832, y de nuevo propuso a Champollion que

fuera a Italia, a vivir con él y su esposa: «Yo me encargaré de todas las necesidades de su vida. Conmigo y con mi esposa, se sentirá como en su propia casa.» Champollion iba mejorando poco a poco y pensaba que pronto podría reanudar su trabajo, pero sufría ataques de depresión. El estudiante Salvolini le hacía compañía la mayor parte del tiempo, pero Jacques-Joseph desconfiaba de sus motivos, ya que había oído el rumor de que era un espía enviado por el rey de Cerdeña-Piamonte.

El 23 de septiembre de 1831, el día de su 41 cumpleaños, Champollion insistió en que lo llevaran a ver su habitación de la *rue Mazarine* 28, donde permaneció un rato, muy conmovido, y declaró: «Aquí es donde nació mi ciencia, y formamos una entidad inseparable. ¡Somos una misma cosa!» Por entonces fue también a visitar a Dacier, que llevaba varios años en cama y que pedía a menudo que Champollion lo visitara. El 11 de enero de 1832, el astrónomo Biot fue a ver a Champollion, y los dos discutieron con entusiasmo, haciendo planes para nuevas e innovadoras investigaciones sobre la datación a partir de eventos astronómicos. Reanudaron la conversación al día siguiente y estaban empezando a trazar un plan de trabajo cuando Champollion se desplomó con un grito de dolor. Se avisó urgentemente a los médicos, y éstos lo encontraron con un fuerte ataque de gota, paralizado y sin poder apenas hablar. Los síntomas cedieron poco a poco, y a finales de enero se apreciaba cierta mejoría, aunque Champollion se encontraba desolado y se lamentaba a gritos: «Dios mío, dos años más, ¿por qué no?», y señalándose la cabeza, decía: «¡Demasiado pronto! ¡Hay tantas cosas que hacer aquí!»

Su enfermedad se prolongó durante varias semanas, y a finales de febrero sufría frecuentes pérdidas de consciencia. A última hora de la tarde del 3 de marzo, Champollion recuperó la consciencia de golpe y pudo hablar de nuevo bastante bien, pero Jacques-Joseph, presintiendo que se acercaba el final, hizo llamar a un sacerdote para que administrara a su hermano los últimos sacramentos. Unos cuantos amigos y familiares acudieron a despedirse, entre ellos su hija Zoraïde, que acababa de cumplir ocho años. Sus sobrinos llevaban más de dos meses cuidando a su tío, y Champollion les pidió que le trajeran de su despacho algunos de los objetos que había traído de

Egipto: su ropa y sus sandalias árabes y sus cuadernos de notas. Dos años y dos horas después de su regreso a París desde Egipto, hacia las cuatro de la madrugada del 4 de marzo de 1832, Jean-François Champollion murió.

La noticia de su muerte conmocionó a todo París. Muchas personas que sabían de su enfermedad ignoraban que estuviera tan grave, ya que la familia había ocultado la información a la prensa. Como su aspecto había cambiado por completo, a muy pocas personas se les permitió ver el cadáver, y hacia las once de la mañana del 6 de marzo Champollion fue transportado a la vecina iglesia de Saint-Roch, donde 25 años antes había aprendido copto con el sacerdote. Desde allí partió el nutrido cortejo fúnebre, entre las multitudes que celebraban el Carnaval, hasta el cementerio del Padre Lachaise, que Napoleón había hecho construir fuera de las murallas de París y donde el propio Napoleón había pedido en vano que lo enterraran.

El discurso fúnebre fue pronunciado por el señor Walckenaër, presidente de la Academia de Inscripciones y Literatura, que lamentó que la muerte se hubiera llevado un talento tan joven y concluyó con las palabras: «Acababa de terminar su *Gramática egipcia* y de anunciar su publicación cuando fue arrebatado de golpe a una familia que lo adoraba, a nuestra Academia, donde tenía tantos amigos y colegas, a Francia que le contaba entre sus hombres ilustres, a la Europa culta que ya había inscrito su nombre entre sus glorias literarias. Este nombre no morirá jamás; pero la viva luz que el señor Champollion esparció sobre la tierra y los monumentos del antiguo Egipto se apagó justo cuando brillaba con más esplendor, y las tinieblas que esperábamos ver disiparse en su claridad nos dejan con una pena que, tal vez durante mucho tiempo, será compartida por la posteridad. El duelo de una sola familia se convierte en duelo general para todos los que cultivan las letras y se interesan por su progreso.»



(... El que dio las palabras y la escritura)

JACQUES-JOSEPH NUNCA llegó a ver Egipto. Siempre lamentó que se le negara un puesto en la expedición de Napoleón de 1798, y no se le volvió a presentar otra oportunidad a lo largo de su carrera. Sin embargo, iba a desempeñar un papel trascendental en el desarrollo de la egiptología, editando y publicando las obras que su hermano no había podido dejar terminadas. Cuando Champollion murió, Jacques-Joseph quedó destrozado. Tenía 54 años, y después de todas las experiencias que habían compartido, la prematura muerte de su hermano le afectó enormemente.

En una época de medicina deficiente, los médicos que habían sido incapaces de salvar la vida de Champollion tampoco supieron determinar con exactitud qué le había matado. Aparte de los ataques recurrentes de gota, los informes sobre las enfermedades que le causaron la muerte son contradictorios; pero es muy posible que padeciera una enfermedad importante, como tuberculosis, trastornos cardíacos o diabetes. Lo que parece seguro es que al final murió de un ataque de apoplejía. Durante su breve existencia, Champollion fue testigo de la Revolución Francesa, el ascenso y caída de Napoleón y el reinado de tres reyes de Francia. Viajó por Egipto e Italia, dio clases en colegios y universidades, organizó las colecciones egipcias del museo del Louvre y realizó tantas investigaciones sobre tantos aspectos del antiguo Egipto que gran parte de su obra más importante estaba aún sin publicar. Haciendo realidad el sueño que le había obsesionado durante tanto tiempo, dejó tras

él a manera de monumento su mayor logro: el desciframiento de los jeroglíficos.

La primera tarea de Jacques-Joseph consistió en convencer al gobierno de que comprara todos los papeles no publicados de su hermano, para que estuvieran guardados en lugar seguro y para proporcionar algo de dinero a su viuda Rosine y su hija Zoraïde. Entre dichos papeles había una enorme cantidad de material referente a la expedición a Egipto, así como los manuscritos de su gramática y diccionario jeroglíficos, su gramática y diccionario coptos y numerosas notas sobre temas como la religión del antiguo Egipto y la cronología del país. Jacques-Joseph descubrió horrorizado que faltaban algunos manuscritos, entre ellos el trabajo que Champollion había realizado sobre el sistema numérico egipcio y más de la mitad de su diccionario de jeroglíficos. Hizo saber a sus amigos lo que faltaba, y las sospechas recayeron inmediatamente sobre Salvolini, que había tenido libre acceso al despacho de Champollion durante su enfermedad. Salvolini se negó con firmeza e indignación a admitir su culpabilidad, pero pronto empezó a publicar artículos pioneros sobre los jeroglíficos, que fueron muy aplaudidos.

Al principio, el gobierno declaró que no podía permitirse comprar los papeles de Champollion, pero la prensa emprendió una vigorosa campaña que dio como resultado la formación de una comisión para considerar la propuesta. Mientras tanto, todos los papeles se trasladaron provisionalmente a un lugar seguro en la Biblioteca Nacional. El informe de la comisión llegaba a la conclusión de que no valía la pena publicar la gramática copta, pero recomendaba que se adquiriera el resto, comentando que la recopilación de material durante la expedición a Egipto pudo ser responsable en parte de su muerte:

Cuesta trabajo concebir que un solo hombre, durante una estancia bastante corta en Egipto, haya podido componer sin ayuda esta enorme masa de descripciones y anotaciones, en la que uno encuentra, casi en cada página, un número más o menos grande de inscripciones jeroglíficas. Cuesta trabajo defender la terrible idea de que tan desmesurados esfuerzos y un trabajo verdaderamente colosal hayan contribuido a abreviar una vida tan preciosa para la ciencia.

En abril de 1833, poco más de un año después de la muerte de Champollion, el gobierno acordó por fin comprar sus manuscritos por la suma de 50.000 francos y conceder a Rosine una pensión de 3.000 francos. Los manuscritos –un total de 88 volúmenes– se encuentran ahora en la Biblioteca Nacional de París.

Silvestre de Sacy, uno de los miembros de la comisión que decidió la compra de los papeles, era entonces secretario perpetuo de la Academia de Inscripciones y Literatura, habiendo sucedido poco antes a Dacier. En agosto de 1833, en una sesión pública de la Academia, leyó una larga elegía a Champollion, advirtiéndole de que se corría peligro de que su muerte volviera a sumergir Egipto en las tinieblas y la oscuridad:

No es sólo un distinguido sabio lo que ha perdido el mundo de las letras; con él parece que la tumba se ha tragado toda la ciencia y las artes del antiguo Egipto, que han regresado al dominio de las tinieblas y la muerte; y la luz del día, que había comenzado a brillar sobre los monumentos de Tebas y Menfis y las hacía salir de sus ruinas, se ha desvanecido como esos lagos fantásticos que el vapor ligero crea en el desierto y que desaparecen ante el enloquecido viajero en el momento en que éste cree alcanzarlos y que apagarán la sed que le quema. Esperemos que no sea así: que la obra del ingenioso e infatigable Champollion todavía dé a luz tras él a herederos de su genio, que cultiven el campo que él fue el primero en desbrozar.

Después de describir la trayectoria de su vida y su obra, De Sacy terminó su elegía recordando al público que

además de la condecoración de la Legión de Honor, el señor Champollion había recibido la de la Orden del Mérito de Toscana. Las academias de Gotinga, Petersburgo, Turín y Estocolmo, las Reales Sociedades Asiática y Literaria de Londres, y otras varias asociaciones culturales nacionales y extranjeras se disputaron el honor de contarle entre sus asociados. En la Academia de Inscripciones y Literatura ha sido sustituido por el señor Eugène Burnouf. La cátedra creada para él en el Real Colegio de Francia está todavía vacante.

A continuación, Jacques-Joseph se dedicó a preparar la publicación de la obra de su hermano. La primera tarea, y la más fácil, era

publicar la *Gramática*, ya que tenía casi todo el manuscrito aunque faltaba una parte, presuntamente robada por Salvolini. Durante su última estancia en Figeac, Champollion había pasado a limpio más de la mitad del manuscrito, y esto se convirtió en el primer volumen publicado por Jacques-Joseph, que se lo dedicó a De Sacy, a quien regaló un ejemplar el 23 de diciembre de 1835, el día en que Champollion habría cumplido 45 años. La *Gramática egipcia, o principios generales de la escritura sagrada egipcia aplicada a la representación de la lengua hablada* se publicó en varias partes a lo largo de cinco años, a partir de 1836. En el prefacio, Jacques-Joseph explicaba el gran esfuerzo que había invertido Champollion en esta su última obra, añadiendo que su hermano le había confiado el manuscrito durante su enfermedad definitiva, con las palabras «Cuidalo bien. Espero que sea mi tarjeta de visita para la posteridad».

Cuando se publicó la *Gramática*, Salvolini estaba cada vez más desprestigiado, porque la gente empezaba a darse cuenta de que al menos parte de su obra no era suya propia. En agosto de 1833, en una sesión pública de la Academia, De Sacy había pedido que la persona o personas que tenían los manuscritos de Champollion los devolvieran, pero Salvolini se limitó a declarar su disgusto ante los terribles acontecimientos. Por una extraña serie de coincidencias, su plagio quedó totalmente al descubierto pocos años después, debido a su muerte prematura en París, en febrero de 1838, a los 28 años de edad. En lugar de pedir que les enviaran sus papeles, su familia de Italia encargó a un viejo amigo de París que se deshiciera de ellos, pero nadie quería comprarlos hasta que se consultó a Charles Lenormant y éste reconoció los papeles de Champollion.

Tras la aparición de los manuscritos robados, Jacques-Joseph escribió un breve informe para los amigos, donde explicaba cómo se habían recuperado los papeles perdidos, y a continuación se puso a trabajar en el diccionario jeroglífico, tarea que exigía mucho más esfuerzo, ya que el material manuscrito no estaba preparado para la publicación. No sabiendo cómo ordenar las palabras, acabó agrupándolas por temas (aves, animales, etc.), aunque en la actualidad se utiliza un enfoque más alfabético para ordenar las entradas. El *Diccionario egipcio de la escritura jeroglífica* se publicó en varias partes entre 1841 y 1844, pero resultaba muy difícil de usar, y los investigadores se quejaban de que no tuviera

índice. No obstante, la dedicación de Jacques-Joseph a la publicación de la obra de su hermano, necesariamente a costa de sus propias investigaciones, es admirable; y aunque las ediciones póstumas de la *Gramática* y el *Diccionario* incluían errores que sin duda el propio Champollion habría eliminado, proporcionaron un tremendo impulso al estudio de los jeroglíficos, y en toda Europa surgió una nueva ola de egiptólogos, sobre todo en Alemania, Gran Bretaña y Francia.

La publicación de los resultados de la expedición francesa a Egipto y Nubia resultó más complicada, ya que Jacques-Joseph, empeñado en proteger los intereses de Champollion, se negó a colaborar con la expedición toscana. Así pues, Rosellini actuó por su cuenta y publicó varios volúmenes en Italia, pero no llegó a completar la obra y falleció en 1843 a los 42 años, sólo uno más que Champollion al morir. Lo primero que se publicó de los archivos de la expedición francesa fueron los increíbles dibujos de todos los lugares, con breves notas explicatorias: cuatro volúmenes con más de 500 láminas, que se publicaron a lo largo de más de diez años, a partir de 1835. En 1838, el gobierno envió a Nestor L'Hôte a Egipto para llenar algunos huecos. L'Hôte se reprochaba a sí mismo no haber apreciado más a Champollion cuando estaba vivo, y sobre todo durante la expedición a Egipto; su sentimiento de desolación se agravó al ver lo mucho que había cambiado Egipto en los últimos diez años, incluso en el Valle de los Reyes. Allí acampó en la tumba de Ramsés IV, donde había dormido Champollion, y se consoló pensando en el tiempo que había pasado allí con él y evocando su imagen.

En 1848 estalló en Francia una revolución más, que destronó al rey Luis Felipe y estableció la Segunda República, bajo la presidencia del nieto de Josefina, Luis Napoleón (que se convirtió en 1852 en el emperador Napoleón III). Jacques-Joseph perdió su empleo en la Biblioteca Nacional y se vio obligado a interrumpir la publicación del informe de la expedición francesa. El trabajo no se reanudó hasta 1868, un año después de su muerte, y el último volumen apareció en 1889, sesenta años después de que Champollion saliera de Egipto. Este trabajo final le fue encomendado al joven Gaston Maspero, que se iba a convertir en el más ilustre egiptólogo de finales del siglo XIX.

La trágica muerte de Champollion no suavizó la actitud de algunos de sus adversarios, en especial Jomard y Klaproth, que siguieron

vilipendiando su obra. Pero aunque muchos eruditos no aceptaban la importancia de los resultados de Champollion y publicaban artículos contra él, otros reconocían sus enormes logros y procuraban avanzar en el conocimiento de los jeroglíficos, como hicieron Richard Lepsius en Alemania, Samuel Birch en Inglaterra, Samuel Hincks en Irlanda y Emmanuel de Rougé en Francia. Lepsius aprendió él solo a leer jeroglíficos con la recién publicada *Gramática*, y comenzó a ampliar y corregir el sistema de desciframiento de Champollion; uno de sus mayores avances consistió en advertir que no sólo existían signos fonéticos uniliterales –consonantes con una sílaba– sino también signos fonéticos con dos y tres sílabas (biliterales y trilaterales).

Como conservador de las colecciones del Museo Egipcio de Berlín, Lepsius emprendió su segunda expedición a Egipto en 1866, explorando el delta y la región del canal de Suez. El emplazamiento más importante de la parte oriental del delta era Tanis (la moderna San el-Hagar, a 112 kilómetros al nordeste de El Cairo), con tumbas reales que se remontan aproximadamente al año 1000 a.C., pero Champollion no había tenido tiempo de visitar el lugar. Allí Lepsius estudió una estela de piedra caliza descubierta por su expedición y que representaba la publicación de un decreto de los sacerdotes en 238 a.C., durante el reinado de Ptolomeo III. El decreto reformaba el calendario egipcio, y esta estela era una de las muchas que se colocaron en los templos de todo Egipto. Los sacerdotes se habían reunido en Canope (el puerto que más tarde se llamó Aboukir), y por eso la estela encontrada en Tanis se conoce indistintamente como Decreto de Canope o Tablilla de Tanis. Actualmente se encuentra en el Museo Egipcio de El Cairo; es bilingüe como la Piedra de Rosetta, y tiene tres escrituras en dos idiomas: 37 líneas de jeroglíficos y 76 líneas de griego en la cara frontal, y 74 líneas de demótico en un lateral (esto último no se advirtió en el momento de descubrirla). Estas inscripciones aportaron la prueba definitiva de que el sistema de desciframiento de Champollion y sus sucesores era absolutamente correcto.

En la segunda mitad del siglo XIX, mientras aún se alzaban voces en contra de Champollion, sir Peter Le Page Renouf, egiptólogo y orientalista de Guernsey, llevó a cabo durante décadas una incansable campaña a su favor, y en 1863 escribió que

si tanto les queda por hacer a sus sucesores, ¿cómo puede ser que Champollion «leyera los textos jeroglíficos con facilidad y certeza»? Lo cierto es que leía *algunos* textos con facilidad y certeza, y no podía leer otros. Los jeroglíficos, como cualquier otro tipo de texto, difieren mucho en facilidad de traducción. Algunos son relativamente fáciles, otros sumamente difíciles. Algunos todavía son intraducibles.

Los ataques continuaban, y más de tres décadas después, en 1896, Renouf, como presidente de la Sociedad de Arqueología Bíblica, pronunció un discurso en el que intentó echar abajo los argumentos presentes y pasados a favor de Young y en contra de Champollion, que terminaba con las palabras:

Después de todo lo que se ha escrito, quedan dos hechos innegables: Champollion no aprendió nada de Young, ni lo hizo ningún otro. Sólo gracias a Champollion y al método que él empleaba, la egiptología ha crecido hasta ocupar la posición que ahora ocupa. Sólo mediante la estricta aplicación de dicho método pudieron Lepsius, Birch y De Rougé corregir los errores e imperfecciones que existían en el sistema basado en él, pero que no correspondían a su esencia.

Poco a poco, se fue haciendo el silencio entre los contrarios a Champollion. Los que aún se sentían inclinados a alzar sus voces tuvieron que conformarse con quejarse de que no hubiera reconocido suficientemente los méritos de Young.

El impacto del desciframiento de los jeroglíficos fue casi increíble: representó, a todos los efectos, el descubrimiento de toda una nueva civilización. En cuanto comenzó la traducción en serio de los antiguos textos egipcios escritos en jeroglíficos y hierática (la versión «caligráfica» de los jeroglíficos), se pudo acceder a una asombrosa miscelánea de información acerca del antiguo Egipto. El egiptólogo británico Francis Llewellyn Griffith resumió la situación en 1922 cuando escribió que «Champollion convirtió una investigación desconcertante en un brillante y continuo desciframiento». Este proceso de desciframiento fue ampliado por los egiptólogos que vinieron detrás, entre ellos el propio Griffith. Lo que se pudo saber gracias a todas estas traducciones era asombroso en cantidad y variedad: además de los textos escritos en papiros, tablas de madera y cuero, ha-

bía anotaciones garabateadas en fragmentos de cerámica y piedra (óstracos), inscripciones pintadas y grabadas en todas las paredes de templos y tumbas, y frases escritas en toda clase de objetos, desde las colosales estatuas del faraón a los vendajes de lino utilizados para envolver su cuerpo durante el proceso de momificación. Al fin se cumplían las expectativas de los sabios que habían tomado parte en la expedición a Egipto de Napoleón: fueron ellos los que soñaron con desentrañar los secretos del antiguo Egipto, y ahora aquel sueño se hacía realidad. Hasta las mismas palabras, como «anales»; «hamaca»; «maquillaje verde para los ojos»; «cerveza»; «arquero»; «mentira»; y «los que pagan impuestos», demostraban la complejidad de la civilización egipcia y la amplísima gama de información que empezaba a ser accesible como consecuencia del éxito de Champollion.

El puro volumen y diversidad de la información sobre el antiguo Egipto contenida en los textos jeroglíficos y hieráticos es lo que hace tan importante su desciframiento. Que haya sobrevivido un número tan alto de documentos, incluyendo miles y miles de papiros y óstracos, se debe a la combinación de un clima favorable con la actitud de los antiguos egipcios, que consideraban a sus escribas como las personas más importantes (el propio faraón era un escriba), que no sólo escribían para sus contemporáneos sino para las generaciones que vendrían después. Esta actitud consciente se aprecia en numerosos textos que ensalzan la elevada posición de los escribas. Entre ellos hay un texto didáctico que ha sobrevivido por lo menos 3.000 años y que se propone demostrar que la palabra escrita dura más que cualquier otra cosa que el hombre pueda hacer. Ahora se lo conoce como la «Elegía a los autores muertos»:

Pero, si hicieras esas cosas, serías conocedor de la escritura.
 En cuanto a aquellos escribas y sabios
 del tiempo que vino después de los dioses,
 —los que podían prever lo que iba a suceder, lo que sucedió—,
 sus nombres perdurarán toda la eternidad.
 Aunque se hayan ido, aunque su vida haya terminado y toda su gente
 [haya quedado olvidada.

Ellos no hicieron pirámides de bronce
con estelas de hierro.
Ellos no reconocieron como herederos sólo a sus hijos
y a los descendientes que pronuncian sus nombres.
Hicieron otros herederos suyos
con los escritos y las enseñanzas que hicieron.
Se encomendaron a sí mismos el libro, como lector-sacerdote,
la tabla de escribir como hijo amado,
las enseñanzas como sus pirámides,
la pluma como su bebé,
la superficie de piedra como su esposa.
Desde lo grande hasta lo pequeño,
se les entregan para ser sus hijos.
El escriba es su cabeza.

Se hicieron puertas y mansiones: han caído.
Sus sacerdotes funerarios se marcharon
mientras sus estelas se cubrían de tierra.
Sus cámaras fueron olvidadas,
pero sus nombres aún se pronuncian al ver sus rollos,
los que ellos hicieron cuando existían.
Qué bueno es su recuerdo y lo que hicieron
para los límites de la eternidad.

¡Sé escriba! Métete en la cabeza
que tu nombre existirá como el de ellos.
El rollo [de papiro] es más excelente que la estela tallada,
que el recinto que se construye.
Ellos sirven como capillas y pirámides
en el corazón del que pronuncia sus nombres.
Con seguridad, un nombre en la boca de la humanidad
es eficaz en la necrópolis.

Un hombre ha muerto: su cadáver es polvo,
y su gente ha desaparecido de la tierra.
Un libro es lo que hace que se le recuerde
en la boca de uno que habla.

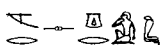
Más excelente es un rollo [de papiro] que una casa construida,
que una capilla en el oeste.
Es mejor que una mansión establecida,
que una estela en un templo...

El uso de la escritura en el antiguo Egipto estaba reservado a la elite –la familia real, los cortesanos, los escribas, los sacerdotes y algunos profesionales especializados–, que constituía menos del cinco por ciento de la población. En cierta medida, los textos jeroglíficos tienen que representar un punto de vista parcial del antiguo Egipto, visto a través de sus ojos, con escasos atisbos de lo que era la vida para la gente corriente; pero esta situación no era mucho peor que la que se daba en Europa en tiempos de Champollion, cuando los niveles de alfabetización nunca superaban el cincuenta por ciento y por lo general eran mucho más bajos (en algunas zonas, muy similares a los niveles de alfabetización del antiguo Egipto). Pero a pesar de estos condicionamientos, los textos escritos contienen abundante información sobre la cultura de los antiguos egipcios, debido a la gran variedad de los documentos que han sobrevivido, cuyo contenido cuesta imaginar: escrituras de venta, contabilidad, archivos, documentos de impuestos, listas de censo, decretos, tratados técnicos, despachos militares, listas de reyes, hechizos y rituales funerarios, cartas a los vivos y a los muertos, cuentos y narraciones... de hecho, todos los tipos de textos que se pueden encontrar en las sociedades modernas, con la notable excepción de las obras dramáticas. Las numerosas anotaciones escritas en fragmentos de cerámica y en piedras pequeñas registran datos triviales, como listas de materiales de construcción, quién fue a trabajar en tal día concreto, o qué se guardaba en un recipiente. Los textos conocidos como onomásticos, que probablemente se utilizaban para la enseñanza y como obras de consulta, eran listas de nombres clasificados por categorías: plantas, animales, fenómenos naturales e incluso clases de agua. Algunas palabras egipcias se conocen sólo gracias a estas listas.

La sociedad egipcia estaba centrada en la religión y en la esperanza de vida en el Más Allá, temas que fascinaban de manera especial a Champollion; y estos valores se reflejan en la relativa abundancia de algunos tipos de textos jeroglíficos, y también en la conservación

relativamente buena de algunas de sus construcciones, algo que ya llamó la atención de los sabios que acompañaron a Napoleón a Egipto. En el relato de sus viajes con los soldados por el valle del Nilo, el artista y escritor Vivant Denon comentó que las ruinas que veía eran «¡Siempre templos! ¡Ni un edificio público, ni una casa que tuviera consistencia suficiente para resistir al tiempo, ni un palacio real! ¿Dónde, pues, estaba el pueblo? ¿Dónde, pues, estaban los soberanos?» Como los templos y las tumbas eran tan importantes, se construían de piedra para que duraran lo más posible, pero las casas donde vivían los egipcios no eran tan importantes, y todas, desde las humildes cabañas de los campesinos a los grandes palacios de los faraones, se construían con ladrillos de barro y ha quedado muy poco de estas estructuras domésticas. En su visión de la muerte y la vida en el Más Allá, los egipcios eran estrictamente lógicos: una casa o un palacio sólo se podían disfrutar mientras durara la vida, pero una tumba era  (*per n djed*, «una casa para la eternidad»).

En el antiguo Egipto nunca existió una religión unificada, porque la religión egipcia se desarrolló a partir de la creencia en muchos dioses distintos con diferentes mitologías, pero el faraón era en todo Egipto el intermediario entre los dioses y el pueblo. En muchos templos, los sacerdotes oficiaban en nombre del faraón, en rituales cuyo propósito era mantener el orden divino e impedir el caos que amenazaba con destruirlo: una respuesta natural a la situación de los propios egipcios. La vida en el valle del Nilo podía ser muy agradable cuando las fuerzas de la naturaleza eran benévolas, cuando la sucesión de las estaciones era regular y cuando los países vecinos no amenazaban con guerras e invasiones; pero un desbordamiento del Nilo anormalmente grande o demasiado pequeño bastaba para arruinar las cosechas y provocar sequía y hambre. Los egipcios tenían miedo a cualquier cambio que pudiera desencadenar una catástrofe ruinosa, y por eso su actitud era conservadora: les interesaba impedir los cambios y mantener la estabilidad. Esta armonía esencial del universo estaba personificada en la diosa  (Maat), que también personificaba varios aspectos de dicha armonía, como la verdad y la justicia; pero otros muchos dioses y diosas participaban en la evitación del caos, lo que explica el gran número de templos dedicados a diferentes divinidades que formaban parte de una única religión.

Para la mayoría de la población, las relaciones con los dioses solían ser mucho más personales. Aunque en muchos aspectos seguían procurando mantener el orden y evitar el caos, los creyentes particulares recurrían a los dioses para que intervinieran directamente en sus vidas. Abundaban las divinidades locales, como  (Meretseger), la diosa cobra de la montaña que domina el Valle de los Reyes de Tebas; pero también había deidades que se adoraban en todo Egipto, como la diosa  (Isis). A un nivel aún más básico, había dioses domésticos que casi nunca tenían templos propios, pero sí santuarios en las casas normales, donde se les invocaba a menudo para pedirles ayuda y protección. Uno de los más populares de estos dioses era  (Bes), que se solía representar como un enano grotesco y feo, y del que se creía que su espantosa apariencia ahuyentaba a los malos espíritus. A Bes, un dios que se creía que traía buena suerte y protegía a los miembros de la familia, se le invocaba sobre todo para pedirle protección en los partos, un acontecimiento especialmente peligroso en el antiguo Egipto.

Los antiguos egipcios no reconocían las modernas distinciones entre rito religioso, oración, magia y ciencia, de modo que un médico podía tratar una enfermedad con rituales y hechizos mágicos, además de con medicinas, y cada cosa estaba considerada como parte imprescindible del tratamiento. Era corriente llevar amuletos para protegerse contra males concretos, y Napoleón se llevó de Egipto uno que siempre llevaba encima para que le diera buena suerte, hasta que nació su hijo. El siguiente hechizo, escrito en papiro, debía recitarse sobre un amuleto de cornalina (al que llama «nudo») tallado con las imágenes de un cocodrilo y una mano, y servía para proteger a un niño contra la fiebre:

Hechizo para un nudo,
para un niño, un polluelo:
¿Tienes calor en el nido?
¿Te estás quemando en las matas?
¿Tu madre no está contigo?
¿No tienes hermana que te abanique?
¿No hay niñera que te ofrezca protección?
Que me traigan una pepita de oro,

cuarenta cuentas, un sello de cornalina
 con un cocodrilo y una mano
 para derribar, para ahuyentar a este Demonio del deseo,
 para calentar los miembros,
 para derribar a estos enemigos del Oeste, macho y hembra.
 ¡Saldrás adelante! Esto es una protección.
 Uno dirá este hechizo sobre la pepita de oro,
 las cuarenta cuentas, el sello de cornalina
 con el cocodrilo y la mano.
 Que debe colgarse de una tira de lino fino
 para hacer un amuleto
 y colocarse en el cuello del niño.
 Bien.

Los amuletos no sólo se utilizaban para proteger a los vivos; también se introducían entre los vendajes de las momias para proteger a los difuntos, y muchas veces llevaban inscritos hechizos del *Libro de los Muertos*, el nombre moderno de lo que Champollion llamó «El Ritual Funerario», y que los egipcios llamaban  «Hechizos de Salir de Día». Para garantizar la supervivencia de los difuntos en la otra vida, los parientes o los sacerdotes recitaban hechizos, pero por si acaso no se realizaban los ritos adecuados, se tomaban medidas para dar más permanencia a los hechizos. En el caso de los faraones, que reinaron aproximadamente a partir de 2300 a.C., los textos de los hechizos se grababan en jeroglíficos en las paredes interiores de las pirámides (por eso estos hechizos se conocen ahora como «textos piramidales»), para asegurarse de que siguieran siendo eficaces mientras duraran los jeroglíficos. Hacia 2000 a.C. los rituales cambiaron, y los hechizos se empezaron a escribir en los ataúdes de los difuntos y no en las paredes de sus tumbas; la introducción de estos «textos de ataúdes» coincidió con un aumento del número de personas que pretendían sobrevivir después de la muerte mediante la momificación y los hechizos mágicos. En un principio, este tratamiento era privilegio del faraón, y los cortesanos procuraban ser enterrados lo más cerca posible de su tumba, con la esperanza de participar en su resurrección, pero ahora la aristocracia se hacía inscribir los hechizos en sus propios ataúdes, en un intento directo de asegurarse

su propia supervivencia después de la muerte, sin tener que depender del faraón. Los hechizos procuraban cubrir todas las eventualidades: desde evitar el quedar aprisionado en el ataúd hasta evitar la putrefacción y «el tener que trabajar en el reino de los muertos».

Unos 500 años más tarde, los hechizos conocidos hoy como el *Libro de los Muertos* empezaron a desplazar a los textos de los ataúdes. Más que un libro con un contenido específico, el *Libro de los Muertos* contiene unos 200 hechizos, en su mayoría derivados de los Textos Piramidales y los Textos de los Ataúdes. En diferentes copias del *Libro* se encuentran conjuntos de hechizos ligeramente diferentes, que ya no se escribían en el ataúd sino en un rollo de papiro que se enterraba con la persona muerta, en la tumba o dentro del ataúd, y Champollion estudió y descifró muchos de ellos en la colección Drovetti de Turín. Como era necesario que los hechizos para proteger a los difuntos fueran duraderos, para que mantuvieran su eficacia durante el mayor tiempo posible, han sobrevivido muchas más copias de estos hechizos que de ningún otro tipo de literatura egipcia. Como los hechizos de los Textos Piramidales y de los Textos de los Ataúdes, los del *Libro de los Muertos* pretendían asegurar la resurrección y supervivencia de la persona con cuyo cuerpo se enterraban, pero la forma de conseguir este objetivo era complicada. En lugar de cuerpo y alma –o cuerpo, mente y espíritu–, los antiguos egipcios creían que una persona estaba formada por cinco elementos distintos: el cuerpo físico o cadáver,  (*khat*); el  (*ba*); el  (*ka*); el nombre de la persona,  (*ren*); y la sombra o espectro de la persona,  (*shut*).

El *ka*, que a veces se traduce libremente como «alma», era la fuerza vital de un individuo, que seguía viviendo después de la muerte pero necesitaba mantenimiento. Las ofrendas de comida que se hacían a los difuntos no eran para que las comiera y consumiera el *ka*; antes bien, el *ka* asimilaba directamente las propiedades vitalizadoras de las ofrendas. El *ba*, que a veces se traduce libremente como «personalidad», estaba compuesto por todos los elementos no físicos que hacen única a una persona. Para sobrevivir después de la muerte, la persona tenía que viajar desde la tumba y reunirse con su *ka*, pero como esto era imposible para el cuerpo físico, el *ba* se encargaba de ello. Una vez reunidos, el *ba* y el *ka* se convertían en el  (*akh*, que a veces se tra-

duce como «el muerto bendito»), la forma inalterable que adoptan los difuntos para habitar el otro mundo durante toda la eternidad. Los hechizos del *Libro de los Muertos* pretendían asegurar que el *akh* se formara como es debido, para protegerlo contra todos los peligros que lo amenazaban en la otra vida y proporcionarle el tipo de vida más agradable, libre de trabajo y de preocupaciones. En lugar de su siniestro título moderno del *Libro de los Muertos*, para los antiguos egipcios estas colecciones de hechizos eran más bien el «Libro de la Vida Eterna» o el «Libro de la Resurrección».

Puesto que se creía que los mundos de los vivos y de los difuntos se solapaban, se escribían cartas a los muertos en papiros o en los cuencos que contenían las ofrendas de comida, pero también existían otros muchos tipos de cartas más mundanas, escritas por funcionarios de la corte, reyes, sacerdotes y artesanos; muchas eran simples notas escritas en fragmentos de cerámica. Entre las que tratan de asuntos familiares figuran las que escribió Heqanakht, anciano sacerdote del culto funerario al fallecido visir Ipi, a su familia de Tebas. Una de las cartas terminaba quejándose de lo mal que habían tratado a su segunda esposa Iutenheb mientras él estaba de viaje por el valle del Nilo, y pidiendo que la enviaran con él (Hotepet es, probablemente, una hermana o una tía):

Os dije «No tengáis a Hotepet alejada de sus amigos, ni de su peluquera ni de su asistente». Cuidad mucho de ella, y que prosperéis en todo si lo hacéis. Sin embargo, no la habéis amado [a Hotepet] en el pasado. Y ahora haréis que me traigan a Iutenheb. Juro por este hombre –hablo de Ipi– que cualquiera que cometa una mala acción contra el sexo de mi nueva esposa está contra mí y yo contra él. Mirad, ésta es mi nueva esposa; es bien sabido lo que se debe hacer por la nueva esposa de un hombre. Mirad, todos deben portarse con ella como me porto yo. ¿Alguno de vosotros sería paciente cuando se denuncia ante él a su esposa? Yo no seré más paciente que vosotros.

En los archivos de los templos se podían encontrar documentos de todas clases, incluyendo papiros de medicina, que daban consejos para el diagnóstico y tratamiento de varias dolencias. Uno de estos papiros contiene la prueba de embarazo más antigua que se conoce, consistente en que la mujer moje todos los días con su orina

granos de cebada y trigo. Si los dos tipos de grano germinan, es que está embarazada; si germina el de cebada significa que el niño será varón, y si germina el de trigo, que será hembra. Experimentos modernos han demostrado que la orina de una mujer no embarazada impide la germinación de la cebada, así que el antiguo método cuenta con un cierto respaldo científico. Otros textos médicos se ocupan del diagnóstico y tratamiento de heridas, huesos rotos, mordeduras de serpiente y de otros animales, enfermedades de los ojos, etc., y dan una idea muy aproximada de los peligros que amenazaban a los antiguos egipcios. Otros textos ofrecen consejos morales de tipo más general, como ocurre con las «Enseñanzas del visir Ptahhotep», que es una recopilación de máximas de este tipo:

Si eres un gobernante,
mantén la calma mientras oyes hablar al que hace una petición.
No le impidas purgar su cuerpo
de lo que tenía pensado decirte.
Al hombre agraviado le gusta abrir su corazón
más que obtener lo que vino a pedir.
De los que impiden las peticiones, la gente dice:
«¿Por qué lo impide?»
Puede que un hombre no consiga todo lo que pide,
pero le sosiega el corazón que le escuchan bien.

Champollion creía que al descifrar los jeroglíficos había descifrado la escritura más antigua del mundo, y que dicha escritura había surgido y se había desarrollado en Egipto. Varias décadas después de su muerte, se descifró por fin la escritura cuneiforme de la antigua Mesopotamia, y algunos escritos cuneiformes resultaron ser más antiguos que los jeroglíficos más antiguos que se conocen, lo que indicaría que fue en Mesopotamia donde se inventó la escritura. Sin embargo, recientemente se han encontrado algunos jeroglíficos muy antiguos que podrían demostrar que Champollion tenía razón, después de todo. Aunque existen símbolos cuneiformes muy primitivos, anteriores a los jeroglíficos más antiguos, los textos encontrados recientemente en Egipto figuran entre los ejemplos más antiguos conocidos de escritura *fonética*: se remontan a 3400 a.C. y son los prototipos de la escritura a cuyo estudio

Champollion dedicó su vida. Como mínimo se puede decir que la auténtica escritura se desarrolló simultáneamente en Egipto y Mesopotamia, pero es bastante posible que apareciera antes en Egipto.

Desde antes de lograr descifrar los jeroglíficos, Champollion era consciente de que una de las cosas más importantes que los jeroglíficos podían aportar era una cronología del antiguo Egipto, porque los textos abarcaban un enorme período de tiempo y muchos de ellos registraban acontecimientos históricos. A pesar de los huecos y ambigüedades, la cronología egipcia sigue siendo la más completa y la más fiable de todas las de los países de la zona mediterránea antes de la aparición de la civilización romana. Debido a los contactos de Egipto con las culturas de la Edad del Bronce en Arabia, Anatolia y el Levante, con las culturas minoica y micénica de Grecia y Creta, y con las culturas africanas de Libia al oeste y de Sudán al sur, Egipto ha proporcionado la columna vertebral de la historia en todos estos lugares: el desciframiento de los jeroglíficos no sólo reveló la historia antigua de Egipto, sino que facilitó considerablemente el estudio de la historia antigua de una inmensa zona geográfica.

En la actualidad, aunque a Champollion se le honra como a un héroe nacional en Francia, su contribución a la historia mundial todavía se reconoce de mala gana en algunos sectores, debido en gran parte a que los prejuicios de sus enemigos y de los partidarios de Thomas Young han ejercido una influencia desproporcionada en los estudiosos, sobre todo en los del mundo anglohablante, donde se exageran los logros de Young y se minimizan los de Champollion en el desciframiento de los jeroglíficos. Casi nunca se ofrece una visión equilibrada, y se suele pasar por alto lo más importante: independientemente de quién identificara primero tal o cual signo jeroglífico, o de quién utilizara tales y cuales resultados de otros investigadores, el sistema de desciframiento de Champollion funcionaba y el de Young no. Con sus esfuerzos por presentar a Young como el auténtico descifrador de los jeroglíficos, sus partidarios le hicieron un enorme perjuicio, ya que no se suele prestar atención a sus auténticos logros en el desciframiento del demótico.

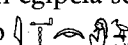
En Francia se pueden encontrar muchos recuerdos de Champollion, incluyendo estatuas, bustos, cuadros, placas conmemorativas, nombres de calles, nombres de colegios, monumentos, una sociedad y un museo. Su retrato, pintado por Léon Cogniet, se exhibe en el museo del Louvre de París, no lejos de las colecciones egipcias de las que fue conservador. Los monumentos más llamativos son la estatua de Frédéric Auguste Bartholdi, en el patio del Colegio de Francia en París, y su tumba en el cementerio del Padre Lachaise. La tumba, diseñada por su viuda Rosine, está señalada por un sencillo obelisco con las palabras «Champollion le Jeune» (Champollion el Joven) y una verja que rodea una lápida con la inscripción «*Ici repose Jean-François Champollion, né à Figeac dept. du Lot le 23 décembre 1790, décédé à Paris le 4 mars 1832*» («Aquí reposa Jean-François Champollion, nacido en Figeac, Departamento del Lot, el 23 de diciembre de 1790, fallecido en París el 4 de marzo de 1832»). La casa en la que vivió, en el número 19 de la *rue Mazarine*, todavía está en pie, y en el número 28 de la misma calle, donde tuvo lugar el trabajo más trascendental para el desciframiento, hay una placa conmemorativa; pero la casa donde falleció, en el número 4 de la *rue Favart*, ha sido demolida. Hay calles que llevan su nombre, entre ellas una en París y otra en Grenoble, pero en esta ciudad, que fue su hogar durante tantos años, la urbanización masiva de principios del siglo XX barrió muchos de los edificios que él y Jacques-Joseph conocieron: ahora sólo reconocerían el *lycée* (que ahora se llama *lycée Stendhal*) donde Champollion fue alumno y profesor, y cerca de él la entrada a la biblioteca donde ambos hermanos trabajaron. En 1886 se inauguró en Grenoble un *lycée* con el nombre de Champollion (que la gente denomina coloquialmente «el Champo»).

Aunque pasó muy poco tiempo de su vida en Figeac, allí es donde la presencia de Champollion se hace sentir con más fuerza. La casa de la *rue Boudousquerie* (que ahora se llama «calle de los hermanos Champollion») donde nacieron Champollion y Jacques-Joseph está convertida en un pequeño pero excelente museo, con una colección de objetos egipcios y una galería dedicada al desciframiento de los jeroglíficos. La librería de su padre, donde jugaba de niño, es ahora el *café Sphinx*, pero sus pisos superiores han cambiado poco, y la plaza que fue escenario de ejecuciones y celebraciones durante

la Revolución se llama ahora «*place Champollion*». Otros edificios del pueblo llevan también el nombre de Champollion en su honor, entre ellos el moderno *lycée*, y junto a la transitada avenida paralela al río Célé, en el borde sur de la población, se alza un obelisco en honor a Champollion, erigido por suscripción pública después de su muerte.

Pero dejando aparte a Figeac, hay muy pocos recordatorios en honor de Jacques-Joseph Champollion-Figeac y su labor de apoyo durante la vida de Champollion y después de su muerte. Tras la revolución de febrero de 1848, que provocó la abdicación del rey Luis Felipe, Jacques-Joseph perdió sus puestos de profesor de paleografía en la Escuela de Cartógrafos (para el que había sido nombrado en 1830) y conservador de manuscritos de la Biblioteca Real (Nacional), y se le expulsó de su alojamiento, acusándole de haber cometido robos en la biblioteca. En 1852, cuando Napoleón III encabezó la transición de la Segunda República al Segundo Imperio, Jacques-Joseph fue rehabilitado y se le nombró conservador de la biblioteca del palacio de Fontainebleau. Mantuvo su puesto hasta su muerte el 9 de mayo de 1867 a la edad de 89 años (unos treinta y cinco años después de haber fallecido su hermano más joven) y fue enterrado en el cementerio de Fontainebleau. Su hijo Ali falleció en 1840, su esposa Zoé en 1853, y sus hijos Jules y Paul en 1864; sólo le sobrevivieron su hijo Aimé y su hija Zoé. De las hermanas de Champollion, Marie falleció sólo un año después que él, en 1833; Petronile catorce años después y Thérèse a finales de 1851. La modestísima tumba familiar en la que están enterrados Marie, Thérèse y los padres se encuentra en el cementerio norte de Figeac. La casa familiar de la *rue* de la Boudousquerie se vendió en 1854, y la librería un año después. En la zona de Grenoble todavía viven descendientes de Jacques-Joseph. Por otra parte, la hija de Champollion, Zoraïde, se casó en 1845 con Amédée Chéronnet, y uno de sus hijos, René Chéronnet-Champollion, fundó la rama americana de la familia al casarse con una estadounidense, Mary Corbin, y establecerse en Nueva York.

Hay otro homenaje a Champollion que puede parecer un poco extravagante: uno de los cráteres de la Luna lleva su nombre. También existe un cráter con el nombre de Joseph Fourier, el hombre que le introdujo en los jeroglíficos, y otro con el nombre del principal

rival de Champollion, Thomas Young. Aunque resulte algo extraño, es un homenaje adecuado para aquellos hombres que tanto se comprometieron en el desciframiento de los jeroglíficos, porque en el antiguo Egipto la luna era el dominio del dios Thoth, que cumplía varias funciones en la mitología egipcia, entre ellas la de protector de los muertos. El jeroglífico  desempeñó un papel trascendental en el desciframiento, ya que Champollion lo identificó como el símbolo del dios Thoth en el nombre  («Thothmes», que significa «hijo del dios Thoth»), y en la antigua religión egipcia se identificaba a Thoth con la luna y se le saludaba como  («Luna-Thoth»). En algunas partes de Egipto, se creía que los difuntos atravesaban el cielo montados sobre la luna y protegidos por el dios Thoth, pero lo más importante es que Thoth era en todo Egipto el dios de los escribas, del conocimiento y de la verdad; y sobre todo, se creía que había sido él el dios que inventó los jeroglíficos. Uno de sus numerosos títulos era  («el que dio las palabras y la escritura»).

Los antiguos egipcios creían que el nombre de una persona era parte integrante de dicha persona: borrar su nombre equivalía a aniquilar a la persona. Vilipendiado en vida por sus rivales y enemigos, que hicieron todo lo posible por destruir su nombre y su reputación, Champollion sabía que tarde o temprano se reconocerían sus méritos. Así como los escribas del antiguo Egipto confiaban en que sus palabras durarían para siempre, Champollion comprendió la sabiduría de la antigua máxima egipcia «Es bueno hablarle al futuro, porque escucha». Su auténtico monumento es que su nombre estará siempre ligado al redescubrimiento de aquella civilización. Las claves del antiguo Egipto abrieron también las puertas a la ilustre posición de Jean-François Champollion en la historia.

Lecturas adicionales

NO ES preciso saber leer jeroglíficos para apreciar los tesoros del antiguo Egipto, pero cuanto más se sepa sobre la función de los jeroglíficos en el antiguo Egipto, más se disfrutará de dichos tesoros. Hay varias introducciones accesibles al tema, entre ellas *Understanding Hieroglyphs. A Complete Introductory Guide*, de Hilary Wilson (1995); *ABC of Egyptian Hieroglyphs*, de Jaromir Malek (1994); y *Egyptian Hieroglyphs* de W. V. Davies (1987). Para un estudio más detallado de los jeroglíficos, se puede consultar *Hieroglyphs. The Writing of Ancient Egypt*, de Maria Carmela Betr   (1996) y *Reading Egyptian Art. A Hieroglyphic Guide to Ancient Egyptian Painting and Sculpture*, de Richard H. Wilkinson (1992). La obra *Hieroglyphs and the Afterlife in Ancient Egypt*, de Werner Forman y Stephen Quirke (1996), es una crónica bien ilustrada del desarrollo histórico de los jeroglíficos. Y *Papyrus*, de Richard Parkinson y Stephen Quirke (1995), habla de los escribas y de las escrituras egipcias, además de explicar la fabricación y el empleo de papiros.

Si usted quiere aprender a leer jeroglíficos, uno de los mejores libros es *How to Read Egyptian Hieroglyphs. A Step-by-step Guide to Teach Yourself*, de Mark Collier y Bill Manley (1998). Para un estudio más a fondo, el libro *Egyptian Grammar. Being an Introduction to the Study of Hieroglyphs*, de Alan Gardiner (3.   edición revisada, 1957) sigue sin ser superado en amplitud, aunque ha quedado obsoleto en muchos detalles. La obra que más posibilidades tiene de sustituirlo es *Middle Egyptian: An Introduction to the Language and Culture of the Hieroglyphs*, de James P. Allen (2000). No existen diccionarios completos de jeroglíficos en inglés, pero el mejor diccionario abreviado es *A Concise Dictionary of Middle Egyptian*, de Raymond O. Faulkner (1962). En alemán existe un diccionario mucho más extenso, *Die Sprache der Pharaonen. Grosses Handw  rterbuch   gyptisch-Deutsch (2800-950 v.Chr)*, de Rainer Hannig (1995).

Para quienes busquen la última palabra sobre jeroglíficos y la Piedra de Roseta, la mejor obra es *Cracking Codes. The Rosetta Sto-*

ne and Decipherment, de Richard Parkinson (1999), junto con *La pierre de Rosette* (en francés), de Robert Solé y Dominique Valbelle (1999). Quien quiera saber más sobre los faraones y sus cartuchos, lo encontrará en *Who were the Pharaohs? A history of their names with a list of cartouches*, de Stephen Quirke (1990), y en *Chronicle of the Pharaohs. The reign-by-reign record of the rulers and dynasties of ancient Egypt*, de Peter Clayton (1994). Se pueden encontrar traducciones legibles de textos jeroglíficos en *Voices from Ancient Egypt. An Anthology of Middle Kingdom Writings*, de R. B. Parkinson (1991), y en *The Tale of Sinuhe and Other Ancient Egyptian Poems 1940-1640 BC*, también de R. B. Parkinson (1997). Las traducciones de Miriam Lichtheim publicadas en la serie *Ancient Egyptian Literature. A Book of readings* proporcionan una visión general de la variedad literaria del antiguo Egipto. Dichos volúmenes son I: *The Old and Middle Kingdoms* (1973), II: *The New Kingdom* (1976) y III: *The late Period* (1980). *The Ancient Egyptian Book of the Dead*, traducido por Raymond O. Faulkner y editado por Carol Andrews (edición revisada, 1985), ofrece una versión ilustrada del Libro de los Muertos.

Se han escrito varios libros sobre la campaña de Napoleón en Egipto. Entre los mejores figuran *Bonaparte in Egypt*, de J. Christopher Herold (1962), y (en francés) *L'expédition d'Égypte 1798-1801*, de Henry Laurens (1997) y *L'Égypte, une aventure savante 1798-1801*, de Yves Laissus (1998). La obra de Vivant Denon *Viajes por el Alto y el Bajo Egipto durante las campañas del general Bonaparte* (traducida del francés al inglés en 1802) se reeditó en 1986. No existen biografías de Champollion en inglés: casi todo el material de referencia está en francés, aunque una de las biografías se escribió en alemán: *Champollion, sein Leben und sein Werk*, de H. Hartleben (1906, en dos tomos), resumida y traducida al francés por Denise Meunier, con el título *Jean-François Champollion. Sa vie et son oeuvre 1790-1832* (1983). Hay una biografía más reciente en francés: *Champollion. Une vie de lumières*, de Jean Lacouture (1988). En cuanto a Thomas Young, la biografía más reciente y accesible es *Thomas Young, Natural Philosopher 1773-1829*, de Alexander Wood y Frank Oldham (1954). En *The Myth of Egypt and its Hieroglyphs in European Tradition*, de Erik Iversen (1961, reeditado en 1993), se describen algunos de los intentos fallidos de descifrar los jeroglíficos por los rivales de Champollion e investigadores anteriores.

Existen numerosos libros bien ilustrados sobre la mayoría de los aspectos del antiguo Egipto: el *British Museum Dictionary of Ancient Egypt*, de Ian Shaw y Paul Nicholson (1994), es muy útil como libro de consulta. *The Mummy in Ancient Egypt. Equipping the Dead for Eternity*, de Salima Ikram y Aidan Dodson (1998) aborda a fondo el tema de la momificación y la otra vida. Las pirámides se explican en *The Complete Pyramids*, de Mark Lehner (1997) y *The Pyramids*, de Alberto Siliotti (1997). Los impresionantes monumentos de Tebas (que fue durante algunas épocas la capital del Antiguo Egipto) se describen con estilo accesible en *Thebes in Egypt. A Guide to the Tombs and Temples of Ancient Luxor*, de Nigel y Helen Strudwick. El Valle de los Reyes se describe con detalle en *Guide to the Valley of the Kings*, de Alberto Siliotti (1996) y *The Complete Valley of the Kings*, de Nicholas Reeves y Richard H. Wilkinson (1996). De otros lugares de Egipto y Libia hay descripciones y mapas en el *Atlas of Ancient Egypt* de John Baines y Jaromír Málek (1984). Por último, para hacerse una idea de la riqueza de la civilización egipcia conviene consultar las páginas de *Egypt. The World of the Pharaohs*, editado por Regine Schulz y Matthias Seidel (1998).

Índice de materias

- Abbaye-aux-Bois, cerca de París 95
- Abidos (Egipto) 177, 270, 272
- Aboukir (Egipto) 33-35, 47, 48, 112
- Abu Simbel (Egipto) 13, 173, 184
- visita de Champollion 258-259, 261-262
- Academia de Ciencias de Livorno 231
- Academia de Ciencias de París 166, 168, 181
- Academia de Inscripciones y Literatura (París):
 - admisión de Jacques-Joseph como miembro 120
 - discurso fúnebre y elegía a Champollion 287
 - exclusión de Champollion 272, 277
 - informes de Champollion 183, 187, 195, 196, 279
 - presentación de la obra de Champollion 133, 136, 190, 194
 - reuniones sobre el zodiaco de Dendera 181
 - trabajo de Jacques-Joseph como secretario 148, 168, 272
- Academia de Turín 221
- Académie delphinale (Academia de Grenoble):
 - conferencias de Champollion 81, 105, 153, 162, 169
 - ingreso de Champollion 81
 - posición de Jacques-Joseph 75, 76
 - y la biblioteca municipal 101
- Adriano, emperador romano 254
- Aegyptiaca* (Manetho) 250-251
- Agujas de Cleopatra 26-27, 244
- Akenatón, faraón 200
- Åkerblad, Johan David, 203
 - comentarios sobre los numerales jeroglíficos 139
 - identificación de nombres demóticos en la Piedra de Roseta 73, 95, 157, 195
 - opinión de Champollion 95, 97, 98
 - relaciones con De Sacy 73-74 y Young 128, 129, 133, 137
- Alejandro Magno y 23
- Alejandro Magno 22, 23, 28, 47, 159, 180, 191
- Alemania 84, 85, 116, 125, 234, 289
- Amenhotep II, templo del faraón 256
- Amenofis-Memnón, faraón 218
- Amiano Marcelino 52
- amuletos 103-104, 198, 296-297
- Anatolia 301
- Angelelli, Giuseppe 244
- Angulema, duque de 162

- Annales du Département de l'Isère: Journal Administratif* 108
 Champollion asume la dirección 133
 Antinópolis (Egipto) 254
 Antioco III el Grande 157
 Antonino Pío, emperador romano 180
 árabe, idioma, estudios de Champollion 14, 61, 65, 88, 94, 246
 Arabia 301
 Arago, François 166, 169, 193, 194, 266
 arameo, idioma 87
Archaeologia (Revista de la Sociedad de Anticuarios) 130
 Arnouville, Chopin de, prefecto de Grenoble 151, 162
 Arsinoë III, reina 157, 160, 255
 Artois, conde de, véase Carlos X, rey de Francia
 Asuán (Egipto) 43, 45, 249, 257, 263
 presa de 249, 262
 ataúdes, textos de los 297-298
 Audran, Prosper 85, 87
 Augusto, emperador romano 26, 28, 235
 Austria 64, 104, 116, 125, 132
- Bankes, Henry 173
 Bankes, William John 171, 173, 201
 obelisco de 171, 172-173, 174-175, 177, 179, 201
 Barclay, David 124
 Barthélemy, Jean-Jacques, abate 71, 157
 Bartholdi, Frédéric Auguste 302
 Beaucaire (Francia), feria de 80
 Beauharnais, Eugène de 142
 Beauharnais, Marie-Joseph-Rose de, véase Josefina Bonaparte
 beduinos 29, 249-250
- Belzoni, Giovanni Battista 174, 184-185
 Belliard, Auguste-Daniel, general 42, 44, 45, 46
 Bellune, duque de 165
 Beni Hassan (Egipto) 252-253
 Berenice, reina 157, 159, 160, 195
 Berriat, Pauline (cuñada) 115
 Berriat, Zoé (cuñada) 80, 135, 144, 168, 213, 303
 Berry, Edward, capitán 34
 Berthier, Louis Alexandre, general 47
 Berthollet, Claude-Louis 22, 29, 31, 47
 Bertin, Édouard 244, 267, 276
 Biban-el-Molouk, véase Valle de los Reyes
 Bibent, Antoine 243, 245, 250, 260
 Biblia 14, 61, 88
 controversia sobre la cronología 79, 88, 172, 193, 203, 229, 256, 267
 Biblioteca Nacional/Real (París) 93, 168
 adquisición de los papeles de Champollion 286
 adquisición del zodiaco de Dendera 180, 201
 adquisición de una copia de la Piedra de Roseta 49
 investigaciones de Champollion 85
 posición de Jacques-Joseph 270
 Biot, Jean-Baptiste 169, 181, 279, 283
 Birch, Samuel 290
 Blacas d'Aulps, Pierre Louis Jean Casimir, duque 201-202
 apoyo a Champollion 207-209, 224
 cartas de Champollion 220, 227

- embajador de Francia en Nápoles 210, 212, 222
- excavaciones arqueológicas 235
- exilio 278
- informe sobre la colección Salt 230
- Blanc, André 194
- Blanc, Claude 116, 120
- Blanc, Rosine *Anaïs* (esposa) 120
 - construcción de la tumba del marido 302
 - maternidad 213
 - matrimonio 153-154
 - noviazgo con Champollion 116, 141
 - organización de la vida 169
 - pensión del Estado 287
 - privada de dote 208
 - reunión con su marido 277
 - reunión con su marido en París 168
- Bolonia (Italia) 221, 280
- Bouchard, Pierre François Xavier, teniente 46
- Boughton, sir William 128, 130
- Bradish, Luther 171
- «Brindis a la República» (Champollion) 136
- Brocklesby, Richard, doctor 124, 125
- Brueys, François-Paul, almirante 33
- Burckhardt, Jean-Louis 173
- Burnouf, Eugène 287
- Byron, George Gordon, lord 173

- Caffarelli, Maximilien, general 25, 39
- Cairo, El 21, 29, 32, 33, 38, 247, 248
 - Museo Egipcio 290
- caldeo, idioma 14, 61
- Calmels, Dom (profesor particular) 57, 58, 60
- Cambises 121, 191

- Cambridge, Universidad de 49, 125, 173
- Canon Real de Turín 219, 229, 251
- Canope (Aboukir) 111, 290
- Capdenac-le-Haut (Francia) 146
- Carlos X, rey de Francia (antes conde de Artois)
 - acceso al trono 220
 - autoriza la adquisición de antigüedades 229-230
 - huida a Inglaterra 278
 - inaugura la exposición egipcia en el Louvre 239
 - líder de los ultras 143
 - respalda la expedición a Egipto 240
- Carter, Howard 265
- Casati, papiros de 177, 193, 196-197, 205
- Cerdeña-Piamonte, rey de 197, 201, 238, 283
- César, Julio 26, 145, 146, 215
- Cesarión 215
- Champollion, Guillaume (hermano) 53
- Champollion, Jacques (padre) 91, 144
 - alcoholismo 144, 148
 - muerte 163
 - negocio de venta de libros 53, 80
 - situación financiera 66, 144
- Champollion, Jean-Baptiste (hermano) 53-54
- Champollion, Jean-François:
 - escritos:
 - acusaciones de plagio 107-108, 165, 276
 - artículos 134
 - cartas a revistas 108
 - compra de sus papeles por el Estado 286
 - dedicatoria al rey 120
 - miedo a publicar demasiado

- pronto 107, 163, 179, 281
- obras y canciones satíricas 117, 134
- publicaciones póstumas 288-289
- robo de sus manuscritos 278
- véase también los títulos de las obras concretas*
- intereses:
 - Egipto 15
 - historia natural 58
 - historia antigua 16
 - idiomas 14, 60, 61, 65, 79, 87
 - origen del mundo 14, 61, 67
- investigación sobre los jeroglíficos:
 - avance decisivo 13-14
 - análisis comparativo de las escrituras 71, 176, 176
 - análisis numérico de textos 176
 - cálculo del número de signos 211
 - colección Drovetti 201, 207, 210, 214-220, 298
 - comienza su interés en 15, 62
 - definición de jeroglífico 304
 - diccionario, *véase Dictionnaire égyptien*
 - errores 96, 165
 - gramática, *véase Grammaire égyptienne*
 - identificación de determinativos 181-182
 - informes a la Academia 183, 187, 195, 196, 279
 - jeroglíficos de Abu Simbel 184-185, 188, 258-259, 261-262
 - nombres de los faraones 177-178, 179-180, 197, 200, 250
 - obelisco de Bankes 175, 177, 179, 201
 - Piedra de Roseta 18, 95, 99, 119, 121-122, 152, 153, 176, 215
 - progresos hacia el desciframiento 53, 114, 179, 185
 - resumen en el *Précis* 207, 208
 - vasos canopios 111-113, 222
 - zodiaco de Dendera 180-181, 201, 203
- personalidad e intelecto:
 - aversión a las matemáticas 16, 57, 61
 - cambios de humor 16, 55, 58, 65
 - dotes intelectuales 58
 - facilidad para hacer enemigos 142, 148
 - fuerza de carácter 16, 56
 - habilidad para el dibujo 16, 56
 - mal genio 56
 - memoria visual 15
- política:
 - actitud hacia la monarquía 17
 - acusación de traición 145, 164
 - apoyo al régimen de Napoleón 17, 132
 - enemigos políticos 110, 142
 - exilio en Figeac 142, 144-147, 150-151, 161
 - opiniones sobre Napoleón 64, 117
 - participación en el alzamiento de Grenoble (1821) 163-164
 - pasión por la libertad 66
 - patrocinio real 240
 - republicanismo 110, 117, 136
 - sátiras políticas 117
- vida personal y familiar:
 - adopción del nombre *Segbir* 80

- amistades 84
- amores 115
- aspecto físico 58, 143
- audiencia con el Papa 225
- audiencia con Luis XVIII 210
- audiencia con Napoleón 132
- cartas a su hermano 64-65, 66, 77-78, 90, 118-119, 135, 152-153, 218, 256, 261, 262, 265, 270
- depresión 84, 115, 118-119, 168, 283
- educación 15-16, 55, 60, 63-64
- en Italia 213-228
- en París 84, 168
- fama 214, 222, 228, 231
- hija 213, 228
- mala salud 77, 84, 89-90, 114, 148, 161, 162, 163, 165, 168-169, 202, 219, 236, 257, 260, 276, 281, 282-283
- matrimonio 153-154
- monumentos en su honor 302
- motivo del león 56
- muerte y funerales 284
- nacimiento e infancia 14, 54, 55
- negativa a cambiar de apellido 60
- noviazgo 116, 141
- padres y familia 14, 53-54
- pobreza 90, 118, 202, 207
- preocupación por el reclutamiento 91, 99, 104
- relaciones con su hermano 58, 90
- tiempos de estudiante 15-16
- visita a Londres 212
- vida profesional:
 - ataques póstumos 301
 - colaboración con Biot en el calendario egipcio 283
 - como profesor 110, 111, 114, 151, 161, 279
 - conservador del Louvre 232
 - contactos con Young 130, 133-134, 193, 203-204
 - expedición a Egipto 235, 237-238, 240, 241, 243-276
 - honores 279, 301-302, 303
 - intento de cambiar de carrera 141
 - pertenencia a academias 231
 - profesor del Colegio de Francia 161, 163, 165
 - rechazo del cargo de cónsul 92, 99
 - rechazo de una cátedra en Turín 161
 - rivalidad con Young 18, 163, 203-207
 - trabajos de bibliotecario 110, 161, 162, 164
 - transporte por mar de la colección Salt 230, 231-232
- Champollion, Jeanne-Françoise (madre), *véase* Guaileu, J.-F.
- Champollion, Marie-Jeanne (hermana) 54, 144, 281, 303
- Champollion, Pétronille (hermana) 54, 144, 303
- Champollion, Rosine (esposa), *véase* Blanc, R.
- Champollion, Thérèse (hermana) 54, 144, 281, 303
- Champollion, Zoraïde (hija) 90, 213, 228, 266, 283, 303
- Champollion-Figeac, Aimé-Louis (sobrino) 142, 303
- Champollion-Figeac, Ali (sobrino) 142, 151, 166, 168
- Champollion-Figeac, Amélie-Françoise (sobrina) 142

- Champollion-Figeac, Jacques-Joseph (hermano) 54
 amistad con Fourier 75, 91
 aspecto físico 143
 ayuda a la expedición a Egipto 240
 ayuda a su cuñada 115, 208
 bibliotecario 101, 102, 110, 142, 161, 162
 cambio de apellido 59-60
 carrera académica 56
 cartas a su hermano 64-65, 66, 77-78
 contribución al avance de la egiptología 285
 contribución a la *Description de l'Égypte* 76
 director de *Annales de l'Isère* 110
 educación 56, 57
 empleos 110, 111, 270, 303
 en la Academia delphinale 75, 76
 en París 111, 118, 131, 148, 161, 168, 270
 exilio en Figeac 142, 144, 145-147
 guía y apoyo de su hermano 58
 hijos 90, 101, 142
 honores 303
 insta a su hermano a publicar 98, 106, 153, 163
 lingüista 75
 matrimonio 80
 muerte 303
 oposición al matrimonio de su hermano 116, 154
 padrino de Jean-François 54
 pertenencia a academias 120
 presiones para adquirir la colección Salt 229-230
 publicación de las obras de su hermano 107, 120, 285, 287-288
 relaciones con Fourier 75, 108-109, 120
 relaciones con su hermano 13, 58
 sospecha de Salvolini 286
 y la Piedra de Roseta 75
 y los papeles de su hermano 286
 y Napoleón 132, 134
 Champollion-Figeac, Jules (sobrino) 142, 303
 Champollion-Figeac, Paul (sobrino) 303
 Champollion-Figeac, Zoé (sobrina) 303
 Champollion-Figeac, Zoé (cuñada), véase Berriat, Z.
 Chatel, Champollion y Rif, empresa 57
 Cheftitchi, Geha 88
 Chéronnet, Amédée (yerno) 303
 Chéronnet-Champollion, René (nieto) 303
 Cherubini, Salvatore 244, 276
 China 74
 chino, idioma 71, 132
 Cirene (la actual Libia) 174
 Cleopatra, Agujas de 26-27, 244
 Cleopatra, jeroglíficos de 201
 Cleopatra I, reina 157
 Cleopatra II, reina 175
 Cleopatra III, reina 175
 Cleopatra VII, reina 28
 Cogniet, Léon 302
 colección Drovetti 227
 adquisición por el Estado francés 200-201
 Canon Real de Turín 219, 251
 catalogación 221
 piedra bilingüe 166-167, 183, 197
 saqueo del Louvre 278
 trabajo de Champollion 210, 214-217
 visita de Young 166-167
 Colegio de Francia (París) 71, 85, 279, 280, 302
 Comentarios (Julio César) 145, 146

- Comisión de Egipto 168, 244, 254
defectos 255, 271
trabajo de Champollion en 85
véase también *Description de l'Égypte*
- Conté, Nicolas 22, 36, 37, 41, 45, 51
- copto, idioma 69, 209, 233-234
diccionario/gramática de Champollion 93, 113, 132, 133, 136, 146, 168
estudios de Champollion 67, 76, 88, 97
gramática de Tattam 239-240
utilidad para el desciframiento de los jeroglíficos 68-69, 70, 71, 73, 159
- Corbin, Mary 303
- Costa, Ludovico, conde 152, 209-210, 214
- Costaz, Louis 45
- Creta 301
- cuáqueros 123, 125
- cuneiforme, escritura 300
- Cuvier, Georges 166, 169
- Dacier, Bon-Joseph 148, 168, 169, 191, 192, 202, 259, 272, 283
- D'Hautpoul (soldado francés) 46
- Damanhur (Egipto) 29, 30
- Damieta (Egipto) 21
- Davis, Robert 123
- De l'écriture hiéroglyphique des anciens Égyptiens* (Champollion) 164-165
- Decreto de Canopus 290
- Deir el-Bahari (Tebas, Egipto) 268, 269
- demótica, escritura 68, 69, 191
aspecto alfabético 74
diccionario de Young 140, 156
estudios de Champollion 97, 106, 140, 183
estudios de Young 128-129
- informes de Champollion a la Academia 169-170
- texto del Decreto de Canopus 290
- texto de la Piedra de Roseta 46, 49, 68, 72, 73, 140
- Dendera (Egipto):
dibujos de Denon 41-42, 44, 45
visita de Champollion 254-255, 270, 271
véase también zodiaco de Dendera
- Denon, Dominique Vivant 22, 40, 95, 295
apoyo de Josefina 40-41
catálogo y colección de antigüedades 43
descripción de El Cairo 38
dibujos de Egipto 41, 42-43
en Dendera 41-42, 44, 45, 170, 254
historial 40
publicaciones 50, 51
regreso a Francia 40, 47, 50
sobre los templos 41, 43
- Derr (Egipto) 263
- Desaix, Louis, general 29, 33, 40, 41, 44, 46
- Description de l'Égypte* 37, 51, 62, 85, 88, 98, 108, 121, 138, 146, 150, 156, 168, 174, 180, 229, 244
véase también Comisión de Egipto
- Desouk (Egipto) 247
- Diccionario geográfico del Oriente* (Champollion) 78-79
- Diccionario egipcio de la escritura jeroglífica* (Champollion) 288-289
- Didier, Jean-Paul 144
- Didot, Firmin (editor) 195
- Diocleciano, emperador romano 26
- Diógenes 118-119

- Dispatch* (barco) 174
divino legado de Moisés, El (Warburton) 70-71
Dolomieu, Déodat Gratet de 22, 25
Drouet d'Erlon, general 141-142
Drovetti, Bernardino 166, 170, 174, 200, 219, 237, 238; 239, 241, 244, 246, 271, 275, 277, 278
véase también Colección Drovetti
Dubois, Jean-Joseph 206, 237, 280
Dubois-Fontanelle, Jean-Gaspard 102, 110
Duchesne, Alexandre St. Romain 244, 267, 275
Dussert, abate 60, 61, 62
- Edfu (Egipto) 52, 257, 260
Edimburgo, Universidad de 49, 124-125
Egipto antiguo:
Alejandro Magno 22, 23
amuletos 103-104, 198, 296-297
calendario 290
cronología 301
edificios 295
escritura 68, 105-106, 156, 183, 294, 300-301; *véase también* demótica, hierática, jeroglíficos
medicina 299-300
método para calcular las bajas enemigas 269
momificación 113, 297
monumentos 23
papiros 177, 193, 196-197, 214, 216-218
provincia de Roma 28
religión 295-296
ritos funerarios 223
tumbas reales 267-268
Egipto moderno:
destrucción de monumentos 37, 236-237
dominio turco 21, 50
e Inglaterra 47, 83
expedición de Champollion (1828-1829) 235, 237-238, 240, 241, 243-276
expedición de Lepsius 290
expedición de Napoleón (1798-1799) 17, 19-22, 28-29, 30, 49, 50, 245, 292
levantamiento contra los franceses 39
mamelucos 30, 31-32, 33, 38, 40, 43, 50, 247
peste 49, 50, 174, 247, 276
relaciones con Turquía 21, 30
saqueo de monumentos 170-171, 238, 239, 250
viajeros en Egipto 156
egiptología 37, 40, 132, 289
egiptomanía 17-18, 51, 52
Églé (barco) 243
Égypte sous les pharaons, L' (Champollion) 93, 98, 106-107, 108, 114, 120, 130, 149, 179
Égyptienne, L' (barco) 49
El Azhar, mezquita (El Cairo) 39-40
Elba, isla de 117
Elefantina, isla (Egipto) 257
«Elegía a los autores muertos» 292-294
El Rahmaniya (Egipto) 30
Embaba (Egipto) 32
encorrial 140, 156, 272, 273, 274, 301; *véase también* demótica
Encyclopaedia Britannica 149, 156, 157, 161, 185, 196
«Ensayo sobre la descripción geográfica de Egipto antes de la conquista de Cambises» (Champollion) 81

- «Enseñanzas del visir Ptahhotep» 300
 epistolográfica, véase hierática
Escolasticomanía (Champollion) 104
 escribas 217, 269, 292, 304
 Escuela Especial de Idiomas Orientales (París) 76, 85, 87, 92
 Esfinge de Giza 41, 252
 Esna (Egipto), templo de 45, 257, 260
 España, guerra contra Napoleón (1808-1814) 110, 116
Essay on Dr. Young's and M. Champollion's Phonetic System of Hieroglyphs (Salt) 227-228
 etíope, idioma 88
 Etiopía 249
 etruscos 95-96
- fenicios 96
 Figeac (Francia) 14, 53, 57, 142, 144-146, 281, 302-303
 File, isla de (Egipto) 28, 45, 160, 171, 173, 257, 259, 263
Flauta mágica, La (Mozart) 51
 Florencia 68, 167, 226, 236
 Fontainebleau, palacio de 303
 Fort Rachid / Fort Julien (Egipto) 46
 Fourcroy, Antoine 91
 Fourès, Pauline («Cleopatra») 20, 31
 Fourier, Jean Baptiste Joseph 22, 303
 ayuda a evitar el reclutamiento de Champollion 91, 99, 104
 en la comisión de sabios 45
 muerte 277
 prefacio a la *Description de l'Égypte* 51, 61, 62, 76, 88-89, 92
 prefecto del Isère 61, 62, 131
 prefecto del Ródano 132, 169, 277
 primer encuentro con Champollion 62
 relación con los hermanos Champollion 78, 88, 91-92, 108-109, 110-111, 120, 169
 reputación en Egipto 245
 secretario perpetuo del Instituto de Egipto 36, 277
 y la publicación de las obras de Champollion 114-115
- Francfort, feria de 80
 Francia:
 adquisición de antigüedades 229-230
 agitación política 48
 censura 110
 Directorio 21, 47, 63
 egiptomanía en 17-18, 23, 28, 62
 guerras napoleónicas 109, 116, 173
 hostilidades con Austria 20, 116-117
 hostilidades con Egipto y Turquía 35, 47, 239
 hostilidades con Inglaterra 20-21, 64
 Napoleón regresa del exilio 131-132
 realistas y ultras 143, 145
 reclutamiento militar 109-110
 reforma de la educación 63, 101, 102-103
 restauración de la monarquía 47, 117, 143
 Revolución (1789) 14, 15, 20, 40, 54, 143
 Revolución (1830) 278, 279
 Revolución de los Tres Gloriosos (1830) 278
 Segunda República (1848) 289, 303

- Segundo Imperio 303
 Francisco I, rey de Nápoles 222
- Galastri (botánico toscano) 244, 272
 Galia 145
 Gautier, Théophile 43
 Gazzera, Constanzo 231, 236, 238, 280
 Gell, sir William 93, 125, 149, 183, 207, 225-226, 233, 234-235, 273
Gentleman's Magazine, The 172
 Girard, Pierre 44, 45
 Giza (Egipto) 41, 158, 247, 252
 Gotinga, Universidad de 125
 Gracianópolis 75
Gramática egipcia (Champollion) 276, 281, 282, 284, 288, 289
 Grandmaison, Aubin-Louis Millin de 93
 Grandmaison, François Auguste Parseval 22, 47-48
 Grecia:
 arte 216, 269
 cultura minoica de 301
 dominio sobre Egipto 180, 184
 guerra de independencia 239, 243
 Grenoble 57, 83
 Academia, véase Academia delphinale
 agitación y disturbios 144-145, 162
 biblioteca 115, 135, 302
 Champollion se reúne con su hermano 58-59
 Colegio Real 153, 161, 163
 escuela latina 153, 155, 161
 escuela del método Lancaster 151
 fabricación de guantes 116
 facciones políticas 163
 guerras napoleónicas 116-117, 134
 levantamiento (1821) en 163-164
 lycée de 63, 64-65, 66-67, 77, 79, 80, 302
 museo 112
 paso de Napoleón 131-132
 regreso de Champollion 101, 228, 236
 Universidad de 102, 119-120, 127, 153
- Grey, George Francis 196
 griego, idioma 14, 65
 inscripción de la Aguja de Cleopatra 26-27
 texto de la Piedra de Roseta 46, 49, 72, 73, 184
 texto del Decreto de Canope 290
 Griffith, Francis Llewellyn 291
 Gualieu, Dorothée (tía) 54
 Gualieu, Jeanne-Françoise (madre) 53, 54, 80, 144
 Guerra Peninsular, véase España, guerra contra Napoleón
 Guignes, Joseph de 71, 74
 Gurney, Hudson 124, 127, 130, 155, 166, 194, 197, 272-273, 274
- Hallowell, capitán 36
 Hamilton, William Richard 139, 193, 228
 Hathsepsut, faraona 268
 Haussez, barón d' 162, 164
 hebreo, idioma 14, 61, 94, 233
 Heliópolis (Egipto) 26, 27, 244
 Heqanakht 299
 Herculano (Italia) 127-128
 Hermontis (Egipto) 256
 Herodoto 68
 hierática, escritura 68, 69, 71, 106, 156-157, 165, 183, 191, 220
Hieroglyphica (Horapollo) 67-68, 69, 79
Hieroglyphica (Valeriano) 70

- Hincks, Samuel 290
 Horapollo 67, 68
 Horemheb, faraón 260
 hospital de San Jorge (Londres) 234
 Hotept 299
 Humboldt, Alexander von 166
 Hunter, John 124
 Huyot, Jean-Nicolas 184, 258
- Ibrahim Bey 30
 Iglesia católica 14, 16, 63, 147, 172, 203, 225
Iliada (Homero) 264
 Imperio otomano, *véase* Turquía otomana
 India 47
Informe sobre algunos recientes descubrimientos en literatura jeroglífica y antigüedades egipcias, incluyendo el alfabeto original del autor, ampliado por el Sr. Champollion (Young) 203
 Inglaterra:
 antigüedades egipcias 147
 bloqueo de Egipto 47
 evacuación de Egipto 83
 flota del Mediterráneo 33-35
 hostilidades con Egipto y Turquía 47
 hostilidades con Francia 20-21, 64, 132
 visita de Champollion 212
 Instituto Egipcio de Artes y Ciencias (El Cairo) 26, 36-37, 39, 150
 Instituto de Francia 13, 85, 126, 277
 adquisición de una copia de la Piedra de Roseta 49
 ingreso de Young 240
 Instituto Nacional (París) 22
Introducción a la literatura médica (Young) 127
 Ipi, visir 299
- Isabel, reina de Nápoles 222
 Isna, templo de 45
 Italia
 colecciones egipcias, *véase* Canon Real de Turín; Colección Drovetti; Salt
 egiptología en 232
 hostilidades con Francia 145
 Renacimiento 67-68
 visita de Champollion 213-228
 Iutenheb 299
- jacobinos 110
 jeroglíficos 69-70
 agrupamiento 119, 176
 alfabeto 93, 156, 158, 160, 179
 cartuchos 27, 71, 72, 158, 159, 180, 188, 198
 complementos fonéticos 165
 contracción de palabra 94
 copia de 45
 desciframiento 15, 20, 41, 105
 determinativos 159, 181-182, 188
 diccionario 153
 dirección de lectura 72
 fonéticos 73, 176, 180, 188, 190, 191, 203
 grabados 297
 homófonos 178
 ideogramas 158, 165, 176, 184, 188, 191, 211
 indicador femenino 159, 160, 268
 lineales/cursivos 140, 156
 monocromos 156
 nombres 177-178, 195-198, 199
 número de signos 139-140, 211
 pictogramas 139, 176, 188, 211
 plurales 139
 primeros intentos de desciframiento 17, 28, 70
 relación con el chino 71, 105

- simbolismo 70, 72, 105, 106
- sistema numérico 139-140, 176
- teoría de Young 138-139
- texto del Decreto de Canope 290
- texto de la Piedra de Roseta 46, 49, 72, 73, 105
- trasliteración de 93, 179, 209
- últimos 28
- uniliterales, biliterales y trilaterales 189-190, 290
- jeroglífico de Ptolomeo 191, 216
- jeroglífico de Ramsés 185, 191
- jeroglífico de Tutmosis 185, 191
- jeroglíficos de Cleopatra 191, 193
- Jollois, Prosper 44, 45, 89, 170
- Jomard, Edme-François 22, 147, 153, 169, 187, 253
 - colaboración con Champollion 89, 146
 - correspondencia con Young 137-138, 160
- editor de la *Description de l'Égypte* 51, 146, 168, 180, 202, 229, 244
- hostilidad hacia Champollion 89, 202, 232, 236, 266, 289
- intervención para evitar el reclutamiento de Champollion 146
- presentación a la Academia 89
- presiones para adquirir la colección Passalacqua 229
- trabajo sobre los numerales jeroglíficos 139
- y el zodiaco de Dendera 171, 202-203
- Jorge III, rey de Inglaterra 35
- Josefina Bonaparte (Marie-Joseph-Rose de Beauharnais)
 - apoyo a Denon 40-41
 - decoración de su casa de campo 96
 - divorcio 103
 - durante la Revolución 59
- emperatriz 64
- matrimonio 20, 59
- problemas de salud 20
- relaciones con Napoleón 103
- y la expedición a Egipto 19-20
- Junta de Longitud 155
- Khakaure, faraón, *véase* Senusret III
- Karnak (Egipto) 159, 160, 219, 256, 270, 271
- Kingston Hall (después Kingston Lacy House) 173, 174, 175
- Kircher, Athanasius 70, 71, 105, 224
- Klaproth, Heinrich Julius 226, 166, 289
- Kléber, Jean-Baptiste, general 29, 48
- Kom Ombo (Egipto), templo de 45, 160
- Lancaster, método y escuelas 147
- Lancret, Michel-Ange 46, 51
- Langlès, Louis-Mathieu 86, 87, 92, 99, 146, 208
- Lannes, Jean, general 47
- Laplace, Pierre 166
- latín 14
- Leghorn, *véase* Livorno
- Lehoux, Pierre François 244, 267, 276
- Lelorrain, Jean Baptiste 170-171
- Lenoir, Marie-Alexandre 96
- Lenormant, Charles 243, 260, 278, 282, 288
- León XII, papa 225, 228, 270
- Leopoldo II, gran duque de Toscana 226, 240, 277, 280
- Lepasquier, Ambroise 109, 120
- Lepsius, Richard 188, 290
- Letronne, Jean 177
- Lettre à M. Dacier relative à l'alphabet des hiéroglyphes phonétiques*

- (Champollion) 195, 203, 205, 215
Lettre sur l'inscription Égyptienne de Rosette (Åkerblad) 73-74
Lettre sur une inscription grecque du temple de Denderah (Champollion-Figeac) 76
 Lezay-Marnesia, conde de 145, 146
 L'Hôte, Nestor 244, 245, 252, 260, 267, 276, 289
 Libia 301
 Libro de los Muertos 217, 297, 298-299
 Livorno / Leghorn (Italia) 166, 183, 197, 201, 220, 226-227, 230, 232, 236
 Academia de Ciencias 231
 Londres 27, 36, 126, 150, 155
 Royal Institution 126
 Royal Society 122, 124
 Sociedad Egipcia 183
véase también Sociedad de Anticuarios
L'Orient (buque insignia francés) 34, 35, 36
 Louvre, Museo del 48, 171, 180, 181, 235, 236-237, 238, 239, 265, 277, 279, 280, 285
 robo en 278
 Luis XV, rey de Francia 40
 Luis XVI, rey de Francia 55
 Luis XVIII, rey de Francia 143, 147, 151
 adquisición del zodiaco de Dendera 180, 201
 apoyo de los realistas 117
 ascenso al trono 117, 118
 audiencia con Champollion 210
 Champollion le dedica su primer libro 120, 281
 financia el viaje de Champollion a Italia 207, 209, 210
 huida de Francia 133
 muerte 220
 reconoce los logros de Champollion 202
 Luis Napoleón, *véase* Napoleón III, emperador
 Luis Felipe, rey de los franceses (antes duque de Orleans) 211-212, 278-279, 281, 303
 Luxor (Egipto) 52, 170, 256, 264, 270, 279
 Machakit, caverna de Egipto 260
Magasin encyclopédique (revista) 93
 Mahmoudieh, canal de (Egipto) 246, 247
 mamelucos 30, 31-32, 33, 40, 43-44, 50, 83, 247
 Manetho 250-251
 María Luisa, emperatriz de Francia 103, 116
 Maspero, Gaston 289
 Maxwell, Eliza 126
 Mécran, madame 91
 Medinet Habu (Tebas) 256, 269
 Mehemet Ali, virrey de Egipto 83, 244, 246, 257, 262, 275
 desprotección de los monumentos 170, 171, 238, 239
Mémoires géographiques et historiques sur l'Égypte (Quatremère) 107
 Menfis (Egipto) 46, 166, 249, 250, 251
 Menkaure, faraón 158
 Menou, Jacques, general 29
 Mesopotamia 300, 301
 Milán 221
 Milverton, Somerset 274
 Mît-Rahineh (Egipto) 249
 Monge, Gaspard 22, 29, 31, 39, 47
Monthly Review 149

- Murad Bey 30, 31, 32, 33, 40, 41, 42, 43-44
- Murat, Joachim, general 47
- Museo Arqueológico de Florencia 265
- Museo Británico 48, 49, 95, 121, 200, 212, 227
- Museo del Rey Carlos X (París), *véase* Museo del Louvre
- Museo de Monumentos Franceses (París) 96
- Museo Egipcio (Berlín) 290
- Museo Egipcio (El Cairo) 290
- Museo Egipcio (Turín) 212, 214, 215-219
- Museum Criticum* 137, 165
- Mycerinus, *véase* Menkaure
- Napoleón Bonaparte, emperador de Francia 14
- abdicación y exilio 117, 134
- adopción del símbolo de la abeja 52
- ambiciones en Oriente 47
- amuleto del escarabajo 103-104
- apoyo a Champollion 104
- carrera militar 20, 109, 116, 125
- Champollion, partidario suyo 17
- emperador 48, 64
- expedición a Egipto 17, 19-20, 28-29, 30-33, 48, 72, 173, 245, 248
- fomento de la vida intelectual 45
- fundación del Instituto de Egipto 36
- golpe de Estado 21
- Jacques-Joseph entra a su servicio 132, 133
- le presentan a Champollion 132
- matrimonios 103
- nacimiento de su hijo 296
- primer cónsul 48, 63
- reformas educativas 63, 101, 102-103
- regreso del exilio 131-132
- relaciones con Josefina 19, 20
- Napoleón III, emperador de Francia 289, 303
- Nápoles 20, 125, 166, 212, 222, 224, 235
- Nasriya (El Cairo), suburbio de 37
- Nasser, lago (Egipto) 249, 262
- Nautical Almanac* 155
- Navarino, batalla de (1827) 239
- Nelson, lord Horatio 33, 34, 35-36
- Nilo, batalla del (1798), *véase* Aboukir
- Nilo, río 30, 50
- delta del 21
- desbordamientos 27, 249, 295
- estudio hidrológico 44, 45
- Nilo, valle del:
- campaña militar francesa 21-22, 30-31, 41-44, 47
- expedición de Champollion 246-247, 256-259
- mapa de Champollion 121
- Nola (Italia) 235
- Nouvelles Explications des Hiéroglyphes* (Lenoir) 96
- Nubia 173, 184, 257, 258, 259, 263
- Nueva York 27, 303
- obeliscos:
- Agujas de Cleopatra 26-27
- en honor a Champollion 303
- obelisco de Bankes 171, 172-173, 174-175, 177, 179, 201
- obelisco de Luxor destinado a París 52, 270-271, 279
- «Observations et Recherches sur les Hiéroglyphes» (Jomard) 138
- «Observations on Vision» (Young) 124

- Octaviano, *véase* Augusto, emperador
- Ombos (Egipto) 260
- Opet, templo de (Tebas) 271
- Orleans, duque de, *véase* Luis Felipe, rey de Francia
- Oxford, Universidad de 49, 196
- Palin, Nils Gustaf, conde de 74, 97
- Palli, Angelica 154, 231
- Panthéon égyptien* (Champollion) 206, 207, 237
- papiros:
- Canon Real de Turín 219
 - de Casati 177, 193, 196-197
 - de la colección Drovetti 214, 216-218
 - en ritos funerarios 214, 298, 299
 - estudios de Young 196
 - fabricación y almacenamiento 217
 - muestras más antiguas 218
- París:
- cementerio del Padre Lachaise 62, 284, 302
 - centro intelectual y cultural 18, 85-86
 - Champollion, estudiante en 78, 83-90, 99
 - decadencia 84, 167
 - estilo egipcio 28, 51
 - Jacques-Joseph en 83
 - monumentos a Champollion 302
 - obelisco de Luxor 52
 - regreso de Napoleón 51
 - regresos de Champollion 18
 - visitas de Young 126
- Passalacqua, Giuseppe 229
- persa, idioma 88
- Persia 22, 92
- Pesto (Posidonia, Italia) 223, 235
- pied de Momie, Le* (Gautier) 43
- Piedra de Roseta:
- adquisición por Inglaterra 48-49
 - análisis numérico 140
 - cartuchos 157, 158, 175
 - copias y moldes 46, 49, 122
 - descubrimiento 46
 - inscripciones 156, 157, 195, 197, 215
 - primeros intentos de desciframiento 18
 - texto 46, 49, 72-73, 105
 - trabajos de Champollion 95, 99, 119, 121-122, 152, 153, 176, 195, 215
 - trabajos de Young 128-129, 130, 140-141
 - utilidad limitada 74-75, 215
 - vista por Champollion 212
- Pilar de Pompeyo (Alejandría) 26
- pirámides de Giza 41, 158, 247, 252
- Pirámides, batalla de las (1798) 32-33, 40, 248
- Pisa 166, 277
- Pompeiana* (Gell) 235
- Pompeya 222, 223
- Posidonia, *véase* Pesto
- Précis du système hiéroglyphique des anciens Égyptiens* (Champollion) 207, 210-211
- Prusia 84, 132
- ptolomeica, dinastía 28, 159, 179
- Ptolomeo I Soter, rey de Egipto 159
- Ptolomeo III, rey de Egipto 290
- Ptolomeo IV, rey de Egipto 157
- Ptolomeo V Epífanés, rey de Egipto 46, 73, 157
- Ptolomeo VI, rey de Egipto 174, 175
- Ptolomeo VII, rey de Egipto 174
- Ptolomeo VIII, rey de Egipto 174
- Puy d'Issolud (Francia) 146
- Qasr Ibrim (Nubia) 262
- Qena (Egipto) 44

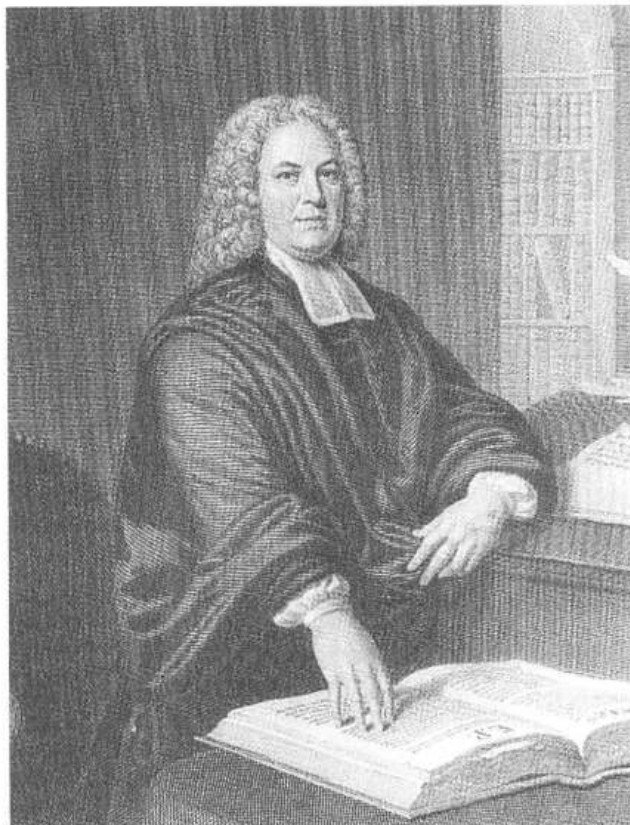
- Quarterly Review* 128, 203, 204
 Quatremère, Étienne-Marc 98-99, 106, 107, 108, 120, 137
 Qurna (Egipto) 268
- Rachid, fortificación de, *véase* Fort Rachid
 Raddi, Giuseppe 244, 261, 272
 Ramsés II, faraón 219, 244, 263
 estatuas 249, 258-259
 templo 173, 256
 Ramsés III, faraón 218
 Ramsés IV, faraón 218, 264-265, 289
 Raphaël de Monachis, Dom 76, 86, 88
Recherches critiques et historiques sur la langue et la littérature de l'Égypte (Quatremère) 98-99
 Renouf, sir Peter Le Page 176-177, 290-291
Revue encyclopédique 171, 181, 192
 Reynier, Jean-Louis-Ébénézer, general 29, 33
 Ricci, Alessandro 244, 258, 260, 267
 Richmond, duque de 126
 Ripault, Louis 150, 153
 Robespierre, Maximilien 59
 Roma antigua:
 conquista de Egipto 157
 conquista de la Galia 145
 dominio sobre Egipto 28, 184
 egiptomanía 28
 Roma 125, 166
 artefactos egipcios en 224
 peste en 235-236
 visita de Champollion 221-222, 224, 232
 véase también Vaticano
 Rosellini, Gaetano 244
 Rosellini, Ippolito 231, 232, 235, 240, 243, 244, 258, 261, 265, 276, 279, 280, 281, 282, 289
 Roseta (Egipto) 21, 29, 45-46, 174, 246
 Rougé, Emmanuel de 290
 Roulhac, doctor 149, 150, 232
 Royal Institution (Londres) 126
 Royal Society (Londres) 122, 124, 126
 «Rudimentos de vocabulario jeroglífico» (Young) 157
Rudiments of an Enchorial Dictionary in the Ancient Enchorial character (Young) 274
 Rusia 64, 84, 109, 110, 116, 132, 239
- Sacy, Antoine Isaac Silvestre 187, 203, 282
 carrera 99
 elegía a Champollion 129-130
 elogia a Champollion en la Academia de Inscripciones 183, 192
 hostilidad hacia Champollion 102, 107-108, 120, 136, 146
 postura realista 183
 profesor en el Colegio de Francia 85, 86
 reconciliación con Champollion 183
 secretario de la Academia de Inscripciones 287
 trabajo sobre la Piedra de Roseta 73, 86, 195
 y Young 128, 129-130, 133-134, 136-137
 Saint-Hilaire, Geoffroy 22
 Saint-Martin, Antoine-Jean 102, 107, 113, 115, 119, 147
 Saint-Roch, iglesia de (París) 86, 88, 284
 Saïs (Egipto) 247
 Salt, Henry 170, 171, 174, 220

- colección de antigüedades 138, 200, 227-228, 229-230, 231-232, 247, 278
- muerte 239, 247
- Salvolini, Francesco 280, 286, 288
- San Quintino, Cordeo di 212, 220-221, 225, 227
- Santa Elena, isla de 135
- Saqqara (Egipto) 249, 250, 251, 252
- Saulnier, Sébastien Louis 170
- Schwartzenberg, madame de 103
- Senusret III, faraón 251
- Seti I, faraón 265
- Sèvres, porcelana de 52
- Seyffarth, Gustavus 226, 232-234
- Shubra Khit, batalla de (1798) 31-32
- Siene (Asuán, Egipto) 257
- Siria 47, 157
- sirio, idioma 14, 61
- Sociedad Asiática 212, 287
- Sociedad de Anticuarios (Londres) 49, 96, 121, 122, 128, 130, 133, 152, 194
- Sociedad de Arqueología Bíblica 291
- Sociedad de Geografía (París) 169
- Sociedad Egipcia (Londres) 183
- Sociedad para la Educación Elemental (París) 147
- Sociedad Religiosa de Amigos, *véase* cuáqueros
- Spohn, Friedrich-August 226, 233
- Sudán 259, 260, 301
- Suez (Egipto) 22
- Suiza 125
- Tablilla de Tanis 290
- Tanis (San el-Hagar, Egipto) 290
- Tattam, Henry 239, 274
- Tebas (Egipto) 196, 296
 - expedición de Champollion 251, 253-254, 256, 264, 266
 - expedición de Napoleón 42-43
- Tebas (Grecia) 264
- Tersan, Charles Philippe Campion de, abate 95
- Textos piramidales 297, 298
- Thévenet, Augustin 144, 148, 151, 194, 195, 203, 260
- Times, The* 35
- Tolón (Francia) 240, 241, 275, 276
- Toura (Egipto) 248-249
- Trinity College (Dublín) 49
- Turín 166, 201, 207, 210
 - Museo Egipcio 212, 214, 215-219; *véase también* colección Drovetti
 - universidad de 231
 - visita de Champollion 214-217
- Turquía otomana:
 - dominio sobre Egipto 21, 30
 - guerra de independencia griega 239
 - hostilidades con Francia 35, 47
- Tutankamón, faraón 94, 199-200
- Tutmosis I, faraón 200, 268
- Tutmosis II, faraón 200, 268
- Tutmosis III, faraón 244, 268
- Uadi Halfa (Sudán) 259, 260
- ultras 143, 145, 147, 151, 162
- Unesco 262
- Uxellodunum 145-146, 161
- Valeriano, Pierio 70
- Valle de los Reyes 43, 218, 289
 - Champollion le pone nombre 264
 - visita de Champollion 264, 267-268
- Vanguard* (barco inglés) 34
- vasos canopianos 111-113, 222
- Vaticano 207, 221, 225

- Biblioteca del 93, 150
 Venecia 236
 Vernet, Horace 168
 Vesubio, monte 128, 222
 Vif (Francia) 213
 Villiers du Terrage, Édouard de 38, 44, 45, 89, 170
Voyage dans la Basse et la Haute Égypte (Denon) 50
- Wagram, batalla de 104
 Walckenaër, M. 284
 Wangehis, Johannis 76, 77
 Warburton, William 70, 105
 Waterloo, batalla de (1815) 134, 142
 Wellington, duque de 173, 174
 Westminster, abadía de (Londres) 273
- Young, Thomas:
 abandona el estudio de temas egipcios 155, 207
 acceso a materiales originales 127-128
 admiración por Champollion 192, 193, 194, 195, 240
 comentarios a las obras de Champollion 149
 comentarios sobre el *Panthéon égyptien* de Champollion 206, 207
 correspondencia con Gell 125, 207, 233, 234-235, 273
 defectos de metodología 176-177
 diccionario de encorial (demótico) 140, 156, 272, 273, 274
 encuentros con Champollion 187, 193, 240
 errores en el estudio de los jeroglíficos 139, 158, 159-160, 163, 198
 funda la Sociedad Egipcia 183
 gira por Europa 125, 166, 172
 historial 123-125
 honores 304
 hostilidad hacia Champollion 129, 173, 203-207, 266
 ingreso en la Academia de Ciencias 240
 intereses lingüísticos 123-124, 125
 inventa el término «encorial» 128
 investigación sobre jeroglíficos 129, 155-156, 239, 301
 matrimonio e hijos 126
 monumentos en su memoria 273, 274
 muerte 272, 273
 obelisco de Bankes 175
 profesor en la Royal Institution 126
 publicaciones 127
 relaciones con Champollion 133-134, 136
 rivalidad con Champollion 18
 secretario de Asuntos Exteriores de la Royal Society 122, 126
 trabajo sobre el demótico (encorial) 128-129, 301
 trabajo sobre el zodiaco de Dendera 160
 trabajo sobre la piedra de Roseta 128-129, 130, 133, 140-141
 visita la colección Drovetti 166-167
 y De Sacy 128, 129-130, 133-134, 136-137
- zodiaco de Dendera 254
 adquisición por la Biblioteca Real 180, 201

cartuchos vacíos 255-256, 271	descubrimiento e inspección 42,
controversia 171-172	44-45
Champollion refuta la teoría de	estudios de Young 160, 196, 255
Biot 181	objeto de vandalismo 171
datación por Champollion 98,	traslado a Francia 170, 171
172, 192, 203, 225, 229, 255-	zodiacos 170
256	Zoëga, Georg 71-72, 97, 157, 211

William Warburton, que comentó los jeroglíficos en el siglo XVIII.

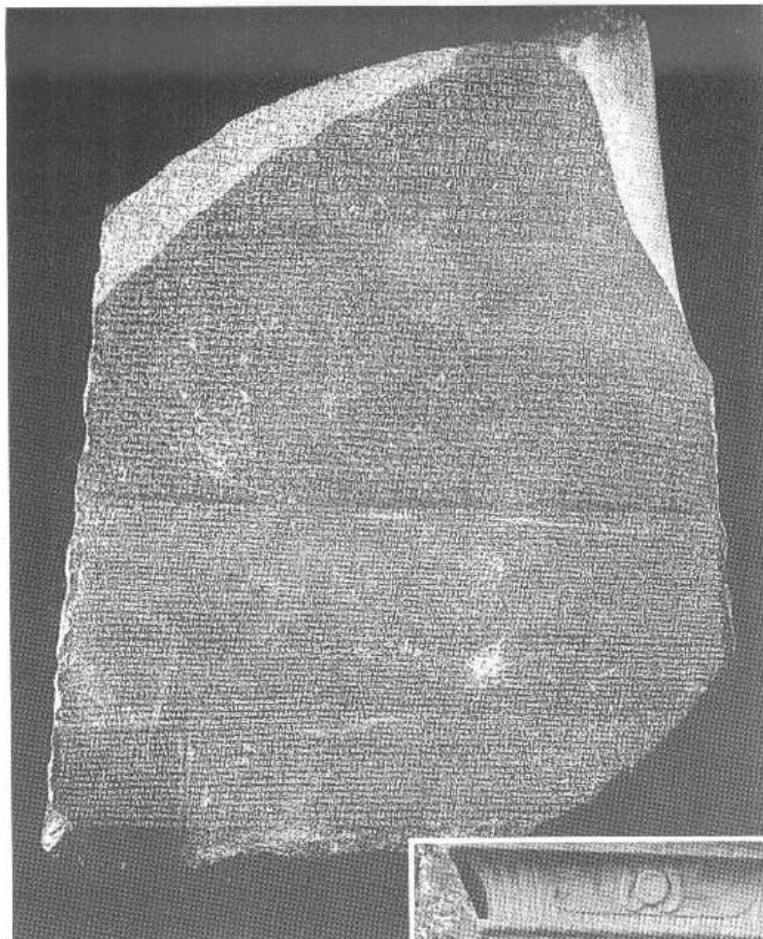


Jean-Jacques Barthélemy, el primero que reconoció la función de los cartuchos en las inscripciones jeroglíficas.

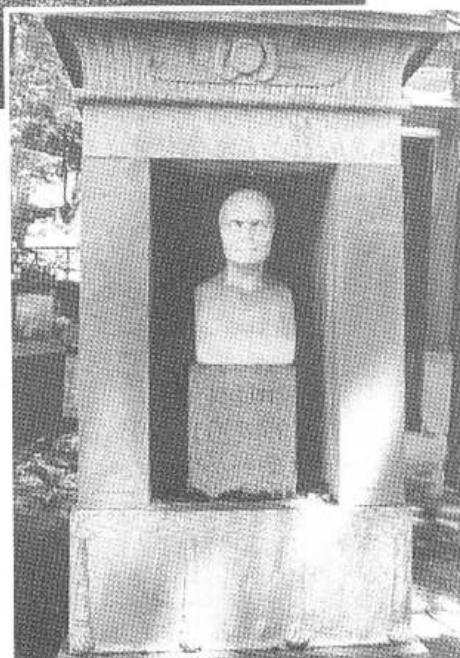


Napoleón Bonaparte en la época de su expedición a Egipto.





La Piedra de Roseta tras una reciente restauración, en la que se dejó sin restaurar la esquina inferior izquierda para que se vieran la cera oscura que cubría la superficie y el relleno blanco.

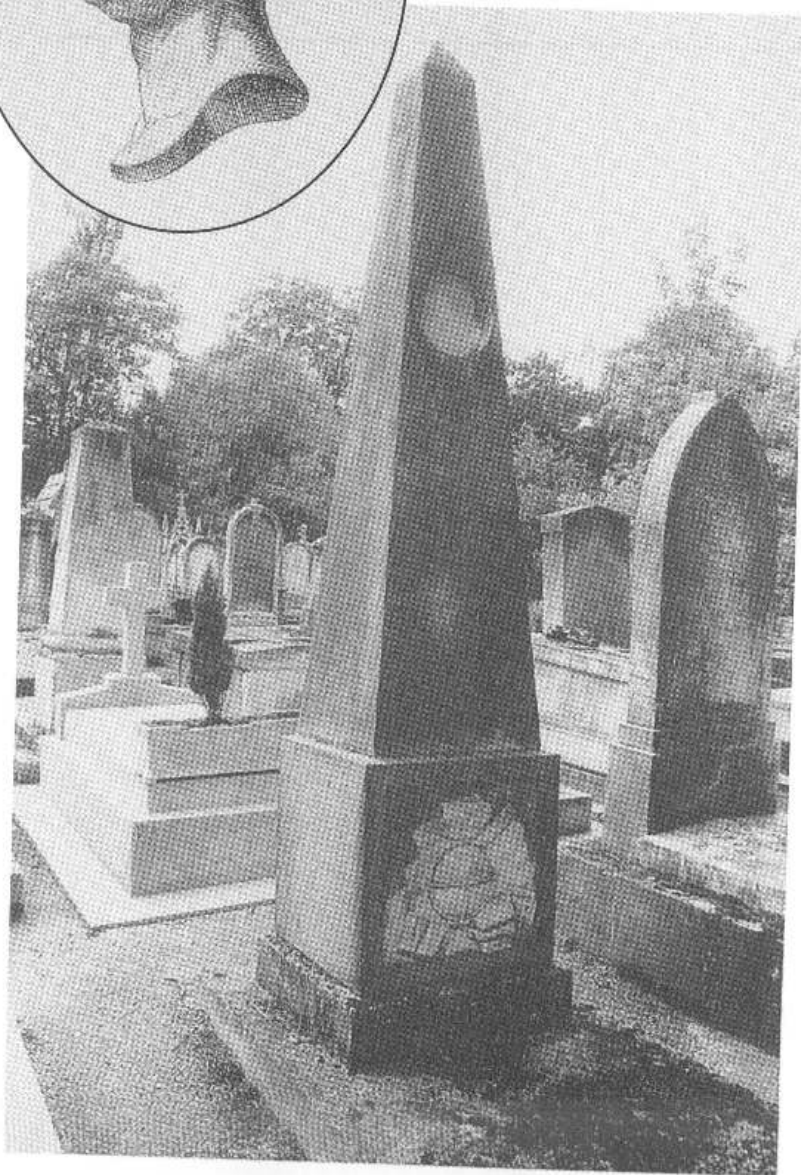


La tumba de estilo egipcio de Joseph Fourier, en el cementerio del Padre Lachaise, en París; hace poco, su busto fue robado y sustituido por otro de una tumba vecina.

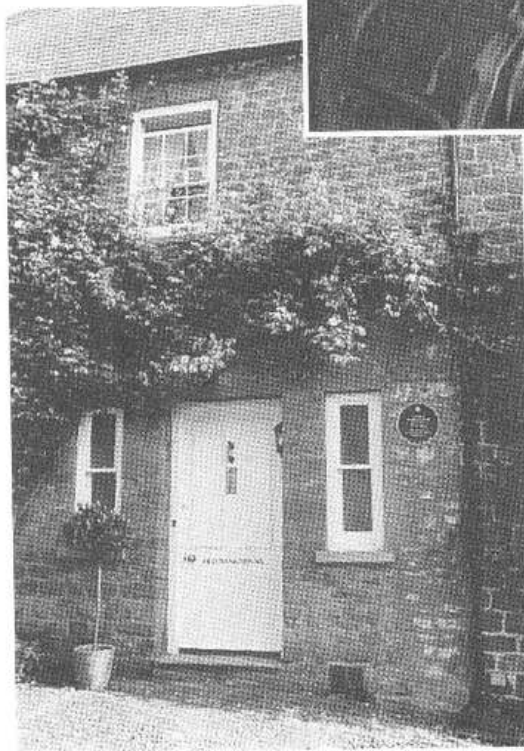
Marie-Alexandre Lenoir, que publicó
un libro sobre jeroglíficos cuando
Champollion era estudiante en París.



La tumba de Edme-François
Jomard en el cementerio del
Padre Lachaise, de París, con
un obelisco de estilo egipcio.

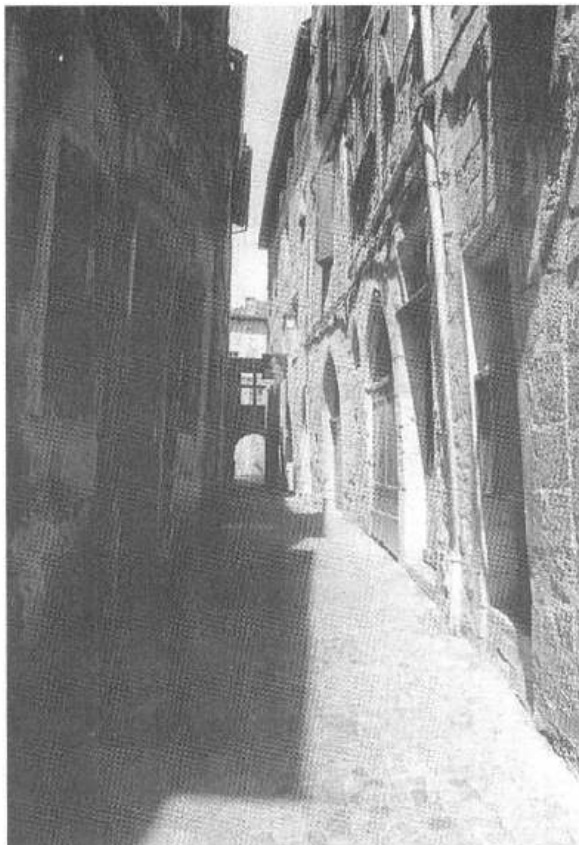


Thomas Young, el
principal rival de
Champollion en el
desciframiento de los
jeroglíficos.



La casa donde nació Thomas
Young en Milverton
(Somerset).

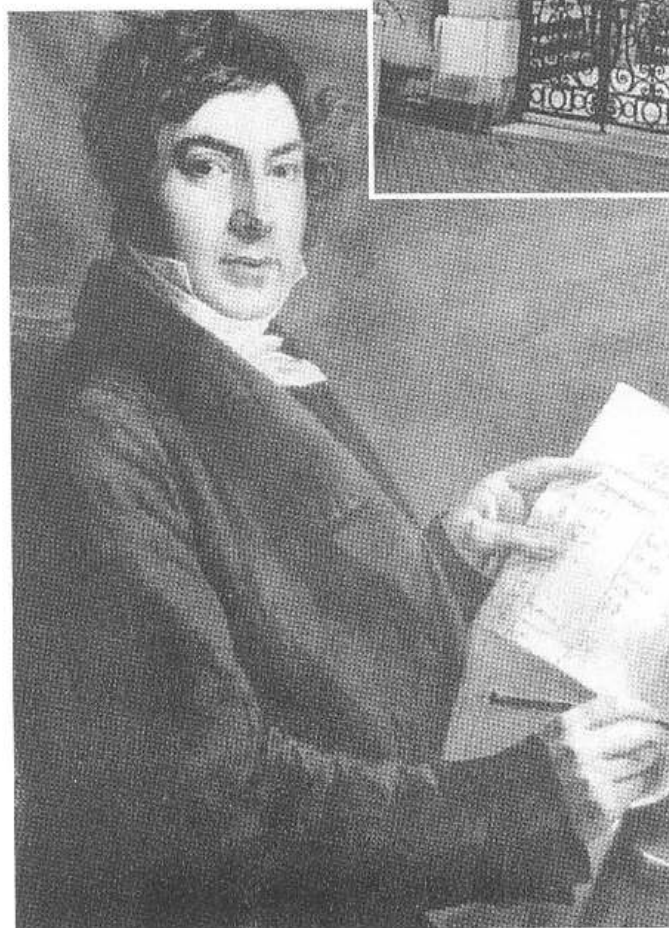
Al final de esta calle de
Figeac, la *rue* de la
Boudousquerie, está
la casa (ahora
convertida en museo)
donde nació
Champollion.



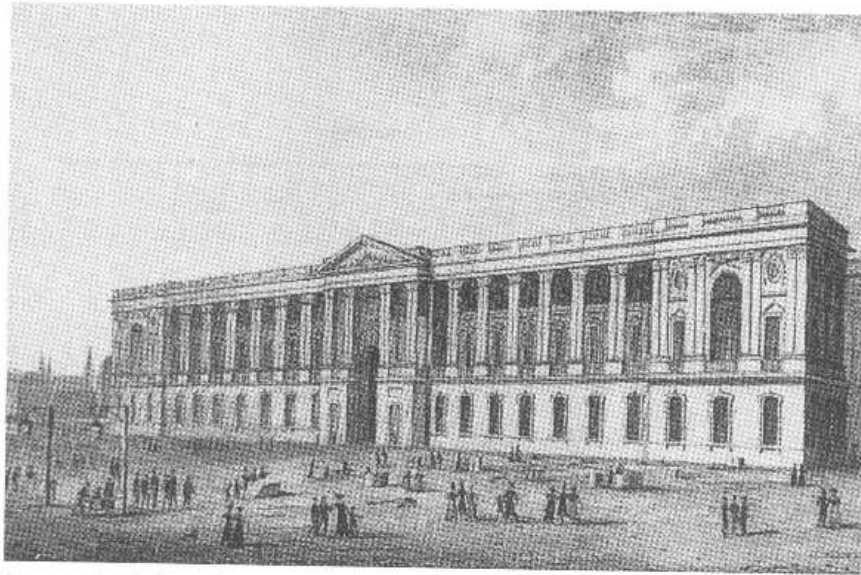
Jean-François
Champollion
(izquierda) y
Jacques-Joseph
Champollion-Figeac
a comienzos del
siglo XIX.



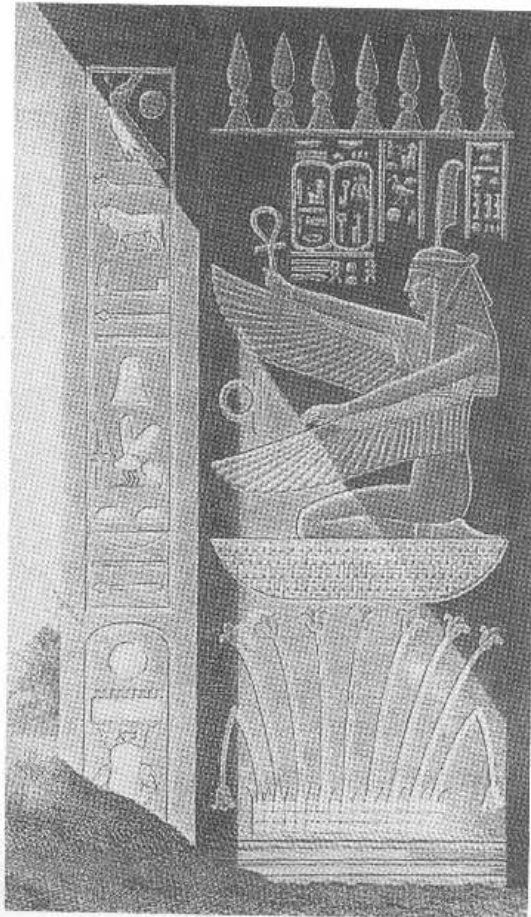
La entrada original de la biblioteca y museo municipales de Grenoble, donde trabajaron Jacques-Joseph y su hermano.



Jean-François Champollion en 1823. En la mano tiene la tabla de signos fonéticos de su *Carta al señor Dacier*.



La entrada al Cour Carrée del Louvre en 1830, cuando Champollion era conservador de las colecciones egipcias.



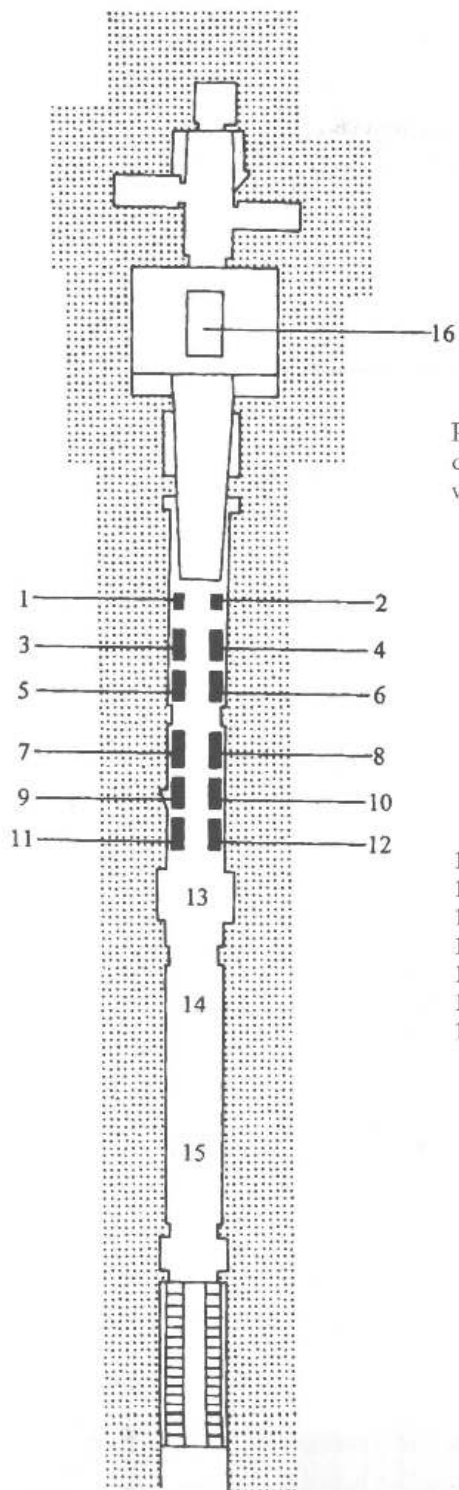
Relieve pintado, a la entrada de la tumba de Ramsés III en el Valle de los Reyes, tal como se publicó en la *Description de l'Égypte*.



Arriba: Texto funerario de la letanía de Ra, grabado en la tumba de Ramsés IV en el Valle de los Reyes de Tebas, cerca de donde dormía Champollion.

Abajo: El corredor de entrada a la tumba de Ramsés IV en el Valle de los Reyes, donde se instaló durante algún tiempo la expedición de Champollion.





Plano de la tumba de Ramsés IV,
donde la expedición de Champollion
vivió varias semanas.

- 1: lecho de una gacela
- 2: lecho de un gato (ambos animales
les fueron regalados en Abu
Simbel, y los adoptaron como
mascotas)
- 3: Ricci
- 4: Gaetano Rosellini
- 5: L'Hôte
- 6: Cherubini
- 7: Champollion
- 8: Ippolito Rosellini
- 9: Bertin
- 10: Duchesne
- 11: Lehoux
- 12: Angelelli
- 13: sala de estar
- 14: comedor
- 15: antecámara
- 16: sarcófago de Ramsés IV

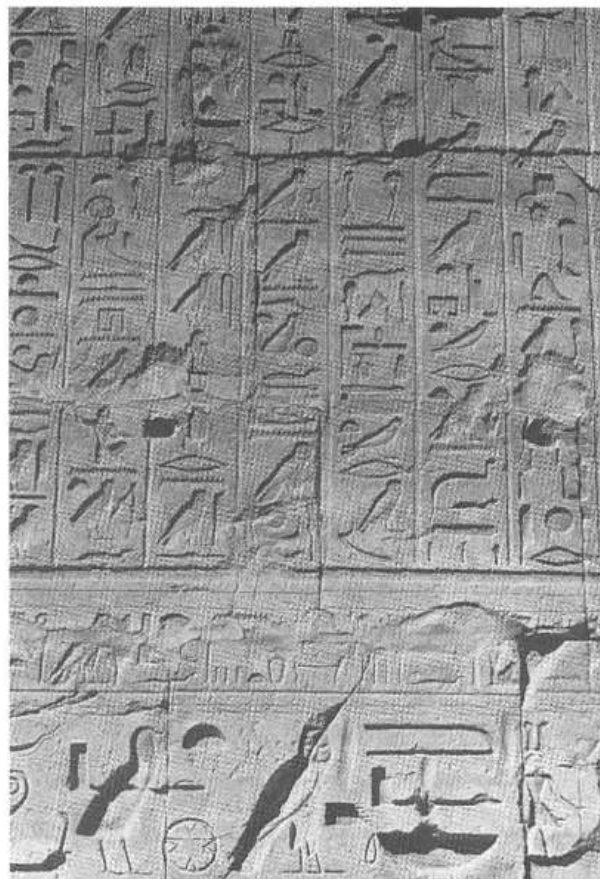


Cartucho de Karnak,
con el nombre de
nacimiento del faraón
Tutmosis IV,
que reinó
aproximadamente
de 1419 a 1386 a.C.



Fórmula jeroglífica de
Karnak: los signos
𓏏 (*was*), 𓏏 (*djed*),
𓏏 (*ankh*) y 𓏏 (*neb*)
aparecen con
frecuencia
combinados de esta
manera, que significa
«todo el poder, la
estabilidad y la vida».

Columnas de
jeroglíficos en la
superficie de un
pilón de Karnak, con
textos sobre el faraón
Amenhotep III,
que reinó
aproximadamente de
1386 a 1349 a.C.



1

2

3

4

Diferentes tipos
de escritura
egípcia:

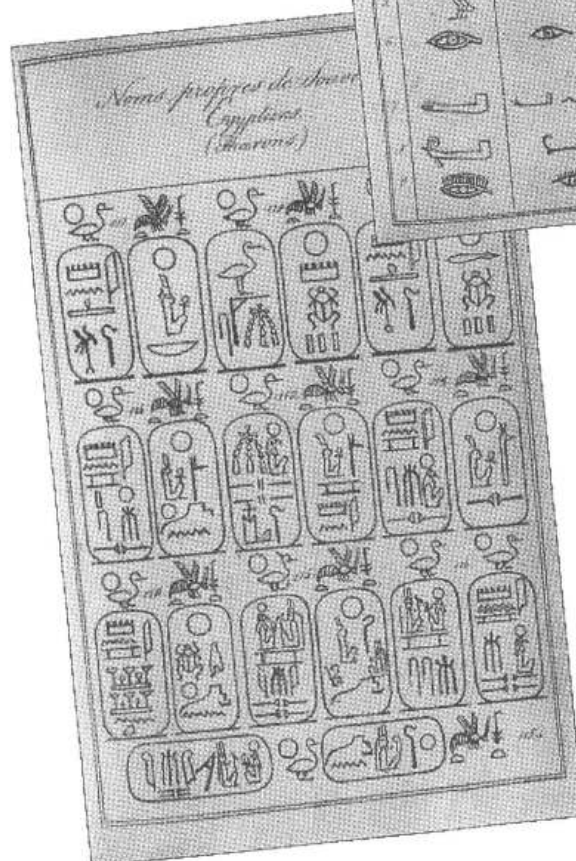
- 1 jeroglífica;
- 2 hierática;
- 3 demótica;
- 4 copta.

Tabla de jeroglíficos fonéticos «puros» y lineales, con sus equivalentes hieráticos y demóticos. Del *Précis du système hiéroglyphique* de Champollion.

HIEROGLYPHES PHONETIQUES.
Alphabet Harmonique
Hiérog. Égypt. Grec. et Coptique.

N . I . C . O . A . R . O

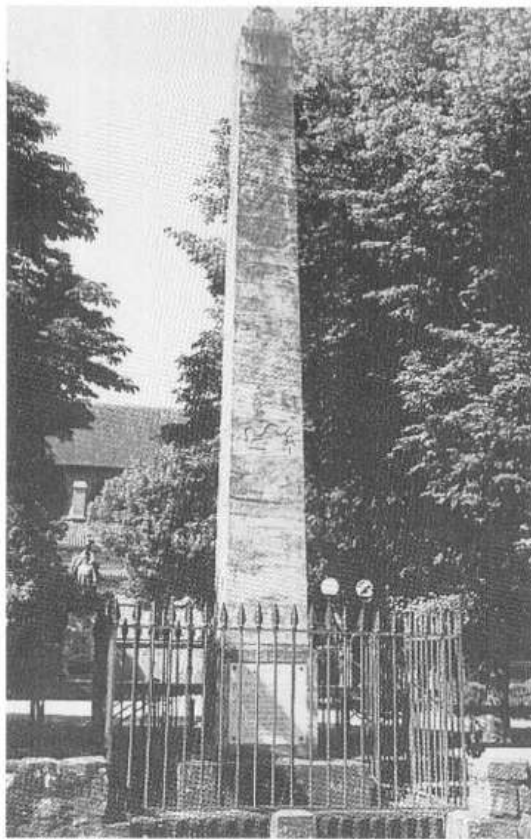
<i>Hiéroglyphes purs</i>	<i>Hiéroglyphes composés</i>	<i>Hiéroglyphes</i>	<i>Demotique</i>
		hi	hi
		u	u
		u	u
		u	u
		u	u
		u	u
		u	u
		u	u
		u	u
		u	u



Cartuchos de faraones. Del *Précis du système hiéroglyphique* de Champollion.



Cartuchos de monarcas griegos de Egipto. Del *Précis du système hiéroglyphique* de Champollion.



El obelisco de estilo egipcio
erigido en Figeac en honor
de Jean-François
Champollion.

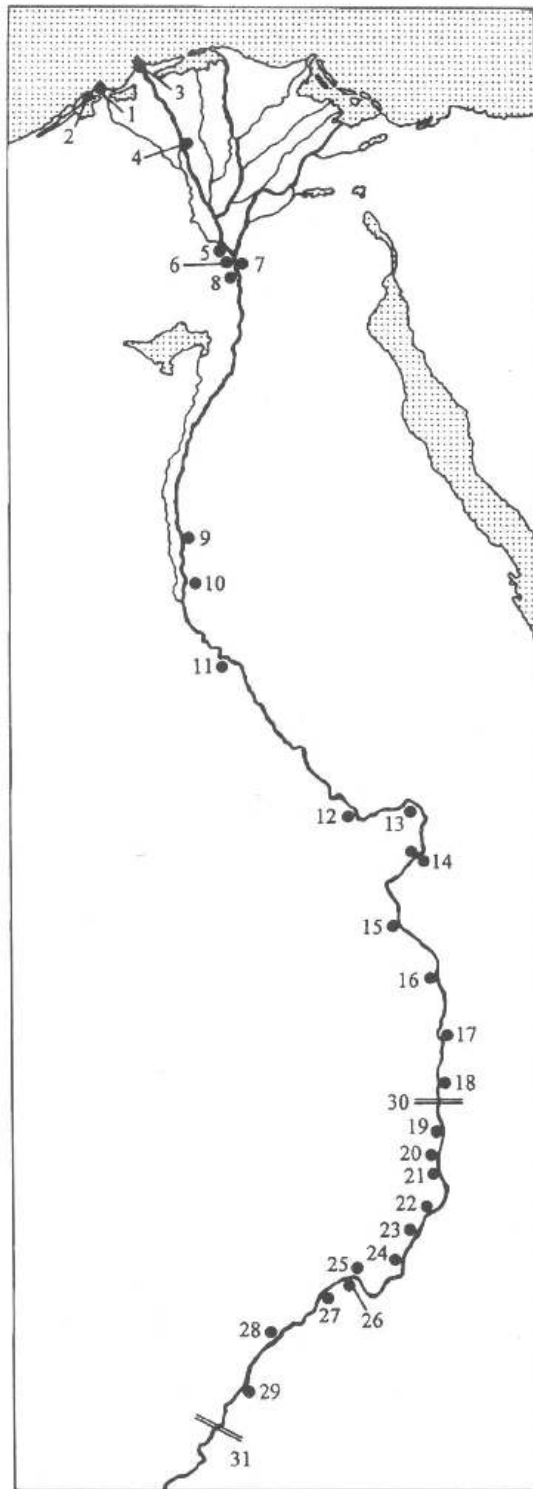


La tumba de Champollion,
con un obelisco de estilo
egipcio, en el cementerio
del Padre Lachaise de
París.



Mapa de Europa y Egipto

- | | |
|--------------|----------------|
| 1: Figeac | 9: Florencia |
| 2: Grenoble | 10: Roma |
| 3: París | 11: Nápoles |
| 4: Londres | 12: Pesto |
| 5: Edimburgo | 13: Tolón |
| 6: Gotinga | 14: Alejandría |
| 7: Turín | 15: El Cairo |
| 8: Livorno | |



Mapa del valle del Nilo, en
Egipto y Nubia.

- 1: Aboukir
- 2: Alejandría
- 3: Roseta
- 4: Sais
- 5: Embaba
- 6: Giza
- 7: El Cairo
- 8: Saqqara
- 9: Beni Hassan
- 10: El-Amarna
- 11: Assiout
- 12: Abidos
- 13: Dendera
- 14: Tebas-Luxor-Karnak
- 15: Esna
- 16: Edfu
- 17: Kom Ombo
- 18: Asuán/File
- 19: Kertassi
- 20: Beit-el-Uali
- 21: Kalabsha
- 22: Girf Husein
- 23: Dakke
- 24: Uadi el-Seboua
- 25: Amada
- 26: Derr
- 27: Qasr Ibrim
- 28: Abu Simbel
- 29: Uadi Halfa
- 30: Primera catarata
- 31: Segunda catarata